

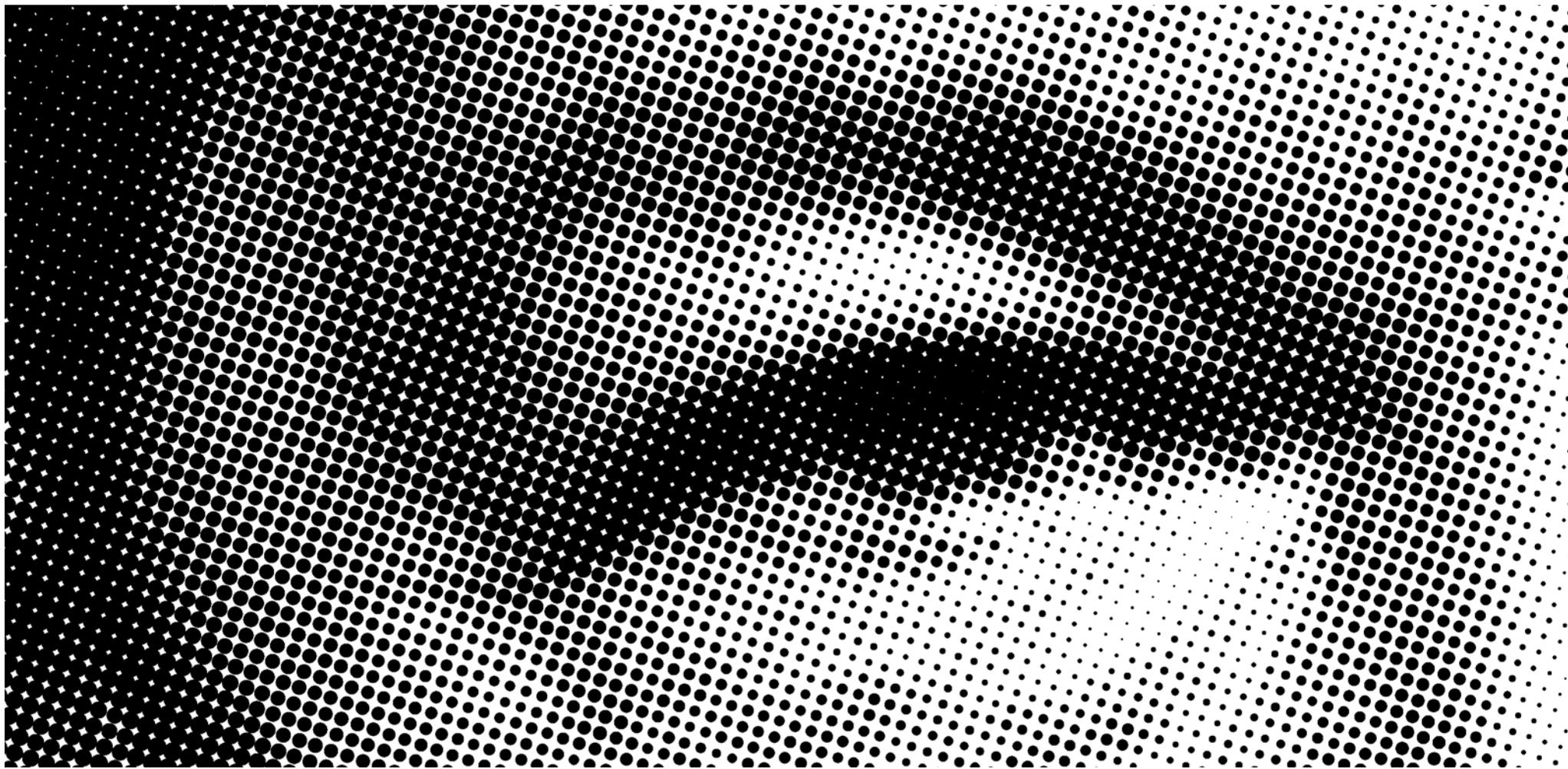
COMPILADO POR
Orlando Oramas León • Jorge Legañoa Alonso

cuentos DEL **arañero**

HUGO CHÁVEZ FRÍAS



PRÓLOGO



Si uno pudiera volver a nacer y pedir dónde, yo le diría a papá Dios: Mándame al mismo lugar. A la misma casita de palmas inolvidable, el mismo piso de tierra, las paredes de barro, un catre de madera y un colchón hecho entre paja y goma-espuma. Y un patio grande lleno de árboles frutales. Y una abuela llena de amor y una madre y un padre llenos de amor y unos hermanos, y un pueblito campesino a la orilla de un río.

“Permítanme siempre estas confidencias muy del alma, porque yo hablo con el pueblo, aunque no lo estoy viendo; yo sé que ustedes están ahí, sentados por allí, por allá, oyendo a Hugo, a Hugo el amigo. No al Presidente, al amigo, al soldado”.

Así comienza “Cuentos del Arañero”, cual anticipo de este libro que muestra a Chávez contado por sí mismo.

Más de 300 ediciones del programa Aló Presidente alimentaron la presente compilación; páginas con visos autobiográficos y la impronta de quien ha marcado la historia reciente de Venezuela.

Son muchas las pasiones que se desbordan en el discurso del líder bolivariano: la familia, el béisbol, las Fuerzas Armadas, el culto a los próceres, a los héroes, el amor infinito a Venezuela y, sobre todo, a las amplias masas excluidas.

Es un viaje que inicia en sus raíces en Sabaneta de Barinas, en aquella casita de palma y piso de tierra, con el topochal a mano. “Pobre, pero feliz”. Y la abuela Rosa Inés, la “mamavieja”, la familia, los amigos de la niñez; la vívida estampa de cientos de miles de hogares humildes de los pueblitos del llano.

De entonces el Chávez sensible, observador, que absorbe cual esponja, se nutre de sus orígenes y carga con ellos a través de los años, las vicisitudes y etapas de una vida de batalla.

Por aquellos días se fue forjando el apasionamiento por la historia, que enrumba desde las leyendas familiares, Maisanta, “el último hombre a caballo” y su escapulario más que centenario.

“Por aquí pasó Zamora”, decía la abuela, y la imaginación encandilaba a aquel muchacho que se subía al palo más alto del patio, oteando un horizonte en el que luego redescubrió a Bolívar por los caminos de la Patria.

Porque Hugo Chávez Frías trajo de regreso a Bolívar, lo despojó de la coraza pétrea de las esculturas, lo bajó de los pedestales inmóviles de las plazas, se sumergió junto a él y lo hizo sustancia en el torrente de la gente, que se apropió del nombre, el pensamiento y la obra del Libertador.

El Presidente de Venezuela cuenta como nadie la historia nacional; la interpreta, la explica, hurga en sus protagonistas, batallas, contradicciones, con una visión de interconexión entre el pasado, el presente y el porvenir, con una perspectiva transformadora.

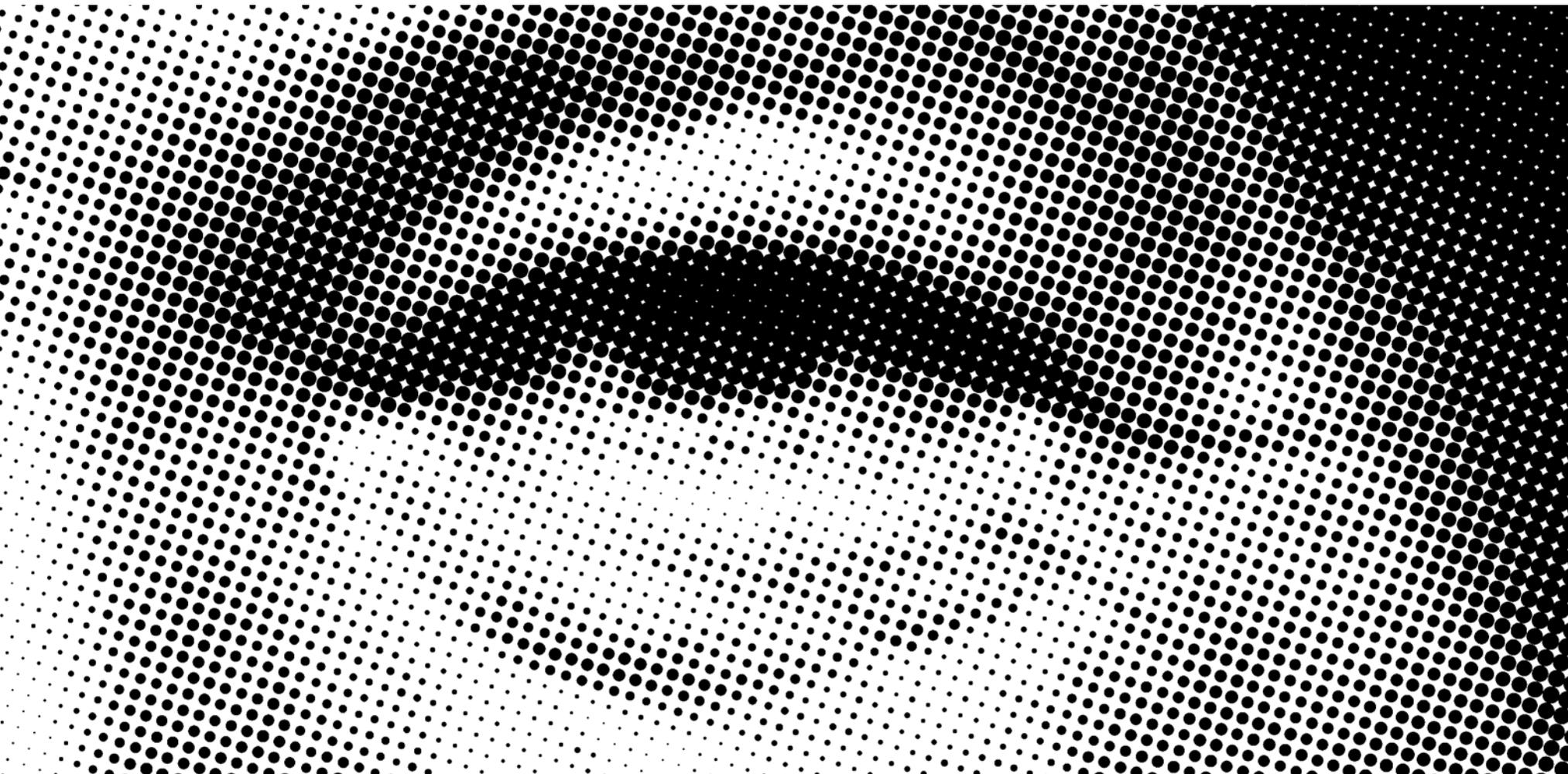
Chávez es un investigador e historiador que trasciende los moldes de la academia. Y ello no hubiera sido posible sin su paso por el cuartel, cual soldado de las “tropas del Ejército Libertador de Venezuela”, como alguna vez le espetó, exigiendo respeto, a un gobernador adeco, corrupto.

Aquel “Bachaco” o “Tribilín” llegó a la Academia Militar, en Caracas, con la ilusión de ser pelotero de Grandes Ligas. Pero, junto al uniforme, los sueños se ensancharon catando de las tradiciones, de la disciplina, de la camaradería y, más que todo, de las injusticias vividas y confrontadas en el cumplimiento del servicio.

Así lo encontramos de subteniente en 1975, en La Marqueseña, Barinas, en las “antiguas tierras del Marqués de Boconó”. Tierras mágicas signadas por senderos de leyendas, combates, sangre derramada y también por lo real maravilloso: “Aquí descubrí un carro un día entre el monte, un Mercedes Benz negro. Lo limpiamos, abrimos el maletero con un destornillador y conseguí un poco de libros de Marx, de Lenin; conseguí este libro por allá, lo leí aquí: ‘Tiempo de Ezequiel Zamora’, de ese gran revolucionario Federico Brito Figueroa. Aquel subteniente Chávez comenzó a leer aquí, comenzó a hablar con los soldados allá”.

Hablar quiere decir forjar conciencias, aunar voluntades, sembrar la semilla del Movimiento Bolivariano que tuvo su juramento en el Samán de Güere y el bautismo de fuego el 4 de febrero de 1992, cuando el “Por ahora” dio la pauta al devenir.

Chávez dialoga, tutea, narra al detalle, se adelanta a veces, va atrás, superpone historias; rompe la lógica gramatical sujeto-verbo-predicado. Es parte



de su estilo, su técnica narrativa, con la cual mantiene en vilo, enseña, polemiza, pone a pensar y convence. Se trata, sin lugar a dudas, de un fenómeno de la comunicación directa, cercana, permanente con su pueblo.

Llanero de pura cepa, y orgulloso de serlo, Chávez es también un fabulador. Él asegura que no exagera, pero Fidel Castro, quien lo conoce bien, acuña que su amigo venezolano “rellena”, al menos sobre las historias que involucran a ambos.

Los “rellenos” ocurren, sobre todo, cuando la narración le concierne personalmente. Como la serpiente que, según sus propias palabras, estuvo a punto de devorarlo en su cuna, allá en la casa de piso de tierra de Sabaneta. “A la tragavenado la colgaron del techo y la cola pegaba en el suelo. El grueso era como el de un caucho de carro”, rememora para asegurar: “estoy vivo de broma”.

O aquel caimán del Arauca, que fue creciendo de cuento en cuento, en medio de la credulidad-incredulidad del auditorio. “Cuarenta y cinco metros de largo conté yo a pepa de ojo”.

Entonces la narración gana en intensidad porque el que la cuenta lo hace como si la estuviera viviendo en tiempo real. Así llegan los sonidos: “Pac”, sueña cuando su padre bocha la bola criolla; “Ass”, el silbido de la tragavenado; “Uuuh”, los fantasmas de Sabaneta; “Pum”, vuela lejos la chapita; “Ta, ta, ta”, Evo habla que habla; “Ra, ra, ra”, meterle a los gringos cuatro batallones por el flanco; “Uju”, sorpresa.

De la mano del sonido están también los corridos, las coplas, las canciones. “Yo canto muy mal”, confesó públicamente, pero a continuación acotó: “como dijo el llanero aquel, ‘Chávez canta mal, pero canta bonito’”.

Lo cierto es que resulta difícil encontrar a otro jefe de Estado que entone más en público, desde el himno nacional, hasta rancheras, baladas de moda y, sobre todo, las estrofas del cantar folclórico venezolano, del que ha sido campeón promotor. Cantor de pueblo, pues.

Y, ¡claro!, el lenguaje. El del presidente, del líder político, forjador de conciencias, educador, del declamador, del poeta. Pero también el del ciudadano

de a pie y más, del veguero de campo adentro. De ahí el uso diáfano de vocablos que forman parte del habla popular, aunque algún diccionario no los reconozca: “jamaqueo”, “choreto”, “jalamecate”, “firifirito”, “espatilla'o”, “esperola'o”, “kilúo”, “arrejuntar”, entre muchos otros.

¿Es cómico?, preguntaba un amigo al conocer de la idea del libro. Chávez es dicharachero, se ríe de sí mismo, celebra el chiste sobre su persona, pero también arranca carcajadas del auditorio cuando pone al adversario en el centro de su colimador. Ya lo dijo en alguno de sus alocuciones: “Revolución es amor y humor”. Pero “Cuentos del Arañero” es también algo muy serio. Chávez sufre en sus páginas, le duele el dolor del pueblo, del niño que agoniza sin atención médica, que muere porque el capitalismo y los gobernantes a su servicio se la negaron. “¡Es el infierno aquí!”, se lamenta el Presidente, que en los primeros años de su gobierno se consigue la tragedia por doquier, la nefasta herencia de la IV República.

“Como siempre, está la masa del pueblo y yo me echo encima de la masa, me abrazo con ella, sudo con ella, lloro con ella y me consigo. Porque allí está el drama, allí está el dolor, y yo quiero sentir ese dolor, porque solo ese dolor, unido con el amor que uno siente, nos dará fuerzas para luchar mil años si hubiera que luchar”, exclama por aquellos días.

Desde esos tiempos la amistad con Fidel, relación entrañable de una sensibilidad superior. Sobre ello, y más, habría mucho que decir. Pero mejor que lo cuente Chávez, el arañero de Sabaneta.

Orlando Oramas León
Jorge Legañoa Alonso
Junio de 2012

HISTORIAS DE FAMILIA



CONFIDENCIAS

Permítanme siempre estas confidencias muy del alma, porque yo hablo con el pueblo, aunque no lo estoy viendo; yo sé que ustedes están ahí, sentados por allí, por allá, oyendo a Hugo, a Hugo el amigo. No al Presidente, al amigo, al soldado.

Bueno, ayer fui a visitar la tumba de mi abuela Rosa. No quería ir en alboroto porque siempre hay un alboroto ahí, bonito alboroto y la gente en un camión y las boinas rojas. Yo dije: “Por favor, yo quiero ir solo con mi padre a visitar a la vieja, a Rosa Inés”. Allí llegamos, y llegó el señor, un hombre joven, con una pala y unos niños, limpiando tumbas. Ellos viven de eso. Y me dijo el señor, dándole con cariño a un pedacito de monte que había al lado de la tumba de la vieja: “Presidente, usted la quiso mucho, cada vez la nombra, ¿verdad?”. “Claro que la quise y la quiero, ella está por dentro de uno”.

También me dio mucha alegría ver de nuevo, ¿cómo se llama el niño? No recuerdo, un “firifirito”, que hace un año fui también a darle una corona a mi abuela, y él llegó: “Chávez, yo vivo limpiando tumbas y no tengo casa”. Ayer me dijo, con una sonrisa de oreja a oreja: “Chávez, gracias, tengo casa, mira, allá se le ve el techo”. Tiene techo rojo la casa. El niño tiene casa, hermano, con su mamá y su papá y dos niños más, que están ahí, todos limpian tumbas. Esa vez lo agarré y le dije: “¿No tienes casa?” ¡Claro!, son

tantos los que no tienen casa ¡Dios mío! ¡Ojalá uno pudiera arreglar eso rápido para todos los niños de Venezuela!

Le pedí al general González de León y al gobernador que se unieran para atender el caso de ese niño, porque él me dijo con aquellos ojitos: “Chávez, no tengo casa. Chávez, yo quiero estudiar”, “Chávez, mi mamá está pasando hambre”, y bueno, me dijo tantas cosas con aquellos ojitos que me prendió el alma. Y les dije, miren, hagan un estudio social. Y ya tiene casa el niño y se le ve el techo rojo. “Allá está. Chávez, visítame”. Y yo le dije: “No tengo tiempo papá, pero otro día voy”. ¡Ojalá pueda visitarlos algún día!

Ahí estuvimos rezando delante de la tumba de la abuela. Yo nací en la casa de esa vieja, de Rosa Inés Chávez. Era una casa de palma, de piso de tierra, pared de tierra, de alerones, de muchos pájaros que andaban volando por todas partes, unas palomas blancas. Era un patio de muchos árboles: de ciruelos, mandarina, mangos, de naranjos, de aguacate, toronjas, de semerucos, de rosales, de maizales. Ahí aprendí a sembrar maíz, a luchar contra las plagas que dañaban el maíz, a moler el maíz para hacer las cachapas.

De ahí salía con mi carretilla llena de lechosa y de naranjas a venderlas en la barquillería. Así se llamaba la heladería, y me daban de ñapa una barquilla. Era mi premio y una locha para comprar qué sé yo qué cosas. Bueno, de ahí vengo. Cuando yo muera quiero que me lleven allá,

a ese pueblo que es Sabaneta de Barinas, y me conformaré con una cosa muy sencilla, como la abuela Rosa Inés.

LAS PROPIAS RAÍCES

La abuela Rosa Inés decía: “Muchacho, no te encarames en esos árboles”. Yo me subía arriba, chico. Había un matapalo en el patio donde me crié, era un patio hermoso y uno se subía en todos esos árboles. El matapalo era el más alto y uno buscaba las ramas más altas porque había unos bejucos y allá abajo un topocho. Y como las matas de topocho tienen el tronco blando y esponjoso, es como un colchón.

¿Tú sabes lo que yo hacía? Me lanzaba con mis hermanos y Laurencio Pérez, el otro que le decíamos “El Chino”. El único que no se subía era el “Gordo Capón”. El “Gordo Capón” no podía subirse, era el dueño del único bate y la única pelota Wilson, así que ese era cuarto bate aunque se ponchara. Uno se lanzaba barúuu, barúuu. El hombre de la selva. Yo prefería ser Barú que Tarzán. Barú era africano. Uno caía, se “espatillaba” contra los topocholes y mi abuelita, pobrecita, que en paz descansa, salía con las manos en la cabeza: “¡Muchacho, te vas a matar, bájate de ahí, mira que el Diablo anda suelto!”

A veces a mí me daba miedo porque uno pensaba que el Diablo andaba suelto de verdad.

Claro, Cristo anda suelto también y Cristo siempre le gana al Diablo como Florentino le ganó al Diablo. Ella nos regañaba mucho, nos bajaba de los árboles, pero en la noche nos sentaba en el pretil de la casa de palma, cuando se iba la luz de la planta eléctrica de Sabaneta, que quedaba cerquita de la casa. Cuando pasaba don Mauricio Herrera en una bicicleta, uno sabía que ya iban a apagar la planta. “Ahí pasó don Mauricio”, y era como un reloj. Él pasaba todas las noches a las ocho en punto. Recuerdo que apagaba una primera vez, ese era el aviso. Era como la retirada, como cuando uno está por allá y le tocan la corneta. Después venían dos apagones, rur, rur, y ya la tercera era que se iba la luz en el pueblo.

Claro, ya estaban las velas prendidas o las lámparas aquellas de kerosene, y la abuela lista con sus cuentos. Y uno la buscaba: “Abuela, échanos los cuentos”. Y ella hablaba de un cabo Zamora y de un Chávez, abuelo de ella, que se fue con el cabo Zamora y no regresó más nunca. Recuerdo que desde niño oía comentarios entre las abuelas: “Cónchale, que aquel si fue maluco, dejó la mujer sola y le dejó los hijos”.

El abuelo por los Chávez, el abuelo de mi abuela se fue con un tal Zamora y no vino más nunca. Dejó los muchachos chiquitos y la mujer se quedó sola con los muchachos vendiendo topocho y pescando en el río. También oía los comentarios de mis abuelas, las Frías, de que hubo un maluco, un tal Pedro Pérez Delgado, quien también tuvo dos muchachos con Claudina Infante y se fue. Estaban los muchachos chiquiticos y más nunca volvió. Entonces yo tenía la idea de que eran malucos, pero cuando voy a buscar la historia en los libros resulta que no eran ningunos malucos, eran unos soldados. Esas son las leyendas, esos son los cuentos pero que vienen de las propias raíces.

YO VENDRÍA A BUSCARTE

Mi abuela Rosa Inés nos enseñó a Adán y a mí a leer y a escribir antes de ir a la escuela. Fue nuestra primera maestra. Ella decía: “Tienes que aprender, Huguito”. Las letras redonditas que ella hacía. Quizás de ahí viene mi pasión por la lectura, por la buena escritura, la buena ortografía, no cometer ni un error. Algunos me sufren, porque yo soy que si el acentico, la comita, la forma de la prosa incluso, y del verso de cuando en cuando. Ella me decía, ya yo militar: “Huguito, usted sálgame de ahí, usted no sirve para eso”. Y a mí me gustaba el Ejército, y le preguntaba: “¿Por qué no sirvo para eso, abuela?” “Usted es muy ‘disposicionero’, usted inventa mucho”. Dígame después, cuando, ya de teniente, de vacaciones, llegué un día a la casa con otros cadetes; nos sentamos ahí y yo puse a Alí Primera: “Soldado, vuelca el fusil contra el oligarca”. Ella tenía esa inteligencia in-

nata de nuestro pueblo y oía el canto de Alí Primera. Se fueron los compañeros y me dijo: “¿Se da cuenta? Usted se va a meter en un lío, porque yo estoy oyendo esa música y usted se la pone a sus compañeros, Huguito, Huguito”. ¡Ay!, la abuela. Ella me descubrió antes de tiempo, me intuyó. Murió aquel 2 de enero, la sembramos en medio de retoños y de amaneceres el año 1982. Recuerdo que tenía guardia el 31 de diciembre en Fuerte Tiuna, en la Academia. Me gustaba mucho pararme en el Gran *Hall*, en la puerta grande que da hacia las columnatas, y ver el jolgorio en la soledad. A las 12 de la noche nos asomábamos ahí el grupo de oficiales a darnos el abrazo, a ver los cohetes de los cerros de El Valle, a oír los rumores de la alegría y la esperanza de un pueblo que se renueva cada 31 de diciembre. El 31 hubo reunión de oficiales despidiendo el año y me dio pena pero le dije a mi coronel Tovar: “Mi coronel, necesito un permiso, tan pronto regresen los que están de permiso de segundo turno”. Y le expliqué: “Mi abuela, que es mi mamá vieja, está muy mal y no le quedan muchos días de vida. Me acabo de despedir de ella hace dos días, un abrazo y las lágrimas y recuerdo que me dijo: ‘¡Ay!, Huguito, no llores, que quizás con tanta pastilla me voy a curar’”. Pero no, ya no tenía cura, sabíamos que se iba, ya se estaba yendo. Y el buen coronel me dijo: “Chávez, vaya”. Yo era jefe de deportes y no había en ese momento ningún gran compromiso deportivo. Entonces me dijo: “Váyase el 5 de enero cuando lleguen los demás”. El día primero me voy a visitar a mi coronel Hugo Enrique Trejo en Macuto. Él tenía una casita allí; ese fue como otro padre mío, orientador, el gran líder militar de los años ‘50. Ahí estuvimos conversando el primero. En la tarde me fui a Villa de Cura a visitar a mi tía abuela Ana, la hija de Pedro Pérez Delgado. Estando allá salí a afeitarme, porque estaba muy mechudo —como decimos—, para regresar en la tarde a la Academia. Cuando regreso, ya tenía la noticia: “Ha muerto la abuela”. Así que la sembramos al día siguiente. Ya yo estaba comprometido con la Revolución, por eso le escribí estas líneas:

Quizás un día mi vieja querida, dirija mis pasos hasta tu recinto, con los brazos en alto y como alborozo, colocar en tu tumba una gran corona de verdes laureles: sería mi victoria y sería tu victoria y la de tu pueblo, y la de tu historia; y entonces por la madre vieja volverán las aguas del río Boconó, como en otros tiempos tus campos regó; y por sus riberas se oirá el canto alegre de tu cristofué y el suave trinar de tus azulejos y la clara risa de tu loro viejo; y entonces en tu casa vieja tus blancas palomas el vuelo alzarán y bajo el matapalo ladrará “Guardián”, y crecerá el almendro junto al naranjal, también el ciruelo junto al topochal, y los mandarinos junto a tu piñal, y enrojecerá el semeruco junto a tu rosal, y

crecerá la paja bajo tu maizal, y entonces la sonrisa alegre de tu rostro ausente llenará de luces este llano caliente; y un gran cabalgar saldrá de repente y vendrán los federales, con Zamora al frente, y las guerrillas de Maisanta, con toda su gente, y el catire Páez, con sus mil valientes; o quizás nunca, mi vieja, llegue tanta dicha por este lugar, y entonces, solamente entonces, al fin de mi vida yo vendría a buscarte, mamá Rosa mía, llegaría a tu tumba y la regaría con sudor y sangre, y hallaría consuelo en tu amor de madre, y te contaría de mi desengaño entre los mortales, y entonces tú abrirías tus brazos y me abrazarías cual tiempos de infante, y me arrullarías con tu tierno canto y me llevarías por otros lugares...

LA NEGRA INÉS

Yo tuve una abuela que le decían la Negra Inés. Una negra despampanante, famosa en todo el llano. Han pasado casi cien años y todavía la recuerdan poetas del llano: la Negra Inés, la de la casa del semeruco, cerca de la iglesia. ¡Ah!, eso suena a recuerdo bonito, profundo y lejano.

Dicen que la Negra Inés, mi bisabuela, era hija de un africano que pasó por aquellos llanos. No es que dicen, es que era verdad, porque cuando cien personas dicen lo mismo en un pueblo pequeño, es verdad. Aunque quizás yo nunca sabré el nombre de aquel abuelo africano, que era de los Mandingas. Así que yo terminé siendo un Mandinga. La Negra era la madre de mi abuela Rosa Inés Chávez, que nació entre india y negra. Porque, ¡mira!, el papá de mi abuela, de Rosa Inés, fue un italiano que se levantó a la Negra Inés y vivieron un tiempo juntos. Tuvieron a Rosa Inés y a Ramón Chávez, que lo recuerdo. Yo lo vi morir. Murió de un ataque, como decían antes.

El tío Ramón me hacía los papagayos. Estaba muy enfermo en un chinchorro y me dice: “Huguito, ayúdame a ir al baño, que estaba allá atrás, el excusado, pues. Yo lo llevo y le digo: “Tío, aquí es”. Y no, él siguió y llegamos casi a la cerca. Él no veía y cayó. Salí corriendo a llamar a la abuela: “Mamá Rosa, mamá Rosa, mi tío, tiene un ataque”. Cuando vino un médico, que consiguieron no sé dónde, ya estaba muerto mi tío Ramón Chávez.

YO ESTOY VIVO DE BROMA

Cuenta mi madre que estoy vivo de broma, de broma estoy vivo. Un día ella estaba en la cocina, yo chiquitico, de meses. Adán tenía año y piquito. Yo estaba en un chinchorro, llorando y mi mamá le dice a Adán: “Vaya, mézame al niño”. Mi mamá lo que oyó fue el chillido mío y salió corriendo a ver. Resulta que el chinchorro estaba como lo ponemos en el campo, guindado sobre la cama. Y

el Adán, que además era “kilúo”, lo agarró por la cabuyera y haló el chinchorro. Él me meció, pero verticalmente, y el pobre niño aquel, que era yo, salió disparado como bala humana. Mi mamá me consiguió allá orinadito y todo, en la esquina allá. Menos mal que las paredes eran de barro, de tierra, y el piso también. Ese fue Adán.

Después a los pocos días cuenta mi mamá que ella estaba ahí como a medianoche. Todo oscuro. Mi papá no había llegado. Yo estaba en la cuna. Adán estaba con mi abuela en el otro cuarto. Mi mamá oye un ruido en la oscuridad que hace: “¡Asss, ass!” Ella pela por la linterna y alumbraba. Cuando ve algo debajo de mi cuna, ¡era una tragavenado, compadre! Mi mamá me agarró y salió disparada. Llamó a mi tío Ramón Chávez, que en paz descansa, quien mató la culebra con un machete o un palo. A la tragavenado la colgaron del techo y la cola pegaba en el suelo. El grueso era como el de un caucho de carro. Era una culebra que tenía azotada a la conejera de mi abuela. Se había comido ya varias gallinas y andaba buscando un bachaquito, fíjate. Yo estoy vivo de broma.

SACA VEINTE O CONSIDÉRATE RASPA'O

Cuando mi padre era mi maestro de cuarto grado, me consta que revisaba mi prueba una y tres veces, con mayor rigor que las otras. Yo a veces reclamaba justicia, tratamiento igual, pero no, mi padre era más duro conmigo. Así tenía que ser. Fue una gran enseñanza para mí y mis hermanos. Me dijo: “Cuando tú no saques 20 considérate raspa'o”. Y una de las motivaciones que uno tenía, el fin de semana, el sábado, era ir a ver “Tin Tan”, “Chucho, El Roto”, “El Águila Negra”, todas esas películas de aquellos años en el único cine que había por todos esos pueblos, el Cine Bolívar de Sabaneta, que costaba un real. Mi papá nos llevaba, pero cuando yo no sacaba veinte, no iba al cine. No olvido que me perdí la película “Neutrón”, porque no saqué 20 en un examen, no sé cuál. Lloré mucho, mi abuela me consolaba: “¡Ay, Huguito!”.

EL ARAÑERO

Ustedes saben que yo vendía arañas. Desde niño, más o menos, tengo noción de lo que es la economía productiva y cómo vender algo, cómo colocarlo en un mercado. Mi abuela terminaba las arañas y yo salía disparado. ¿Pa' dónde iba a coger? ¿Pa'l cementerio? Estaría loco. Allá estaba a lo mejor una señora acomodando una tumba, a lo mejor un entierro. Si había un entierro entonces yo aprovecharía ¿verdad? Pero no, ¿pa' dónde? Pa'l Bolo. Más de una vez mi papá me regañó: “¿Qué haces tú por aquí?” “Vendiendo

arañas, papá”. Todas las tardes, a las cinco, se veían allá los hombres del pueblo. Mi papá jugaba bolos porque él es zurdo y lanzaba bien.

En el bolo yo vendía la mitad, y después pa'l cine. La concentración, pues, en la Plaza Bolívar. A la salida de la misa estaba yo, mire, con mi bichito aquí: “Arañas calientes”, no sé qué más. Y le agregaba coplas: “Arañas calientes pa' las viejas que no tienen dientes”, “arañas sabrosas, pa' las muchachas buenamozas”, cosas así. Arañas calientes, araña dulce, pa' no sé qué. Yo inventaba, ya casi se me olvidaron las coplas. A las muchachas yo les cantaba. Dígame si salía por ahí Ernestina Sanetti, ¡ah!, yo le cantaba. Ernestina Sanetti, Telma González, de las bonitas del pueblo. Entonces vendía mis arañas ahí donde estaba el mercado y la concentración.

¡Cómo olvidar las fiestas de Sabaneta! Yo era monaguillo, tocaba las campanas, y había que tocarlas duro los días de fiesta. Y la abuela: “¡Huguito, hay que buscar más lechosa!”. Porque en los días normales yo vendía no más de veinte arañas dulces; eran dos bolívares con un real. En cambio, en las fiestas se vendían hasta cien arañas diarias. Mi abuela se levantaba muy temprano. Yo la ayudaba; le comía las patitas a las arañas. Y le regalaba una a Hilda, que me gustaba aquella muchachita. Me quedaban por lo menos dos lochas todos los días, para montarme en la montaña rusa y la vuelta a la luna aquella. Me gustaba ir al circo y ver a las trapezistas bonitas que se lanzaban. De cuando en cuando iba un elefante, un tigre en una jaula, y uno vivía las ilusiones del mes de octubre. Dígame en las fiestas patronales. ¡No! Estábamos en emergencia, había que buscar lechosa no sé, hasta allá en el río, porque se vendía mucho, y además no teníamos competencia. La única casa donde se hacían arañas en este pueblo era la casa de Rosa Inés Chávez. Sí, un monopolio.

GENTE HONRADA

Recuerdo que compraba a veces a crédito. Nosotros vivíamos de lo que nos daba mi papá, que era maestro por allá en un monte. ¡Imagínense un sueldo de cien bolívares! Mi abuela hacía dulces, vendíamos arañas, tabletas, majarete, dulce de coco, y frutas. Vendíamos muchas frutas porque el patio, donde yo fui un niño feliz, era un patio lleno de árboles frutales de todo tipo y de eso vivíamos.

Había tiempos difíciles cuando la abuelita no podía hacer el dulce. Yo le decía a Luis Alfonso, el bodeguero, donde compré toda la vida: “Luis Alfonso, vengo a fiar un bolívar de plátano”. Y él anotaba ahí, porque estábamos pasando por una situación difícil. Pero luego me ponía las pilas, como decíamos. Mi abuela hacía doble dulces, yo vendía más rápido y le pagábamos la locha o el bolivita que nos había dado fiar Luis Alfonso. La gente humilde es honrada.

POBRE, PERO FELIZ

Hace poco estábamos comiendo mangos con el Gobernador en la casa del Rey, allá en Jamaica. Había mucho mango. Y entonces le contaba al Gobernador que fui un niño pobre, pero feliz. Yo me iba por los montes a comer mangos, naranjas y ciruelas. Éramos muy pobres. A mí lo que me daban era una locha diaria para ir al liceo; con eso uno se tomaba un fresco y a lo mejor se comía un pedacito de pan.

Pero después, cuando salíamos en la tarde, me iba directo del liceo al estadio “La Carolina”, en Barinas, donde hoy funciona un estadio de fútbol muy bueno. Eso está rodeado de mangos y mangas y esa era la cena de nosotros, de los que estábamos practicando. Yo iba con mi maletín y mis guayitos viejos de jugar béisbol: mi guante-cito viejo, una camiseta, una gorrita. ¡Qué divino, vale!, La manga grandota, y uno agarraba una maceta y a tumbar manga, camarita, y a comer. De cuando en cuando alcanzaba para un pan de azúcar, dulcito, de esos con azuquita.

LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

Recuerdo mucho a mi abuela Rosa Inés cuando llegábamos a la casa de palma grande, donde yo nací. Era muy fresca. Pero veníamos de alguna actividad, alguna visita a los vecinos, y la casa estaba sola. Mi abuelita abría la puerta y siempre decía: “Buenos días o buenas noches, Virgen de la Soledad”. Ella le hablaba a la Virgen de la Soledad, que se quedaba cuidando la casa; le encomendaba la casa.

LOS FANTASMAS DE SABANETA

Estaba recordando a mi compadre Alfredo Aldana, en Sabaneta, al “Chiche” Frías, a “Pancho” Bastidas, “Cigarrón” Tapia. Yo era un niño como de diez años, ellos eran unos zagaletos de catorce y quince. En las noches se ponían una sábana blanca. Yo los veía, porque mi primo “Chiche” Frías era uno de ellos. Después que Mauricio Herrera, que en paz descansa, apagaba la planta eléctrica de mi pueblo, salían con la sábana blanca por Sabaneta haciendo ¡uuuuuu!, corriendo por la plaza, por el cementerio. Eran malos, traviosos. Uno sabía que eran ellos, pero yo callaba. En ese tiempo más de un fantasma de esos brincaba una cerca, cuestiones hasta de amores.

Una noche le pusieron una vela, por la orilla de la madre vieja a mi pobre viejita. Creo que fue mi primo Adrián Frías, era otro que a veces se disfrazaba. Pues pusieron una vela en el patio de la casa vieja de mi abuela. Ella estaba muy asustada: “¿Te das cuenta?, ¡ahí están los muertos!”. Tuve que decirle la verdad: “No, abuela, es que los muchachos quieren llevarse un saco de naranjas, entonces

ponen una vela para que la gente se asuste y no se acerquen al patio”. Los fantasmas de Sabaneta.

EL PRIMER DISCURSO

Recuerdo la primera vez que di un discurso, cuando llegó el primer obispo a Sabaneta de Barinas. Estaba en sexto grado y me pusieron a leer unas palabras, a darle la bienvenida al obispo González Ramírez, algo así se llamaba. Y ese mismo año, un 12 de marzo de 1966, me correspondió leer también un discurso en la Plaza Bolívar, de Sabaneta de Barinas, a nombre de los muchachos del Colegio Julián Pino, donde hice mi primaria. Nunca se me olvida una frase de ese discurso que escribió mi padre: “La bandera que Miranda trajo y que Bolívar condujo con gloria”. Eso se me grabó para siempre.

OFASA

Cuentos de familia. Hay que ver cuando nos reuníamos. Ahora casi no tengo tiempo. A veces la familia sufre el impacto de todo esto. Desde aquí un saludo y un recuerdo a mis hermanos. A Aníbal le decíamos “Boca’e bagre”. A Nacho, “Churro mogotero”. Nacho era flaquito y paletúo. A mí me decían “Tribilín” o “Bachaco”. A Adán le decían “Macha macha”. Al negro Argenis le decían “El Indio” o “Curicara”. Y a mi hermano menor, Adelis, le decían “Ofasa”.

¿Saben por qué? Ofasa era una cosa internacional, una oficina. Creo que era de los yanquis, no estoy seguro. Sospecho que era algo raro, porque era una agencia de ayuda humanitaria y había propaganda por radio, allá en Barinas: “Ofasa lo visitará en su casa”, “Ofasa atiende a la humanidad”. Y Adelis estaba chiquitico. Tendría como ocho, nueve años. Él era muy metivo y quería estar en todo. Entonces llega una señora que vivía en la calle, una indigente que andaba pidiendo ropa y comida por las casas. Adelis estaba por la ventana del cuartico, y mi abuela Rosa ahí limpiando. Él ve que la señora viene por la casa, y entonces le dice: “¡Mamá Rosa, mamá Rosa, ahí viene Ofasa!” Porque por radio él oía: “Ofasa lo visitará en su casa. Ofasa atiende a la humanidad”. Por eso le decimos “Ofasa”.

ASUNTO IDEOLÓGICO

Como un amigo nuestro allá en los años ‘60, en Barinas. Ustedes saben que yo soy feo, él era el triple de feo que yo. En las fiestas uno tenía que hacer esfuerzos. Había otros que se peinaban de medio lado y no sé qué más. Además, uno siempre con la misma ropita, unas botas de goma ahí. Uno tenía que hacer un esfuerzo muy grande

para acercarse a una muchacha y sacarla a bailar, agarrarle la mano, un esfuerzo grande aquel. Pero mi amigo, que era el triple de feo que yo, sospechaba que las muchachas no iban a bailar con él o aceptarle una conversación. Teníamos catorce años, éramos unos niños. Entonces él decía: “Yo no bailo con ninguna muchacha hasta que no se defina ideológicamente”. Y él estaba comenzando por los caminos del marxismo, hijo de un marxista muy respetado, un profesor barinés.

EL PENSAMIENTO

Mi papá empezó a dar clases de primaria, por allá en Los Rastrojos. Tenía sexto grado, no había liceo en Barinas. Luego consiguió un puestico de maestro por allá en un monte, pues. ¡Ah!, pero entonces se inscribió en los cursos de mejoramiento del magisterio, una cosa buena que había. No todo lo pasado fue malo. Eso venía desde mucho antes del año 1958. Entonces mi papá venía a Caracas en agosto y traía libros. Cuando el terremoto de Caracas mi papá estaba aquí y lo lloramos mucho: “Se acabó Caracas”, decían por radio. Y los rumores allá en Sabaneta: “Caracas se acabó”.

Después llegó un telegrama al otro día: “Estoy vivo, estoy bien”. Y llevó una enciclopedia, creo que francesa, “Quillet”. Me prometió un amigo francés conseguirme una de la época, porque se perdieron esos libros. El último que vi lo tenía mi hermano Adán. Después no sé, al mismo Adán se le perdió en estos huracanes que se llevaron muchas cosas. Pero ahí había muchas recomendaciones: filosofía, matemática, historia; era como mi Internet entonces.

Yo era un niño y me bebía aquellas páginas. Y una de las recomendaciones que había allí, que la apliqué toda mi vida, era la siguiente: “Usted piense”, decía alguna página de aquellas. Yo lo apliqué. Si estás en la mañana limpiándote los dientes, piensa lo que estás haciendo: “Me estoy limpiando los dientes”. No estés ahí como si fueras un árbol, que no piensa. Si estás “pitchando” en el béisbol, piensa. Si estás disfrutando con unos amigos, unas amigas, piensa. El pensamiento es clave para entender lo que uno está viviendo, para no pasar por este mundo así como si fuera una nube que pasó.

¡QUE NO ME LO MATEN!

En La Chavera estaba mi padre el 4 de febrero de 1992 en la mañana, como todos los días, con sus cochinos y cuatro vacas. Llegó alguien en bicicleta a decirle: “Mire, don Hugo, que hay una rebelión militar, que unos militares se alzaron”. Eran unos muchachos, vecinos que tenían allí también un ganadito. Ellos me conocen desde hace tiempo, porque yo siempre en vaca-

ciones iba a La Chavera a jugar bolas criollas, a bañarnos en el río. Los muchachos le dijeron: “Don Hugo, ¿usted no cree que Huguito esté metido en eso?”. Ellos ya intuían, porque me conocían de tanto hablar en la cancha de bolas, en el río, por allá en bicicleta, caminando por esas costas de ríos. Mi papá les dijo, lavando la cochinera: “No, no, ese no se mete en eso”.

En cambio, cuando Cecilia, la vecina, llamó a mi mamá: “Mira Elena, dijeron por Radio Barinas que hay una rebelión militar”. Mi mamá se puso a rezar “porque ahí tiene que estar Huguito”. Lo que son las madres, ¿no? Mientras mi papá decía: “No, tranquilo que ese no se mete en nada de eso”, mi mamá desde que le dijeron se puso a rezar. “¡Que no me lo maten!, porque estoy segura de que ese está ahí”. Te quiero, mi vieja, Elena. ¡Muy sabrosa la delicada!, las hallacas y la mazamorra que me trajiste. Me queda todavía un poquito, voy poco a poco. No le doy a nadie.

LOS DEDOS DE MI PADRE

Acabo de hablar con mi padre y a mi padre lo amo, lo admiro y, además, lo metí en este lío. Mi padre Hugo de los Reyes Chávez, un maestro jubilado. Estaba criando cochinos y gallinas ponedoras desde hacía varios años, hasta el 4 de febrero en la mañana. Dejó las gallinas, dejó los cochinos, dejó cuatro vacas flacas, dejó un fundito que le costó toda su vida de maestro y se fue a la batalla.

Él andaba fundando comités bolivarianos por los pueblos y buscando firmas para la libertad, no de su hijo, sino de los soldados. Yo estaba prisionero, me enteré y lo lloré. Incluso escribí un poema llamado “Los dedos de mi padre”, que se perdió porque me allanaron a los pocos días y se llevaron los manuscritos.

Y perdió tres dedos porque se desprendió la carrucha en esos ríos donde no ha llegado la mano del desarrollo y todavía se pasan en carrucha, por allá en los llanos, en el pie de monte. Recuerdo que hablaba de las manos de mi padre, las mismas que me enseñaron a escribir la a, la e, la i, la o, la u. Las mismas que junto a las de mi madre y su amor, hicieron posible, por la mano de Dios, que viniera al mundo junto con mis hermanos.

EL VIEJO COMO UN GUERRERO

El día jueves en la noche mi padre sufrió un accidente cerebro vascular, cumpliendo con sus labores allá de gobernador de Barinas. Se la pasa por los pueblitos atendiendo a la gente, viviendo con la misma angustia existencial que vivimos nosotros ante la tragedia de los campesinos, y cumpliendo con sus responsabilidades. Fue sorprendido, una emboscada de la vida como yo la llamo.

El viejo como un guerrero se paró, lo trajimos esa madrugada a Caracas y llegó una doctora a hacerle preguntas. Algo importantísimo es que papá nunca perdió la conciencia, y Dios mediante se está recuperando. Pero esa madrugada, como a las cuatro de la mañana, llegó la doctora. “¿Tú sabes silbar?”, le dijo. “¿Qué quieres que te silbe?”. Yo lo veía muy preocupado, pero por dentro con una gran esperanza al verlo con aquella picardía, ahí guapeando. Después le dice la doctora: “¿Pero tú silbas y cantas también?”. “Sí”, y le cantó una canción, una canción viejísima.

Papá fue parrandero. Yo era muy niño y él tenía un amigo llamado John que tenía una guitarra y ellos cantaban, daban serenatas y a veces los viernes llegaba a medianoche. Imagínate tú, era maestro de escuela y vendía carne por los campos en un burro negro. Conoció a mi mamá que nació y se crió en un campito más adentro del pueblo, en las costas del Caño de Raya, un caserío que se llama Los Rastrojos. Ahí nació mi mamá. En las Frías eran casi puras hembras ¿no?, y buenas mozas. Papá se la trajo en el anca del burro y se casaron.

Cuando nació Adán, el mayor, papá tenía veinte años; mi mamá diecisiete. Yo nací al año siguiente. Somos seis varones en fila india. A mi papá lo recuerdo, chico, jugaba béisbol; de ahí nació mi pasión por el béisbol. Papá es zurdo, jugaba en el equipo “Los Centauros” de Sabaneta, en un peladero de chivo, jugando primera base. Lo recuerdo también de bochador de bolas criollas, con la zurda. Él sacaba la bola por un lado, “pac”.

Y le cantó esa vieja canción a la doctora, a las cuatro de la mañana. Es una tonada hermosa que termina diciendo: *A mí me dicen llanero, ay, sí / y de eso no me quejo / porque traigo mi sombrero / porque traigo mi sombrero de paja y con barboquejo.*

UN PEDAZO DEL ALMA

Yo fui padre la primera vez a los veintiún años. Nació Rosa Virginia, mi terrón de azúcar. Fue creciendo Rosa y vino María y después Huguito. Los veía a ellos muy pequeños, pero yo decía: “Estos no son los únicos niños del mundo”. Yo veía que ellos tenían vivienda, que podían ir a la escuela. Si se enfermaban, los llevaba al Hospital Militar.

Recuerdo que cuando veníamos a Caracas, me paraba en la autopista, en algún borde y les decía: “Miren, ustedes tienen suerte. Tienen un padre que puede, más o menos, proporcionarles un sustento, porque soy militar profesional y tenemos un sistema de seguridad social que los atiende a ustedes. Pero allá arriba, en aquellos cerros, vean cómo andan los niños, muchos sin padre, muchos sin atención de ningún tipo”. Es decir, fui preparando a mis hijos para lo que vino después, que fue muy doloroso.

Nunca olvidaré, como padre, la noche del 3 de febrero de 1992: dejar la casa, dejar los hijos dormidos, echarles la bendición, darles un beso, dejar la mujer y salir con un fusil en la oscuridad. ¡Eso es terrible!, porque uno deja un pedazo del alma.

ROSA VIRGINIA

Mañana 6 de septiembre cumple años Rosa Virginia Chávez Colmenares, mi niña, la negrita Rosa, que Dios me la bendiga. Nació en Maracay, yo era teniente apenas. Le dije al Comandante de batallón: “Deme un permiso que mi mujer va a parir”. Y me vine en la mañanita a Caracas, a buscar real, porque no tenía para pagar el parto y el seguro no me cubría sino una pequeña parte. Además fue un parto un poco difícil el de Rosa Virginia. Nancy, su madre, mi primera esposa, a la que recuerdo con mucho cariño.

No tenía ni carro. Me lo prestó el subteniente Chávez Tovar, un compañero del batallón blindado Bravos de Apure. Tenía un Fairlane 500, rápido. Así que me vine, como una bala a Caracas, al IPSFA, con una carta del Comandante para aligerar. Yo había pedido un crédito personal, seis mil bolívares para pagar la clínica. Llego y me meto y hasta me pararon firme. Había un coronel ahí que no me quería atender o estaba muy ocupado; tuve que parármelo al frente: “Atiéndame que es urgente”. Por fin me dieron el cheque, un chequecito, hermano, lo cobré a las 11:30 en el mismo banco del IPSFA.

Prendo ese carro y llegué Maracay en menos de una hora, directo a la clínica. Cuando voy entrando por el pasillo largo de la clínica veo al mayor Richard Salazar, que era segundo comandante del batallón, y un grupo de oficiales. Y lo primero que me dijo: “Perdiste la apuesta”. Yo había apostado que era macho, y es más, le había comprado un bate de béisbol. Perdí una botella de whisky, que en ese tiempo se podía apostar. Claro, quedé endeudado. Yo no tenía pa’ pagar esa botella, se la tomaron ese mismo día. Bueno, ya estaba la negrita Rosa Virginia chillando allí felizmente.

“LA BRAZO LOCO”

María Gabriela nació en aquella sabana de Barinas, y en ese día tan especial siempre íbamos en su cumpleaños a los desfiles y las cosas del Día de la Bandera. Entonces ella asociaba todo aquel colorido a su cumpleaños. Un día le dije: “Yo te iba a poner María Bandera”. “¡Papá, te hubiera demandado!”. Porque María salió así, libre como el viento, como la bandera. Ella ondea así.

Cuántos recuerdos. Tu infancia más lejana, tu compañía en los desiertos; nunca fue un desierto, siempre estaba alguien allí. Nunca uno anda solo, incluso Jesús siempre anda con nosotros, el de Nazareth. María siempre allí, con su alegría,

sus cosas, con sus brincos. Una vez se cayó de un guayabo allá en Elorza y se le zafó el brazo. Tenía como siete años. Tuve que traérmela en un camión, en pleno invierno, hasta Barinas.

Yo con aquella niña por aquellos caminos intransitables, con aquel brazo que le bailaba. La operaron en Barinas y le pusieron el brazo en su sitio. Luego, yo le pichaba a Huguito y María “quechaba”. Ella me lanzaba de regreso y la pelota salía hacia los lados. No la lanzaba derecho. Yo le decía: “Tú eres brazo loco”, así que le decían “la brazo loco”.

NACIÓ HUGUITO

Recuerdo cuando nació mi hijo Huguito, que es Hugote ya; está más alto que yo. Lo vine a conocer a los tres días porque estaba yo, como siempre, entregado a mi vida de soldado. Nancy se fue a parir a Barinas y yo andaba en una comisión con unos tanques, en maniobra. Por allá, en medio de un tierrero, unos tanques y unos soldados, me llegó el mensaje: “Parió macho”. Celebré entre tanques de guerra y entre soldados el nacimiento. “Se llamará Hugo Rafael”, dije desde allá en un mensaje a la mamá y a la abuela, mi mamá.

Al tercer día fue que pude salir. Me dieron permiso, llegó otro capitán a relevarme y agarré un autobús de Carora hasta Barquisimeto. Allí un primo me llevó hasta Barinas. Llegué a Barinas y consigo a la familia triste, porque el niño nació con el píloro pegado, que es como una válvula que está al final del esófago. Eso lo aprendí esa vez. El muchacho chiquitico y lo iban a operar. Por fin no hizo falta, no hubo operación. Después fue que se le abrió mucho el píloro, comía mucho y se puso como Juan Barreto, parecía una pelota blanca, porque era blanquito mi muchacho. ¡Que Dios lo bendiga!, y a todos los muchachos de Venezuela.

NO LES TENGO MIEDO

¡Ah!, entonces, me di cuenta de algo que yo no había descubierto: el miedo a los poderes fácticos. Vean los periódicos. Bueno compadre, a mí no me importa. A mis hijas les dicen de todo, hasta a la más chiquita, pues, se meten con ella, con ellos, con mi hijo, mis padres. No me importa nada, y ellos lo saben. No le tengo miedo al qué dirán, ni al qué harán. Dios me cuide los hijos y los hijos de todos nosotros. Un día les conté algo a mis hijos, los grandes, porque empezaron a llegar amenazas cuando no tenía forma de protegerlos. Ahora el Estado está obligado a protegerlos, es una obligación constitucional. Yo andaba por las calles, y me divorcié. Nancy con sus tres muchachos en Barinas, solos. Yo les mandaba una platica, y una casita por allá que pudimos

medio acomodar. Eso fue lo que les dejé, no tenía más nada. Y me fui por los caminos a cumplir con lo que tenía que cumplir.

Un día amenazaron que si yo seguía haciendo lo que estaba haciendo, iban a secuestrar a una de mis hijas. Estaban de doce años, quince años, y esa edad tan difícil. Entonces reuní a las dos mayores, porque Huguito tenía diez. Igual les dije: “Muchachas, cuidense”. Porque ya era la edad de salir de noche, el novio y la adolescencia. Esa época tan bella, pero tan peligrosa al mismo tiempo. Alguien dijo: “El que tiene un hijo tiene todos los miedos del mundo”. Y recuerdo que a mis dos muchachas grandes les conté algo que leí, de algo muy cierto que ocurrió en la guerra española. Un general español defendiendo una plaza, y la fuerza enemiga le capturan un hijo adolescente. Lo llaman por teléfono y el general enemigo le dice: “Mire, general, aquí tengo a su hijo preso. ¡Ríndase! Si no se rinde, morirá su hijo”. El general republicano le respondió:

- “¿Está mi hijo ahí?”.
- “¡Sí!, aquí lo tengo, ¡ríndase!”.
- “¡Por favor!, ¡póngame a mi hijo!”.
- “¡Aquí está!, ¡óigalo!”.
- “¡Papá!”.
- “Hijo, ¡muere como un hombre!”.

¡Así tenemos que ser los verdaderos revolucionarios!

EL TRAPO ROJO

Cuando estaba en Yare, María me escribió cartas, poemas y cosas muy hermosas, del alma. Es que ella escribe del alma. Y una cosa muy hermosa, una vez de un trapo rojo. ¿Te acuerdas María? Porque en la cárcel, cuando ellos se iban, yo sacaba un trapo rojo por la ventana. Ella dice que sigue viendo ese trapo rojo. Eso es profundo, un símbolo.

Luego un momento muy difícil del Movimiento Bolivariano, en que yo había sido detenido una vez y me mandaron a Oriente, andábamos en dificultades. El Movimiento se vino abajo y había desconcierto, persecuciones, mucha vigilancia. Hubo una infiltración, una traición de alguien que habló. Entonces, Huguito, una vez que vine a la casa, me dice: “Papá, escribí esto”. Hizo un dibujo así como unas rayas, como un río, y un *jeep*, un carrito así, y abajo una leyenda: “El río corre duro pero es bajito y los ‘jices’ pasarán”. Yo leí y le dije: “Dios mío, muchacho, qué alma, ¿de dónde sacas tú eso?” Fue un mensaje al padre que llegó un poco cabizbajo, cansado. Yo viajaba de Maturín en mi carrito viejo, solo hasta la casa. En ese tiempo andaba como con lepra, nadie se me acercaba. Y después decía la leyenda: “Y saldrán con barro, pero los lavaremos”. Fíjate tú.

LAS CUENTAS DE ROSINÉS

Ustedes saben quién me imita a mí, pero perfecto, Rosinés. Se para y saluda: “Permiso, mi comandante en jefe”. Un día, caminando por entre unos árboles, andaba vestida de soldado, me dijo: “Papi, yo quiero ser paracaidista”. Por supuesto la idea no me gusta mucho. La María, mi hija, fue la que se lanzó de un avión. Aquí está uno de los culpables, se lanzaron sin avisarme a mí, chico.

Ahora Rosinés me dice que quería ser paracaidista y ella estaba sacando la cuenta —fíjate, matemática—. Ella tenía como siete años, empezando en la escuela, segundo grado. Yo le dije: “Tendrás que esperar a ser mayor de edad”, ganando tiempo. “Tendrás que esperar a que cumplas dieciocho años”. Se puso a sacar la cuenta, la carajita. Seguimos caminando y al rato se para: “¿Papi, o sea que faltan once años para que yo pueda saltar en paracaídas?”. “Bueno, más o menos por ahí, once años”. Y seguimos caminando con unos perros, porque ella tenía unos perros allá. Se para otra vez: “Papi, ¿cuánto te queda a ti de presidente?, ¿hasta el 2021?”. Yo le dije, “no, no, yo no sé”. “Bueno, 2021 será”.

Sacó la cuenta: “Oye, te quedan a ti trece años, o sea que cuando yo cumpla dieciocho a ti te quedan como tres de Presidente”. Le dije: “Yo no sé, pero eso es la cuenta que tú estás sacando”. “¿Y tú podrás saltar?”, “¿cuántos años tendrás tú?”, “¿cincuenta, sesenta y pico de años?”. O sea lo que ella estaba pensando era tirarse conmigo de un avión, compadre. “No nos tiraremos de un avión, mi vida, pero podremos jugar dominó, a lo mejor, o jugar...” “¿Qué?”. “Bolas criollas que te gustan tanto”.

31 DE DICIEMBRE EN FAMILIA

Tenía varios años que no pasaba el 31 con toda la familia, y especialmente con los viejos, los hermanos, y aquella sobrinera, los hijos, nietos, etcétera. Le llegué de sorpresa a mi hermano Adán a su casa y estaban, como siempre, jugando dominó. Desde hace quince o veinte años es la partida de dominó en la tarde. Yo juego un estilo de dominó que bautizaron allá como “suicida”. Tenía varios años que no jugaba. Me conseguí un viejo amigo, hicimos una buena partida, un *match*, y lo ganamos aplicando el “suicidismo”. Mis hermanos juegan mucho dominó. Yo no sé jugar. Pero uno de mis hermanos, cuando la mano ya lleva tres o cuatro vueltas, sabe qué piedras tiene este, qué tiene el otro y el otro. Él cuenta cuántas pintas han salido y cuántas no han salido.

Luego estuvimos brindando en la noche del 31, por lo que pudo haber sido y no fue; y el brindis del futuro, el brindis de lo que va a ser Venezuela y será. El día primero me fui, con los mu-

chachos también, a visitar una pequeña finquita que tiene mi padre desde hace más de veinte años. Allí echamos una partida de bolas criollas. El gobernador de Lara, mi amigo, nuestro amigo Reyes Reyes y yo, contra dos de mis hermanos, y también les ganamos en bolas criollas. A paso de vencedores les metimos el primer zapatero del siglo, quedó escrito allá. Tenía como cinco años que no jugaba una partida de bolas criollas en ese sitio tan querido. Yo le decía a Rosa Virginia: “¡Mira, mi vida, cómo pasa el tiempo! Yo te vi así, como la nieta, cuando tú aprendías a caminar y andabas por este mismo patio queriendo agarrar el mingo”. Tú sabes, los niños se meten. “¡Epa!, quiten los muchachos, apártenlos”.

Jugué unas partidas de chapita también. ¡Fíjate que ahí también ganamos! Tuvimos suerte ese día, ¡pregúntale a Adán! Es más, Adán era el pitcher contrario. Éramos tres equipos. Hicimos un tú pides allá, tú pides acá. A mí me tocó jugar con mi hermano Argenis, mi hermano Adelis y mi sobrino Aníbal, un muchacho de quince años que acaba de ir a la selección nacional de béisbol. Claro, teníamos tanto tiempo sin jugar. No había chapitas, mi hijo Hugo y mi sobrino Ernesto las fueron a buscar al pueblo de Camiri. Agarramos el palo de la escoba de la casa. “No me vayan a partir la escoba”, decía mi mamá, como siempre. Por fin, apareció otro palito por allá y empezó la partida. Pregúntale a Adán, para que tú veas. Tres en base y me pongo yo, ¡paf!, triple. Triple era si la chapita caía sobre el techo, si pasaba más allá era jonrón. No hubo jonrones ese día. Ganamos en chapita, ganamos en bolas criollas. Pero perdimos una partida de dominó la noche del 31. En el día fue que ganamos.

Y fuimos a la orilla del río. Esa orilla de río es un bosque muy tupido. Nos fuimos a explorarlo por un caminito, unos topochales, y llegamos al río. Ese ya no es el Santo Domingo ni el Boconó. Estamos hablando del Pagüey, ya en la vía hacia San Cristóbal, pero muy cerca de la ciudad de Barinas. Claro que yo andaba tratando de pasar como desapercibido. Había muchos niños bañándose, alguno me vio y empezaron: “¡Chávez! ¡Chávez!”. Bueno, tuve que bajar a saludarlos con la familia. Porque ahí hay una islita muy bella en el río Pagüey, que desde hace muchos años la gente llama “La Isla de la Fantasía”. Ahí van muchos niños, familias enteras se van en caravanas de camiones, de carros. La gente lleva chinchorros y pasan todo el Año Nuevo a la orilla del río, bañándose en un agua muy fresca, en las aguas del río Pagüey.

Tenía varios años que no me sentía, ¿cómo puedo decirlo? Sí, lejos del mundanal ruido, a la orilla de un río, caminando por un bosque de la mano de mis hijos, de mi nieta, de mis viejos, de mis hermanos, de amigos y de amigas. Como una magia. Yo me olvidé de presidente, me olvidé de todo eso y volví a ser el niño aquel, el muchacho aquel que anda por dentro.

CRÓNICAS DE PELOTA



BATEAR PA'L TOPOCHAL

A veces uno era palo y palo. Cuando un equipo está perdiendo diez a cero, le entran a palo a todos los *pitchers*; el equipo se desmoraliza. Aquellos juegos se convertían en una masacre, pues. Por eso pusieron el *nocaut*, ¿no? En la pelota sabanera a veces uno metía 40 carreras. Adrián Frías, mi primo, al que llaman “el Guache”, era el más grande de todos nosotros e impuso la norma de que cuando la pelota se pierde en el topochal, pues uno da carrera y carrera hasta que aparezca. Adrián era vivo porque, como es zurdo, bateaba para el lado del topochal.

Nosotros éramos una pila de carajitos, como de diez y once años, y ya él era un muchacho de catorce. Como yo soy zurdo también aproveché la regla esa. Uno bateaba con una tablita así, ¡pum!, pa'l topochal. Una vez anoté como 12 carreras; no aparecía la pelota, había caído encima de una mata de topocho y mi hermano Adán buscando la pelota. Adán también es zurdo, así que también bateaba para ese lado del topochal.

EL “LÁTIGO” CHÁVEZ

Nunca olvido que ese fue uno de mis sueños. Detrás del ejemplo del “Látigo” Chávez. Isaías Chávez, a quien yo admiré tanto y que murió el

año 1969 cuando iba hacia las Grandes Ligas. El “Látigo” tenía 23 años cuando cayó aquel avión, allá en Ziruma. Era un domingo, me levanté un poco tarde. A mí se me vino el mundo. Tenía, catorce años y el sueño de ser como el “Látigo” Chávez.

En ese tiempo uno no veía televisión. Uno oía los juegos por un radiecito de pila. Nos poníamos en grupo los vecinos a oír el juego. Yo le seguía la pista al “Látigo” en una revista que llamaban Sport Gráfico. Al “Látigo” Chávez lo operaron de una calcificación en el codo del brazo de lanzar, comenzando el '68. Así que en esa temporada no jugó. Iba al *dogout* y aparecía por ahí. De vez en cuando trotaba con el equipo Magallanes. Así que lo extrañamos mucho el año '68, bueno y no volvió. Se fue para siempre.

Una noche, en 1967, jugando contra el Caracas, estábamos ahí en la placita Rodríguez Domínguez oyendo el juego, caraquistas y magallaneros. Ahí estábamos todos, vecinos y amigos. Mi papá pues, furibundo magallanero. Caracas tenía tres en base sin *out*. Aquella noche fue de gloria para nosotros los magallaneros y especialmente los chavistas. Resulta que traen al “Látigo”. Era un muchacho, veinte años tenía. Venía de un nacional de béisbol donde representó al Distrito Federal, en Margarita. Allá se ganó el apodo del “Látigo”, porque levantaba muchísimo la pierna, a lo Juan Marichal. Un señor puertorriqueño me dijo: “Yo no recuerdo como se llamaba aquel

muchacho, pero le decíamos ‘el Juan Marichal venezolano’, en Dominicana, en Puerto Rico, en todo el Caribe.

Entonces al “Látigo” Chávez lo traen a relevar, creo que en un quinto *ining* tres en base tenía el Caracas y venía la toletería. Imagínate tú: Víctor Davalillo, José Tartabul y César Tovar que en paz descansen. Ese era el trío. Y el “Latiguito” los ha ponchado a los tres en fila. Nunca lo olvidaré. Nosotros pegamos gritos aquella noche. Terminamos peleados con los caraquistas en la esquina.

CAIMANERA EN EL BARRIO COROMOTO

Nosotros teníamos el equipo de béisbol de la Rodríguez Domínguez e íbamos a jugar los fines de semana al barrio Coromoto, más allá del aserradero. Pero ese era un campo, un peladero ahí y aquel tierrero compadre, como talco, la tierra floja. Porque pasaban muchos camiones por ahí, roleros.

Viene un tipo del barrio Coromoto, uno alto, y batea un *rolling*. Yo agarro el *rolling*, pero él sale corriendo arrastrando los pies. Claro, esa era la técnica. Aquel tierrero y uno no veía la primera base, un desastre. Yo lancé a primera pero él iba corriendo levantando tierra. La primera base no vio el tiro y la pelota se fue. Él siguió levantando polvo, y segunda, tercera.

Llegó a *home*, anotó en carrera. Imagínate tú, el barrio Coromoto. Nunca se me olvidan esas tremendas caimaneras. Ahí jugábamos todo el día sábado y domingo.

ANOTEN ESE ZURDO

Recuerdo cuando decidí venirme a la Academia Militar a probar suerte en la vida, porque quería ser pelotero profesional. Resulta que me vine sin permiso de mi papá. Él quería que estudiara en la ULA, en Mérida, que era más cerca de Barinas. Yo quería ser ingeniero también. Pero agarré un maletín viejo donde metí los *spikes*, el guante y la camiseta de Magallanes, vieja y raída que me ponía de vez en cuando. Y me vine a Caracas a buscar a Chicho Romero, un tío político que estuvo casado muchos años con una tía mía, hermana de mamá. Luego se separaron y él se vino a Caracas pero tío se quedó para toda la vida. Llegué a buscarlo a La Castellana, la casa estaba sola, así que me quedé ahí esperando que alguien llegara. Llegó mi tío como a las cuatro horas, andaba de chofer. Me dio un abrazo y preguntó que hacía por ahí. Esa noche dormí en el carro de esa familia, en el asiento de atrás, porque no había habitación disponible. Me trataron muy bien, me dieron comida.

Al día siguiente Chicho me llevó a la Academia Militar y presenté mi exámen. ¿Sabes a quién conocí ese día? A Héctor Benítez, que es para mí un padre. Siempre lo veo, estuvo en Cuba en el juego que hicimos. Héctor fue, precisamente, quien me anotó en una lista ese otro día que Chicho me lleva porque yo tenía una materia reprobada en quinto año. Venenito ayudó a eso, el profesor de química. Saqué nueve en el examen final, así que en la Academia no aceptaban con materia raspada. Pero nos probaron en el béisbol. Héctor Benítez era *coach* de bateo del equipo de la Academia. Yo tuve suerte. Me lanzaron tres rectas pegadas y metí tres líneas hacia la banda derecha. Recuerdo que Héctor Benítez dijo: "Anoten ese zurdo". Anotaron al zurdo Hugo Chávez y por eso entré yo a la Academia Militar de manera temporal, mientras reparaba la materia.

JUGANDO CHAPITA

Yo era recluta, cadete de primer año. Eso fue como en noviembre o diciembre de 1971. Salí de permiso un día. Era nuevecito y flaquito. La gorra me quedaba grandota y me tapaba hasta las orejas. Entonces uno agarraba un libre en El Valle, donde hoy están esos edificios. Ahí no había edificios, eran casas y edificios pequeños. Longaray se llama eso. Por ahí pasaban los taxis. Uno se paraba ahí vestidito de azul, impecable, con los guantes blanquitos y sacaba la mano al

primer taxi que pasaba. Y yo perdido en Caracas, pero me iba a casa de mi tío Chicho Romero, que era chofer de un por puesto, de una camioneta. Vivía con su mujer en la calle Colombia, de Catia, cerca del mercado. En una casita que tenía una habitación, y un cuartico allá atrás. Ahí llegaba yo. Me iba de azul y le dije al señor: "¿Cuánto me lleva hasta Catia en la calle Colombia?". "Cinco bolívares, vamos, un cachete".

Uno se montaba atrás, se quitaba los guantes, y mirando hacia los lados, viendo a Caracas. Andaba asustado, era un veguero, pero del monte adentro. Yo vine a sentarme a ver televisión ahí, chico, en esos años. Pues entonces pasaba por el Cementerio General del Sur, miraba la tumba del "Látigo Chávez", me la imaginaba. El chofer, en vez de tomar la autopista por los túneles, se metió por la avenida Nueva Granada hasta el cine Arauca. El viejo cine Arauca donde yo iba con una novia que después tuve por ahí, en Prado de María. Ahí no había elevado, cruzamos a la izquierda. Yo iba ahí, mirando hacia los lados, nuevo, perdido, muy curioso.

De repente veo a un muchacho jugando chapita. Y me digo: "Yo conozco a ese tipo". Jorge Ramírez, mi amigo, cuarto bate de nuestro equipo *junior* en Barinas, en Nacionales. Zurdo, primera base y se había graduado conmigo cuatro meses antes de bachiller. Se vino a Caracas a estudiar creo que Farmacia, estaba esperando cupo. Y le digo al taxista: "Señor, ¿usted se puede devolver?" Dimos la vuelta por detrás de los edificios, ahí está la Gran Colombia, pasamos de nuevo y le digo: "Párese aquí, por favor". Y me quedo mirando otra vez al muchacho, y me digo: "Sí, éste es Jorge Ramírez, no tengo dudas". "Señor, usted me puede esperar aquí, pero un minuto". "No vaya a durar mucho, nuevo", me dijo. Uno era tan nuevo que hasta los choferes le decían a uno nuevo.

Le llego a Jorge y me le pongo de frente. Él no me conocía, chico. Yo estaba mucho más flaco de tanto trotar y hacer educación física, estaba huesudo y con la gorra esa que me tapaba hasta las orejas. ¿Qué me iba a reconocer? Y me dice Jorge: "Y tú, ¿qué quieres?". "Jorge, ¿no me conoces?". Me quito la gorra, y me dice: "¡Hugo!", y nos damos un abrazo. Él no sabía que yo era cadete. "¿Qué haces?", "¿dónde estás?". No, "en la Academia Militar". "¿Tú de militar?". "Sí, vale, es que yo quiero jugar pelota aquí". "Yo también vale, yo voy a jugar pelota en alguna parte".

Éramos unos "fiebruos" y estaba jugando chapita. ¿Tú sabes lo que yo estaba haciendo a los diez minutos? Con un *blue jeans* que me prestó, unas botas de goma del hijo mayor de Josefa –a la que conocí ese día y a su esposo, tía de él–, pues jugando chapita en el edificio Aroa. Ahí pasé cuatro años jugando chapita, saliendo con los amigos, caminando hasta la esquina de la panadería, la heladería allá, la licorería en la esquina que después

a los años mataron al señor para atracarlo. Bueno, yendo al Cine Arauca, caminando por esos barrios.

CHAMPION ESTAFADOR

Una vez en un torneo Interfuerzas quedé *champion* estafador. ¡Fíjate tú!, me robé como siete bases en un torneo. Yo era rápido de piernas en eso de salir a robar. Mi hija Rosa Virginia estaba presente el día de las premiaciones. "Teniente Hugo Chávez". Salgo yo, y mi hija me pregunta: "Papá, ¿qué es eso de estafador?, ¡explícame!, ¿cómo es eso de estafador y no estás preso?". ¡Imagínate tú!, tuve que explicarle a mi negrita varias veces hasta que entendió.

A mí me encantaba que Encarnación Aponte me diera seña a robo cuando estaba en primera base, abriendo bastante ahí. Seña de robo cuando el *pitcher* levantaba un poquito el spike y se disparaba uno para segunda base. Una vez, una sola vez me robé el *home*. Recuerdo que fue en un campeonato nacional. Goyo, ¿recuerdas? En Barinas, 1976.

Jugábamos contra Aragua. Yo era ya subteniente; estaba en tercera base y el juego empatado. Encarnación Aponte, el *manager*, me dice: "Coge bastante, Chávez, que el *catcher* está medio descuidado", por no decir otra palabra. Resulta que estaba bateando Goyo Morales, era el *short stop* de nosotros, buen pelotero. Yo abro bastante y cuando el *pitcher* lanza, agarro bastante terreno y vuelvo a agarrar terreno. En una de esas, cuando el *catcher* va a devolverle al *pitcher*, se le cae la pelota como a un metro del *home*. Yo me voy disparado para *home* y me deslizo.

El *catcher* busca la pelota y se lanza tapando el *home*. Y hay una foto de ese robo del *home*. Aparece el *umpire*, que era un amigo que le decíamos "El Ganso", y Goyo Morales está con el bate así, con el casco puesto, mirando la jugada. Y al fondo de la foto, detrás en la tribuna aparecen sentadas mi madre y mi novia Nancy Colmenares, mi primera esposa, madre de mis tres hijos mayores, a la que saludo afectuosamente. Es una foto así como para la vida. Nunca la había visto hasta que Goyo Morales me la regaló un día en Barinas, como diez años después: "Mira, Hugo, esta foto, qué foto". Allá la tengo guardada, Goyo, muchas gracias, recuerdo de toda la vida.

¡STRIKE!

Imagínate que el bateador esté ahí parado y el cuento que yo echo de un mayor. Él "pitchaba" y cantaba. A mí me ponchó una vez allá en los paracaidistas. Una bola por aquí, él mismo cantaba *strike*, y uno reclamaba. "Mi mayor cómo va a ser eso *strike*". "*Strike*, capitán, batee si puede". Después le metí un *foul*. Y en dos *strikes*, un pi-

conazo, pero todo el mundo vio que picó la bola antes del *home*, porque era softbol bombita, además era caliche. Yo estaba cazándolo para meterle una línea entre dos, entre *right* y *center field*. Pero la pelota picó como medio metro antes del *home*, y aquel caballero dijo: “*Strike*, ponchado”. Yo coloqué el bate en el medio del *home* y me retiré, lo que me provocó una reprimenda. “Que es una falta de respeto”, me dijo: “Falta de respeto es la suya, que usted va a ponchar a uno así. No, usted tiene que esperar, es el árbitro el que tiene que cantar”.

EL GRAN AUSENTE

Fue unos meses después del 4 de Febrero. Entonces pasó algo muy bonito. Hubo Juegos Interfuerzas en agosto del '92. Me enteré por el periódico. Y yo, que iba a todos los juegos, estaba preso. Me dijo mi esposa entonces: “Mira que hay unos juegos y me invitaron que fuera”. Y le dije: “Anda, lleva a los niños, salúdalos”. Jugaron en Maracay. ¿Y tú sabes lo que hicieron? Ese otro domingo llegó corriendo a la cárcel mi hijo Hugo. Tenía como ocho años. “Papá, mira lo que te mandaron”, una pelota con el trofeo “El gran ausente”.

Yo me puse a llorar de emoción. Allá tengo esa pelota. Se había perdido. ¿Saben por qué?, porque el gobierno se enteró de la pelota. Mi esposa se la llevó para la casa y andaban buscándola. Iban a allanar la casa para llevarse la pelota, para dar de baja a los que firmaron. Eran todos los del equipo de softbol. Entonces le dije a Nancy: “Esconde la pelota”. La enterraron, esa es una historia. Después la pelota se perdió. Hace poco por allá en Mariara, iba por una calle en un camión, un poco de gente y una persona: “¡Chávez, aquí está la pelota!”. La pelota se la llevaron no sé para dónde para esconderla. Volvió después de quince años.

POMPEYO DAVALILLO

Recuerdo a Pompeyo Davalillo, impresionante pelotero. Era el líder ahí en el *dogout*, sabía cómo motivar a un equipo a dar la batalla, cómo trascender lo individual. Nunca olvido a Pompeyo y sus jugadas, su maestría. Me tocó la maravillosa oportunidad de ser su *coach* y asistente. Y él me decía: “Chávez, si el juego es a las diez de la mañana, deben tenerme el equipo a las siete en el terreno. Uno se acostumbró siempre a una hora antes, dos horas antes, pero ¿tres horas?! Y era para conversar, mirando al adversario. “Mira, aquel que va allá es el *center field*, tiene buen brazo”; “aquel es el primer bate, batea la recta de afuera”. Y hablando con el *pitcher* y con el *catcher*. En una ocasión nos enfrentamos a un

equipo que era mucho mejor que el nuestro. Mejor “pitcheo”, bateo, mejor defensa, así que era una batalla muy dura.

Era el juego final de un campeonato militar. Y Pompeyo me dijo: “Vamos a ganar este juego así, chiquitico, con jugadas. Y el *catcher*, en cada lanzamiento miraba a Pompeyo y era él quien le decía: “Curva”. Y señas: “Afuera”. Se ponía la mano en la rodilla, aquí era adentro, allá afuera; una mano aquí, otra mano por el otro lado. Era impresionante, aquel hombre dirigía el equipo lanzamiento por lanzamiento, y comiendo caramelos. Llegamos al séptimo *inning* cero a cero. Se nos cayó la defensa, *rolling* al *short*, tiro malo a primera. Un toque de bola, el *pitcher* agarra, tira mal a segunda. Entonces me dijo Pompeyo: “Así no se puede ganar. Más no puedo”. Y perdimos el juego tres a dos. Hicimos después dos carreras a punto de toque de bola, robo de bases, un *hit and run*, un *squeeze play* suicida, bueno, casi ganamos el juego.

¿Jugar contra Pompeyo? Miren, ¡hay que ponerse las pilas! Fue *manager* del equipo de béisbol de la UCV durante muchos años y en la Academia Militar nos tocó jugar contra ellos. Cualquier jugada era posible. De repente con dos *outs*, ¡pum!, toque de bola, y todo el mundo quedaba sorprendido. Doble robo, hombres en segunda y primera, robo retardado. Pompeyo Davalillo hacía eso, mandaba a hacer el robo retardado, y se volvía loco todo el mundo. Un día mandó triple robo retardado. Tres en base, sin *out*, triple robo, toque de bola, ¡terror!, el otro equipo se aterrorizaba. Con un estrategia como ese, ya el otro equipo está temeroso; cuidado, que cualquier cosa puede ocurrir. A veces incluso rompiendo las reglas.

Pompeyo Davalillo no quiso ir a la fiesta después del juego de softbol. Quedamos empatados contra la Unellez de Barinas, y me dijo: “Mira, Chávez, yo lo que quiero es jugar dominó, chico”. ¿Aquí juegan dominó también? Y se fue por allá a jugar dominó y perdió hasta la cartera.

ERROR MENTAL

Estábamos perdiendo por una, yo estaba en tercera con el empate y había un *out*. Pompeyo, que es una fiera, me dice: “Chávez, anotas aunque sea con un piconazo, cualquier cosa tú te vas para *home*, un “rolincito” al *pitcher*, te vas para *home*”. Él me conoce, sabe que las piernas mías se mueven rápido y el *home* en softbol está muy cerca. Así que como él me dio esa orden... El *pitcher* lanza y yo tres o cuatro pasos, y regresaba rápido. Lanzaron dos veces a tercera. Cuidado, quieto en tercera. En una de esas, hermano, yo salgo igual, lanzamiento y agarro tres pasos. Tenía mi distancia bien medida para regresar rápido.

Resulta que el bateador mete una tremenda línea hacia el *right field*, pero corta y de frente. Yo estoy a cuatro pasos cuando veo la línea, así que regreso a pisar la base para hacer “piscorre”. Piso la almohadilla pero, que va, es un movimiento de devolverse a pisar y volverse atrás; ni que tú metas tercera, cuarta, retroceso, le metí hasta mocha. Y además, venía el coronel Maneiro, que estaba en segunda e hizo “piscorre”. Viene como una tromba y nos conseguimos en la tercera base: yo que había regresado a pisar para hacer “piscorre”, Maneiro que venía sin freno, y el tercera base de la Marina que mide como dos metros. Un choque triple y yo quedé debajo de los dos. Bueno, así que los muchachos que juegan al béisbol, cuando estén en tercera base, vean bien.

LA BANDA CONTRARIA

Recuerdo que estaba lanzando en el Universitario a un equipo de Grandes Ligas ya retirado. Pensé que me iban a entrar a palos. Estaba Antonio Armas, Víctor Davalillo, se metió Joselo. Le tiré una curva a Joselo que todavía está haciendo “cui cui”. Yo le estaba dando *no hit no run* hasta el quinto *inning* que viene Remigio y me metió una línea por encima de segunda. ¿Te acuerdas? Traté de lanzarte pegado, porque sé que tú eres muy hábil para batear la bola afuera hacia la banda contraria.

Una de mis debilidades como bateador es que nunca aprendí a batear hacia la banda contraria. Yo halo la pelota hacia la banda derecha pero nunca aprendí a darle a la recta de afuera hacia tercera base. Entonces Pompeyo Davalillo, que es un genio del béisbol, cuando jugábamos nosotros contra la UCV, en la Academia Militar, y yo venía a batear, Pompeyo me quitaba la tercera base. Ponía al tercera base a jugar en el “short”, y el “short” sobre la almohadilla de segunda; y la segunda más acá, o sea cerraban el cuadro por ese lado. Pues, en una ocasión le toqué la bola por tercera y me embasé.

PELOTA EMBOSCADA

Esa noche veníamos juntos en el carro, Fidel y yo, ya vestidos con el uniforme de béisbol. Nos paramos en la puerta, íbamos a entrar al estadio cuando Fidel me dijo: “Hasta aquí llega mi caballerosidad, de aquí en adelante defiéndete como puedas”. Él me había dicho: “Mira, Chávez, te recomiendo que hagan carreras en los primeros *innings*”. Eso yo lo analizaba y le daba la vuelta: ¿Qué me querrá decir éste con eso? ¡Claro! Tenía la emboscada preparada en el cuarto *inning*. Pero Fidel se vio obligado a adelantarla.

Estábamos dándoles batazos por todos lados y adelantó la emboscada para el segundo *inning*. ¿Te acuerdas de Germán Mesa? Una barba así...



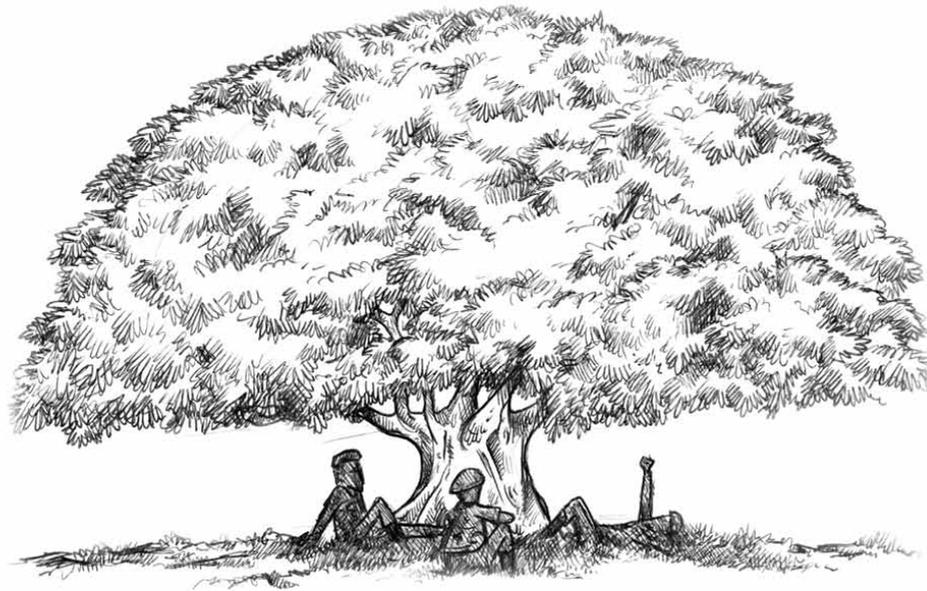
Y una barrigota. Y lo de Kindelán en primera. ¡Y cómo estaba de bravo Remigio Hermoso! Remigio tomó en serio todo eso y se peleó conmigo como seis meses. Las relaciones se arreglaron cuando vino con un montón de pelotas en una caja y le dice a Fidel: “Fírmeme todo eso”. Como cuatro cajas le trajo. ¡Estaba muy bravo! “Hasta hoy lo respeté a usted”, le dijo a Fidel.

Ustedes no me van a creer, pero yo le metí un *hit* a José Ariel Contreras. Salió a pitchear uno con una barriga grandota y una chiva pos-tiza, y era nada más y nada menos que este Contreras con una almohada por barriga. Yo lo veo que sale y digo: “Este gordo barrigón, ¿quién será?”. Me pongo a batear ahí y cuando lanzó la primera recta, ¡fuaz! No la vi. Fidel

Castro pide tiempo –esto es verídico– y viene a hablar con el *pitcher*. Yo lo veo, me acerco a ver qué es lo que van a hablar, ¿no? Y oigo que le dice Fidel: “Mira, ¿no le puedes tirar más suave a Chávez?, no le puedes dar un pelotazo a Chávez”. Y dice Contreras: “Eso es lo más lento que yo puedo lanzar una pelota de béisbol, Comandante”. Y eran como 90 millas.



DEL CUARTEL



LOS CENICIENTOS

Uno salía el sábado si pasaba la revista de la limpieza de armamento. ¡Ay, ya, yai!, Primero los sábados había trote a las cinco de la mañana, a veces al cerro. Los últimos veinte no salían para la calle, se quedaban encerrados. Después del trote uno limpiaba el fusil. Uno le metía al fusil un guaralito por el ánima, la sacaba por aquí y le daba. Y otra vez “ra, ra, ras” con un poquito de aceite para evitar que la pólvora se coma el cañón por dentro. Tenía que estar brillante como un espejo. “¡Nuevo, limpie el ánima que no se vaya a comer la pólvora el cañón!”. Y había que limpiar el conjunto móvil, quitarle la corredera. “No se te olvide, nuevo, limpiar el guardamano por dentro. Porque por ahí te van a pasar revista con un punzón y un algodón”. Si sacaba sucio, uno no salía para la calle.

Así que después de pasar el trote, la limpieza y la revista del armamento, de los dos fusiles: el FAL, que es el de combate y el FN-30, el de desfile. Había que limpiarlos los dos, aunque el FAL es el más complicado por las piezas modernas que tiene. El FN-30 es mucho más sencillo. Había que limpiar el dormitorio y ponerlo brillante, había que limpiar el escarapate y arreglarlo. A uno le pasaban revista de las franelas dobladitas, las medias, arreglar los libros. Después de todo eso, a mediodía estaba uno rompiendo la marcha a la calle.

Entonces yo agarraba un taxi y me bajaba en la calle Brasil de Catia. Me quitaba el uniforme, unas botas de goma, un *blue jeans*, una franelita, una gorrita para que no me vieran el corte, que lo conocían a uno por el corte de pelo. Entonces a jugar chapita en la esquina con los muchachos. De vez en cuando una friíta ¿no?, en la tarde del sábado. En la noche una rumbita, alguna cosita por allá. Pero resulta que a los cadetes las muchachas nos llamaban “Los Cenicientos”. ¿Por qué?, porque teníamos que irnos poco antes de la medianoche, como la Cenicienta. Había que estar allá en la Academia a las doce de la noche, fin del permiso. Así que cuando uno estaba cogiendo calor, a las once de la noche, uno: “¡Ay, me voy! Voy a vestirme de azul y a buscar un carrito y vámonos!”.

LA AREPA DE EL CAVIAR

¿Quién se acuerda de aquella arepera? ¡El Caviar! Se acabó El Caviar, vale. Más de una vez tuve que darle como cien vueltas al patio. ¿Saben por qué? Había un alférez en la prevención que era un inmoral. Uno venía de la calle y con el único bolívar que le quedaba había pagado el carrito y llegaba a comer una arepita ahí en El Caviar, antes de cruzar el puente donde se acababa la libertad, antes de entrar a la Academia. Viene un alférez de la prevención y me dice: “Mire, nuevo, arepa al fren...”

A veces uno se llevaba una arepa escondida en la gorra o por allá adentro, tú sabes. Varias veces pasé arepa de contrabando, sobre todo cuando sabía que quien estaba de guardia en la prevención era un alférez buena gente. Entonces no había lío. Pero si era un alférez severo, ni loco uno llevaba una arepa. Aquel alférez me mandó a que me devolviera y que tenía que llevarle una arepa. Yo no tenía una locha, de dónde iba a sacar yo para comprar arepa, y si hubiera tenido tampoco le compro la arepa. Bueno, me mandó a darle la vuelta al patio, como cien vueltas di por la arepa esa.

EL RUMOR DE LA MUERTA

¡Mire!, este tema de los rumores y como un rumor y otro bien planificado, de manera perversa, puede alterar la paz, la tranquilidad de un pueblito, o de un grupo humano o de un país completo. Hay muchos ejemplos que uno ha vivido. Yo les voy a contar uno:

Cuando éramos cadetes había uno llamado José María Morales Franco. Le decíamos Willy Mora, un cadete muy famoso. Yo le guardo mucho afecto y recuerdos. Coincidimos en el pelotón, nos hicimos amigos. Él era más antiguo. Varias veces salimos por Caracas de permiso, a una fiesta. Él cantaba muy bien. Allá está en Maturín, pidió la baja de teniente. Willy Mora era

un personaje. Éramos de la sala de periódicos, porque yo dibujaba más o menos, y me gustó siempre el trabajo de cartelera desde niño. Sacábamos un periodiquito con un multígrafo. Me gustó siempre todo eso: escribir, dibujar, leer, las ideas pues. Él era el jefe de la sala de periódicos. No dibujaba nada, pero era muy creativo.

A veces Willy, en las noches, hacía brujería en la sala. Jugaba la “ouija”. Nos llamaba a los nuevos y salía con una capa negra, una capucha ahí. Tenía su show con la “ouija”. Willy Mora cantaba en una discoteca llamada La Cueva del Oso, en Plaza Venezuela. Uno iba de vez en cuando, una novia por ahí. Una noche estoy allí cuando veo a alguien que sale cantando en liquiliqui. Yo estaba de civil sin permiso, porque no daban permiso para vestirse de civil. Entonces, Willy Mora dice: “Le doy un saludo a los brigadieres que están de civil, allá”. Él cantaba ahí los sábados y domingos cuando salía de permiso. Cantaba muy bien, Willy Mora.

Varias veces estuvo arrestado. Una vez lo pusieron a cantar en la clausura de unos juegos inter institutos. Salió con una capa y comenzó a cantar: “Ay Rosa, Rosa dame de tu boca, esa furia loca que mi amor provoca”. Ese era Sandro, ¿te acuerdas de Sandro? “Ay Rosa, dame todo tu sueño, dueño de tu amor quiero ser, ay dame de tu ayer, las heridas...” Él bailaba, se movía mucho, y en la escuela militar de aquellos años la cosa era más rígida. De repente se quita la capa, la lanza al público y le cayó encima al general. El general se puso rojo, colorado. De ahí salió para el calabozo Willy Mora. Pero él iba cantando, ese era feliz. Yo una vez le dije: “Mi teniente, usted se equivocó de carrera”. “Es verdad, yo creo que me equivoqué de carrera, yo no he debido ser militar”.

Willy Mora un día inventó algo. Llegó al pelotón una madrugada y se armó un alboroto. Nos levantó a dos o tres de nosotros, después despertó al otro, y al brigadier. Tenía cara de horror. “Miren como estoy frío, me acaba de salir la muerta”. Vino con un cuento de que una muerta salía en la reja de la enfermería, donde yo monté mucha guardia. Luego echaba el cuento toda la mañana. Lo llamaban los alféreces: “Mira, nuevo, ¿cómo es el cuento?”. Además tenía una gran capacidad histriónica. Él decía: “Mire, mi alférez, yo estaba así con mi fusil caminando, pasando revista, y de repente siento como un silbido que pasa: ¡pis! Di la vuelta y está bajando una nube blanca. Y me digo: ‘¿Será que estoy dormido, o será mi brigadier Izaguirre Guarisma?’”. Era un brigadier que se encamaraba en los techos y pasaba revista. Decía que al que le llegara cerca estaba raspado. Uno tenía que estar pendiente del techo, porque él, a veces, se venía por el techo.

Primero uno lo tomaba como un chiste, un cuento, ¿no? Pero él insistió tanto y después eso corrió como pólvora. A mí me tocó mon-

tar guardia tres días después en la bendita reja esa, y les juro que monté guardia electrizado por el miedo. Porque es una cosa oscura y como es la enfermería, parece que ahí se murió alguien una vez, no de un tiro, se murió de un infarto. Entonces en la lavandería decían, para echarle cosas al cuento: “No, ahí se murió una señora hace como veinte años de un infarto, cayó muerta”, “esa debe ser la de la lavandería”, “no, que a lo mejor es no sé quién”. Empezaron los cuentos.

Aquello generó un estado de pánico en las noches. Un nuevo, por allá, en el gimnasio le echó un tiro a un brigadier que andaba pasando revista. El brigadier Rondín andaba pasando revista por los puestos; el nuevo estaba lleno de miedo y entonces vio, ¡pam!, y le echó un tiro. A los pocos días llegó corriendo a la prevención, en la madrugada, otro cadete de segundo año, sin casco y sin fusil. Dice que vio a la muerta.

¿Saben en qué terminó todo? Como dos semanas después, un estado de pánico en las noches. Primero dieron la orden de que no se apagaran las luces de noche, todas las luces prendidas. Segundo, que nadie montara guardia solo, sino de a dos. El pánico prende como la candela. No estoy exagerando nada de esto. Y además de todas estas medidas, y otras que no recuerdo, muchas charlas. Me acuerdo que nos llevaron a todo el batallón a recorrer los pasillos y el cura, viejito ya, adelante echando agua bendita. Todos íbamos rezando. Parecía aquello un seminario, parecíamos monaguillos o seminaristas. Ahí en la reja esa se hizo una misa para que llegara la calma al batallón de cadetes.

REBELDE ANTE EL ATROPELLO

¡Era un lujo la leche condensada! Recuerdo una vez un superior mío, inmoral, por allá en el terreno. Íbamos a comer, abrimos la ración y me dijo: “Mire, recluta, le cambio este pote delicioso, exquisito”. Era una cosa horrible, tenía muchas espinacas y toda esa cosa. “Le cambio esta exquisita ensalada de espinacas por ese pobre pote de leche condensada”. Me negué, la metí en el bolsillo. “Tendrás que quitármela”. Siempre fui rebelde ante los atropellos. “Nuevo, usted está alza’o”. “Alza’o no, este es mi derecho, esta es mi ración de combate. No me la va a quitar usted”. ¡Ah!, me tuvo obstinado como dos meses, hasta que se le olvidó. Uno nunca aceptó atropello, ni nadie debe aceptarlo. De ningún tipo.

ACTO HEROICO

Hay un amigo que, siendo un oficial muy joven, hizo un acto heroico. Una vez, una granada de mano se le cayó a un soldado en el medio de un

grupo como de cien soldados. Ese muchacho estaba recién graduado de subteniente. Era campeón de lanzamiento de granadas, un atleta. ¿Sabe lo que hizo el muchacho?, no tenía tiempo de lanzarla a ningún lado. Agarró la granada, se la metió detrás de la pierna, allí la apretó con las dos manos, se agachó, se arrodilló, se acuclilló y explotó. El muchacho perdió un brazo, una pierna casi completa y hoy día es comandante de un batallón. Tiene gran espíritu de superación, se sobrepuso a eso.

LA SEMILLA

Aquí en la Academia me gané mi diploma de contrainsurgencia, curso de armas de apoyo, calificaciones. Veán, veán mi firma en ese tiempo. Una firmita ahí, novedosa. ¡Ah! Aquí está. Veán ustedes que yo no estoy inventando. Estos son los documentos del examen de admisión. Miren aquí esta hoja del laboratorio en Barinas: Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Número de orden: 35. Nombre: Chávez, Hugo Rafael. Urbanización: Rodríguez Domínguez, manzana P, Nro. 24. Barinas; diecisiete años; exámenes de heces, de sangre. Y salí perfecto pues: orina, laboratorio, exámenes de RX. Aquí está la hoja de historial personal, la llenaron en agosto, entrando aquí. Veán ustedes, aquí dice: “Profesión: estudiante. Religión: católica. Color: moreno, frente amplia, labios gruesos”. No sé qué más, bembón, “cabello castaño, nariz perfilada, barba escasa, cejas regulares”. Alias o apodo, veán ustedes: “Tribilín”. Luego ustedes aquí me pusieron “Furia”. Porque me la pasaba cantando un corrió del Carrao de Palmarito, el “Corrió de Furia”.

Aquí están los equipos de béisbol con los que jugué en Barinas antes de venir aquí: Club Béisbol Mobil, de la compañía Mobil. Club de Béisbol Juvenil IND, Club Deportivo Banco Obrero, este fue mi último equipo. Por aquí me pedían referencias. Alejandro Pellechea era un vecino de allá de Barinas; Silverio Martínez, otro vecino; Hugo Escalante, amigo de mi padre; Irene Rosales, ¡Irene!, una compañera de quinto año. Yo estuve muy enamorado de Irene. Vicente Sangroni era el *manager* del equipo del Banco Obrero. ¡Ah!, veán ustedes esto aquí abajo, datos complementarios: “¿Ha sido usted detenido?” “¿Pertenece o perteneció a algún partido político?”, “¿cuál?”. Fíjate, simpatizaba en el bachillerato con el MEP, Movimiento Electoral del Pueblo; ¡Claro!, mi padre fue de los fundadores del MEP en Sabaneta, cuando al viejo Prieto los adecos le robaron las elecciones internas, lo echaron del partido porque era un revolucionario. Prieto Figueroa fundó el MEP y mi padre fue de los fundadores de aquellas corrientes del magisterio mepista. Así que ya yo tenía mi semillita por ahí, pues, pero esa semillita aquí afloró. ¡Ras!, y se hizo un árbol, roble y samán.

LA MARQUESEÑA

“Por el camino de La Marqueseña se fueron”, decía mi abuela Rosa Inés. Hablaba de los cuentos que le echaba su abuela del general “Carare Cuchillo”, que pasó por Sabaneta un día, en el mes de mayo de 1859, gritando: “Tierras y hombres libres”, “elecciones populares” y “horror a la oligarquía”. Ezequiel Zamora pasó por esta misma tierra. Este ható debe su nombre a que durante la colonia eran las tierras antiguas del marqués del Boconó. Según las leyendas, el marqués del Boconó tenía un túnel aquí en La Marqueseña, que pasaba por debajo de todos los ríos y llegaba a Barinas. Por cierto, el primer cargo de comando que yo tuve, de subteniente, en 1975, fue aquí. Llegué al Batallón de Cazadores Cedeño y me mandaron aquí. Esto era un antiguo helipuerto, por ahí trocábamos montaña arriba, íbamos a pescar al río. Aquí aprendí a manejar en una camioneta vieja del Ejército, de aquellas que parecían una diligencia.

En La Marqueseña los soldados decían que en esta montañita salía un muerto. Aquí funcionó un teatro antiguerrillero, hubo sitios de tortura. Es posible que en esta montaña haya más de un enterrado. Al bachiller Rodríguez lo agarraron por allá por Libertad, lo trajeron para acá y más nunca lo vieron. Es posible que esté enterrado por aquí, luchadores sociales, líderes estudiantiles. Aquí conseguí un carro un día entre el monte, un Mercedes Benz negro. Lo limpiamos, abrimos el maletero con un destornillador y conseguí un poco de libros de Marx, de Lenin; conseguí este libro por allá, lo leí aquí: “Tiempo de Ezequiel Zamora”, de ese gran revolucionario Federico Brito Figueroa.

Aquel subteniente Chávez comenzó a leer aquí, comenzó a hablar con los soldados allá. Ahorita vi los restos de lo que fue la Plaza Bolívar, un busto de Bolívar. Mi padre estuvo preso una vez en este sitio. Mi mamá vino a traerle una arepa, yo vine con ella. Sospecho que andaba parrandeando una noche por Barrancas y lo agarraron, creo que con el compadre Juan Guédez, que en paz descansa. Una noche, amaneció aquí. “Que tu papá está preso, lo tienen por guerrillero”. Cuando aquí la Fuerza Armada era otra cosa, cuando fue utilizada por la oligarquía venezolana, por aquellos gobiernos traidores subordinados al imperialismo.

La primera tarea que me dieron siendo subteniente, fue venir a custodiar unos equipos en La Marqueseña, pasé aquí como seis meses. Cuando me puse a ver el inventario, eran grandes equipos de comunicaciones. Allá arriba en el cerro había otro y aquí había una sala de comunicaciones. Mi jefe vino un día a pasarme revista; era un capitán, oficial de comunicaciones. Entonces me dijo: “Mire, subteniente, tenga mucho cuidado con estos equipos de radio –eran unos mamotretos gigantescos–, que esos no son venezolanos, esos equipos son norteamericanos”.

Aquí vinieron los estadounidenses a instalar equipos de comunicaciones, a dirigir torturas, desapariciones. Ahora, para gloria de nuestra Fuerza Armada y de nuestras raíces militares, para gloria de nuestras tradiciones libertadoras, tenemos otra Fuerza Armada, tenemos un Ejército, tenemos una Marina, una Aviación y una Guardia Nacional que han vuelto a retomar sus raíces originarias. Hoy no están para atropellar al pueblo sino para luchar junto al pueblo por la liberación de Venezuela y por el desarrollo de Venezuela.

LOS MATARON

Recuerdo de subteniente una discusión con un coronel que estaba ya en situación de retiro, pero era jefe de inteligencia de un área. Vi con estos ojos como trajeron a dos o tres señores flaquitos, amarrados. Yo era jefe de un pequeño puesto de comunicaciones, por allá en Oriente. Centro de Operaciones Número 2 en San Mateo de Anzoátegui. Ahí llegó una noche. Yo no conocía a aquel coronel, se identificó, y con otros civiles de Inteligencia. “Vamos a pernoctar aquí”. Y yo les doy la bienvenida: “Como no, acomódense aquí, allá hay una carpa, vamos a hacer un café, vamos a darle algo de comer”. Después que nos vamos a descansar, oigo los gritos. Ah, cuando veo, unos señores amarrados. Incluso le dije: “Mi coronel, ¿no podrá soltar a esos señores que están amarrados, por lo menos para que coman?”. “No, que les den la comida en la boca”. Me pareció aquello tan inhumano, venían golpeados ya. “¿Y que son?”, le pregunté. “Son guerrilleros”. Yo pensé en mis adentros: “No tienen ninguna pinta de guerrilleros, lo que están es desnutridos”. Los vi flacos, amarillos, pálidos, campesinos golpeados, torturados. Y en la noche oigo los gritos. Le estaban dando con un bate de béisbol envuelto en un trapo. Tuve un lío grande esa noche con aquella gente y, a los pocos días llegó la noticia, que “se suicidaron”. Le dije entonces a mi comandante: “Los mataron”.

EL JURAMENTO

Habrà que recordar a toda Venezuela que José Martí fue un infinito bolivariano. Recogió las banderas de Bolívar, las alimentó, las actualizó después de la caída de Bolívar y del proyecto bolivariano. Por eso recuerdo aquel 17 de diciembre de 1982, allá en la querida Maracay. Estaba el Regimiento de Paracaidistas en formación para conmemorar el día de la muerte de Bolívar, y se le ocurre al coronel Manrique Manero, a quien llamábamos cariñosamente el “Tigre Manrique”, decirme que pronuncie las palabras

de ese día. Éramos capitanes y como no escribí discurso ni nada, me paro frente al escuadrón, todo el cuadro de oficiales, todas las tropas, y me inspiré en Martí aquel mediodía. Y repetí: “¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!” Eso lo escribió Martí.

Lo repetimos aquel día, y ahí comenzó el discurso: “¿Cómo no va a tener Bolívar que hacer en América con tanta miseria, con tanta pobreza, desigualdad?” Por ahí me fui. Eso no está grabado, lamentablemente, ni lo escribí, sólo que tenemos en la memoria muchas cosas. Cuando terminé las palabras había un frío expectante, que paraba los huesos y los pelos. Y dice un mayor: “Chávez, pareces un político”. Entonces salta Felipe Acosta Carlez y le responde: “Mire, mi mayor, ningún político es el capitán Chávez, lo que pasa es que así hablamos los oficiales bolivarianos y ustedes se mean en los pantalones”. Se armó una situación muy tensa. Estábamos ahí todos, y recuerdo que el coronel Manrique, buen jefe, cuando vio que la situación se ponía tensa con los capitanes por aquí, unos mayores por acá, un teniente coronel por allá, entonces mandó silencio y dijo: “¡Que esto no salga de aquí!”. Y agregó algo que no se lo creyó ni él mismo: “Señores oficiales: todo lo que el capitán Chávez ha dicho yo lo asumo, porque como anoche le dije que hablaría hoy, aunque no lo escribí, me lo dijo en mi oficina”. ¡Mentira!, ¡qué iba a estar yo diciendo nada! Ahí murió aquello, todos lo asumieron disciplinadamente.

Pero no murió, más bien ahí nació. Minutos más tarde viene Acosta Carlez, nos invita a trotar. Nos fuimos al Samán de Güere y lanzamos el juramento aquel. Esa misma tarde nació el Ejército Bolivariano Revolucionario. Éramos cuatro: Felipe Acosta Carlez, Jesús Urdaneta Hernández, Raúl Isaías Baduel y este humilde servidor, sólo que era 1982. Diez años después vino la rebelión bolivariana del 4 de febrero, parte de todo ese proceso que brotó del fondo de la tierra y de la historia venezolana; todo eso de Bolívar, de Martí. Y Bolívar, ¡setenta años antes que Martí!, lanzó la profecía, adivinó al imperio. No se veía todavía, pero él lo adivinó, como el campesino cuando huele la lluvia más allá del horizonte. “Huele a lluvia”, decía mi abuela Rosa Inés. Bolívar olió el imperialismo. Impresionante, sólo vamos a recordar la frase: “Los Estados Unidos de Norteamérica parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”. Era 1826, ¡vaya qué genio el de Bolívar!, el primer gran antiimperialista, junto con Martí y todos aquellos hombres.

SALIÓ BONITO

Me ha gustado siempre el teatro, el arte. En más de un lío me metí por canciones revolucionarias, arpas y coplas. Lo hacía adrede porque era parte del proceso de creación de un movimiento revolucionario dentro del Ejército. Fue una cosa de lo más difícil. Con la cultura logramos muchísimo. Ya de capitán era conocido por declamador, improvisador y animador de elección de reina y todas esas cosas. Me utilizaban para muchas de esas cosas.

Un día me llama un general: “Chávez preséntate urgente aquí, a San Juan de los Morros.” Yo pensé que era algún lío, porque ya andaba en la revolución, haciendo reuniones, conspirando, pensando en el futuro. Me presento, dice: “Mira Chávez, hay un problema grave. Aquí llegó esta directiva, hace como seis meses, para formar un grupo de teatro, seleccionar la mejor obra de teatro histórico para un concurso en Caracas. Resulta que aquí se le olvidó al coronel, no se hizo nada”. Y faltaba como una semana para el concurso nacional. Y, entonces, me dice el general: “Yo no sé cómo vas a hacer, pero tú vas y presentas una obra de teatro en Caracas dentro de una semana”. “¿Seguro, mi general?” “Bueno, le dije, déme un subteniente (yo sabía que tenía mucha habilidad), y unos soldados”.

Escogimos soldados, llaneros todos. Hicimos una obra, hicimos el guión. ¿Sabes de dónde? De “Las sabanas de Barinas”, un libro del capitán Vowel, que yo había leído. Buscamos en la autobiografía de Páez, entonces, le metimos de todo. ¿Cómo se llamó la obra? “El genio y el centauro en Cañafístola”, cuando se encontraron Bolívar y Páez en el Hato Cañafístola, 1818. Bolívar, venía de Guayana y se encontró con Páez. Hicimos la obra, pero le metimos arpa, y ahí en “Las sabanas de Barinas”, aparecen algunos de los versos que dice el capitán inglés, quien peleó a la orden de Páez y conoció a Bolívar. Escribió sus memorias después que se fue a Inglaterra. Él dice que las mujeres le cantaban a Bolívar. Nosotros pusimos unas muchachas caraqueñas que conseguimos en el teatro Teresa Carreño, donde trabaja mi hermano Argenis.

Vine corriendo aquí y le dije: “Ayúdame”. Buscamos un vestuario, unos fusiles viejos, unas lanzas, un proyector que en una pared reflejaba unas sabanas y unas nubes que se movían. Y unas coplas y salió una muchacha a cantarle a Bolívar, que estaba sentado ahí, un subteniente, que puse de Bolívar. Yo hice de Páez. Y un poco de soldados ahí, muy alegres, llaneros, que yo les hice ejercicio: “¡Relájense, relájense! Vamos, pa’ Caracas”. ¡Un poco de vegueros pa’ Caracas, compadre! Entonces, decía una muchacha que le cantaba a Bolívar: “Mi general Bolívar, tiene en la boca un clavelito encarnado que me provoca”. Sí, y salía otra: “Mi general Bolívar, por Dios, te

pido que de tus oficiales me deis marido”. Y salía otra, “Mi general Bolívar, tiene en la espada un letrero grabado: ¡Muera la España!” Bueno, aquello fue una cosa... y salió bonito. Esa obra fue un impacto. El general me dijo: “Chávez, ganaste tercer lugar, yo pensé que ibas a quedar de último”. “¡No!, tercer lugar de la caballería”, le dije.

EL “NUEVO” BOBO

Yo que estudié las comunicaciones militares, hay una cosa que llaman “radioescucha”. El enemigo habla por una frecuencia, bien, vamos a oír. Uno no entiende normalmente lo que ellos dicen, porque hablan en clave, códigos. Pero el solo hecho de que la frecuencia de comunicaciones se incrementa en un período tal, ponte tú: “Oye, las últimas tres horas éstos han hablado diez veces más de lo que hablan todos los días, algo va a pasar, algo está pasando porque están hablando demasiado”. Entonces uno tiene que prender la alerta: “¡Epa!, ¡muévanse! Mire, vean, a lo mejor están preparando un ataque y están coordinando mucho, algo está pasando que están hablando tres veces más de lo que hablaron los días anteriores o el promedio histórico”; pues todo eso es científico. O uno ve mucha actividad, prendieron los tanques antes del amanecer. “¡Oye, cuidado, los tanques están prendidos! Mira, siempre los prenden a las nueve de la mañana para probarlos y están prendidos a las cuatro de la mañana, ¡ay, compadre!”.

Ah bueno, como una vez un nuevo que era un bobo. Estábamos en una maniobra y el alférez le dice: “Mira, nuevo, póngase allá en ese cerrito para que cuide”. Porque había enemigo simulado en la zona, que eran cadetes también, pero que atacaban, sobre todo con gas lacrimógeno. Entonces buscaban agarrarlo a uno y le quitaban el fusil, las botas. ¡Ah!, a mí me gustaba mucho ser enemigo, uno gozaba mucho de enemigo, porque uno capturaba. En cambio, el otro no podía capturar al enemigo, tenía que ir por una ruta; el enemigo estaba libre. Me gustaba ser enemigo para montar operaciones nocturnas, emboscadas y tal.

Entonces al nuevo bobo lo ponen allá arriba. Íbamos a comer en una quebradita. Uno a lavarse la cabeza, a descansar un ratito. Uno se aflojaba las botas de campaña, veníamos de una marcha por ahí, era por Oriente, por la mesa de La Tigra, un calorón, incendios había. Estábamos abriendo la ración de combate, íbamos a almorzar la sardinita, el atún, la cosa, ta ta, y de repente nos rodean y nos caen a gas lacrimógeno y nos quitan todo. Casi que nos capturan. Corrimos y corrimos y paramos por allá, en una palmera me acuerdo. “Ah, ¿estamos completos?”. Y el nuevo venía por allá, el bobo, y el alférez lo quería matar. “Mira, nuevo, y no te dije, por

qué tú...” Entonces el nuevo dice: “No, es que yo vi, pero pensé que era humo del incendio”. Era gas lacrimógeno que nos estaban tirando. Resulta que lo agarraron como a un bobo. Después lo soltaron y andaba descalzo. Un nuevo bobo.

“CADAVERICO, HABLA PAPO”

Yo era subteniente y me correspondió hacer unas Instrucciones Operativas de Comunicaciones en un batallón. Y lo hice con un espíritu humorístico muy grande, tanto que me enredé la vida con varios superiores. Porque al capitán X que era un flaquito y fumaba mucho le puse “Cadavérico”. El otro, un capitán que era gordo le puse “Papo”. Eso andaba escrito y los operadores lo cargaban. Entonces uno oía por radio: “Cadavérico, Cadavérico habla Papo”. Cuando estos oficiales se dieron cuenta de que yo me los estaba vacilando, cayeron sobre mí las consecuencias, llamadas de atención y tenían razón. Lo hice para darle humor al ejercicio que teníamos.

PÍNTALO DE VERDE

Eso fue en Barinas en 1976. Un capitán me decía: “Usted tiene que poner esa grama verde”. Yo era subteniente y le decía: “Mi capitán pero estamos en verano”. No. “Es que viene la Inspección del Ejército y la grama tiene que estar verde, Chávez”. Y unos soldados echándole agua, a aquella grama, que más seca se ponía porque se quemaba con el vapor del llano. Y le decía: “Pero, mi capitán, usted tiene que explicarle al Inspector que venga, que estamos en verano y aquí en verano la cosa se pone seca. Él tiene que entender eso”. “No, eso tiene que estar verde”.

¿Sabe la instrucción que me dio?, pintarlo con spray, pintura verde. ¡Ah!, porque era lo que exigían y el que hacía eso le ponían muy bien. Pero a lo mejor no revisaban la moral del soldado. A lo mejor no le hurgaban el alma para ver cómo estaba la tropa, sino la forma, la apariencia. Ahora las Fuerzas Armadas no es eso. Ahí han cambiado los patrones y procedimientos en función de lo que debe ser la Fuerza Armada: moral mística, voluntad de servicio, trabajo, sacrificio, servicio a la comunidad.

NUBLADO EN BARINAS

A mí me pasaron muchas amonestaciones cuando era teniente, subteniente, injustas también. ¡Uh!, por allá me amonestaron varias veces y a veces por cosas que no se interpretaron bien. Una vez en Barinas tenía clase de orientación por las estrellas con unos soldados. Es que uno tiene que aprender a ver el cielo, dónde está la Osa Mayor

y por ahí uno se va, orientación estelar. Uno alinea las dos estrellas anteriores de la Osa Mayor, la proyecta hacia abajo directamente y ahí debe encontrarse la estrella Polar, ese es el norte. Y si uno ve la Cruz del Sur, entonces alinea las dos estrellas verticales de la Cruz del Sur y ese es el sur geográfico. Entonces ve a Orión, Casiopea, las constelaciones. El cielo tiene un mapa de noche. Así navegaban los viejos navegantes, y todavía.

Lo cierto es que yo tenía una clase con mi pelotón, eran trece soldados. Hice mi plan de lección, pero resulta que la noche estaba nublada. Eso estaba tapa'ito, era invierno y la clase era práctica, en el terreno, porque uno da la clase primero en una pizarra. Me llevé a los soldados al patio como a las nueve de la noche. Cuando empezamos a ver arriba, "Dios mío, pero aquí no se ve nada". Así que suspendí la clase y retiré los soldados. Claro, les dije: "Vayan al casino", que estaban allá oyendo música y a tomarse un refresco, qué se yo. Bueno, pasó el capitán cumpliendo su obligación a pasar revista de instrucción, y no vio al pelotón en el sitio. Tú sabes que en los cuarteles eso es así, estricto. El pelotón de Hugo Chávez tiene que estar en la matica de mango entre ocho y nueve de la noche, recibiendo clase de las estrellas. El capitán pasó y no había nadie. Pero él no vio para arriba y me amonestaron.

Al otro día, a las seis de la mañana, el toque de diana, me llamó tempranito. "Ordene, mi capitán". "Fírmeme aquí". "¿Qué es eso?". "Una amonestación". Y tú sabes que no hay derecho a réplica. Firmé mi amonestación y después, a las veinticuatro horas, uno pasa un informe. Se aclaró y me la quitaron por fin. Pero hubo que hacer un estudio, porque después el capitán decía que él no recordaba si era verdad lo que yo decía. Tuvimos que pedir el informe meteorológico, testigos, los soldados, qué se yo, y por fin se demostró que sí, que ese día estuvo nublado en Barinas y yo no pude dar la clase.

"KIKIRIKÍ, ME TOCA A MÍ"

En Venezuela se acabó definitivamente la era de la trampa y del fraude. Convénzanse dirigentes adecos, copeyanos y sus derivados. Aquella época en que ustedes hacían lo que les venía en gana. Lo vi con estos ojos. Era 1978. Yo era el teniente Hugo Chávez, comandante del Tercer Pelotón de Tanques de la Tercera Compañía del Batallón Blindado Bravos de Apure. Nos fuimos al Plan República en el estado Cojedes. Al teniente Hugo Chávez le dieron varias responsabilidades, una de ellas era responsable de la logística, de la alimentación y alojamiento de las tropas del Batallón Blindado. Pero también tenía a mi cargo varias mesas de votación.

Y fue de las pocas que uno podía ver, porque a los oficiales no les dejaban ni siquiera asomarse.

Nos ponían como gafos a cargar el fraude, unas cajas ahí llenas de embuste. Pero yo vi, y eso me valió una reprimenda y casi una sanción, porque siempre fui contestatario. Y le decía a un superior que yo no podía quedarme callado ante lo que vi. Una mesa, por allá en una escuelita, en las afueras de San Carlos. Estaba lloviendo mucho, así que quizás por eso amanecí en la escuelita con los soldados, ahí en un rincón.

Los únicos testigos que había allí eran adecos y copeyanos. Los partidos de izquierda no tenían dinero, si acaso tenían testigos aquí en Caracas, en algunas partes, pero a nivel nacional, nada, qué testigos iban a tener. El adeco, el copeyano, el llamado Consejo Supremo Electoral todo era adeco y copeyano, el Pacto de Punto Fijo. Ellos abrían la caja y sacaban la tarjeta, era voto por tarjetas. Aquí estaba una, entonces iba alguien anotando en una pizarra, y ellos anotando en el acta que mataba los votos: AD, Copei, AD, Copei.

De repente salió por allá un gallo rojo, algunos votos del Partido Comunista salían. A mí me indignó porque hasta se burlaban. Uno de ellos decía: "Kikirikí, un gallo". Sí, se reían, lo cantaban, así como el bingo. Y entonces yo, teniente, que había tomado en serio mi Constitución, mis responsabilidades de la Patria, ya me sentía bolivariano, yo decía: "No, pero esto es una burla, vale, esto es una verdadera burla". Entonces decían: "Kikirikí te toca a ti". ¡Ah! ¡El triple gallo! El comodín. Entonces el gallo terminaba siendo adeco. Y al rato salía otro gallo ¿no?: "Kikirikí, me toca a mí".

EL V-100

Un día veo un periódico viejo, porque no llegaba ni periódico en ese tiempo a Elorza. Veo por allá en un cuadrito: "Murió subteniente Rafael Moros González". En la frontera, por allá por Occidente. Lo lloré. Era de Acarigua, *catcher* del equipo de béisbol. Una granada que explotó y él murió por salvar a sus soldados. Veinte años tenía. Yo le decía "V-100", porque el V-100 es un carrito de combate y él era como un carro de combate. Entonces le escribí también unas líneas:

*Aquí lejos del mundo aquel
aquí donde solo me han dejado
conversando con líbero fantasma
aquí donde el Centauro en un tropel lanzó la
inspiración
que nos brotara en uniforme azul, con guantes
blancos
una espada y una esperanza.*

*Aquí en la otra cara de la Patria
aquí en las riberas del Arauca esta mañana
recibí un lanzazo que me partió el alma.
Esta mañana, Rafael Moros, hijo mío, de mi*

*palabra
de mi siembra allá regada
esta mañana supe de tu marcha.*

*Te fuiste, Rafael, hacia el otro mundo
Te fuiste "V-100" hacia el otro mundo
aquí tus centauros seguimos el rumbo
a tu tumba grande llegaremos juntos
algún día cantaremos vivos y difuntos
el canto inmortal
nuestro canto profundo.*

*Adelante centauros, al galope
con la lanza en alto
hacia el horizonte del siglo XXI.*

¡RESPETE A ESTA TROPA DEL EJÉRCITO LIBERTADOR!

Cuando estaba de mayor el gobernador de Apure no me quería ver ni en pintura, porque tuve con él en ese tiempo varios choques. Eran adecos nombrados por la Presidencia, borrachos, ladrones. Entonces yo lo mandé para el cipote. "Que haga un informe", me dijo un general. "Yo lo hago, pero ese gobernador si me vuelve a hablar así, le voy a meter una patada por el hígado, para que respete", le dije al general.

Les voy a contar por qué. Un día estábamos en el aeropuerto, aquí en Elorza. Era un acto por el aniversario del escuadrón. Yo no era comandante del escuadrón, era el capitán Castillo, pero yo estaba como más antiguo, estaba invitado. Además, mi escuadrón era también mío, y aquellos soldados que yo quise tanto. Entonces aterriza una avioneta y alguien dice: "Es el gobernador". No venía a oír al pueblo, venía a una finca por ahí, a una ternera seguramente y a un buen whisky. A eso venían los gobernadores por aquí. Entonces yo voy con el capitán a saludar al gobernador. Viene el gobernador a regañar al capitán, delante de un poco de gente. "Mire, capitán, ¿como yo soy el gobernador de Apure y yo no sabía nada de este acto?, ¿qué acto es este aquí?". El capitán le dice: "Mire, gobernador, yo le mandé la tarjeta de invitación, es el aniversario del escuadrón. Si quiere acompañenos". Yo estaba parado al lado, porque yo no era el jefe de las tropas. Fui a saludar por respeto, ¿no?, al gobernador; a pesar de que ya era el jefe del Movimiento Bolivariano Revolucionario, pero como militar en ejercicio tenía que saludar por obligación. Entonces el Gobernador empieza a decirle al capitán: "Yo no recibí tarjeta, eso es embuste. ¡El Ejército!, ¡yo no encuentro qué hacer con el Ejército! El Ejército aquí no le hace caso al gobernador", y no sé qué más. Conmigo no era, pero me meto yo: "Mira, Castillo, retírate". Y le solté al gobernador de todo, entre otras cosas recuerdo: "Mire, gobernador, el Ejército

ese que está ahí, es el heredero del Ejército de Apure y del Ejército que libertó a este continente”. Entonces el gobernador me dice: “Ah, usted es el mayor Chávez, el tal mayor Chávez”. Le dije: “El ‘tal’ mayor Chávez no, soy el mayor Hugo Chávez Frías”. Y él: “¡Ah!, usted anda conspirando contra el Gobierno”. “Conspirando estará usted”. Bueno, por poco lo tiro al río. Tu vieron que llevarse al gobernador. Él iba allá y yo seguía diciéndole cosas. Yo dije: “Me van a botar de aquí, del Ejército, pero yo le digo a este gobernador lo que hay que decirle en su cara, a este borracho, bandido, corrupto y ladrón”.

Y me hicieron un informe: “El mayor Chávez allá en Apure le faltó el respeto a un gobernador”. Me llamaron y tuve que venir a dar una explicación. Hoy es uno de esos adecos que andan por ahí vociferando: “Que Chávez el tirano, que Chávez tiene que irse”. Cada vez que uno lo veía por ahí era borracho en Apure, y comiendo carne asada por todos lados. Y llegaba a atropellar a la gente, hasta que tuvo un mayorcito por allá que pararse al frente: “Usted está equivocado, caballero. Usted está equivocado, usted tiene que respetar la dignidad de estos oficiales que están aquí y de estas tropas del ejército libertador de Venezuela”. Se quedó boquiabierto, así lo dejé y me fui. Y después inventaron hasta que yo andaba con la guerrilla por allá en Apure.

BLINDADO

¿Saben qué me gusta a mí? Un cuartel. A mí me hubiese gustado muchísimo ser comandante de la Brigada Blindada porque ésa es mi arma, mi arma central. Uno es paracaidista, uno estuvo en los Cazadores, son unidades especiales, en las comunicaciones también estuve un tiempo, pero luego me hice de blindado, los tanques pues. A mí me gusta la guerra rápida, la guerra relámpago, el huracán de los blindados.

En los blindados nos las pasábamos con José Luis. Yo vivía en Maracay en un ranchito, no me da pena decirlo. Era subteniente y estaba Nancy embarazada de Rosita, la hija primera, Entonces José Luis e Isaura estaban recién casados también. Ellos habían conseguido un apartamentito por ahí en Santa Rosa, Maracay, cerca de la plaza España. Estábamos en el Batallón Blindado Bravos de Apure. Un domingo José Luis y yo nos fuimos a jugar pelota y luego le dije: “Vamos para la casa chico, a tomarnos una cervecita”. Fuimos al ranchito que no era mío. Chicho Romero vivía ahí con su esposa, dos hijos. Lo que hice fue poner un cartón y ahí vivíamos en una cama. Entonces él me dijo: “¿Oye y tú vives aquí?” “Mira yo estoy en un apartamentico, y hay un cuartico allá vacío, somos dos, Isaura y yo”. Así que nos mudamos

para allá, Nancy y yo. Y los dos carajitos nacieron casi el mismo día, cinco días de diferencia. Nació la Rosa primero, y después Jorge Luis que ya es teniente. Hijo mío, ya eres teniente. Sigues los caminos de tu padre que fue un buen soldado, un buen amigo y un gran compañero. Teniente Jorge Luis y el otro es subteniente y otro es sargento técnico, todos se metieron a la Fuerza Armada.

Entonces, José Luis Vegas Rodríguez, soldado blindado y de los buenos, buen compañero ha muerto hace unos días en San Cristóbal, que en paz descanse y mi corazón para ti Isaura, para los hijos y este sinfín de recuerdos.

MANTENIMIENTO DE TANQUES

Todos los viernes en los batallones de tanques, por tradición de muchos años, hay mantenimiento de los tanques, desde las siete de la mañana hasta las doce. A veces, uno comía con los soldados encima del tanque. Limpiando la grasa porque había que engrasar, limpiar las orugas, limpiar el cañón, sacar la munición, que son como cincuenta granadas de 105 milímetros; limpiar y revisar la munición, el tubo lanza fumígeno, la munición de reserva, sacar la ametralladora de la torrecilla, la punto cincuenta que va por el lado del cañón, que es grande y largota, sacarla, limpiarla. Todo el día, y en la tarde había revista.

Si conseguían algo sucio, el sábado había que venir a repetir el mantenimiento. Pero cuando, por ejemplo, el comandante García Hernández decía, de vez en cuando: “los señores comandantes de pelotón de tanques tienen libre el jueves después de las cuatro de la tarde. Los que quieran hacer mantenimiento el jueves, vayan de cuatro, hasta la hora que ustedes quieran. El viernes paso revista a medio día. Los que saquen los tanques impecables se van de permiso”. Naguará, uno se fajaba el jueves en la tarde, en la noche, los soldados como nunca. Claro, porque entonces uno iba a tener para la mujer, los hijos, la novia, la familia desde el viernes a las dos de la tarde, después de almuerzo, hasta el domingo.

A mí me gustaba pintar. Nunca faltaba a un juego de pelota los fines de semana, en Maracay sobre todo. Yo jugaba ahí en doble A, me llevaba a mi mujer y mis dos carajitas chiquitas. Pasábamos todo el día jugando pelota en la Universidad Central. En la noche uno se llevaba a la mujer y los niños a un teatro, una película. O a los niños los dejábamos con unos amigos y nos íbamos los dos a ver una película, o nos metíamos al Caney Tropical: arpa, cuatro y maraca, Cristóbal Jiménez. El domingo uno se levantaba tarde a leer los periódicos, a ver a José Vicente Rangel en aquel programa “José

Vicente hoy”. Uno parecía un rey, el domingo, descansando, leyendo, conspirando también un poquito, las reuniones del movimiento. Eso era una vez en la cuaresma. Entonces uno rendía más y se veía más comprometido con ese comandante. Uno trataba de no fallar en nada, porque hay que retribuir.

CONDORITO

Yo tenía un soldado que le decíamos “Condorito”. Era chiquitico, pero muy avisado. En ese tiempo casi ningún soldado tenía ni sexto grado. El analfabetismo arrasaba. Uno tenía que escoger los soldados más buenos, todos eran buenos o casi todos, pero los más avisados y que aprendían más rápido. Yo nombré a “Condorito”, cabo del depósito, cuando era oficial de logística. Llegó la inspectoría y estábamos en una carpa en las afueras del batallón, en Maracay. Y estaban las cocinas de campaña, de aquellas viejas que había que echarles gasolina blanca. Una cocina de campaña pues, con un tanque, un depósito como de veinte litros

Entonces había como diez cocinas y un coronel venía a preguntarle a “Condorito”. El teniente no podía hablar, el teniente lo que estaba era viendo ahí, tomando nota. “¡Soldado!, ¿cómo se llama usted?”. “Cabo, no se que más, me llaman Condorito”. Y yo: “¿para qué tú le vas a decir que te llaman Condorito?”. Pero él era muy salío: “Cabo no se que más... y me llaman ‘Condorito’, mi coronel”. El coronel era un refunfuñón: “¿Cómo lo van a llamar ‘Condorito!’”. “¡Aquí le ponen a los soldados no se qué!”. “No, mi coronel, eso será entre ellos”, le digo yo. Todo el mundo le llamaba “Condorito”, uno mismo en el patio: “¡Condorito!” y para él era un orgullo ser “Condorito”.

“¿Y esa cocina cómo se llama?, pregunta el coronel. “Condorito” se la sabía de memoria “AXB421”. “¿Fabricada en qué año?”. “En 1948”. “¿Y para cuántos soldados se cocina aquí?”. “Para 328 soldados”. “Correcto”. “¿Qué gasolina usa?, ¿de esa los carros?”. “¡Noooo!, mi coronel, de la blanca”. “¡Ah!, de la blanca”. “Échele, allá está la gasolina blanca”. “¿Cuántos litros de capacidad tiene el tanque de esa cocina?”. “Doscientos litros”, dice Condorito. Se equivocó, él me ve y yo le pelo los ojos. Y el coronel le dice “¿Cuánto, cuánto?”. “Entre todas, mi coronel, entre todas”.

EL PRIMER SALTO

Recuerdo la primera vez que me lancé en paracaídas. No se les olvide gritar: “¡Jea!” Claro, como uno está asustado tiene que gritar duro para darse ánimo y dar ánimo a los demás. Ese

era yo que me asustaba, sobre todo en el primer salto. Aquí va la guaya, porque es paracaidismo enganchado: salto a mil quinientos metros. El de setecientos metros es muy bajo, porque cuando uno tiene más experiencia lo tiran bajitico, donde uno no tiene casi tiempo.

Va el avión Hércules y les confieso que el susto mío era doble, porque yo soy veguero. Jamás en mi vida me había montado en un avión y tenía que tirarme por la puerta. Cuando aquel bicho arranca y empieza a dar la primera vuelta en la zona de salto en la Base Libertador, en Palo Negro. Elevándose, elevándose hasta que llega a la altura, cuando el maestro de salto dice: “¡Levántense!”. ¡Ay, Dios mío!, me acordé de mi abuelita que en paz descansa. A mí me correspondió en uno de los saltos el número uno, “Tiene que pararse en la puerta, compadre”. ¡Madre mía! ¡Santa María, Madre de Dios!

Cuando uno va en la puerta tiene que lanzar la guaya duro, si no se le puede enrollar en el brazo. A algunos se les queda enrollada y cuando saltan ha habido desgarramientos y cosas peores. Hay gente que quedó guindando del avión. El avión vuelta y vuelta y un hombre guindando en el aire. Sí, señor. A mí me pasó una vez con un soldado. Yo era Comandante del batallón. Terrible, una cosa terrible. Nosotros saltamos primero y caímos, recogimos. Después me paré encima de la ambulancia con un binóculo, a ver la segunda oleada, venían otros aviones atrás. Entonces veo que los soldados saltan, saltan, y uno... “¡Dios mío!, que no haya novedad”. Porque siempre es difícil que no haya un accidente. Normalmente hay un diez por ciento de lesionados. El salto al que me refero era en El Pao, en invierno. Saltamos sobre unas sabanas llenas de árboles, lagunas, cercas, unos cerros. Recuerdo que un mayor, mi segundo comandante, cayó, en un árbol.

Les voy a decir quién sí hizo curso de paracaidista en la Fuerza Aérea: Castro Soteldo. Porque Castro Soteldo primero se cayó en un *Mirage*. El primer salto fue en Barcelona. Iba pasando, allá viene el *Mirage...*, se enterró de cabeza en un cementerio. Todo el mundo dijo: “Se mató Castro Soteldo”, el Pata'e guarapo. Lo consiguieron guindado en un samán, por allá. Él activó el eyector y quedó guindando en un samán. Se cayeron tres *Mirage* aquella vez: el “gocho” Durán Valdés, Castro Soteldo y el otro no recuerdo quién era. Yo me enteré en Corozopando. Estaba en Elorza, venía de San Fernando y compré Últimas Noticias. “Se cayeron tres aviones”. En ese momento el Movimiento Bolivariano en la Fuerza Aérea tenía tres oficiales superiores: Reyes Reyes, el “Gocho” Durán Valdés y Castro Soteldo, y los dos se cayeron. Yo dije: “Se cayó la Fuerza Aérea Bolivariana”. En ese tiempo éramos apenas un grupito. ¡Cómo hemos crecido!

NI ESTO, NI AQUELLO

En un Aló Presidente hablé de un diario que creo saber quién lo tiene. En una época estuvo en filas revolucionarias, ahora está en filas contrarrevolucionarias. Pero yo sé que esa persona guarda con respeto esas cosas. Por lo menos una copia le pido de aquel diario, de varios diarios míos. Uno era el que yo llevaba en el batallón de cazadores, octubre de 1977. Precisamente por esos días de octubre, en el diario que llevaba yo escribía la consigna: un Vietnam, dos Vietnam en América Latina. Y escribía “los soldados no sienten esta lucha”. Andábamos en el monte, detrás de la guerrilla en Oriente, en Anaco, en Cantaura, en Santa Rosa, en Santa Ana, Bergantín, Mesa La Tigra, Mesa La Leona, la Vuelta del Caro. Me conozco todo eso como la palma de la mano, aun cuando pasaron treinta años y más nunca volví por esos caminos. Pero me los aprendí así, caminando, camino por camino, montaña por montaña.

En ese octubre nos mataron siete soldados cerquita de Aragua de Barcelona, en una emboscada de un grupo de Bandera Roja. Esa emboscada a mí me estremeció y me volvió un torbellino. Esa emboscada cortó de un tajo la locura mía, porque el plan era irme para la guerrilla con aquellos soldados. Estuve a punto de brincar para la guerrilla; ya sabía que estábamos defendiendo algo que no tenía razón, que lo que nosotros defendíamos era a Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela. Al país lo saqueaban, los gringos mandaban aquí. Entonces decía: “El Che tenía razón”. Decía: “Me equivoqué”. Recordaba los años de la infancia y las conversaciones de mi padre en el botiquín de Francisco Orta y decía: “¡Qué hice yo, Dios mío!, ¡dónde me metí yo!”

“Lo que me toca es brincar para allá, ahora que ya estoy entrenado en guerra irregular”, dije. Ya era soldado cazador, paracaidista, explosivista. Uno estaba formado para el combate y en mi plenitud física, en el 77. La emboscada me volvió un torbellino y se me perdió el camino. ¿Por qué? Porque a aquellos soldados los mataron cobardemente y entonces yo dije: “¡No! ¿Qué guerrilleros son estos?”. “¡¿Qué guerrilleros van a ser estos que matan a estos pobres muchachos!?” En un volteo los agarraron, los masacraron. Una cosa es que uno muera en combate y otra que masacres, asesines a unos muchachos dormidos en un volteo.

Entonces dije: “No, no, ni esto, ni aquello”. Ahí fue cuando juramenté al Ejército Bolivariano de Liberación del Pueblo de Venezuela y a los pocos meses me cambiaron a Maracay, y empezamos a trabajar ya a otro nivel. En el 78 me reuní con Douglas Bravo, a través de Adán; con Alfredo Maneiro, a través de Vladimir “Popeye” Ruiz. Entonces, a través de ellos me fui metiendo a la revolución, le cogí ritmo, pues. Recuerdo lo que me dijo Alfredo Maneiro la última vez que lo ví, “Mira Chávez, esto es para largo, así que calma, pacien-

cia que esto es para largo”. Y fui asumiendo que era para largo, como para largo fue y como para largo será. Aquí se nos irá la vida completa.

LES METIMOS DURO A LOS GRINGOS

En una ocasión recuerdo que me salí de un aula militar, me iban a sancionar, bueno, me salgo de aquí. Estábamos haciendo el curso de Estado Mayor y trajeron como sesenta gringos. Era parte del plan del Gobierno de aquel entonces para tratar de influir en nosotros y frenar la rebelión que ya venía, palpitaba. Era casi que abierto el enfrentamiento en las aulas, en los cuarteles, con los bolivarianos. Ya nos llamaban los bolivarianos, y nos dábamos el lujo incluso de enfrentar a superiores en discusiones sobre Bolívar y la política nacional. Recuerdo en ese curso que me paré a defender a las empresas de Guayana, porque llevaron a un expositor, economista y tal. ¿A qué?, a vendernos a nosotros los militares la tesis de la privatización. Recuerdo que defendí esto que ahora con orgullo estamos ayudando a rescatar. Uno luchaba en silencio ahí dentro, ¿no? A mí me da mucho sentimiento decir esto y recordar, porque, ¡oye!, cuántas cosas pasaron, cuántas batallas chiquitas, silenciosas que nos fueron llevando a lo que nos llevó aquello.

Entonces una vez vienen esos gringos, y nos pusieron a jugar a la guerra. A mí me ponen de oficial de operaciones de una parte, y los gringos de la otra. ¡Les metimos duro en el juego de la guerra! A mí me andaban vigilando, yo era un objetivo psicológico y de investigación allí en el curso. Esos gringos eran casi todos sociólogos, psicólogos. Militares, pero casi todos asimilados, analistas políticos, disfrazados ahí. Era una labor de inteligencia descarada, delante de nosotros. Yo lo sabía y llegué a decirlo en alguna reunión. Bueno, así que hicimos un juego de guerra ahí y le metimos medio pa' los frescos en el juego de la guerra. Les tomamos hasta la retaguardia a los gringuitos esos. Entonces se me acerca uno, un coronel: “Comandante, ¿usted cómo es que se llama?”. “Yo soy el comandante Chávez”. Me dijo: “Usted es bien agresivo pa' jugar a la guerra”. Porque yo era el que tomaba decisiones operacionales, y les clavé cuatro batallones de tanques por un flanco, compadre, “¡ra, ra, ra!”, y les metimos los tanques hasta el fondo, hasta que se rindieron pues. Un juego, pero que tiene su ciencia y su arte, como jugar un ajedrez: la audacia y la estrategia. Y no era yo, sino un equipo. Estaba Ortiz Contreras ahí en ese equipo, que en paz descansa, mi compadre Ortiz.

Jugamos softbol y los matamos, les ganamos por *nocaut*. Tenían a un gringo ahí, así grandote, que pulseaba y le ganaba a todo el mundo. Le dije yo: “A mí me vas a ganar, pero a que no le

ganas a mi compadre Urdaneta”. Lamento mucho lo que ha pasado, pero fue un gran amigo, un hermano fue Jesús Urdaneta. Él a lo mejor hasta se pone bravo porque yo lo nombro, pero no importa, hace poco murió su papá, me dolió mucho, el viejo Urdaneta. Bueno, pero yo tengo los recuerdos, pues. ¿Quién me los va a quitar? Nadie me va a quitar mis recuerdos. Es como cuando uno amó a una mujer. Me podrías quitar todo, pero mis recuerdos no me los quita nadie. Los amigos de verdad que pasaron, uno los tiene aquí como recuerdo.

Entonces le dije al gringo: “Mira, ¡ah!, tú andas ahí fanfarroneando”. Estaba tomando cerveza en el casino, allá en Fuerte Tiuna. Le digo: “A que tú no le ganas a mi compadre Urdaneta”. “¿Apostamos?”. “Epa, Jesús Urdaneta. Ven acá, compadre. Mira, este gringo dice que te va a ganar pulseando”. “¿A mí?”, “¿quién me gana pulseando a mí?”. ¡Ajá! Y todo el mundo rodeó a los dos. Urdaneta que se le reventaban... Yo dije: “Voy a ser culpable de que se muera Urdaneta”. Porque aquel gringo era un gigante, chico, y Urdaneta es un hombre fuerte pero no es un gigante, pero con una voluntad, sin duda. Ojalá se mantenga siempre así para cosas buenas. Entonces Urdaneta, y todos nosotros aplaudiendo. A Urdaneta las arterias parecía que se le iban a explotar, vale, pero aquel hombre nada. Hasta que el gringo empezó, miren, a “culipandear”. ¡Pum! ¡Le volteó Urdaneta la mano al gringo! Les ganamos en todito a los gringos esos. Están muy equivocados los que andan diciendo por ahí: “Una invasión gringa, una invasión de Estados Unidos y no duraría cuatro horas la guerra”. O “los Estados Unidos controlarían este país sin necesidad de poner una bota aquí”. No lo controlarían ni con un millón de botas. ¡A este país no lo controla nadie! ¡Sólo los venezolanos podemos echar este país adelante!, ¡sólo nosotros podemos hacerlo!

FUERTE JOSÉ MARÍA CARREÑO

Ese cuartel se llama así porque mi general Martínez Cafasso, comandante de la División de Caballería, me dijo: “Chávez, mi promoción pasa a retiro, la promoción Carreño. Yo quiero que ese fuerte se llame José María Carreño”. Además, él firmó una resolución interna, mandó a hacer un busto de José María Carreño. Me lo mandó para acá en una avioneta. Yo me encargué de la placita, los bancos junto con el sargento González Martínez, Tinaquillo, muy buen compañero. A veces yo tenía que darle la orden de que no echara más chistes, porque uno se iba a reventar de reírse: “Sargento, no eche más chistes, una orden”. Se tapaba la boca. Unos chistes... y además, los echaba en ráfaga: ¡pun, pun, pun! Pero muy bueno, era suboficial, pero como un oficial

para todos. Yo no tenía distinciones. Siempre quise unificar eso hace tiempo, porque vi que a los hijos de los suboficiales los trataban en muchas partes como si fueran “subhijos”, pues, menos que los hijos de los oficiales. Y las mujeres de los suboficiales como si fueran menos también. ¿Qué es eso? Desde entonces yo tenía ese sueño que ahora veo hecho realidad: oficiales técnicos.

Entonces viene Martínez Cafasso, hacemos la plaza, sembramos una gramita y tal. Como ellos se iban de baja en julio, él invitó a algunos compañeros de promoción y vinieron como doce generales de división, de brigada, uno que otro coronel. El cura de la división vino. Entonces tuve que buscar los tres *Pinzgauer* míos, pedí prestados los dos que tenía la Guardia, y otro camión, un M35. Ninguno era nuevo, eran unos camastrones, pero tenían fuerza en el motor. Hicimos la columna en el aeropuerto. Llegaron todos en varias avionetas y un avioncito, un *Arabas* lleno de generales. Teníamos que ir para el cuartel y después una ternera en el pueblo. Bueno, para el cuartel.

Se pegó primero el camión, el M35, se pegó después el de la Guardia. Los generales se iban pasando, ya no cabíamos. Se pegó el otro de la Guardia. Quedaban los tres míos, tracción en las seis ruedas. Se pegó el primero. Cuando quedaba uno solo ya no cabíamos. Iban a pié algunos. Entonces me dice Martínez Cafasso: “Chávez, ven acá, compañero”, y vienen los generales llenos de barro, pero eran soldados todos, ninguno estaba murmurando, estaban gozando más bien: “¿Este es Apure?”. “Este es Apure. Para que conozcan el llano en invierno, mi general”. “¿El cura!, ¿dónde está el cura?”, dijo Martínez Cafasso. Viene el cura. “Que traigan el agua bendita” y todo. Nos paramos en un morrito de barro, y dice Martínez Cafasso: “Chávez, ¿en qué dirección queda el escuadrón?”. Le dije: “Allá, mi general, en aquella mata que está allá, la mata de la guacharaca, ahí a la izquierda”. “Bueno, señor cura, proceda desde aquí, a inaugurar la plaza”. ¡Esa plaza se inauguró desde la mitad!, ahí donde está el Paso de los Niños, porque ahí nos pegamos toditos un día y cada oficial traía sus niños. Llegamos al pueblo con los niños al hombro, el barro hasta la rodilla o más arriba. Así se inauguró esa plaza del Fuerte José María Carreño. Recuerdos de soldados.

COMANDANTE

Unos meses después de “El Caracazo” caigo preso en Miraflores y me llevan al Comando del Ejército, acusado de algo que no era cierto. Claro, yo era jefe ya de un movimiento revolucionario, pero nos habían acusado de que íbamos a matar al Presidente y al Alto Mando militar en la cena de Navidad de ese año. Nada más lejos de nuestra intención matar a alguien, pero fue un in-

vento desesperado de algunos miembros del Alto Mando y de la DISIP que no conseguían cómo sacarnos de Miraflores a mí, y a otros compañeros de los segundos comandos de batallones importantes como el Ayala y del Batallón Caracas. Estaba Ortiz Contreras en ese batallón del Ministerio de la Defensa.

Me detienen el 6 de diciembre, “Tiene una hora para salir del Palacio”. “Tiene que amanecer en Maturín”. Recogí todas mis cosas, agarré mi petrol viejo, un carro que yo tenía todo “esperola’o”, metí un poco de cajas, la ropa allá atrás y me vine. Mi jefe estaba muy afectado, porque decía que eso era mentira. Pero bueno, el propio presidente Carlos Andrés Pérez dio la orden. Entonces amanecí en Maturín. Wilfredo estaba de guardia esa noche, era Jefe de Servicio y me dice: “¿Y usted qué hace aquí?”. Y le dije: “Vengo a trabajar para acá”. “¿Quéé?!” “¿dónde?” Era diciembre, no son días de cambio. Pero en la noche había un fiestón ahí, me zumbé y me fui para la fiesta, era el Día de Maturín, el 7 de diciembre, así que aquí pasé 24, pasé 31. No podía salir de aquí. Maturín era como una prisión para mí, pero qué bella prisión y que bellos meses pasé aquí. A los pocos días vino mi esposa con mis hijos, que estaban pequeños.

Conocí y conseguí viejos amigos. Un tío mío vivía aquí. Un día me lo consigo, íbamos trotando y me pasa por un lado un carro y me dicen: “¡Maisanta!” Yo volteo y era Rubén Chávez, chico. Años sin verlo, su casa fue mi casa. Conseguí a aquel muchacho de Sabaneta que fue a un mundial de béisbol, Argenis Lucena, hermano de Pancho Bastidas. Su casa era mi casa, hice amigos en los barrios, en la pelota, jugábamos softbol, béisbol. Oficiales que me dieron su afecto como el mayor Silva y muchos otros. Pero en verdad tenían muy vigilado cada paso que yo daba. Para salir de Maturín tenía que pedir permiso al comando superior, así que pasé aquí diciembre, enero, el Año Nuevo, los carnavales. Nunca los olvidaré, ¡qué maravilla de desfile de carnaval aquí!, en la avenida Bolívar. Después nos fuimos al Paso Maraquero. Luego todos esos meses aquí. Yo pensé que no iba a ascender a comandante, qué voy a ascender acusado de querer matar a un presidente. Sin embargo, no pudieron probar nada y finalmente ascendí, aquí en Maturín, en la plaza del Bolívar ecuestre, al lado de la catedral nueva. Pasé aquí unos meses verdaderamente inolvidables, de mucha reflexión, porque era un momento crucial. Yo decía: “Bueno, me voy de baja, se acabó el Movimiento”. Pero no, al poco tiempo empezaron a llegarme los muchachos.

DESCARGO

Yo entregué mi Batallón Briceño a la Patria, el 4 de febrero de 1992. Algunos se fueron, algunos de los muchachos murieron en la rebelión. El

Batallón fue a prisión, los oficiales y los soldados, todos presos. Varios meses después estaba en Yare y llega un funcionario de la Contraloría General de la República, para que yo firmara el acta de entrega. Porque al Batallón lo habían eliminado. Yo no me iba a negar, por supuesto, porque era una responsabilidad administrativa. Así que le di la bienvenida al funcionario que enviaron.

Pero me pongo a revisar el acta y había una serie de observaciones. Una decía que yo tenía una deuda de no sé cuántos millones de bolívares por alimentación, hasta el mes de junio de ese año '92. Yo le decía a aquel caballero: “¿De dónde sacan ustedes esto?” “¿Cómo es posible que me estén achacando a mí esta deuda desde el mes de febrero hasta el mes de junio, si mi batallón salió a la rebelión y no volvió?” “¿Dónde comió esa gente?” “¿Cómo voy a pagar yo?” “Yo estoy preso desde aquella fecha”. Claro, si yo no hubiera revisado, hubiera firmado. Mire, me clavan la estaca. Luego le dije: “No, yo no voy a firmar eso”. Menos mal que uno de los compañeros de la rebelión, el sargento Freitas, es contable y me ayudó a revisar el acta. Yo le dije: “Déjeme el acta”. “No yo no puedo dejársela”. Bueno, “entonces venga mañana”.

Volvió al otro día y seguimos revisando. Encontramos otras cosas, que si yo no hubiese revisado, o no hubiese tenido ahí a Freitas, a lo mejor firmo el asunto y me hubiese metido un autogol, porque hubiese estado reconociendo deudas. A lo mejor sacan por la prensa al otro día: “Vean al comandante Chávez, que habla de la moral y la revolución, miren, dejó una deuda, no pagó la alimentación, se cogió unos millones de bolívares”. Recuerdo que había también unas deudas en la cantina de tropas. Un teniente era el cantinero y fueron a revisar. Me dijeron que revisaron hasta las botellas, botella por botella, a ver si estaban completas las botellas vacías de los refrescos, las facturas. Fueron a todas las casas comerciales, como debe ser, revisando hasta el mínimo detalle y entonces faltaba un dinero en la cantina.

Yo le dije, bueno vayan a buscar allá al teniente que está preso en el San Carlos, que él me mande los recaudos. El teniente no podía salir de la cárcel, pero dio indicaciones sobre un cuaderno que él tenía en un maletín, en su habitación, y en ese cuaderno estaban unas facturas que él no tuvo tiempo de consolidar. Resulta que ese fin de semana hubo cantina, hubo soldados, hubo visita de familias, tomaron refrescos, hubo compras, hubo ventas y el lunes él amaneció alza'o ¿Qué iba a tener tiempo de estar consolidando facturas y registrando el cuaderno? El lunes andaba con su pelotón de morteros, alzado en armas. Sin embargo, aparecieron las facturas y se consolidó todo y quedó todito claro. Eso se llama descargo.

“ESPEROLA'O”

Yo vine a comprar casa cuando era mayor, y eso, porque tenía un jefe de buen sentido humano. Trabajábamos en el Palacio Blanco. Un día íbamos a una conferencia en Maracay, y me dijo: “Mira, Chávez, tú hablas como un hermano mío, pero es un comunista. Es médico y ese nos dejó hasta la familia y se fue con los indios de Amazonas y nadie lo sacó de allá. Se llama Gilberto”. Después yo conocí a Gilberto Rodríguez Ochoa, que en paz descansa. Era un hombre extraordinario, como pocos he conocido, humilde, desprendido de todo.

Yo tenía confianza y le dije al general: “Me honra que usted me compare con ese hermano suyo, algún día espero conocerlo”. “¿Qué es comunista?, ¿qué es el comunismo, mi general? ¿Usted cree que es malo?” “Ay, Chávez, no te metas en esos temas, no te metas para lo hondo”, me decía. “Ten cuidado que te andan cazando y no eres venado. Te andan cazando porque hablas mucho”. “¿Cómo vas a preguntar qué es el comunismo, si yo soy un general?, ¿te das cuenta?”

Él me preguntó un día: “Chávez, ¿dónde tú tienes a la negra y los muchachos?” “Están en Barinas”. “¿Dónde tú tienes casa?” “Yo no tengo casa, mi general” “¿Tú eres mayor y no tienes casa? “No tengo”. Un día vio el carro mío. Íbamos bajando a un acto no sé dónde y el carro mío era un catanare que tenía la lata toda carcomida, los cauchos lisos. Me la pasaba echándole *flit* para que un zancudo no picara un caucho, porque explotaba. A veces andaba sin caucho de repuesto, porque lo poquito que me quedaba, si es que quedaba aliguito, un bolivita, uno lo ponía para la causa. El Movimiento tenía algunos gastos, papeles, reuniones, viajes que no estaban en la agenda. Además, el sueldo de un oficial siempre ha sido modesto. Entonces veníamos bajando de un acto, uniforme y corbata y el carrito mío estaba parado junto al suyo, un carro negro grande de esos protocolares, porque era el puesto asignado al ayudante.

Y él me dice: “Chávez, coordina, chico, averigua de quién es ese carro, con mucho cuidado, tú sabes, por respeto al ser humano. Tú le dices que ponga ese carro allá atrás o en otro lugar, porque mira ese carro chico, cómo está “esperola'o” ahí en todo el frente del Palacio de Gobierno, tú sabes”. Entonces, yo le digo: “Sí, mi general, permiso para quedarme. Permítame no ir al acto”. “¿Por qué?, si estamos en la hora, vámonos móntate”. “No, no, es que ese es mi carro”. Aquel buen hombre cambió de colores. “Bueno, siéntate chico, vámonos”. “Y, ¿cómo es que tú tienes un carro así, Chávez”. “Bueno, mi general, yo no tengo dinero”. “Tengo una mujer y tres muchachos y mi esposa no trabaja, tiene los tres muchachos allá cuidándolos desde que nacieron”. Entonces él se empeñó en que yo comprara una casa, y tuviera a la familia más cerca. Un día me dijo: “Tú convertiste esto en una ofici-

na de atención de los pobres, Chávez”. Pero en el fondo él compartía aquello.

ENGUAYABADO

Yo no estoy en contra de la cerveza. Nunca me gustó el licor, pero bueno, uno iba a un lugar y se tomaba una cerveza, dos cervezas, un traguito, sobre todo uno que andaba en la conspiración. El coronel Hugo Trejo, mi general Trejo —lo ascendió la Revolución—, me enseñó mucho a conspirar, me enseñó a ser soldado patriota. Ya yo lo era, pero él me amasó, ayudó en amasarme. Tuve la dicha de conocerlo cuando yo era muy joven, subteniente. Me le paré firme una vez y pasé a formar parte de su ejército. Una vez me dijo: “Mira, Hugo, con los militares no vas a poder evitarlo y si lo evitaras sería sospechoso. Así que tienes que actuar como la mayoría”. Fiestas, sobre todo en esa época. Cada vez que había un cambio de jefe, una parranda, whisky, música, un gasto. Y eso se acabó. La orden es, eso se acabó.

La otra entrega de mando la hice en El Pao, de campaña, quemándonos por el sol, con la tropa al frente. Y para qué fiesta pues, qué es eso. Ah, esas son las viejas costumbres, ¿ves? Rómulo Betancourt decía que “a los militares había que tenerlos contentos con caña, cobre y la otra c”, esa que no se puede nombrar. Y a la Fuerza Armada la pudrieron. Gracias a Dios mantuvo ciertos espacios, como la patria toda los mantuvo siempre sanos, que fueron capaces de brotar de entre el excremento y dar la batalla junto al pueblo, como la estamos dando.

Entonces el coronel Trejo decía: “Hugo, tú tienes que ir campaneando, y ponle cuidado. Oficial que no beba es sospechoso, porque ese puede andar esperando, te puede andar cazando, puede ser de inteligencia, pues, y anda haciendo alguna tarea. Y el que beba mucho y se rasque, cuidado, porque ese si lo metes a la revolución va a empezar a hablar, va a delatar y, además, bueno, moralmente es un borracho”.

Bueno, entonces la cerveza. Yo no soy contrario a eso, yo no soy musulmán pues, pero para qué cerveza, ¿verdad? Pregúntense ustedes. ¿Para qué caña? El que esté despechado, bueno, un clavo saca otro clavo, compadre. “No, que estoy despechado”. Hay gente que toma eso como excusa y se la pasan es despechados. “Estoy enguayabado”. Después inventaron el doble guayabo, eso es peor. Imagínate tú, guayabo negro, ese es otro que así lo llaman.

FLAMIJOQUER

¿No voy a conocer yo al “Búfalo” o a Briceño Araujo? Briceño Araujo era capitán de mi batallón y recuerdo que pocos días antes del 4 de

febrero a él lo cambiaron para la selva. Era capitán y yo comandante, cuando lo despedimos tomando flamijoquer de los paracaidistas, que bebemos candela. ¿Ustedes saben eso? Los paracaidistas bebemos candela, ponemos aquí una cosa, de esa agua que tiene picante, se le prende candela, ¡pssst! Y luego usted se traga la candela. Estábamos despidiendo a Briceño Araujo, y ya en la madrugada, era como un viernes, nos quedamos ahí jugando dominó un rato, los oficiales del batallón. Era diciembre. Recuerdo que cuando nos despedimos, ya en la madrugada, él me dijo: “Mire, mi comandante, yo sé que por ahí viene una cosa, yo sé. No me deje por fuera, usted me avisa, yo me vengo para acá”. El día de la rebelión estaba próximo. Posiblemente ese diciembre estábamos a punto de estallar. Por fin lo dejamos para enero, febrero, 4 de febrero. Yo no te pude conseguir, tú estabas en un batallón no sé dónde, por allá, yo te mandé el mensaje, pero no te llegó. Ése es el general Briceño, segundo comandante de la División Blindada. Comandó la Brigada de Paracaidistas y le entregó al “Búfalo”.

El “Búfalo” jugaba rugby. Véanle la frente al “Búfalo”. Yo tenía el equipo de rugby de la Academia. Eran cadetes y el “Búfalo” era de los duros jugando rugby contra la Simón Bolívar. ¿Te acuerdas de aquel entrenador? Mackin Black Coller, era el entrenador. Entonces un día yo voy de capitán a pasar revista al Hospitalito. Voy caminando por la calle donde estaba la Escuela de Blindados. Veo que viene un cadete nuevo en muletas, todo doblado, enyesado por aquí, lo llevaba un técnico ahí. Veo ese cadete todo “choreto”, y le digo: “Mire, recluta, ¿y a usted qué le pasó?”. “Soy del equipo de rugby, choqué con mi alférez el “Búfalo”. ¿Tú te acuerdas? Tú le diste un cabezazo a un nuevo ahí. El general comandante de la Brigada de Paracaidistas. Esos son muchachos como hermanos, algunos los veo como hijos, son generaciones que uno ayudó algo a formar.

EL CARACAZO

¿Saben a qué vine yo aquí por primera vez, a este Palacio? Yo vine aquí por primera vez a buscar una caja de whisky. ¡Fíjate para lo que era este Palacio! Al teniente Chávez lo mandaron a hablar con el jefe de la Casa Militar en esta misma oficina. Era un general, y otro oficial, había una fiesta y faltaba whisky, porque había que tomar whisky. Me mandaron con una hojita a presentarme aquí y yo salí por allá con una caja de whisky. ¡Me da pena! Pero no me da pena, porque eso refleja en mucho lo que era este palacio, la loquera que era.

Años después, un poco más maduro, llegué ya mayor al Palacio Blanco, como ayudante de un general, de un buen jefe que tuve. Así que un

día amanecí del Cajón de Arauca al Cajón del Guaire, y a los pocos días vinimos a la juramentación en este salón. Luego, con cierta habilidad que me dio la sabana y la vida, fui haciendo amigos por aquí: los oficiales que trabajaban, las secretarías, un viceministro. Así que yo caminaba por aquí, pasaba por el túnel. Vine a varias fiestas en este patio, champaña de la buena, de la más costosa, whisky, música.

En esos años vi con estos ojos a la mismísima Blanca Ibáñez, por esos pasillos, en el Salón de los Espejos, en varios eventos. Yo siempre la miraba y veía en su rostro la expresión del poder. El presidente Jaime Lusinchi era un hombre que no mandaba. El poder personal, digámoslo así, lo tenía Blanca Ibáñez. A tal nivel de degeneración habíamos llegado que todo el mundo sabía que ella era la amante del Presidente, y la esposa estaba allá en La Casona. Y aquí venía toda la alta sociedad, la burguesía, muchos altos dignatarios de la Iglesia, Fedecámaras, a brindar. Varias veces brindé en ese patio del Pez que Escupe el Agua, había muchas fiestas entonces aquí. Casi todos los viernes, era como dicen en las calles “palo y palo, compadre” y no era Magallanes precisamente. Una noche vi cómo se llevaron al Presidente, así como en las comiquitas, que sacan al borrachito dando pataditas en el aire, que no se quiere ir, así se lo llevaron. Estaba muy borracho, en verdad. Y tenía aquella fama que le hicieron los que dirigieron la estrategia comunicacional. Había un análisis de la sonrisa de Lusinchi y lo comparaban con la Mona Lisa, una sonrisa misteriosa: “el Presidente más bueno y más querido”.

Estaban entregados a la élite económica. Hacían muchos negocios y fue aquellos años donde la deuda del sector privado, por un acuerdo que se hizo entre el Gobierno de Lusinchi y el sector privado, se la echaron encima a la República. Así fue como, de un año para otro, Venezuela duplicó la deuda externa pública. ¿De dónde surgió? No fue que le prestaron dinero a Venezuela. La deuda que tenían los privados la asumió el Gobierno de Lusinchi y la seguimos pagando hoy. Les digo más, los papeles desaparecieron. La República pagaba la deuda de los ricos con dólares de las reservas internacionales, del dinero del pueblo. No la deuda de los pobres, sino de grandes empresarios, la elite, la burguesía. Ese acuerdo fue el que dio lugar a que Lusinchi dijera después: “La banca me engañó”. Pero se fue tranquilo y aquí nos quedamos nosotros. Todo eso son causas de “El Caracazo”.

Viví aquí el día que ganó Carlos Andrés Pérez. En la noche vi desde mi ventana llegar a Fidel Castro. Allá va Fidel, esperanza de estos pueblos —dije yo—, pero cómo acercármele. Recuerdo que el maestro John Sifontes era sargento, un afrovenezolano revolucionario. Estaba en el movimiento porque habíamos estado juntos en

Elorza. Llegó un día muy contento a mi despacho en el Palacio Blanco y me dijo: “Mi mayor, me nombraron jefe de seguridad de Fidel, de la caravana”. “¿Qué le digo a Fidel?”. “¿Le hablo del movimiento?, porque yo hablo con él”. “No le puedes decir nada. Páratele firme, le das un saludo, el más enérgico que en tu vida hayas dado y con eso le dices todo. Le dices que el Ejército Bolivariano lo saluda”. Él cumplió, porque a los dos días me llegó. “¿Qué te respondió?”. “Me dio un abrazo”. El ejército bolivariano, pues.

Venía calentándose una situación, histórica, de caos moral, político, estructuras sociales totalmente desgastadas. Un pueblo sin rumbo, sin gobierno, sin representantes. ¿Recuerdan ustedes los nombres de aquellos carcamales del Congreso? La mayoría eran negociantes. En el Congreso los diputados eran puestos por los grandes medios de comunicación, tenían su cuota allí. Fedecámaras y los grandes sectores privados metían diputados y senadores. Era el reparto del poder, el Pacto de Punto Fijo. La embajada norteamericana, por supuesto, tenía entrada libre, me consta. Llegué a volar en el avión de la embajada de los Estados Unidos, porque yo era audaz, andaba jugando duro dentro del Ejército. Me hice amigo de los militares estadounidenses, de la embajada. Me acuerdo de Hugo Posei, a su casa iba, en Prados del Este. A mi ascenso a teniente coronel, un año después, fueron el coronel y los agregados militares de los Estados Unidos en el avión de la Embajada. Se llevaron un poco de gente de Caracas, fueron a Barinas a la celebración del ascenso.

Y llegó el lunes 27 de febrero. Llegué muy temprano aquí a Palacio. Me sentía mal de salud, tenía un malestar, venía de San Joaquín. Ahí vivíamos con mi esposa entonces, Nancy, y mis tres niños mayores. Me vine muy temprano para evitar la cola de aquí de los Ocumitos y la cola de Coche, para no llegar tarde al trabajo. Había que estar aquí a las siete, así que yo salía a las cinco de la mañana en mi carromato, “El Vaporón”. Trabajamos ese día, ya había algún movimiento. En la tarde me fui a la Universidad Simón Bolívar, estábamos haciendo el postgrado. Recuerdo con mucho cariño mis profesores de postgrado, algunos me critican hoy, pero no importa, recuerdo aquellos debates. Profesores algunos de izquierda, pero la mayoría de derecha. Esa noche no hubo clase en la universidad debido a los disturbios. Había un grupo de compañeros ahí a la entrada de la universidad que no tenían carro y yo les di la cola. Fui por allá, por La Trinidad, y me tocó ver, después que dejé a mis amigos cerca de sus casas, como saqueaban, policías, disparos. Me vine a Palacio esa noche, llame a mi general y le dije: “Mire, yo acabo de ver esto, esto y esto, y aquí en el centro de Caracas hay humo”. Me dijo: “Quédate ahí, me avisas cualquier cosa”. Al siguiente amanecí con fiebre, tenía lechina, es-

taba brotando. Me fui a la enfermería de Palacio y me mandaron reposo. Me le presento al general y me dice: “No te me acerques, que a mí no me ha dado eso, y es contagioso”. No conseguía gasolina para regresar a casa, estaban todas las estaciones cerradas. Era ya el 28, el martes en la mañana. Entré a Fuerte Tiuna y me tocó verlo en guerra. Fui a buscar gasolina con un compadre que era coronel. Me senté en su oficina y veo en el televisor aquel desastre. Salgo al patio, los soldados corriendo y unos oficiales mandando formación y a buscar los fusiles. Y le digo: “Mi coronel, ¿qué van a hacer ustedes?”. “¡Ay, Chávez!, yo no sé qué va a pasar aquí. Pero la orden que llegó es que todas las tropas salgan a la calle a parar al pueblo”. “¿Pero cómo lo van a parar?”. “Con fusiles, con balas”, incluso dijo: “Que Dios nos acompañe, pero es la orden”. Vi los soldados salir, los soldados logísticos que no son soldados entrenados. Esos son los que hacen la comida, los que atienden los vehículos. Hasta a los mecánicos los sacaron y les dieron un fusil, un casco y bastante munición. Lo que venía era un desastre, como así fue.

El primero de marzo matan a Luis Felipe Acosta Carlez, uno de los jefes del movimiento en Caracas. El 27 de febrero, sonaron las dianas del 4 de febrero. Como soldados nos sentíamos tan avergonzados, tan adoloridos después de aquella tragedia y recordábamos siempre entonces aquella centella que fue Bolívar cuando dijo: “Maldito el soldado que vuelva las armas

contra su pueblo”. El 27 de febrero nos hizo llorar, nos hizo sangrar, pero recuerdo que yo no pude ni siquiera venir a nada, yo estaba que no podía ni hablar casi, una semana de reposo.

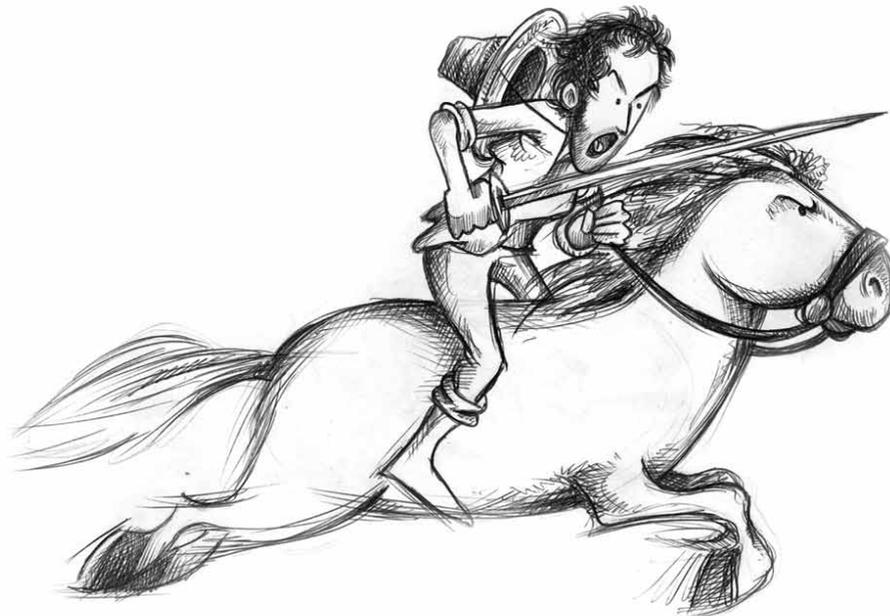
Cuando regreso a Caracas me fui a la tumba de Felipe, fue lo primero que hice. Otra noche iba subiendo las escalinatas del Palacio Blanco, regresando de la universidad como a las diez, once de la noche, y un teniente se me acerca, me dice que quiere hablar conmigo. El Ejército estaba encendido de un debate interno, sobre todo nosotros los humanistas, nosotros los más jóvenes. Había otros que no querían debatir, había otros que decían: “Para eso somos nosotros”. No, para eso no puede ser un Ejército, para masacrar niños, hombres, mujeres, desarmados. Todavía que fuera una guerrilla, una cosa armada, pero gente desarmada, inocente. Recuerdo la foto de un niño bocabajo tendido, tendría seis años; la recuerdo a color, la sacó algún periódico, uno de los tantos niños que murieron. Entonces el teniente me dice en la escalinata: “Mi mayor, yo quiero hablar con usted”. “Bueno, vamos a tomarnos un café ahí en la oficinita mía. “Mi mayor, aquí no, hay grabadoras”. Le dije: No, creo que no, pero vamos a hablar en el pasillo, a ver qué es lo que tú me quieres decir”. Él me dijo: “Mire, mi mayor, por ahí se dice que usted anda en un movimiento revolucionario”. Esos eran los comentarios desde 1986. Dos años atrás ya había empezado el rumor de que había un Movimiento Revolucionario y que yo era

uno de los jefes. Nosotros teníamos mucho cuidado para la captación de gente, no podíamos equivocarnos, por uno que nos equivocábamos caía un grupo o a lo mejor todo el movimiento. Así que teníamos un proceso muy estricto de estudio de la personalidad, hombre a hombre, mujer a mujer, para la incorporación. Así que yo al teniente le dije: “No, usted está equivocado, son rumores, usted sabe, yo lo que hago es que estudio, hablo de Bolívar”. Y por ahí me le fui para no decirle absolutamente, sino dejarle abierta una puerta y luego estudiar al muchacho. Él ha estado aquí en la Casa Militar. Al final me dice: “Bueno, mi mayor, yo entiendo que usted no puede decirme nada, pero le voy a decir algo, si ese movimiento existe, por favor métanme, porque yo lo que viví y lo que vi, sería lo único que justificaría mi presencia en el Ejército, porque yo en un Ejército como este, no quiero ser soldado”. Ese muchacho después se fue de baja, yo le perdí la pista.

Ese fue “El Caracazo”, con los mártires del pueblo, ese estallido venía fermentándose desde décadas atrás. Hay que recordar lo que fue el 23 de enero y la traición al espíritu del 23 de enero. La entrega de Rómulo Betancourt, que se arrodilló ante el poder imperial de los Estados Unidos. Desde el suspiro de Santa Marta este pueblo fue traicionado una y cien veces por Páez, Guzmán Blanco y cuántos otros, doscientos años de traición, compañeros, compañeras, ya bastaba. Así que tenía que ocurrir y ocurrió “El Caracazo”.



PRÓCERES



NOS HIZO LIBERTADORES

Bolívar era de pelo ensortijado, más negro que blanco; ese era el verdadero Bolívar a quien también desfiguraron. Es mentira que hablaba duro. No, la voz de Bolívar era chillona, inaguantable. Se subía en las mesas, le rompía los papeles al Estado Mayor. “¡Esto no sirve!”. Así lo dice Andrés Eloy Blanco en un poema que se llama “Los desdentados”. Cuenta Andrés Eloy que muchos años después de muerto el Libertador, había un acto en la plaza Bolívar de Caracas y la estatua, las coronas, las flores y los discursos oficiales. El presidente, todos de “paltó” y de levita, rindiéndole honores a Bolívar. Y detrás de las matas estaban unos viejitos, no tenían dientes, agachados, viendo el acto, y se reían. Entonces, viene la lectura de la última proclama y un señor, con voz de locutor: “Colombianos, habéis presenciado...”, recordándolo. Y los viejitos se reían y hablaban de Bolívar. ¿Por qué se reían? El poeta termina descifrando la incógnita. Al final dijo uno de los viejitos: “Mira, lo que dicen éstos, dicen que era alto, dicen que era fuerte, dicen que hablaba grueso. No. Era chiquitico, era flaquito, tenía la voz chillona y fastidiosa”. Y dice uno al final: “¡Carajo!, pero se nos metió en el alma y nos hizo libertadores”.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Ese gran mártir de América, de los más grandes, Antonio José de Sucre. Treinta y cinco años tenía el Mariscal Sucre cuando lo mataron. Había sido edecán de campo de Miranda a los 15 años; general del Ejército Libertador en Guayana, junto a Bolívar. Luego la Campaña del Sur, Junín, Ayacucho... El virrey, prisionero de Sucre en Ayacucho. El último virrey de España en estas tierras capturado en Ayacucho con todos sus oficiales. Todo el ejército español se entregó; arriaron la bandera de España después de 300 años de dominación. Sucre le dio la mano para levantarlo. Dicen que el virrey le dijo: “Tan joven y con tanta gloria”. Por eso fue que el mismo Bolívar, de su puño y letra, escribió aquella frase: “La posteridad recordará al general Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Capac y a sus pies las cadenas del imperio español rotas por su espada”.

Sucre tenía 29 años cuando se hizo inmortal en Ayacucho, en la gran batalla libertadora de Suramérica. De los mejores soldados, de los mejores revolucionarios, de los mejores líderes, Simón Bolívar dijo un día, y está escrito: “Donde está el general Sucre, está el alma del ejército”. Era el alma del ejército, alma del pueblo, el cumanés. Humilde, pero empeñado, con una voluntad de acero, una inteligencia muy creadora para lo militar, para lo diplomático, para lo político. Presi-

dente fundador de Bolivia. Le dieron un golpe de Estado, la oligarquía boliviana, porque él estaba entregándoles tierras a los indios, a los pobres, haciendo escuelas para los pobres, haciendo caminos. Era ingeniero, además; sistemas de riego, buscando agua, llevando agua para los sitios que no la tenían; la salud, haciendo hospitales; la educación. Un Gobierno muy bueno el de Sucre. Le dan un tiro en un brazo y queda manco, casi lo matan. Le hicieron imposible la vida. Renunció al Gobierno de Bolivia. Se vino a ver a Bolívar y lo acompañó hasta la última hora.

Memorable es la última carta de Sucre a Bolívar. Bolívar renunció, se fue. Sucre lo busca, no lo consigue. “La ausencia de usted, mi general, me ahorra las lágrimas de la despedida. Adiós, mi general. Donde quiera que esté, mi último aliento será para Colombia y para usted”. Al día siguiente, agarró la mula, se fue a buscar a su mujer y a su pequeña hija en Quito. Pero no le perdonaron ser leal a Bolívar y ser tan joven. Como dijo el virrey: “Tan joven y con tanta gloria”. Era un peligro él solo, su vida. Después de Bolívar venía él. Su brillo, su gloria, su prestigio en los ejércitos. Desde el Caribe hasta la Argentina el nombre de Sucre brillaba por todos lados. Y ocurrió la emboscada, el balazo traicionero. Santander detrás de la emboscada, Obando, traidores lacayos que entregaron luego estos países a la garra del imperio norteamericano. Traicionaron a la revolución. Dijo Bolívar, cuando le informa-

ron de la muerte de Sucre, entre muchas cosas, una lapidaria: “La bala que mató a Sucre mató a Colombia y acabó con mi vida”.

JOSÉ INÁCIO DE ABREU E LIMA

Yo le comentaba al presidente Cardoso, la noche de una cena que tuvimos allá en el Círculo Militar, una cena de Estado en honor a él, a su esposa, a su comitiva y al pueblo hermano del Brasil. Le estuve hablando un poco de un general brasileño que peleó en la Guerra de Independencia. Por cierto, ese día 6 de abril, el día que vino Cardoso y estuvimos todo el día juntos, estaba de cumpleaños el general José Inácio de Abreu e Lima. Nacido en el estado de Pernambuco, en la ciudad de Recife, adonde hemos estado en varias ocasiones. Aquel joven se vino a los veinte años desde Brasil. Es impresionante la vida de Abreu e Lima. Su padre fue sacerdote y militar. Estaban en revolución contra el Imperio, lo fusilaron delante del joven que ya era oficial. Este salva su vida, se viene al exilio al Caribe y oye hablar de Bolívar en Puerto Rico. Su hermano se queda en Puerto Rico haciendo vida privada, pero él, que andaba ya con el fuego sagrado de la revolución, se viene a Venezuela por Angostura. Estaban en plena Campaña de Oriente, ya habían liberado Angostura y estaba Bolívar convocando el Congreso de Angostura, 1819.

Abreu e Lima, de apenas veinticuatro años, se le presenta a Bolívar y le dice que quiere ser oficial de la revolución suramericana. Bolívar lo incorpora. Fue corresponsal y redactor del Correo del Orinoco, secretario privado de Bolívar, porque hablaba varios idiomas. Un joven muy culto y valiente. Peleó en la batalla de Las Queseras del Medio. Cruzó Los Andes al lado de Bolívar, redactó proclamas, combatió con la espada y con la pluma. Combatió en Boyacá, batalla que liberó la Nueva Granada. Después remontaron otra vez Los Andes, cayeron a las sabanas de Apure, se vinieron sobre Carabobo y luchó en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821, bajo el mando del general Páez. De allí salió herido de un disparo en el pecho. Bajo este mismo mando se va también a la toma del castillo de Puerto Cabello, último reducto del poder español en Venezuela. Después pelea en la batalla naval del Lago de Maracaibo.

Ustedes recuerdan que Bolívar se fue al sur, y Abreu e Lima se quedó acá con Páez, en el proceso interno venezolano. Páez era el jefe, el líder aquí. Bolívar se fue a la campaña de liberación de Ecuador, del Perú y la creación de Bolivia. Pero aquí en Venezuela comenzó a gestarse la traición a Bolívar. Abreu e Lima comenzó a oler la traición, a sentirla. Páez fue rodeado por la oligarquía, por el enemigo al que combatieron. Le pasaron la mano al Centauro, le quitaron la

lanza al Tigre de Las Queseras del Medio, dejó de ser tigre, le limaron las uñas, le pusieron a lo mejor una buena sonrisa, se alió a la oligarquía venezolana que odiaba a Bolívar a muerte, porque quería mantener sus privilegios, quería cambiar de dueño, quería que los españoles se fueran, para ellos adueñarse de los esclavos, de las haciendas, de las riquezas.

Porque en el fondo de todas las revoluciones habrá muchas causas, pero las económicas siempre están allí. El deseo de poder y uno de los elementos fundamentales es el poder económico, personal, grupal, nacional o como se quiera ver. Abreu e Lima, noble como era, trata de mediar. Hay cartas que él enviaba a Santander, a Páez, a Bolívar. Trató de mantener la unidad, que él consideraba necesaria, vital. Y lo era para continuar la revolución de independencia. Cuando aquel hombre vio que no fue posible mantener la unidad, por las bajas pasiones, por los intereses, se quedó con Bolívar y estuvo muy cerca del Libertador la noche en que trataron de matarlo en Bogotá, en septiembre de 1828. A Bolívar lo expulsaron de Venezuela, y Abreu e Lima se fue con él.

“¡SE ROMPE LA ZARAZA O SE ACABA LA BOVERA!”

Yo lo he dicho aquí, como dijo Pedro Zaraza: “O se rompe la zaraza o se acaba la bovera”. Ese fue un general, Pedro Zaraza. La historia es esta. José Tomás Boves no fue un realista en verdad. Boves fue el líder de una guerra de clases. Era asturiano, pero vivió aquí muchos años, desde joven. Era comerciante de ganado en los llanos. Quiso incursionar en las filas patriotas. No lo dejaron porque era de los de abajo. Todavía los que mandaban eran los mantuanos, los ricos de Caracas.

No había una revolución todavía, era la independencia de los ricos de aquí contra España. Pero los negros y los pobres no. Entonces Boves se hizo líder de los pobres y formó un ejército. Se fue contra Bolívar, destrozó siete ejércitos que formaron los caraqueños y la oligarquía, digamos los mantuanos. Los realistas pensaron que iban a utilizarlo. Pero se declaró independiente. Mandó largo al cipote a los jefes realistas, casi que manda a fusilar a Morales, a uno de ellos. La oligarquía caraqueña se llevó un chasco con Boves. Bolívar estaba en Caracas y vio que no podía detenerlo. La hermana mayor de Bolívar se llamaba María Antonia. Era una mantuana de casta. La María Antonia se enfrentaba a su hermano. Hay una carta que le manda al Rey de España, pidiendo protección contra “el loco de mi hermano”. “Simón es un loco”, decía. Incluso el Rey la protege, se la llevan a Cuba y le asignan como una pensión, porque quedó en la nada la María Antonia. Estaba rayada porque era la hermana del Libertador.

Bolívar estaba en Caracas en el año 1814, que fue un año desastroso por la guerra de Boves y los pobres contra ese mantuanaje. Eran venezolanos contra venezolanos, terrible aquello. Bolívar le dice a María Antonia que tiene que irse de Caracas porque viene Boves. Él se va, no tiene cómo protegerla. Era su hermana mayor y fueron huérfanos de padre y madre. Así que hasta cierto punto, ella fue como su mamá en la vida. María Antonia se negaba a irse, como muchos mantuanos. Sobre todo los que no habían apoyado a Bolívar decían: “No, yo no me voy si viene Boves, yo estoy con ellos”. Bolívar le decía: “Boves acaba con ustedes, los va a matar, y sobre todo a ti, que eres hermana mía”. María Antonia se negó. Bolívar mandó un oficial con diez soldados y se la llevaron amarrada a un barco en La Guaira y Bolívar la mandó, creo que fue a Puerto Rico, “a la colonia española; llévenla, pues”. Y en efecto, llegó Boves y algunos jalamecates mantuanos salieron, de “paltó” y levita, a recibirlo. Los pasó a toditos por las armas, ahí mismo, en la entrada de Caracas.

Era una guerra de clases. Se instala en Caracas y gobierna. Era un guerrero. Vino a perseguir a Bolívar, quien tuvo que venirse a Oriente. Se trajo los sobrevivientes en una penosa y larga marcha hacia Oriente. Los Lanceros de Oriente salen para proteger a los del centro, que venían replegándose, muchas mujeres, enfermos, muchos niños. Entonces, vienen los Lanceros de Oriente con su caballería, salen allá para proteger la retirada humanitaria, digámosle así, que comandaba Bolívar. Uno de ellos llanero de estas sabanas, Pedro Zaraza, sale con la caballería y se arranchan ahí en unas matas en Urica, la sabana pelada. Y allá venía Boves, en una caballería inclemente. Pasaban a cuchillo a los prisioneros, eran los pobres contra los ricos. Allá venía Boves, con su ejército invencible, contra Maturín, ciudad heroica que resistió sitios, saqueos, bloqueos, la quemaron una vez los mismos habitantes para evitar que la tomaran; como quemaron a San Fernando de Apure, también, los llaneros apureños. Cuentan que estaba Pedro Zaraza con la caballería en Urica, debajo de unas matas. Y dicen que estaba Zaraza afilando la lanza, y le dijo a su estado mayor: “Allá viene Boves. Este día de hoy o se rompe la zaraza o se acaba la bovera”. Dos horas después estaba muerto José Tomás Boves. Pedro Zaraza le partió el pecho de un lanzazo.

“¡PRIMERA VEZ QUE ME VE LA ESPALDA UN ESPAÑOL!”

El llano, el gran llano, San Fernando, Calabozo, y aquí San Juan de los Morros, pero ahí mismo al centro, Carabobo, Valencia, Caracas. Así que por aquí pasó Bolívar no sé cuántas veces, Zamora,

todos ellos. Los españoles también. Páez, las caballerías. José Félix Ribas usaba el gorro frigio. Era un jacobino, un verdadero revolucionario. Por aquí lo capturaron y le picaron la cabeza, los brazos, las piernas. Bolívar tuvo que decretar la guerra a muerte porque las tropas españolas eran bárbaras, acuchillaban, degollaban, violaban, mataban, quemaban. Bolívar dijo: ojo por ojo, diente por diente: guerra a muerte. La pelea estaba muy dura y Bolívar había perdido la II República. A pesar de eso nuestro Ejército y nuestra Marina se recuperaban rápido, los golpeaban y volvían. La guerra se extendía hacia el sur y desde el sur. San Martín liberaba las provincias del Río de La Plata.

Entonces en España hacen una apreciación estratégica de la situación, y lo que le recomiendan al Rey, su gran estado mayor, el almirantazgo y el ejército español: “Si queremos acabar con la guerra, hay que acabar con Bolívar, porque ese es el caudillo, ese es el más grande. Hay que acabar con el Ejército de Venezuela, y con la Armada. Si apagamos esa candela, lo demás se va a ir apagando”. Y el Rey de España manda al “Nuevo Mundo”, así lo llamaban, la más poderosa flota que España haya enviado alguna vez a este continente. Vinieron unidades completas de caballería, con los caballos y todo, los cañones. ¿Recuerdan ustedes el batallón Valencey, que se replegó en orden hasta Puerto Cabello? Ese era un batallón del Rey, un batallón de línea, con sus oficiales, caballería, artillería, infantería. Los húsares de Fernando VII vinieron aquí. Eran tropas como de la Guardia de Honor del Rey. Y mandó a uno de sus más valerosos, inteligentes e ilustrados generales: Pablo Morillo.

Morillo recorrió todos estos mares con esa flota. Fue el mismo que sitió a Cartagena de Indias. La sometió al hierro del bloqueo y Cartagena resistió. El pueblo de Cartagena comía ratas y gatos, pero no se rindieron los cartageneros. Después sitió Barcelona y la destrozó. Ahí están los restos de la Casa Fuerte, eso fue lo que dejaron los españoles. Quemaron a Barcelona. Después se fueron a Margarita, la rodearon. Morillo le manda una carta a Francisco Esteban Gómez, que dirigía las tropas, y al pueblo margariteño: “Ríndase o no quedará piedra sobre piedra de esta isla infiel”. Y le respondió Francisco Esteban, el indio aquél: “Venga por mí. Si usted triunfara, sería el rey de las cenizas, porque aquí no quedarán ni cenizas”. Morillo desembarcó, y lo derrotaron en Matasiete los indígenas margariteños. ¡Hasta los niños salieron a pelear!

¿Tú sabes lo que Pablo Morillo escribió al Rey de España después? Eso fue en 1817. Hay una carta de Morillo que le dice: “Su Majestad, este pueblo de Margarita, estos soldados de Margarita, salieron casi desnudos a dar su pecho contra las mejores tropas del Rey. Eran como leones y peleaban como gigantes”. Cuentan los

viejos margariteños de aquella época que la isla estaba rodeada de tanto barco español que no se veía el sol, no se veía el horizonte del mar, sino barcos y barcos. Y tenían uno gigantesco: el San Pedro Alcántara, que era el barco logístico. Los españoles dijeron que el Alcántara se quemó por un incendio a bordo, por un descuido de la cocina. ¿Se hundió? ¡Lo hundieron los indios margariteños! Se tiraron al agua y lo quemaron. Ahí debe estar, en el fondo del mar.

Resulta que entonces Morillo viene a buscar a Bolívar, sale de Margarita, desembarca. Y Páez, muy hábil, se va replegando con la caballería; contraatacaba, se replegaba. Morillo empieza a sentir que esta fuerza era también como gigante, pero a caballo. ¡Y en las sabanas, compadre! De cualquier lado salían los caimanes, la plaga mataba a los españoles, los tigres, los caribes. En cambio, los llaneros no, pasaban los ríos nadando con la cola del caballo. Morillo le escribe otra carta al Rey donde le dice: “Cuando pasamos toda la noche en vela, esperando porque creemos que nos van a atacar, no hay ataque. Y cuando mis tropas descansan, de repente viene un ataque”.

Páez era un guerrillero indomable, muy astuto, era parte de la sabana. Páez llegó a amarrarles matas de esas en la cola de los caballos; entonces cabalgaban por allá, levantaban la polvareda, y los españoles creían que venían cinco mil caballos. ¡Y eran cien! Porque eran guerrillas en verdad. Hasta que se fue consolidando el ejército que peleó en Carabobo y que decidió la batalla, era el ejército de Apure, la caballería decidió la Batalla de Carabobo. Morillo llegó a Las Queseras del Medio, a la costa arauca. Y dice Páez: “¿Dónde estará una caballería de agua?”. Y se lanza al río Arauca con 150 jinetes. Cruzan el río, sorprenden a Morillo y es el grito aquel de “¡Vuelvan caras!”. Y Bolívar dice: “Han ejecutado ustedes la más grande proeza militar de las naciones”: ciento cincuenta contra como cinco mil. Entre ellos Francisco Farfán, José Cornelio Muñoz...

Aquí en Mucuritas se consiguieron Páez y Morillo. Era verano, enero de 1818. Páez lo está merodeando y le da la vuelta. Se pone contra el viento, para que el viento le pegara en la cara a Morillo y a sus tropas. Le prendió candela a la sabana, y después que la sabana está prendida, los rodeó de candela, los atacó por dos flancos con unas lanzas. Porque los apureños hacían una lanza larga, liviana, como de dos metros. Y Páez, astuto, calculó —él lo escribe en sus memorias— cuánto tiempo tardaban los españoles en recargar los cañones. Entonces, disparaban y largaban los caballos más rápido con lanza larga para tratar de llegarles a los cañones antes de que volvieran a disparar. Era una guerra de astucia, sobre el terreno, día y noche. Lo cierto es que Páez destrozó a las fuerzas de Morillo en Mucuritas, otra vez. Se salvaron por un caño que tenía agua todavía,

lo pasaron y la candela no los alcanzó. Es cuando Morillo, en carta al Rey, le escribe aquella frase: “Catorce cargas consecutivas de caballería sobre mis cansados batallones me demostraron que estos hombres están resueltos a ser libres”.

Cuando el general Morillo regresó a España, el Rey le reclama cómo es posible que unos salvajes lo hayan derrotado a él, que había peleado contra Napoleón y derrotado sus tropas. Y Morillo le dice: “Su Majestad, es que no son ningunos salvajes. Si usted me da un Páez y cien mil llaneros de Guárico, Apure y Barinas, le pongo a Europa completa a sus pies”. Eran indomables, invencibles. No solo los llaneros de Venezuela, también los llaneros de la Nueva Granada, los centauros del Casanare, del Meta, del Arauca. Somos los mismos.

En 1820, siete años de guerra a muerte, Bolívar y Morillo se sentaron allá en Los Andes. Firmaron el Tratado de Regularización de la Guerra. Morillo va con una escolta como de veinte soldados bien armados y uniformados, con buenos caballos. Llegan al punto de encuentro, ven que viene alguien en una mula, con un sombrero. Morillo manda a dos oficiales que vayan rápido a ver quién viene, que parece un campesino, o será un enviado de Bolívar. Y van los españoles a caballo, como cinco, rápido, con las armas. Regresan despavoridos: “Es Bolívar”. ¡Venía Bolívar, solo! A Morillo le dio una vergüenza tal que retiró rápido a todos los oficiales y se quedó solo. Y se abrazan. Es de ese día una anécdota. Parece que va Morillo con Bolívar caminando y un joven oficial venezolano va delante. Morillo le ve la espalda al venezolano y dice: “¡Qué buenas espaldas tiene este mozo!, Bolívar”. Y el oficial venezolano voltea y le dice: “Señor general Morillo, primera vez que me ve la espalda un español”.

FRANCISCO FARFÁN

En una ocasión preguntaba a algunos amigos por qué se llama este pueblo Elorza. Vaya, pregúntele al señor tal, me dijeron; era como el reservorio histórico del pueblo. Pero la juventud, desde el liceo Ignacio Rodríguez, donde yo me la pasaba jugando béisbol, dándoles charlas, después fui padrino de una promoción, nada, ni uno solo sabía por qué se llama Elorza. Entonces comenzamos desde el escuadrón Farfán, un escuadrón revolucionario donde, cuando llegué, ningún oficial, ningún soldado, ni nadie en ese pueblo sabía quién era Farfán.

Nos pusimos a investigar, a buscar libros de historia y conseguimos la historia maravillosa del “Centauro de Las Queseras”: Francisco Farfán. Hicimos un librito; teníamos unos estencils y una máquina de escribir. Sacamos unas hojitas y le pusimos al periódico “El Centauro”. Cuando los soldados empezaron a saber quién era Fran-

cisco Farfán, cuando supieron que fue uno de los 150 lanceros de Las Queseras del Medio, se les hinchaba el pecho de orgullo. Y empezaron a oír las “cadenas” en el patio. Yo les daba “Aló Presidente” en el patio, conferencias de tres y cuatro horas, tomando café, cuando llegaba la noche allá en ese Cajón de Arauca tan querido y recordado. Les leía libros e historias de aquellos años heroicos y gloriosos de esa sabana. Hasta buscamos después un pintor y convertimos una pared grande en un escenario, un pequeño teatro. Apareció un arpa, apareció un cuatro, unas maracas y los soldados comenzaron a improvisar. Salieron cantores y empezaron a salir corriendo. Un soldado le escribió un correo a un sargento negro. El correo se llamaba “El Centauro Negro”. El sargento se ponía bravo. “Mi capitán, ¿cómo ese soldado me va a estar diciendo a mí el Centauro Negro?”, protestaba. Yo le decía: “Siéntete orgulloso de que la tropa te cante, vale, eres un líder”. Después le daba orgullo que le dijeran el “Centauro Negro”.

Francisco Farfán, de los Farfanés de Guasimal, como decimos los llaneros. Eran dos, Francisco y Juan Pablo. ¿Saben qué hicieron aquellos centauros, sobre todo Francisco? Cuando Bolívar fue traicionado y expulsado de aquí, y Páez se hace dueño de la oligarquía e instala el gobierno conservador en 1836, Francisco Farfán se alza contra Páez y toma San Fernando de Apure. ¿Saben lo que decía Farfán en papeles que repartían?: “¡Viva mi general Bolívar!”. Ellos trataron de recuperar el sueño bolivariano. Páez se fue a pelear contra ellos, que eran sus antiguos soldados, y Páez derrotó a Farfán en la Batalla de Payara. De ahí es que a Páez le dan el nombre de “El León de Payara”. Allí en San Juan de Payara muere en combate Juan Pablo Farfán.

Francisco Farfán se fue a Colombia. Por ahí, por el viento, merodeó en esas fronteras durante veinte años, de guerrillero contra el gobierno de Venezuela. Hasta un juicio le hicieron al juez militar de Guasualito. Porque un día se demostró que Francisco Farfán pasó de Colombia –de Arauca donde vivía– a Guasualito, a colear. Era colector, un indio, estuvo cinco días parrandeando en Guasualito. El gobierno mandó a destituir y a meter preso al juez y al jefe civil de aquel pueblo por no haber hecho preso a Farfán. ¿Saben por qué no los condenaron? Porque demostraron que aquel era un hombre indomable y que hacían falta veinte o treinta soldados armados para someterlo, y que ellos no tenían la fuerza suficiente para hacerlo. En efecto, Páez en sus memorias le dedica un capítulo a Farfán y dice: “Era un hombre de casi dos metros de alto, no se podía reducir físicamente, lo expulsé dos veces”. Ciertamente, Páez expulsó a Farfán dos veces del ejército de Apure, pero regresaba. Después de la batalla de Mucurita, Páez lo expulsa y vuelve. ¿Saben lo que dice Páez en las memorias, ya anciano?: “Francisco Farfán, de los centauros

de la sabana, coronel. Lo expulsé varias veces, varias veces pensé fusilarlo, nunca lo hice. Hacían falta valientes para hacer la independencia y era un valiente”.

MANUELA SÁENZ

La historia es muy machista y las mujeres no aparecen, pero también andaban a caballo, como Manuela Sáenz. La dibujaron las oligarquías que la odiaron y quedó en la historia como la amante de Bolívar. Ella no fue la amante de Bolívar, ella fue primero “Caballera del Sol”, capitana de los ejércitos de San Martín y coronela en Ayacucho. El Mariscal de Ayacucho la ascendió en el campo de batalla, junto a un grupo largo de oficiales hombres y mujeres. Porque la Coronela se fue a caballo, pistola en mano, sable en mano, a rendir tropas españolas allá en el campo de Ayacucho.

Era mujer de batalla. Salió espada en mano la noche que casi matan a Bolívar en Bogotá, y ella lo obligó, prácticamente, a que se tirara por la ventana. Seguramente, por dignidad, él no quería tirarse, pero como hay un dicho inglés que dice: “Si tu mujer te pide que te lances por la ventana, ve mudándote a la planta baja”. Bolívar estaba casi muerto. Mataron a su edecán, Ferguson, e hirieron a otro, Diego Ibarra, un sablazo y un tiro en un brazo. Ya iban al cuarto a buscarlo. Ella los entretuvo y les dijo: “No, está abajo en la sala de reuniones”. ¡Mentira! Él estaba vistiéndose, agarrando la pistola para salir, y ella lo obligó a que se fuera por la ventana. Después hizo un muñeco que puso en la plaza, lo vistió como Santander y le puso un letrero: “Santander”. Ella misma lo fusiló: ¡pa-pa-pa! Y le dijo a Bolívar: “Eso es lo que tú tienes que hacer con Santander, ¡fusilarlo!”. Bolívar nunca quiso fusilar a Santander. Le perdonó la vida y, al final, a él no lo perdonó la oligarquía santanderista.

GUARDAPELO

Miranda era muy mujeriego. Recorrió el mundo y escribía de sus amoríos: “Conocí una mujer”, así, asao, a veces erótico. Somos humanos. Miranda era un humano. Hasta Catalina, la rusa, como que se enamoró de él o él de ella, los dos de ellos. Bolívar era también muy mujeriego. Ustedes no saben cuando Manuela Sáenz consiguió, creo que fue un arete de mujer en la cama, y no era de ella. Le brincó encima y lo arañó. Bolívar tuvo que pasar como una semana sin salir del cuarto, porque le daba pena, estaba todo arañado. Manuela era de armas tomar. ¡Já!, la Manuela y sus cartas a Bolívar, algunas muy eróticas.

Seguramente, ellos no pensaban que eso iba a trascender, eran cosas muy privadas, pues:

“Vente pronto para que nos fundamos como un volcán”. En ese tiempo no había celulares, pero hay conversaciones muy eróticas. Uno escribe cualquier cosa o le escriben a uno. Me escribieron hace poco por aquí: “Chávez, ¡qué labios carnosos!”. ¡Claro, de carne y hueso compadre! ¡Igualito! El pobre Bolívar no tenía estos aparatos, tenía que escribir y mandar a caballo. Más de una de esas cartas las agarró el enemigo y Manuela le escribía: “¿Por qué no vienes?”. “¿Con quién andas?”. ¡Ajá!, ¡celosa! Ella sabía, conocía su ganado, ¿verdad?

Bueno aquí va: Miranda guardaba vellos de pubis. Y eso lo hace humano, ¿no les parece? Guardapelo, guardapelo. Mi abuela tenía un guardapelo. No, pero ¡ya va!, ¡ya va! Mi abuela tenía un guardapelo y ahí tenía guardadas las mechas mías y las de Adán de cuando éramos niños. Yo era bachaquito, porque tenía el pelo enredado, así como melcocha. ¡Enredado y amarillito! Adán no. Adán tenía el pelo liso y negro.

MAISANTA

El abuelo de mi madre llegó a Sabaneta, venía de las guerras de fin del siglo. Cargaba este escapulario. Le hemos calculado como ciento cincuenta años, porque era del papá de Maisanta, de Pedro Pérez Delgado. El papá de Pedro Pérez Delgado se llamaba Pedro Pérez Pérez. Esta es una cruz, solo que una cruz de espadas, apenas se ve. La otra es el escudo de la Virgen del Socorro. ¿Quién fue Pedro Pérez Pérez? Yo me puse años y años a investigar esa historia, buscando papeles, grabando cosas y además preguntándole a los viejos por estos pueblos. Después perdí documentos, pero yo tenía como cincuenta casetes, de aquellos viejos. Uno andaba con un grabadorcito, y le hacía entrevistas a ancianos, a viejos soldados, viejas mujeres, viejos hombres de comienzos del siglo pasado que todavía vivían hace veinte, treinta años atrás. Bueno, Pedro Pérez Pérez era un indio guariqueño. Se fue a la guerra detrás de Zamora.

¿Y por qué Zamora se fue a la guerra? Bueno, como consecuencia del fracaso del proyecto de Bolívar. Fue una nueva revolución de los pobres. Y con él se fue Pedro Pérez Pérez. Mataron a Zamora en 1860 y Pedro Pérez Pérez se fue a Ospino, allá se casó con Josefa Delgado. Y tuvo dos hijos: Petra Pérez Delgado y Pedro Pérez Delgado. Así cuenta mi tía Ana, la tía de mamá. Allá está, noventa y cinco años cumplió. Yo la llamo de vez en cuando. Hace poco la mandé a buscar para que conociera a una hija de Emiliano Zapata, tienen la misma edad. Porque Pedro Pérez fue como un Emiliano Zapata, como un Pancho Villa, fueron los últimos de la caballería que salieron lanza en mano, machete en alto a decir ¡Viva la Patria! Fueron los últimos de a caballo.

Ese fue tu abuelo. Era el padre de Rafael Infante, tu padre, nuestro abuelo, y de Pedro Infante a quien yo conocí ancianito, en Guanare, poco antes de morir. Tú tío, mamá, era igualito al padre, alto, blanco; eran catires, pelo amarillo. Le decían “el americano”. Por eso viene mi madre y su estirpe criolla, pero blanca. A mi madre le decían “la americana” cuando era niña.

Eso me lo contaba Chucho Navas en Sabaneta, una tarde, ya viejito, poco antes de morir, y tío Julián; con ellos hablé yo mucho. Yo tenía esa cinta. ¡Dios mío! Adán, ¿tú no sabes dónde está? Se la llevó el huracán. Eso valía oro para mí. Tío Julián me contó una tarde en Sabaneta, testigo de esto es Miguelito González, mi cuñado. ¿Tú sabes cómo se llamaban los perros de Maisanta? Perrondongo y La Chuta, dos perros cazadores. Y su caballo se llamaba Bala, un caballo negro, cuando vivía en La Marqueseña y era coronel. Él era uno de los hombres de Cipriano Castro, y ahí está la historia, pues. Yo fui consiguiendo el camino, investigando, preguntando, dije: “¿Ah?, ¡ahora entiendo!”. Uno oía allá lejos que hablaban de un tal guerrillero, un asesino, un bicho malo, un abuelo malo. Descubrí la verdad ya siendo soldado. ¿Ah?, ¿qué bicho malo era? No era bicho malo. Maisanta fue ascendido a coronel por el mismísimo Cipriano Castro, porque cuando en 1899 Castro se vino con Juan Vicente Gómez, con 60 hombres de a caballo, con machete, desde allá desde el Táchira, pasaron por aquí. Maisanta vivía en Sabaneta. Ahí se había venido porque había matado a un hombre. Le metió cuatro tiros a un coronel de apellido Masías, en Ospino, porque le preñó a la hermana y no reconoció la barriga. Era un carajito de quince años, le metió cuatro tiros. Ya había muerto el viejo Pedro Pérez Pérez. Tuvo que irse, porque si no lo matan, y se metió a la guerra.

En 1896 se alzó un general que era amado por los pueblos, se llamaba José Manuel Hernández. La primera campaña electoral que hubo en Venezuela de pueblo en pueblo, la dirigió José Manuel Hernández. Perdió los dedos de un machetazo en una batalla, el “Mocho” Hernández. Era la Venezuela que buscaba caminos después de la tragedia de haber echado de aquí al padre Bolívar, matado a Sucre, y la tragedia de 1830. Y el “Mocho” Hernández ganó las elecciones, se las robaron. Se vino pal’ monte. Se disfrazó de cura, se vino para los llanos. Cerca de San Carlos armó un ejército y lanzó la revolución de Queipa. Pedro Pérez Delgado tenía diecisiete o dieciocho años, huyendo con este escapulario, y se hizo soldado.

Esa revolución fracasó, el “Mocho” fue hecho preso, se lo llevaron para Caracas. Pedro Pérez Delgado, el muchacho, se monta en una carreta de mula con Natalio Menoni, que comerciaba desde Valencia por todos estos llanos. Llegó a Sabaneta de ayudante de carretero, tenía menos de veinte años. Era 1897 /1898. Allí

comenzó a trabajar con Natalio Menoni, Julia Rache. ¿Papá conoció a Julia Rache, viejita? ¡No la conoció! Mi abuela, a lo mejor. Yo como que los hubiera conocido, porque me echaron los cuentos de cómo era Julia Rache, que tenía grandes cafetales por la costa del Padre Vieja, y por aquí por las montañas de Mijagual, que era todo esto. Era una montaña impenetrable, había tigres, jaguares, leones, todo eso me lo contaban, y me imaginaba de muchacho que vivía aquel tiempo. Eso me fue llenando de pasión. Me fui consiguiendo el fuego por los caminos y de repente me hice un incendio, ¡pum!, y aquí voy. Cogí conciencia de qué llevo en la sangre. Cuando agarré un fusil dije: “¿Pa’ qué es este fusil, carajo?, ¿pa’ defendé a los traidores o pa’ defendé al pueblo?”. Y aquí estoy. ¡Es pa’ defendé al pueblo!

Bueno, pues cuando el “Mocho” se alzó en Queipa, ahí cerquita del Pao, de San Juan Bautista, Joaquín Crespo, que era guerrero, era jefe del ejército, no era pendejo. Él entregó la Presidencia pero se quedó de jefe del ejército. Eran hombres de batalla y él mismo se vino comandando un ejército a buscar al “Mocho” Hernández. Y en la primera escaramuza, los primeros tiros, cayó muerto el ex presidente Joaquín Crespo. Lo mató un francotirador. Como ya iba a entrar en batalla, se bajó de la mula y se estaba montando en el caballo blanco alazano. En el momento en que está montando el caballo, ¡pam!, cae muerto el jefe del ejército, el ex presidente. El último caudillo. Cuando cae Crespo, el país se anarquiza, surgen caudillitos por todos lados. Él era el que mantenía aquel caudillaje controlado, y el país entra en un caos terminal. Hubo como cuatro guerras. Se alzó Ramón Guerra, se alzó el otro en Guárico, se alzaron por aquí y Venezuela se convirtió en un *maremagnum*, y en ese *maremagnum* surgieron Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

Mire, sesenta hombres se vinieron desde territorio colombiano. Castro era el líder, Gómez era el que tenía dinero porque era un hacendado. Por aquí pasaron, ¿y saben quién se pegó? Pedro Pérez Delgado, que buscó un caballo, a lo mejor el caballo Bala, y otro grupo de llaneros de aquí y se fue con ellos y peleó en Tocuyito, donde hirieron a Castro, quien entró en Caracas con un tiro en la pierna, y tomó el gobierno. Era 1899. ¡Terminaba el siglo diecinueve! A los pocos meses, Pedro Pérez era coronel, y Castro lo mandó como jefe civil y militar de toda esta zona, desde Boconoíto hasta Puerto Nutria, incluyendo parte de Apure. Y mandó un buen general a Barinas, Juan José Briceño, pacificador de los llanos.

Y así pasaron los años. Era 1900 y Pedro Pérez se arrojó con tu abuela, la Claudina Infante. En La Marqueseña vivían ellos. Esas tierras eran del viejo Severo Infante, el papá de Claudina. En 1903 nació el mayor de los hermanos, que era Rafael. Por eso yo me llamo Rafael, por mi abuelo Rafael,

aunque no lo conocí. Y además, Pedro Pérez Delgado se llamaba Pedro Rafael. Por eso es que a uno le puso Pedro, su primer nombre, y al otro de sus hijos le puso Rafael. Y así nacieron Pedro Infante y Rafael Infante. No les dio el apellido. Me contaba tu tío Pedro, anciano ya, allá en Guanare, que ellos recibían cartas que él les mandaba de las guerras de Apure, diciéndoles: “Firmen con mi apellido, firmen Pérez”. Pero nunca hubo un documento legal que reconociera el apellido y ellos se quedaron Infante.

Pasaron los años, 1904, 1905, 1906, 1907, la oligarquía de Caracas contra Cipriano Castro, los gringos contra Castro. Y llegó 1908, rompen relaciones Caracas y Washington. Se enferma Cipriano Castro. En diciembre se fue Castro para Europa a operarse de los riñones, y lo tumbó Gómez. Bueno, no lo tumbó Gómez, lo tumbaron los gringos. Los yanquis se adueñaron de Venezuela, el petróleo. A los pocos meses en Sabaneta había reuniones, uno de los líderes: Pedro Pérez Delgado. Un italiano, “musiú” Mauriello, de izquierda, revolucionario de los Mauriello que por ahí andan. Lo mandaron a buscar, lo mataron, machetea’o en la costa del caño allá del Boconó. Lo dejaron tirado ahí; vino alguien a avisarle a Pedro Pérez: “Mataron a musiú Mauriello”. Esa noche Pedro Pérez buscó cuarenta de a caballo, buscó los machetes, buscó los fusiles, se vino pa’ Mijagual. Por aquí por Santa Rosa, emboscó al coronel Colmenares, que era el coronel gomecista que mandaron para sustituirlo. Lo emboscó a machete. Fue la vez que se disfrazó de vendedor de taparas de miel, una batalla a machete. Por aquí cerca fue, y más nunca volvió a Sabaneta. Cogió camino pa’ allá, cruzó el Apure y comenzó la leyenda de Pedro Pérez Delgado. Hasta 1922 estuvo alzado, como dice la canción de Cristóbal Jiménez. Cayó preso y, cuando tenía apenas cincuenta años de edad, murió envenenado en el Castillo Libertador, en Puerto Cabello. Dicen los que estaban ahí que salió con un dolor. No aguantaba, se quitó el escapulario, lo lanzó a la pared y dijo: “Maisanta, pudo más Gómez”. Y cayó muerto.

Yo cuento esto no sólo para mis amigos, no sólo para mí mismo y mis compañeros, sino ustedes yanquis, sepan bien qué es lo que hay aquí dentro: conciencia y fuego que nada ni nadie podrá apagar mientras viva. Y mientras yo viva, este fuego y esta conciencia estarán al servicio de la Revolución Bolivariana, de la liberación de Venezuela, de la independencia de Venezuela, de la grandeza de Venezuela.

Ya basta, no sólo de traiciones, ya basta de pactos con la oligarquía, ya basta de derrotas, compatriotas. Llegó la hora definitiva de la gran victoria que este pueblo está esperando desde hace doscientos años. ¡Llegó la hora!, no podemos optar entre vencer o morir. Nosotros estamos obligados a triunfar y nosotros triunfaremos.



HOMBRES DE REVOLUCIÓN



FELIPE ACOSTA

Hicimos una misa en la Academia Militar el primero de marzo, en honor, *in memoriam*, a un buen soldado que se nos fue en El Caracazo, junto al pueblo. En aquella tragedia perdimos al “Catire” Felipe Acosta Carlez. Hay un corrío, que anda recorriendo los llanos y los valles de Venezuela, que me salió del alma. Yo estaba muy enfermo ese día, con lechina, y recuerdo a una vecina y comadre, esposa de un compañero de armas, que me gritó por la ventana de la casita donde vivía con mi familia: “¡Hugo, mataron al ‘Catire’ Acosta!”. Con el llanto y el dolor, esa misma noche tomé esa frase de mi comadre. Esa voz nunca la olvidaré: “Mataron al ‘Catire’ Acosta”. Ya estaba muerto a esa hora del primero de marzo en El Valle, en El Caracazo.

Una muerte muy extraña, como muchas de esas muertes que quedaron en el camino. El “Catire” Acosta era uno de los jefes del Movimiento Bolivariano y lo mandaron a cumplir una misión por allá. Y él, valiente, conciente, parece que estaban disparando desde el cerro y habían herido a un soldado por allí en El Valle. Entonces, él se metió y dijo: “No, vamos hasta allá a capturarlos o a neutralizarlos”. Se fue con un grupo pequeño de soldados y en el camino recibió un tiro en el pecho. Me cuenta un sargento que iba detrás de él, con quien hablé después para preguntarle cómo murió el ‘Catire’: “Mire, el Comandante

Acosta dio la vuelta, me miró y dijo: ‘Me mataron’”. Fue un buen amigo y un gran soldado. Nunca lo olvidaré y se lo dije a su madre, que es también como la mía. La viejita se vino del Guárico a la misa con sus hijos, sus nietos y bisnietos, con sus leales y amigos de toda la vida, los compañeros de la promoción Simón Bolívar que le vimos siempre de primero.

El “Catire” Acosta era como el Negro Primero. Siempre iba de primero en el trote, en la carga de caballería, en el avión para lanzarse de paracaídas, a la hora de cualquiera actividad estaba siempre ahí. Siempre con su estilo, con su alegría, llanero del Guárico, con su empuje el “Catire” Felipe Acosta. Cristóbal Jiménez me ha honrado grabando aquel poema “Mataron a Felipe Acosta”. Y ese poema era premonitorio. Una vez lo declamé en el teatro de la Academia Militar y me llamó un grupo de jefes militares: “Mire, mayor, y usted por qué dice eso”. “Bueno, un poema”. “¿Pero qué poema es ese?”. Un poema y entre otras cosas anuncia lo que venía. Yo no pude venir a su entierro, no pude despedirme físicamente. Pero muchos de los muchachos, especialmente del Ejército, me cuentan que fueron a ver su cadáver en el gran salón de la Academia Militar donde estaba en capilla ardiente; a jurar delante de su cadáver la lucha, a jurar la batalla, a jurar la patria de nuevo. Así que la muerte de él fue vida y aliento para muchos, por eso no es muerte. “Los que mueren por la vida no pueden llamarse muertos”.

Recuerdo cuando se juramentó en el Movimiento Bolivariano. Su esposa había salido a hacer mercado. La señora Cecilia se llevó la niña mayor; era sábado y él se quedó cuidando los niños más pequeños. Yo fui a buscarlo a Mata Redonda, por allá en Maracay, porque teníamos reunión y él iba a juramentarse ese día. Así que se trajo a los niños. Yo le tomé juramento de darle la vida a la patria y los niños vieron a su padre y levantaron la manita. Juraron con él, son como hijos de todos, ¡Gloria a ti, hermano Felipe Acosta! Dice el poema, en una parte que se la tuve que quitar, porque era demasiado abierto lo que se quería decir en esos años: *Quien lo mató no imagina lo que vendrá en adelante / ni la fuerza que ahora palpita dentro del alma de estos pueblos que tienen siglos con hambre / luchando a tambor batiente contra el invasor infame.*

En una ocasión, tenía como año y medio que no lo veía, y nos vimos aquí en Fuerte Tiuna y como siempre me grita de lejos, y viene un abrazo. Recuerdo que le dije: “¡Epa, no me dejes solo!”. Me dijo: “¡Jamás te dejaremos solo!”, y ahí le metí entonces al poema ese pedacito: *¡Epa, no me dejes solo! / ¡No te nos vayas compadre / que el cacique Guai-caipuro reunió sus tribus del Valle / que José Leonardo Chirinos ya levantó su negraje / que Francisco de Miranda izó las velas del Leander / que Simón Rodríguez anda reventando oscuridades / No te nos vayas ahora / No te nos vayas compadre / Yayer mismito en la tarde despertó el Catire Páez / que mi general Bolívar en junta*

de comandantes recibió a Ezequiel Zamora y a todos sus federales / que el cielo está encapotado anunciando tempestades / no te nos mueras ahora / no te nos mueras, compadre.

CORRÍO DEL CATIRE ACOSTA

*Oigan a Felipe Acosta, / oigan su grito indomable en la boca del cañón / cuando se lance el ataque en la defensa enemiga / cuando la quiebre el infante cuando rompan el sonido, / cien aviones de combate cuando mil paracaidistas / caigan en los terrenales y cuando hagan temblar / la tierra cien divisiones de tanques
y cuando la caballería / lance su carga salvaje oigan a Felipe Acosta, / oigan su grito indomable. Sigues aquí con nosotros, / no te mataron compadre.*

PUNTO DE ENCUENTRO

Usted busca La Encrucijada de Aragua. Conseguirá unos sitios muy hermosos donde venden comida popular, cachapas, chicharrón, pernil... ¡Cuidado con el colesterol! No abuse. Ese era un punto de encuentro de los revolucionarios del Movimiento Bolivariano en la primera etapa. Ahí nos veíamos, en La Encrucijada de Aragua. Porque era cerca de todo, ahí estaba Maracay. A toda hora, sándwich de pernil y chicharrón. Hay una chicha muy buena. ¿Conoces a la señora Petra, que vende las cachapas? ¡Ajá!, yo sí me conozco todo eso.

A veces, me paraba a la una de la mañana a esperar a los muchachos. “¿A quién esperas?”, “No, esperando a Diosdado”, o ellos me esperaban a mí, o venía Blanco La Cruz de no sé dónde. Ahí nos veíamos y nos escondíamos en casa de Lugo López, que vive por ahí cerca. Hugo López es un mayor llanero, de allá de Guárico. Ese muchacho atacó el 27 de noviembre la cárcel de Yare, a pesar de que tenía muy pocas fuerzas. Y nosotros dentro, desesperados por no poder hacer nada, encerrados ahí en las celdas. Lo primero que sonó fue un mortero que cayó en el patio de la cárcel. ¡Boom! “Empezó la revolución”, dijimos. Y comenzó un ataque a Yare con un grupo de oficiales, de suboficiales y de civiles que se incorporaron tratando de sacarnos. Ellos no pudieron entrar y se replegaron. Lugo López cogió sabana, se fue al frente de una fuerza que se replegaba, cogió pa’ los llanos del Guárico y allá se entregó. El mayor Edgar Lugo López, nunca olvidaré su amistad, su paciencia y sus sentimientos de buen hombre llanero y de buen soldado.

Y Luis Figueroa, este muchacho que ustedes ven, fue presidente de la Federación de Centros Universitarios de la Universidad Central de Venezuela, líder estudiantil, líder social y sigue siéndolo. Fue uno de los jóvenes que fusil en mano se

fueron a Yare el 27 de noviembre a tratar de liberarnos de aquella prisión. No pudimos avisarles que no lanzaran el ataque; ese movimiento fue delatado. Arias Cárdenas y yo, que no dormimos, estábamos muy preocupados porque ya sabíamos que los estaban esperando. Oímos los ruidos, estaban ubicando una ametralladora en el techo. Intentamos llamar por un radio toda la madrugada. Me quedé ronco: “Águila no sé que, llamando...”. Nada, no nos comunicamos con nadie. Como a las siete de la mañana sonó el primer mortero en el patio de la cárcel, dijimos: “¡Llegaron!”, y se armó el tiroteo ahí.

Lástima que no nos llegaron las armas. Yo preso y tirado en el suelo por la plomazón. Después agarraron una máquina que estaba por ahí. Me asomé y la vi, pero la volaron. Por cierto, un teniente larense, que estaba retirado y se incorporó a ese grupo de combatientes, perdió un ojo. Iba manejando la máquina como fuerza de choque, pero le tiraron con un cañón antitanque. Hubo algunas bajas nuestras, algunos heridos. Los muchachos se replegaron cerro adentro, porque si no, los hubieran masacrado. Los estaban esperando con ametralladoras y cañones antitanque.

DE AHÍ VENIMOS

Recuerdo cuando nos reuníamos medio clandestinamente. No estoy hablando antes del 4 de febrero. Estoy hablando del año 1996 y 1997. Reunirse con Hugo Chávez era como estar a las puertas del infierno, o algo así. Para ser más claros en la cosa, alguien que se reúna con Hugo Chávez en un apartamento en Caracas, y cuando sale tiene tres tipos ahí malencarados, con una chaqueta negra y un pistoletón asomándose; o te han “espichado” los cuatro cauchos, o te robaron el carro. A lo mejor, si el carro les gustó, se lo llevaron. O no te dicen nada, sino que te miran así refunfuña’o. Y cuando tú prendes el carro y sales a las diez, once de la noche, te siguen tres motorizados hasta tu casa y te pasan muy cerca. Cuando llegas a tu casa, a los dos minutos abres la puerta, entonces una llamada telefónica, si tienes celular a tu celular, si no a tu casa, y atiende tu señora o tu hija o tu hermana o tu mamá, y es una voz extraña que te dice: “Te vamos a matar. Sé que te reuniste con Chávez. Prepárate”. Guerra psicológica.

Y muchas veces no solo amenazas, a veces secuestro, agarrar a alguien, meterlo en un carro, darle vueltas por Caracas ahí acostado en el piso y dejarlo en la Cota Mil; o meternos a un calabozo, allá en el Helicoide, cuando la Disip estaba en manos de, bueno, imagínense ustedes, quiénes estaban ahí. Y torturas, por supuesto. No estoy hablando de poesía, estoy hablando de cosas muy reales. Creo que Freddy Bernal

estuvo preso más de veinte veces en los sótanos de la Disip, porque les daba la gana. Al coronel Dávila, actual ministro del Interior, preso, agárrelo y lléveselo. Casas allanadas. Aquellas damas, amigas, de Catia, que estuvieron seis meses presas. Les sembraron unas granadas y les pusieron no sé qué cosa y detrás venía una cámara de televisión y un periodista pagado por ellos mismos, unos testigos: “Aquí está, mire, conseguimos esto”, un fusil, unas granadas de mano y dos mujeres presas: “Rebelión militar”. Imagínate tú, seis meses en la cárcel de Ramo Verde, de Los Teques. No estamos hablando de puros cuentos, cosas reales. Madres de familia, bueno, de ahí venimos.

TOMÁS MONTILLA

Estaba recordando a algunos maestros de la primaria, profesores de secundaria. Uno de ellos siempre me llamó la atención. Es uno de esos maestros, profesores, que a uno se le quedaron para siempre en el recuerdo y en el alma. Recuerdo a mi profesor de secundaria. Él nos hablaba de la vida. De vez en cuando llegaba con un cuadro al salón de clases y nos daba un recital, nos cantaba unas canciones. Nació en la montaña, por allá en Barinas, en el pie de monte. Nos hablaba mucho de las cosas malas y las cosas buenas de la vida. Es uno de esos profesores como Carmen Landaeta, mi profesora guía de primer año de bachillerato; o como “Torombolo”, que murió hace poco en Barquisimeto; un guaro que llegó a Barinas y nos daba clases de matemática. Era un amigo, un compañero, “Torombolo”. El profesor Lozada, que murió hace poco.

Y con ellos llegó también este muchacho que nos tocaba cuatro de vez en cuando, cantábamos con él cuando cumplía año uno de nosotros. Nos hablaba de las “basuras” de la vida: “Muchachos, cuando vayan por la calle y vean basura, si no pueden quitarla porque es más fuerte que ustedes, véanle no el olor, a lo mejor huele mal, véanle el color y la armonía de los colores”. Era un artista. Era Tomás Montilla. Ha muerto, me enteré hace unos días. A su familia todo mi sentimiento, y a él, mi profesor Tomás Montilla, nuestro recuerdo y homenaje. Yo tenía muchos años que no veía a Tomás Montilla. Una vez lo andaba buscando, cuando estábamos armando el proyecto revolucionario rumbo al 4 de febrero. Porque él era un revolucionario, y un compañero militar, me habló de Tomás Montilla. Me dijo: “Hay que hablar con Tomás Montilla, en Guanare”. Yo dije: “¿Tomás Montilla? Ese fue profesor mío, ¿será el mismo?”. Y sí, era el mismo.

Una madrugada llegamos a su casa, hablamos. Y Tomás Montilla haciendo sus reflexiones, sus comentarios. Él supo que estaba en marcha un proyecto revolucionario y supo que uno de sus

alumnos de Barinas, del Liceo O'Leary, andaba en eso: Hugo Chávez. Años después nos conseguimos aquí en Guanare. Cuando vino Fidel Castro, Montilla nos deleitó un rato allá, en una finca donde fuimos, apurados siempre. Pero él salió con su cuatro a cantarle a Fidel Castro.

CARLOS ALCALÁ

Carlos Alcalá entró al Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 cuando era brigadier, después se hizo piloto de helicóptero. El 4 de febrero ellos hicieron algo más allá de lo que tenían que hacer. Es el coraje y el compromiso de los hombres. Recuerdo que los helicópteros nuestros de la revolución se los llevaron de Caracas para San Carlos, llegaron allá en la tarde del lunes 3 de febrero. Carlos y Chacón Roa llegaron a decirme: “Tenemos problemas, sacaron los helicópteros de Caracas”. Fueron a pedirme apoyo para mover unas de tropas paracaidistas, tomar el aeropuerto de San Carlos y volar los helicópteros. Les dije que si estaban locos, porque ya eran como las seis de la tarde. De Maracay por tierra eran como dos horas, sacando cuentas ellos iban a llegar como a las nueve de la noche al aeropuerto de San Carlos.

Mientras tomaban el aeropuerto, tomaban los helicópteros, iban a despegar a las once, doce de la noche. Pero no tenían equipos de visión nocturna. “Ustedes están locos, así que no, vámonos por tierra para Caracas”. Ya yo estaba listo, rumbo a Caracas, con los paracaidistas. Entonces, vienen Carlos y el Chacón, ¿saben lo que me dicen?, rebeldes al fin, estaban ya rebeldes: “Mi comandante, nosotros tenemos muchos años esperando este día para no cumplir nuestra misión, tenemos que volar esta noche”. Al fin me convencieron, les di las tropas y se llevaron el helicóptero, volaron de noche. No sé cómo hicieron, volaron sobre Caracas. Vi cuando pasaron allá, allá van los muchachos y después, sin gasolina, sin combustible se lanzaron y cayeron por allá, en el Country Club. Cumplieron su misión, soldados de cumplir su misión, soldado de la patria, Carlos Alcalá.

4 DE FEBRERO

El 4 de febrero de 1992 la operación fue exitosa en el Zulia, fue muy exitosa en Maracay, en Valencia también; pero aquí en Caracas no funcionó el plan por distintas razones, entre otras porque en la Escuela Militar alguien nos traicionó. La decisión que el comando había dejado en mis manos estaba tomada, solo tenía yo que pulsar un botón, en función de algunas informaciones que me iban llegando, especialmente una de ellas, el retorno de Carlos Andrés Pérez el lunes en la noche. Lo voy a decir por primera vez: el “Indio”

Pérez Ravelo, hoy general, comandante de la Brigada en Paraguaipoa; pues el indio, mi ahijado, era teniente y estaba aquí en la Casa Militar. Él tenía, entre otras tareas, que informarme de la llegada del Presidente, y me lo confirmó directamente el viernes por la tarde.

Así que, con base en esa información y otras más, tomé la decisión, el lunes 3 de febrero a la media noche, y empezamos a alertar a todos. El domingo íbamos informando por etapas; teníamos un sistema de seguridad que funcionó casi en un cien por ciento. Pero resulta que cuando el domingo por la noche le informaron a un oficial que trabajaba en la Academia Militar, a quien yo quise mucho, como un hijo en verdad y le recuerdo con afecto. El muchacho resulta que estaba de amores con la hija del director de la Academia Militar, y había perdido aquella estirpe revolucionaria que todos le reconocimos durante varios años, desde que era cadete. A ese muchacho lo dieron de baja de cadete y yo lo ayudé a ingresar de nuevo, porque ya él estaba en el movimiento. Yo estaba de jefe de deporte y le ayudé a redactar la carta de solicitud de reingreso; fui uno de los que más defendió su regreso. Reingresó, no por mí, él tenía condiciones y, en verdad, le habían raspado una materia, pero iba muy bien en las demás y ya estaba en tercer año, bueno, en definitiva se graduó. Pero el muchacho nos delató, claro, él con un pie en el infierno y el otro quizás en el purgatorio, entre dos aguas. No dijo todo y eso le valió que después también lo apretaran. Por ejemplo, no dijo que yo era el jefe del movimiento, ni sobre Arias Cárdenas, y él sabía. Le dijo a su jefe, a su general y suegro: “Mire, hay un golpe de Estado, van a tomar la Academia, y a mí me toca ponerlo preso a usted y yo no quiero hacer eso”. Aquí en Fuerte Tiuna dio otros nombres de algunos compañeros de él, pero hasta ahí llegó. Lo interrogaron varias veces y no dio más, no soltó más prenda. Sin embargo, todo lo que él dijo le permitió al Alto Mando tomar medidas dentro de Fuerte Tiuna.

Yo había mandado el viernes anterior la *Chester*, aquella camioneta grande de comunicaciones que era de los Paracaidistas, que nos hubiera permitido tener comunicaciones de largo alcance; la mandé de Maracay para Fuerte Tiuna, en Caracas, con una orden de reparación. El jefe de esa unidad era Campos Aponte, capitán de las comunicaciones de la Brigada de Paracaidistas y juntos lo planificamos. Mandamos al sargento con los soldados, simulando que estaba dañada la *Chester*. Mentira, no tenía nada, estaba perfecta, más bien la habíamos repotenciado, comunicaciones de USB, *single saivan*, no sé cuántas cosas más. ¡Hasta con la luna se comunicaba esa *Chester* bolivariana! El lunes no entró a taller, estaba esperando la hora acordada, las seis de la tarde, para moverla. ¿Cuál era el plan? Moverla primero a donde estaba el sargento Reyna Albia, en la esquina de

Pepe Alemán, en San Juan, donde está la antigua Intendencia Militar. Ellos la iban a tomar. Luego, cuando tuviéramos más avanzada la operación, la iban a mover hacia el Cuartel de la Montaña, que era el centro de comunicaciones. La *Chester* no pudo salir de Fuerte Tiuna, prohibieron la salida de todo vehículo militar y allá se quedaron. Y no solo eso, sino que cuando se dieron cuenta que era la *Chester* de Maracay, ¡pung!, metieron preso al sargento, al soldado, y les quitaron la camioneta y no tuvimos comunicaciones el 4 de febrero.

Hace poco estábamos conversando con el comandante Alastre López, quien fue uno de los oficiales que vino con la columna de tanques de Fuerte Tiuna. Esa fue una acción suicida que tomaron Blanco La Cruz, Díaz Reyes, Blanco Acosta, Alastre López, Ávila Ávila, Florencio Porrá Echezuría. Como diez oficiales de los nuestros tuvieron que esconderse en la habitación de Díaz Reyes, que estaba en la Escuela de Blindados; los andaban buscando por todo Fuerte Tiuna. Ellos mandaban a alguien que se asomara a ver qué pasó; no había celulares ni nada. Ellos no sabían incluso si nosotros veníamos de Maracay para Caracas. Mandaron al capitán Blanco Acosta que fuera en su carro rumbo a Maracay: “Vete para Maracay, ve a ver cómo sales del Fuerte, ve a ver si mi comandante Chávez viene o no viene, o estamos nosotros aquí solos y nos van a agarrar aquí encerrados”. Andaban solo con la pistolita. Blanco Acosta no sé cómo salió del Fuerte en su carro, ya de noche, rumbo a Maracay. Después del túnel de Los Ocumitos vio que venían unos autobuses con paracaidistas, y se devolvió brincando la isla como alma que lleva el diablo. Entró no sé cómo a Fuerte Tiuna, porque lo andaban buscando, llegó de nuevo a la habitación y les dijo: “Ahí vienen los paracaidistas y nosotros aquí encerrados”. Entonces, decidieron salir con las pistolas nada más, ya de noche, eran como las once, un poco tarde ya. Pero asumieron el riesgo y se fueron en dos carros, aquellos carros atiborrados de oficiales, agachados ahí. Llegaron a la puerta del Cuartel de los Tanques, del Ayala, al lado de la misión militar yanqui que estaba ahí, y a punta de pistola someten al de guardia. Todos esos cuentos me los echaron a mí, después en la cárcel.

Tomaron el cuartel, agarran jugando truco a los comandantes, que estaban ahí bebiendo “güisqui”, sacan los tanques, y ¡pung!, se vienen para acá. Pero los tanques no tenían munición. Ávila Ávila le dice a Blanco Acosta: “Mire, estos tanques no tienen munición”. ¿Y qué dijo Blanco?: “Qué importa que no tengan munición, chocaremos contra ellos, utilizamos la fuerza de choque”. “Mire que los radio...”. “Qué nos importa que no tengan radio los tanques, nos gritaremos a viva voz, y vámonos”. Y se vinieron. Incluso desfilaron delante del comandante de la Brigada, el general Tagliaferro, porque el Alto

Mando se quedó esa noche en Fuerte Tiuna, alertado del movimiento. Tagliaferro llega a la puerta del cuartel, pero cuando los tanques vienen saliendo, ¿qué podía hacer él? Nada. “¡No se lleven los tanques!”. Parece que hasta un perro, que era la mascota de los soldados, venía con ellos.

Hay muchos chistes. Florencio Porras Echezuría, que es un genial muchacho y, entre otras cosas, un gran caricaturista, hizo en la cárcel muchos de esos cuentos. Entre otras historias, hay una del comandante del Batallón de Tanques, que fue un buen amigo mío. Lo recuerdo con cariño y me dio cierto dolor, porque hasta ese día su carrera iba bien, pero le quitamos los tanques. Ese buen amigo, que era más antiguo que yo, era comandante porque el Alto Mando, como estrategia, a mi promoción no nos dieron comando de batallones de tanque. A mí me tocaba comandar uno, porque yo era de Blindados. Esa era mi carrera, pero no me dieron comando. Les dieron batallones a unos oficiales que ya estaban por irse del grado de teniente coronel, pero igualito le quitamos los batallones con los capitanes, los tenientes y los sargentos.

Entonces, dicen que ese comandante vio un tanque que se quedó ahí al frente del comando; se habían ido todos los tanques, menos uno. El cañón quedó apuntando a la puerta del comando. Después que se fueron todos, sale con la pistola y gritaba: “¡Soldados!, ¡no disparen, soy su comandante!” Y él ahí, con la pistolota apuntando al tanque, imagínate tú, en un gesto de coraje y de dignidad, hay que reconocerlo, pues le llevaron todo el batallón. Pero quedó uno y él iba a recuperar su tanque. Y el tanque parado ahí, y él con la pistola, pero no lo perdonaron y le pintaron su caricatura. Porque resulta que logra llegar hasta el tanque, después de mucha maniobra y gritos de “¡No disparen, soldados, que soy su comandante!”, y se movía por aquí, por allá, media hora estuvo en eso. Cuando subió por fin al tanque... estaba solo. Es que no había prendido el motor y lo dejaron. El tanque estaba solo, no había nadie. Esos son los chistes del 4 de febrero.

En Valencia, al general, comandante de la Brigada Blindada, cuando lo agarraron, parece que estaba medio borracho, porque tomaba mucho ese hombre. Los capitanes Valderrama, Arteaga Páez y Godoy Chávez llevaron al general al calabozo de los soldados, que está ahí a la entrada al cuartel. En el calabozo estaba un soldado que se la pasaba preso por faltón. El guajiro se despierta con aquel alboroto. Era ya medianoche. Prenden la luz del calabozo y cuando el guajiro ve que traen al general y lo meten le dice: “¡Verga, mi general! Tú sí eres faltón. ¿Qué hiciste, mi general?, ¿qué hiciste que te metieron preso aquí conmigo?”. Porque los guajiros tutean a todo el mundo. El guajiro no dice usted, es costumbre de ellos: “Tú, mi capitán”, “tú, mi teniente”. Yo tenía unos guajiros, los guajiros en

los paracaidistas, eran un show porque no les daba miedo nada. Pero entonces, en la puerta del avión uno les decía: “Miren, que tienen que pegar los codos, tienen que saltar así”. Y ellos miraban, ¡ujú! Sí, con cara de susto, pero cuando les tocaba, saltaban de una vez: son audaces; bueno, indios al fin.

Ese 4 de febrero fueron hasta el Cuartel de la Montaña Fernán Altuve Febres, un viejo conspirador, que era asesor del ministro de Defensa, y Santeliz Ruiz, en un carro civil, pero Hermes Carreño le echó una ráfaga y casi se raspó ahí a Altuve y a Santeliz. Yo, ya como tigre enjaulado ahí, no tenía comunicaciones y finalmente los mando a pasar. Estaba rodeado, sin conexión con los tanques, sin conexión con el Zulia, ni con la base de La Carlota. Recuerdo que yo cargaba una granada de mano aquí, guindada en mi arnés, una granadita de mano defensiva. Cuando Altuve vio que ya tomé la decisión de rendirme, me dijo: “Comandante, este es un día histórico, regáleme esa granada. Yo pelé por la granada y se la di, y creo que un pequeño radio que nunca sirvió para nada; él debe tener eso guardado”.

Altuve fue testigo de aquel momento en que yo reuní a las tropas que tenía bajo mi mando allí en el cuartel, oficiales y tropa y es lo que él llama “el primer por ahora”. Eso fue amaneciendo ya, el sol estaba levantando. Les di un saludo a mis tropas y oficiales y mandé: “Pabellones, armen, y a la izquier... Quedan a la orden del coronel del Museo Histórico y sus oficiales”. Entregué las tropas y pedí respeto para ellos, y es cuando me dice Santeliz: “Chávez, ahora hay que tener cuidado porque la orden es que salga de aquí muerto”. Santeliz, Altuve y el mismo Coronel del Museo ayudaron a simular, porque había francotiradores rodeando aquello, con orden de que yo no saliera vivo. Cuando me dicen que la orden es matarme y los F-16 pasaban muy bajito, entonces ahí me llegó la idea de la muerte. Yo dije: “¿Y por dónde vamos a salir para que no me cacen los francotiradores que ya han matado a por lo menos tres soldados de los míos?”. Me llegó la noción de la muerte, y ¿saben qué recuerdo? Un pensamiento rápido: “Rosita, María, Huguito, yo hoy no muero”.

NO LO PARABA NADIE

Carlos Andrés Pérez me conocía, yo trabajé con él y le hablé varias veces por distintas razones, de trabajo, sobre todo, ahí en SECONASEDE. Me conocía muy bien, Jesús Ramón Carmona, que era ministro del Despacho, y Heinz Azpúrua, que era jefe de la DISIP y estuvo detrás de mí durante cinco años, siguiéndome, buscando alguna cosa y siempre me dijo cada vez que me interrogó: “Puedes irte, Chávez, algún día cometerás un pecadillo. Yo te agarro algún día”. Un día después del

4 de febrero él fue al DIM y me llama el general del DIM: “Mira, aquí está el general Heinz, que quiere hablar contigo”. “¿Quería una muestra? ¿Quería un pecadillo?”. “Bueno, -dijo Heinz- lo felicito Chávez, de verdad, no pudimos detener esto”. “No, es que no lo iban a detener, mi general —le dije yo— ni que me hubieran arrestado a mí, o a Arias, o al otro; esto no lo paraba nadie. Es un proceso imparible, inevitable, eso no depende de un hombre. Si usted me hubiera agarrado preso hace un año o dos años, quizás hubiera sido hasta peor”. Y en verdad era así, fue un proceso desatado. La revolución que volvía.

¿TÚ NO VES QUE SOY CHÁVEZ?

Marisabel me dio una sorpresa muy profunda y grata. Ella rescató, de algún rincón, una caja de cosas que se habían perdido. Ayer llegué y estaban ella, Rosinés y Raúl con unas agendas muy viejas, fotos, cartas. Comenzamos a sacar cosas, así como de un baúl, como un niño con juguetes nuevos. Y de aquellas agendas, la más vieja que conseguí fue la del año '81. Yo era teniente. Le dije a Marisabel: “Mira esto”. En las últimas hojas de la agenda un símbolo escrito en letras negras, unas siglas. Cuando vi eso se me vino una cabalgata de recuerdos. Claro, eran las primeras siglas del movimiento en el año '80 o el '81. ZMB: Zamora, Miranda y Bolívar, porque nosotros discutimos durante varios años sobre Miranda y nos fuimos a estudiar en la Colombia y los archivos de Miranda, y estudiamos su trayectoria revolucionaria. Al final, después de discusiones y cosas, se impuso MBR, que primero fue EBR: Ezequiel Zamora, Bolívar y Simón Rodríguez. Andábamos buscando la raíz ideológica.

Después, buscando la otra agenda, la del '92, le digo a Marisabel: “¡Mira como se detuvo el tiempo!”. La agenda está llena hasta el 3 de febrero, y hay una nota del mismo 3 de febrero, que escribí muy rápido: “Buscar a Garrido”. Era el coronel Garrido. Estábamos haciendo esfuerzos desesperados, de última hora, por garantizarnos el apoyo de la Fuerza Aérea. Y me dijo un piloto: “Busquen al coronel Garrido”. Yo lo anoté, aunque no me dio tiempo de buscarlo, porque andábamos en tantas cosas.

Recuerdo la noche del 4 de febrero, presos en el Cuartel San Carlos. Uno decía: “Bueno, hubiese sido mejor la muerte”, o en los sótanos de la DIM cuando ya nos llevaron, no tanto en el San Carlos porque estábamos juntos, el grupo y la capitanada y los comandantes. Nos abrazábamos y sentíamos el dolor, pero estábamos juntos. Pero luego nos llevaron a los sótanos del DIM y era cada uno solo por allá, en una celda fría, en unos sótanos, y uno se sentía como muerto. Hasta que comenzó a llegar ese pueblo.

Recuerdo a la viuda de mi compadre Ortiz Contreras, que en paz descansa. Le dieron permiso para entrar, yo veo desde mi celda que sacan a Ortiz y empiezo a gritar: “¿A dónde lo llevan!?” Era Mahuampi que había llegado y cuando Ortiz regresó, me lanza por la ventanilla un papel. Lo agarro y era una nota escrita por Mahuampi. Ella es socióloga y era profesora en la Academia Militar; la habían botado en esos días. Tengo todavía eso guardado. Es un billete al que le superpusieron mi rostro, y todo un mensaje revolucionario. Y, por detrás, un escrito de Mahuampi y de Miguel Ortiz.

Al día siguiente llegó un sacerdote a darnos un saludo y una Biblia; también me dejó un escrito que alguien mandó. Después llegó la familia. Más adelante, por fin, se rompió el bloqueo, empezó a llegar la prensa, nos llevaron un televisorcito y empezamos a percibir la efervescencia. ¿Cómo olvidar aquel carnaval del ‘92, donde todos los niños andaban de soldados? Recuerdo una entrevista que le hizo una periodista a un niño en la calle. Lo vi por televisión en el San Carlos: “¿Y tú andas disfrazado?”. “Sí, sí, yo ando disfrazado”, pero con una cara el niño de siete, ocho años. Y le pregunta: “¿De qué andas disfrazado?”, y el carajito le responde con aquella viveza y le dice: “¿Tú eres boba? ¡Tú no ves que soy Chávez!”.

POR AHORA

Esto es de la cárcel. Escribí este poema con unos dibujos. Así se veía desde mi celda la garita del soldado que estaba aquí arriba vigilando las montañas de Yare, porque es un valle. Así se veía la luna en las noches claras, o la plaza Bolívar, por varias ventanas. Eran vistas que uno tenía. Yo pasaba las horas dibujando, escribiendo, estudiando y leyendo mucho. Estas letras se llaman “Rendición”, las había escrito en la DIM en un papelito, en la celda. Fue el 6 de febrero, solo que lo pasé después a este cuaderno estando en Yare. Estaba muy fresco el 4 de febrero. Vean cómo dice:

*Aviones rasantes, centellas enemigas
miles de ojos miran inocentes
niños enjaulados en latas y cartones
a las faldas de la colina
me escudriñan los ojos amanecidos de mi tropa rebelde
rojos de boinas, tricolor de brazalete
“mi comandante, peligra la Patria”
volaremos de nuevo como águilas
paracaidistas por Venezuela.
Incertidumbre terrible, suicidio sin sentido
genocidio, fratricidio
¡No! Abajo los fusiles, armen pabellones
silencio en los cañones
y un frío profundo en el corazón como de muerte.*

¡Rendición, muchachos! Por ahora.

A la Luna le cantábamos también, a la Luna de Yare:

*Luna llena de Yare, te levantas
con el don de recorrer todo con tus ojos invisibles.
Jinetes negros alargados en caballos de viento
te circundan, los desprecias y te alzas
pretenciosa novia, eterna enamorada.*

*Luna llena de Yare, diez rebeldes te cantan
y su grito cruza espacios negros, vacíos.*

*Oye, luna, nuestra voz de insurrección pasada y
por venir.*

*Luna aquella, tú misma, de febrero aliada sin fusiles
miraste la tormenta, mil segundos en mil sitios.*

*Luna de los valles, te fuiste enamorada
de soldados danzantes hacia el norte
compañera, te vi roja aquella noche de boinas lu-
minosas
hoy te cantamos cabalgando tu luz sobre caballos
negros
rumbo al norte, luna llena de Yare.*

GUASIPATI

Pasamos en San Carlos esos primeros días, que era todo un alboroto. El gobierno estaba muy nervioso, porque éramos muchos. En verdad, la del 4 de febrero es la más grande rebelión militar de toda la historia venezolana, de su tipo, pues. No se trató de una guerra, gracias a Dios. Una rebelión de un día, doce horas, pero de su tipo la más grande rebelión militar venezolana y casi diez mil soldados, centenares de oficiales. Los golpes de Estado que aquí habían dado eran generalmente de un grupito, una cúpula, y esto fue una rebelión desde abajo.

En esos días hay un oficial al que llamamos Guasipati, un muchacho que tiene mucha chispa y era del equipo. Lo poníamos a robar base, era rápido y faramallero, porque era malo bateando. Lo poníamos de emergente cuando queríamos agarrar una base por bola. El se agachaba, agachadito, y le daban base por bola o buscaba pelotazo. Muy mañoso y famoso en todo el Ejército. Guasipati estaba preso, a pesar de que estaba enfermo por un accidente aéreo. Sin embargo, se fue a la rebelión. Como había gente de inteligencia tratando de oír lo que hablábamos en las celdas, se ponía Guasipati detrás de una puerta por allá, simulando que estaba hablando por radio: “Tigre uno, cambio”. Y otro por allá contestaba: “Adelante, Tigre uno”. “Mira, el plan B está listo, mañana salimos de aquí”, muevan no sé qué, y los demás oyendo y pasaban la novedad. “Mire, ¿hay un plan B?”, y generaban un movimiento y toda una serie de chistes y cuentos de cosas que pasaban en la cárcel.

MI GENERAL PÉREZ ARCAÏ

Mi general Pérez Arcay nos conoció el alma a la muchachada militar de los ‘70. En una carta de Pérez Arcay, como una espada, nos dice: “Alguien tenía que hacerlo, les tocó a ustedes, muchachos, estoy con ustedes”. A Yare fue una vez a vernos en prisión. No lo dejaron entrar y se quedó parado de plantón. Le dijo a un oficial: “Capitán, soy el general Pérez Arcay, como no me dejan entrar, vine a pagar plantón frente a mi comandante Chávez, que está allá adentro”. Aquel general se paró dignamente debajo del sol durante tres o casi cuatro horas, pagando un plantón ahí, llevando sol frente a Yare, como espiando cosas. Es uno de nuestros grandes maestros: Jacinto Pérez Arcay. Por cierto, mi general, lo felicito, le parió la mujer otro hijo. ¡Ah!, mi general, por eso es que es bueno llevar el ritmo de vida que llevamos nosotros, el ritmo de vida que uno lleva, a los setenta todavía puede tener un muchacho. Él tiene varios hijos a lo largo de su larga vida. Uno de sus hijos –fíjate como es la vida– estaba en mi batallón el 4 de febrero, el día de la rebelión. Así que uno de sus hijos fue a prisión, José Rafael. Pérez Arcay iba mucho al batallón; tenía dos hijos en el Cuartel Páez de Maracay. Una noche casi que le digo: “Mi general estamos a punto de alzarnos”, sólo que la disciplina revolucionaria me impidió decírselo. Yo estaba seguro que, de decírselo, él se hubiera incorporado al movimiento revolucionario. Desde sus tiempos de teniente coronel –éramos nosotros imberbes cadetes– nos hablaba en el Patio de Armas: “Muchachos, Bolívar; muchachos, Sucre; muchachos, Miranda; muchachos, Zamora; ahí está la raíz de ustedes, muchachos militares del siglo XXI”. Hace años le nació un varón, ¿saben qué nombre lleva? ¡Jesús!; y hace otros tantos una niña que yo conocí chiquitica. Se llama Bolívar y le decimos “Bolivita”.

ELIÉCER OTAIZA CASTILLO

Otaiza Castillo, este muchacho que está vivo gracias a Dios. ¡Ese muchacho es un soldado! El 4 de febrero no pudo hacer nada porque no le avisamos. Estaba lejos, en un curso. Regresó al país, al ejército y se puso a trabajar. Se metió una vez en la cárcel de Yare disfrazado de mujer, y se veía muy fea, por cierto. “¿Quién es esta negra grandota que entró aquí?” Otaiza disfrazado de mujer, en Yare, en una celda allá, y tuve que entrar yo y le dije: “¿Pero tú eres loco?”. Era teniente activo, chico, y tenía un plan para sacarnos. Le dije: “No, ya va, un momentico”, porque es un soldado combatiente y andaba encendido: “Mi comandante, lo vamos a sacar. Tenemos tres helicópteros”. Y le dije: “No, no te pongas a inventar, que la cosa va bien. Aquí

estamos tranquilos, sigan ustedes allá afuera». Al tiempo me entero que andan formando los grupos. ¿Quién podía parar eso? Era una ría que se venía encima. El pueblo estaba encendido y los militares también. Nadie podía parar el 27 de noviembre.

Otaiza es un soldado que, con su sangre, regó las calles de Caracas el 27 de noviembre. Fíjate lo que hizo junto a otro muchacho que sí perdió la vida, entrando allá al Palacio. Ellos estaban en las inmediaciones de Fuerte Tiuna en la madrugada, esperando. No tenían comando de tropa porque andaban rebeldes y los tenían muy vigilados. Unas tropas del Fuerte Tiuna que iban a salir hacia Miraflores no salieron, porque algunos oficiales develaron el plan. Estos muchachos ven que sale el sol y no había tropas, estaban solos, solos con sus fusiles y una pistola. Decidieron, cual locos patriotas, irse al Palacio de Miraflores. Y le han entrado a plomo a las puertas de Miraflores. A Otaiza le dieron cuatro tiros de fusil en el pecho. Pero es un atleta, un hombre muy joven, con gran vitalidad. Lo dejaron por muerto. Él confiesa que sintió que se moría. Los médicos del Hospital Militar dicen que llegó clínicamente muerto. Pero le vieron alguna señal, tú sabes, de posible vida, y lo metieron al quirófano, y allí está Otaiza, chico.

Él pasó todos estos años estudiando, es doctor en ciencias políticas, un hombre muy inteligente. Después se recuperó tanto que fue a un mundial de natación y ganó, trajo su trofeo. Y ahora resulta que una madrugada de estas me dijo: “Mi comandante, quiero hablar con usted”. Porque él estaba en mi caravana, fíjate tú, él estaba en seguridad, había hecho cursos especiales de seguridad y es comando. Me dijo: “Mi comandante, yo me quiero ir para la Constituyente”.

REYES REYES: “ME VOY CONTIGO,
HERMANO”

Luis volaba F-16, *Mirage*; piloto de bombarderos y de combate. Es hermano de la vida. Es de Barinas, estudiamos bachillerato juntos y nos fuimos juntos, él a la aviación y yo al Ejército. Lamentablemente, un hijo de Luis nació con problemas en el cerebro. Lo recuerdo toda su vida con ese niño, Tuto, que Dios lo tenga como angelito en la gloria. Por Tuto luchamos muchos años. Se lo llevó al exterior, le hicieron tratamientos de todo tipo, y bueno, el niño vivió feliz, eso sí, hasta los doce años, más o menos. Pero fueron años terribles. Tenía dos años cuando Tuto comenzó con su problema.

Unos días antes del 4 de febrero yo le decía a Luis: “Quédate en tierra, no vuelas”, porque él tenía mucho tiempo sin volar. Se fue a Estados Unidos, a trabajar allá un tiempo por lo del tratamiento del hijo. No es lo mismo agarrar un carro que volar un F-16, después de cinco años sin

volarlo. Es muy peligroso. Pero él estaba entrenando escondido, se metía al simulador de vuelos de madrugada. El 4 de febrero no pudo salir a volar. Estuvo preso unos días, no le probaron que estuviera comprometido. Salió de nuevo a la Fuerza Aérea, vigilado por su hermandad conmigo. Pero regresó a trabajar con Castro Soteldo y a preparar la rebelión aérea que funcionó el 27 de noviembre.

Y salió a volar ese día, en un *Mirage*. No pudo montarse en el F-16, porque al grupo de F-16 no lo pudieron controlar, y eso fue una de las causas de la rendición del 27. Ese grupo tiene mucho poder de combate en el aire, el F-16. Pero sí tomaron los grupos de *Mirage*, y él tenía muchos más años que no volaba *Mirage*. Ya levantado el avión, con su hijo y su problema y su mujer, mi comadre, que Dios la bendiga y todos sus muchachos, que son una extraordinaria familia, se fue. Combatió en el aire, voló sobre Caracas. Quizás lo que hizo más noble todavía fue cuando se enteró, volando, que la derrota era inminente. Él estaba pensando dónde aterrizar y entregarse, pero supo por radio que Visconti levantó vuelo con el avión Hércules, y los oficiales que se fueron al Perú. Iban a mandar a perseguir el avión, incluso Carlos Andrés Pérez dio la orden de que, si había que tumbar ese avión con toda esa gente adentro, que lo tumbaran.

¿Sabes lo que hizo Reyes? Llamó a sus compañeros por radio y se fueron tres *Mirage* a escoltar el avión. Iban a los lados escoltando al Hércules de Visconti, hasta que llegaron a la frontera. Ellos han podido seguir con el avión de Visconti, y asilarse. Reyes en la frontera se devolvió, pensó en su familia, su hijo, aterrizó en Barquisimeto, donde ellos viven y salió con los brazos en alto. Estuvo en prisión con sus dolores, salió de prisión y, lamentablemente, al poco tiempo a Tuto se lo llevó Dios. Luis salió de prisión y se dedicó a su hijo. Yo lo entendía, por supuesto que no podía pedirle que me acompañara. Casi lloro cuando recuerdo esto. Delante de la tumba de Tuto, cuando le pusimos la corona, me dijo: “Hugo, ahora que Dios me llevó a Tuto, me voy contigo, hermano”.

FRANCISCO AMELIACH

Me refiero al mayor Ameliach Orta, que se fue de baja hace una semana. Iba de primero en el curso de Estado Mayor, iba a ascender a comandante pronto, y ha pedido la baja. Ese muchacho amaneció el 27 de noviembre allá en las montañas de Yare, echándole plomo a Yare cuando querían sacarnos de allá. Se vino de Oriente cruzando las sabanas con cuatro soldados, como loco, desesperado, para sacarnos de allá, al comandante Chávez, a Arias, y a todos los de Yare. No pudieron hacerlo, salieron algunos heridos. Cuando

no tuvieron más munición se fueron. ¡Fíjate tú!, tan hábil que se fue de nuevo por la sabana vestido de civil en un camión de ganado, y llegó en la noche a su puesto en Cumaná.

Nadie se enteró que había estado en Yare echando plomo, ese día. Así que pasó allí, ascendió a mayor. Estaba en curso para comandante, iba de primero, pero se me presentó en Miraflores y, dando una demostración más de sacrificio, me dijo: “¡Mi comandante, llegó la hora. Me voy!”. Y yo sé lo que eso significa para un soldado, dejar el uniforme. Ayer lo conseguí allá, de candidato a la Constituyente. Francisco Ameliach Orta, él decidió hacer eso. Ni le di la orden, como tampoco le di la orden de que viniera de Cumaná a echar plomo, jugándose su vida, dejando sus hijos, su familia, a tratar de sacarnos de Yare, el 27 de noviembre.

LUCAS RINCÓN

Como a las siete de la noche me llama alguien, extraoficialmente, del Consejo Electoral: “¡Comandante, ganamos!”. Yo tenía certeza de la victoria, pero teníamos mucha tensión por el golpe de Estado que estaban montando en el Consejo Supremo Electoral, manejado por las mafias. Las computadoras las manejaban ellos. Aquí votaban los muertos y volvían después, otra vez, a la tumba. Y siempre votaban por AD y Copei. Los muertos que salían eran adecos y copeyanos. Entonces, ellos tenían un plan. Primero, tumbarnos la mayor cantidad de votos, para que la diferencia fuera muy poca y, entonces, escamotearnos el triunfo. El otro plan era un golpe de Estado. Recuerden ustedes a aquel jefe del Ejército que había, y generales.

Aquí en Maracay estaba un general que se portó muy bien. El general Lucas Rincón era comandante de la División Blindada, quien me conocía de tiempo atrás. Entonces, un día que vine a hacer campaña, en Maracay, Lucas me mandó un mensaje con un oficial retirado. Y nos reunimos escondidos, por allá por El Limón. En una quintica, por allá estaba Lucas bajo una mata de limón, teníamos tiempo sin vernos. Del 4 de febrero para acá, más nunca nos habíamos visto. Yo estaba en el Batallón de Paracaidistas, y Lucas era director de la Escuela Técnica. Me invitaba a veces a almorzar y me visitaba allá, fuimos amigos. Entonces, él me dice: “Mire candidato”, con mucha seriedad un general a un candidato. Y me explicó lo que él sabía del golpe de Estado que estaban montando algunos generales. Casi todos después aparecieron en el 2002, dirigidos desde PDVSA y otros sectores de poder.

Años después supe que Lucas Rincón mandó a poner explosivos en el peaje de La Cabrera. Un grupo de oficiales estaba montando el contragolpe, cómo frenar el golpe, cómo neutralizarlo. El Gobierno había puesto en Valencia a

un general, de esos arrastrados, comandante de los tanques. Tenía la orden de mover los tanques hacia Caracas para evitar el triunfo de Chávez, ¡así mismo! Y esa fue una de las cosas que me dijo Lucas; porque aquel general era subalterno de Lucas, pero no le hacía caso, recibía órdenes de Miraflores. Así me lo dijo Lucas: “Mire, candidato, ese general no me obedece. Así me dijo un día, ‘mi general, yo no recibo órdenes tuyas, recibo órdenes de Caracas’”. Entonces, Lucas como no tenía otra alternativa, dijo: “Bueno, si vienen los tanques volamos el viaducto”. Le pusieron dinamita por debajo unos oficiales nuestros, unos tenientes y capitanes, del arsenal de ahí, donde están los explosivos. Resulta, que después con la victoria se les olvidó y pasó Navidad, Año Nuevo... cuando alguien dijo: “¡Epa!, ¿y ustedes quitaron allá los tacos de dinamita?”. No, nadie, allá estaban. Afortunadamente, eso tiene su seguro, su dispositivo de seguridad; pero vean cómo estaban las cosas.

Lo cierto es que después a mí me llaman por teléfono: “Comandante, ganamos”, y el pueblo en la calle. Era la orden que dimos al partido y a los aliados: “pueblo en la calle”. Incluso, un coronel amigo estaba a media cuadra con un grupo de militares armados, por si venía el golpe. Ya ellos sabían, ya teníamos un plan para movernos a un cuartel, golpe y contragolpe. Entonces, me dicen: “¡Ganamos!”. Recuerdo que estábamos recibiendo a Noemí Sanín; estaba de visita aquí, pidió hablar conmigo. Ya estaba anocheciendo, cuando anuncian por televisión el primer resultado, que era irreversible. La victoria, pues. A los poquitos minutos después, llegó la Casa Militar: “Presidente electo, a la orden”. “Ajá, bienvenidos, dales café”. “No, no, muchas gracias. Vamos para la Viñeta, móntense aquí para La Viñeta”. Se acabó mi libertad, compadre, hasta el día de hoy, hasta el sol de hoy. Y aquí vamos.

ME IBAN A MATAR

Los pobres viejos estuvieron en Palacio esa noche y mi madre me dio un mensaje de fortaleza pocos minutos antes de salir prisionero. Le dije a Marisabel: “Vete a Barquisimeto”, cuando la cosa estaba ya calentándose al rojo vivo. Salí con Rosinés, Raulito, su mamá. Y mis hijos más grandes, Rosa, María y Hugo, con un grupo de oficiales amigos. Los llevaron también a esconderlos en otro sitio, y yo a esas alturas no sabía nada de ellos. Entonces, me prestaron un celular, no me sabía los números. Le dije: “Mira, hazme el favor completo, consígueme los números de la familia”. “Pero, ¿dónde?”. “Bueno, llámame a alguien allá en Palacio” y la central telefónica. El coronel me da el celular prestado por un minuto, dos minutos. Ahí medio guillao y empiezo a marcar. No me cayó Marisabel, ni

mi mamá, ni mi papá. Los celulares andaban muy mal. Gobernación de Barinas y el número era equivocado, era una casa de familia en Barinas, que deben recordar mi llamada. A lo mejor no me creyeron. Yo le dije: “Soy el Presidente preso; ¿con quién hablo?”. No, no, no sé qué. Me atendieron realmente, pero creo que no creyeron que era yo.

Luego cayó María Gabriela. Estaban en casa de unos amigos, en una playa por aquí, escondidos. Y le digo: “Dios te bendiga. ¿Cómo estás? Otra vez preso”. María tiene mucho temple y me dijo: “Bueno, que Dios te cuide, papá. Mucho juicio. Estamos bien. ¿Qué puedo hacer?”. Le dije: “María, solo te pido algo, cuídate primero que nada y, segundo, hija, llama al mundo, a quien tú quieras, no sé a quién, a un periodista, dile al mundo, o si llega a pasarme algo incluso, si no puedo hablar contigo más nunca, díles que nunca renuncié al poder que el pueblo me dio. Díles que soy un Presidente prisionero”. Y la pipiolita empezó a llamar gente y eso corrió por el mundo.

A los pocos minutos Marisabel cayó por allá, estaba en Barquisimeto, escondida en casa de unos amigos, en las afueras. Y los muchachos descansando. “Estamos bien, no te preocupes, aquí preocupados por ti”, y qué sé yo, un beso. Le dije: “Marisabel, cuídate, cuida a los niños, ten la calma, yo estoy bien, pero no tengo garantías de nada. No sé qué va a pasar esta noche”. Yo tenía la sensación y la certeza de que esa noche me iban a mover a otro sitio y no sabía para qué, porque estaban sueltas todas las fuerzas de los diablos. Yo llegué a confesarme ante Dios, porque estaba seguro de que me iban a matar.

EL CRISTO

Me traje un Cristo que me regaló ese general maestro, pensador general, Jacinto Rafael Pérez Arcay. Uno de mis maestros y uno de los generales insignes de este tiempo venezolano. Me regaló este Cristo allá en Palacio, cuando íbamos saliendo, y me dijo: “Que Dios te bendiga”. Y lo cargaré para siempre, así como cargo el escapulario de la Virgen del Socorro, la Virgen del Carmen que usó Pedro Pérez Delgado, “Maisanta” o “El Americano”. Lo cargaba así agarradito, y lo tenía aquí. Y oía el grito por allá, de alguien que decía: “Hay que matarlo, es un asesino”. Había pasiones desatadas aquí, andaba el demonio por ahí suelto, andaba el mal. Eso se respiraba, el mal aquí, fuerzas oscuras como huracanes circundaban estos espacios, espacios que yo quiero mucho como soldado que soy.

GENERAL GARCÍA CARNEIRO

Quiero rendir tributo a esos soldados, que encarna Jorge García Carneiro, compañero de mi

promoción, quien entrega el Ministerio de la Defensa después de treinta años de servicio militar, y en los próximos días será juramentado ministro de Desarrollo Social y Participación Comunitaria. A García Carneiro, José Vicente en un Consejo de Ministros lo despidió, le hicieron una despedida, y le dije yo: “No, hay que cantarle. ¡Volvió, volvió, volvió!”. Lo designé comandante de la Brigada de Mérida, fue el primer cargo que le di, era general de Brigada en el ‘99. Allá inventó el Plan Avispa: Autoconstrucción de Viviendas Sobre Parcelas Aisladas. Después lo mandé para San Cristóbal, comandante de la División, el Plan Bolívar 2000. Se la pasaba metido en los hospitales, me llamaba: “Mire que aquí falta esto”. Bueno, inspeccionando hospitales, ambulatorios, haciendo campañas de vacunación, campaña de salud, etcétera.

Después estuvo en la Casa Militar y un día me llegó con un proyecto para reacondicionar todo lo que es el Centro Simón Bolívar. Ahí está el proyecto avanzando, la Plaza O’Leary que estaba vuelta un desastre. Se la pasaba mandando a recoger la basura de las esquinas de Miraflores, esas acumulaciones de basura. Luego, a Miraflores lo convirtió, él más que yo, en un centro de atención social. Eso estaba lleno de gente, los pobres y él mismo atendiéndolos, lo recuerdo clarito. Después lo mandé a comandar la Tercera División de Infantería, y ahí llegó el golpe. Es para la historia este general montado en un tanque de guerra, con un megáfono, diciendo: ¡Viva la Revolución! Y junto con él, la mayoría de los oficiales de la Fuerza Armada. García Carneiro fue un puntal en la resistencia, aquel día inolvidable, doloroso del 11 de abril, 12 de abril, 13 de abril de 2002.

Si él les contara lo que le pasó ese día, con unos golpistas, pistola en mano. Después se escapó de un cuarto donde lo metieron preso. Se fue para la DISIP. Cuando llegó allá, la DISIP estaba tomada por los golpistas y entonces muy hábilmente les dijo: “Vengo a buscar preso aquí a Carlos Aguilera. Me lo llevo preso”, y todo para evitar que lo detuvieran allá, o lo mataran. Y se lo llevó. Y luego, ministro de la Defensa, y todas las tareas que ha cumplido. Ustedes ven el proyecto Tiuna, primera vez que en Venezuela se hace un vehículo para nuestras tropas, para la defensa del país.

Y ha sido, yo lo llamaría, un campeón de la unidad cívico militar, el general García Carneiro, y de los proyectos sociales. Por eso se metió a fondo en el Hospital Militar. Hace como dos semanas el papá estaba enfermo y fue a visitarlo al Hospital Militar. Me llamó, pero con una indignación que tuve que decir: “¡Cálmate un poquito!”. Tenía razón para indignarse. A pesar de que él sacó no sé cuántos médicos escuálidos que había en el Hospital Militar, que no querían atender a los pobres, que le cerraban la puerta en las narices a los médicos cubanos, que no atendían a Barrio Adentro, todavía quedaba un gru-

pito y él los consiguió. Esa madrugada había unos médicos cubanos con unos enfermos, y los escuálidos se negaban a atenderlos. Bueno mandó a ese grupito para su casa y los sacó del Hospital Militar. Esta frase es de García Carneiro, en alguna entrevista después del 11 de abril: “Un general con un pueblo detrás es invencible”.

DANILO ANDERSON

Todos recordamos aquí la tremendamente difícil etapa que nosotros pasamos, cuando el mismo Tribunal Supremo de Justicia tomó aquella decisión que sacudió al país: “Aquí no hubo golpe y el Presidente no estuvo secuestrado, sino custodiado por unos militares preñados de buenas intenciones”. Esa es la justicia que quieren estos. Eso sí lo aplaudieron, ¡qué cinismo! Esa noche me llamó alguien: “Métale los tanques al Tribunal Supremo, Presidente, no aguante eso”. “No, no le voy a meter los tanques, eso es lo que ellos quieren. Vamos a aguantar a ver quién puede más, carajo”. Aquí estamos y ellos huyendo como ratas, derrotados por la historia, por su propia sombra.

Recuerdo que vi a Danilo Anderson hablando en vivo en una rueda de prensa. Empezó a señalar cosas, y que iba a acusar a este y al otro, gente del poder. Porque muchos dicen que Chávez está acumulando poder. Ellos sí acumularon poder y vaya qué poder, presidentes que se subordinaban al Tribunal Supremo, a la Corte Suprema; asambleas y congresos, gobernaciones y alcaldías, y empresas, PDVSA, la CVG y bancos. Lo tenían todo en sus manos, todo el poder político, económico. Arrodrigados ante el imperio.

Entonces, vi a Danilo y me llegó el instinto, ese que uno va desarrollando. Como uno tiene ya tantos años en esto, a veces un detalle es decisivo, y me dije: “Lo van a matar”. Y les juro que mandé por él, pero tenía que irme, no sé a dónde iba. “Llámenme a Danilo”. Y salió la caravana volando hacia Maiquetía. “¿Y Danilo?”. “No, que no aparece, que no responde”. “Que me lo ubiquen”. Regresamos. Danilo, ¡pum! Se fue Danilo. Llamó Isaías Rodríguez una noche: “Presidente, mataron a Danilo”. “No, dime que no”. Por eso es que yo insisto tanto en los detalles, por una llamada a lo mejor no lo hubieran matado. Yo le pedí que se mudara, le pusimos una seguridad especial, pero lo agarraron solo, descuidado.

SALÍ RESUCITADO

No estoy exagerando. Muchos hombres cumplieron un papel, algunos heroicos, algunos dieron la vida, pero las mujeres venezolanas cumplieron el papel determinante en aquellas jornadas de los días 12 y 13 de abril de 2002 de

muchas maneras, en distintos espacios, pero sobre todo en la calle.

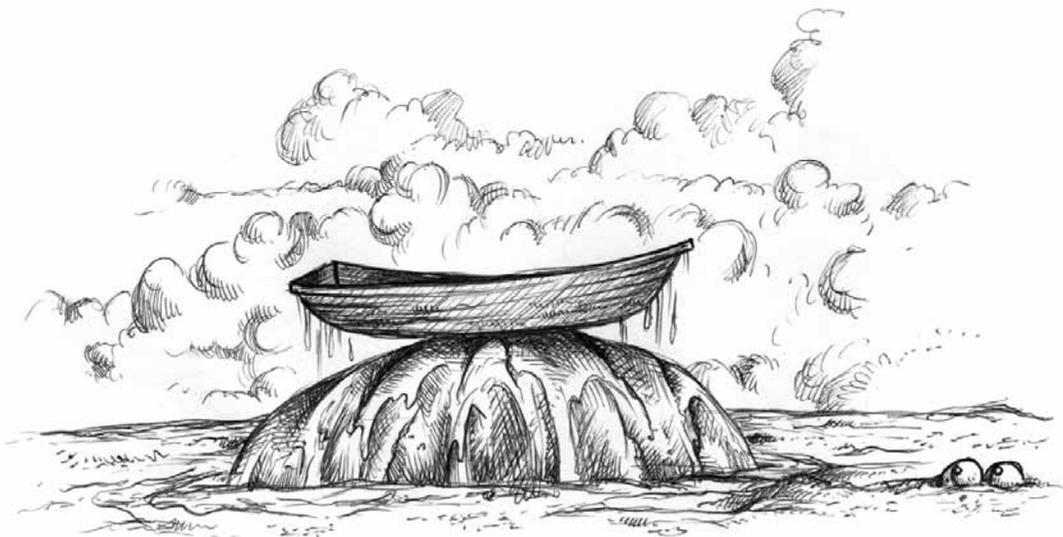
Y veía anteanoche unos testimoniales muy buenos que el Canal 8 ha preparado. Ese cerro de El Valle se vino abajo completo, el pueblo se fue hacia Fuerte Tiuna, desarmados, y al frente tenían unos tanques de guerra. Una mujer cuenta cómo un grupo de mujeres se paró frente a un tanque y empiezan a gritar: “Soldado, tú eres del pueblo”, hasta que se bajaron los soldados del tanque y se lo dejaron a ellas. Ahí se montaron, solo que no sabían manejarlo. Y así pasó en muchos lugares. En lo personal, a lo largo de esas horas que viví, aparecieron las mujeres de distintas maneras. La primera fue mi madre allá en Palacio. Esa madrugada apareció hecha huracán y recuerdo que me dio una lección de coraje. Ya yo había decidido irme a Fuerte Tiuna, no sabía que estaba en el Palacio a esa hora, ella llegó y se metió al despacho. Un grupo de traidores andaban allí ofreciéndose para el diálogo, iban y venían. Pero todos fueron unos traidores, otros cobardes. Estábamos conversando y llegó mi madre con un mensaje de coraje, de fuerza y de mucho amor, por supuesto.

Luego ya prisionero en Fuerte Tiuna, en la habitación donde me tuvieron preso desde el amanecer del 12, ahí en la Policía Militar, llegaron dos mujeres militares, fiscales muy jóvenes. Estaban amenazadas, presionadas, vigiladas, pero les permitieron entrar como para llenar un formato. Ellas hicieron un acta y yo les dije: “Pongan ahí, por favor, que yo no he renunciado”. Ya estaban diciendo por todos lados que yo había renunciado, era media mañana de aquel 12 de abril y ellas presionadas por un golpista que estaba viéndolas allí, chequeando lo que escribían. Ellas no escribieron lo que yo les había pedido, así que firmé el acta y les dije: “Bueno, está bien”. Ellas se fueron. ¿Saben lo que hicieron? En letras minúsculas, chiquiticas escribieron debajo de mi firma. Nota: “Manifiesta que no ha renunciado”. Y cuando salieron del ámbito de vigilancia y presión de los golpistas, consiguieron y le mandaron una copia al fiscal general, Isaías Rodríguez. Esa es una de las causas o de los disparadores de aquella rueda de prensa que el fiscal Isaías valientemente da. Y él dice: “No hemos visto la renuncia firmada del Presidente, más bien tenemos evidencias de que él manifiesta que no ha renunciado. Por tanto, —dijo Isaías aquella tarde— sigue siendo el presidente”. Eso fue un mensaje que le dio como con un misil a la matriz de opinión que habían estado creando, a punta de repetición, de que yo había renunciado. Bueno, las dos muchachas, fíjate.

Después me sacan de Fuerte Tiuna y me llevan en helicóptero cerca de la media noche a Turiamo. Me querían matar en Fuerte Tiuna, pero un grupo de oficiales lo impidió, entonces me sacan a Turiamo. Allá también me querían

matar, otro grupo de soldados lo impidió y obligaron más bien a los sicarios a devolverse en el helicóptero; empezaron a protegerme. Entonces me llevan a una enfermería de la base naval y aparecen otra vez las mujeres: una doctora y una enfermera, militares las dos. La doctora me chequea esa madrugada. Y la enfermera, una mujer joven, morena, de Barlovento me dijo que era. La doctora salió y ella se queda. Yo estaba con un shorcito, una franela y descalzo, porque no tenía nada, ni unas chancletas; preso es preso, pues. Yo le veo los ojos y ella me dice de repente: “¡Ay, Presidente, ay mi comandante!, yo que soñaba con conocerlo desde niña, pero jamás pensé que iba a conocerlo así”. Ella me vio derrotado, sentado ahí, yo estaba como abandonado, en verdad. Cristiano como soy, dije: “Bueno, lo que tú quieras, si me tocó morir hoy, aquí, estoy listo. Eso sí, si me toca morir, no voy a pedir clemencia, ni perdón, ni nada, sino que hay que morir de pie como murió el Che Guevara”. Entonces, aquella muchacha me dice: “Mi mamá lo quiere tanto. Y mi hijo, si usted lo viera cuando usted sale por televisión, se para firme y saluda”. Yo le pregunto: “¿Y tú hijo, cuántos años tienes?”. “Tiene tres”. “Cómo se llama”, y tal... Ella me habla y se va llorando. Exploté... y me metí en el baño a llorar, pero en esas lágrimas me pasaban todos los niños pobres del mundo, los descalzos... Fue definitivo aquel mensaje, porque incluso ella me dice: “¡Ay!, ¿qué será de mi hijo ahora?”. Eso me disparó un sentimiento especial que tenemos nosotros los revolucionarios por los niños, y entonces dije: “¡Dios mío!, ¿qué va a ser de los niños ahora, con este cuadro de escuálidos, de perversos, y de oligarcas controlando a Venezuela?, ¿qué va a ser de los niños venezolanos?”. Después me lavé la cara, me senté allá, en una sillita. Y juré una vez más: “Yo tengo que volver”. Aquello me dio duro en el alma. Salí de aquel baño resucitado, retomada la fuerza. Era tarde en la noche y cuando amanece ya yo estaba hablando con los sargentos y unos oficiales jóvenes que me custodiaban, haciendo el plan para irnos a Maracay. Pero no hizo falta, ahí llegó un helicóptero, nos fuimos a La Orchila y allá fue el grupo de paracaidistas y la Fuerza Aérea al rescate. Antes de que saliera el sol por tercera vez consecutiva, ya estaba de nuevo en Miraflores. Fue como un milagro. Venía en el helicóptero, y yo decía: “¡Dios mío!, ¿será verdad esto?”. Entonces me dicen: “Vamos a Maracay”. “A Maracay no, vamos a Caracas, vamos al Palacio”. “Que todavía no hay control sobre las adyacencias”. “No importa, vamos al Palacio”.

Y no solo en mis acontecimientos directos de aquellas horas, sino en las calles, en los barrios, en los pueblos, la mujer venezolana dio una demostración contundente y heroica de lo que es capaz, de su fuerza, de su amor, de su coraje.



EL PATRULLERO

Hay gente que no quiere creerlo. La otra vez lo comenté y me dijeron que yo estaba mamando gallo, cuando dije lo del Patrullero de ahí de Elorza. Yo lo vi. Cuarenta y cinco metros de largo conté yo a pepa de ojo. Veníamos una noche de Puerto Infante, en la lancha, con los soldados. ¿Quién ha visto piedra en el Arauca? ¿Tú has visto piedra en el Arauca? No hay piedras, y parecía una piedra. Es más, la propela tocó el lomo del caimán y se dobló. Eso no me lo cree a mí nadie, pero bueno, qué culpa tengo. Yo vi al Patrullero por aquí, entre Puerto Infante y Elorza, era como la medianoche. Hay gente que cree que es una isla, es un caimán que tiene una palmera en el lomo.

VARINÁ

Barineando soy feliz en días de Semana Santa en diciembre y en verano y en las ferias y exposición de la Virgen del Pilar. Bella canción esa de Barinas. Pero vamos a refrescarnos de la historia de dónde viene este nombre. Los indios variná, con la v de Venezuela. Eran tribus indígenas que habitaban este pie de monte. Vivían de la agricultura, la caza, de la pesca; tribus pacíficas. Se han conseguido petroglifos por aquí en Bum Bum. El viejo Ruiz Guevara, amigo de muchos años e

historiador de esta tierra, consiguió los petroglifos de Bum Bum; restos y rastros. Unas calzadas muy antiguas hay por aquí, calzadas precolombinas, la calzada Páez. Claro, porque los variná tenían mucha influencia de los timoto cuicas es decir, de los indígenas de allá de las montañas. Vivían en comunidades, caminaban por todas estas sabanas del pie de monte y llegaban hasta los pueblos de las montañas de Los Andes. Hasta que llegó aquello que a nosotros nos han presentado como el Descubrimiento, una de las farsas más grandes de nuestra historia, de las mentiras más grandes que nos vendieron. La verdad es que nos invadieron, nos atropellaron, nos aniquilaron, masacraron a los variná, a los timoto cuicas, a los indios caracas, a los goajiros.

Han pasado 500 años, por eso la memoria histórica de nuestro pueblo para poder comprender. No es éste nuestro idioma original. Lamentablemente no he tenido tiempo de aprender algún idioma indígena, de los tantos que tenemos, una deuda que tengo. Lo único que me aprendí hace varios años cuando el espíritu de la infantería, cantábamos “La reina de las batallas”. Entonces, me aprendí aquello que dice: *Anakarinarote aunnukon itotopaparoto mantoro*, grito de guerra de los indios caribe. Yo soy variná y también soy un poco quiba y yaruro de ahí de los aborígenes de Apure, del Arauca.

Aquellos varinás fueron obligados a dejar la tierra, la siembra y la familia. Se armaron para

luchar contra el invasor español. Claro que la desventaja era muy grande, la diferencia de tecnología. Esas tropas españolas vinieron armadas hasta los dientes, y los aborígenes las enfrentaron con las uñas, con flecha y arcos, con lanzas. Pero defendieron su dignidad y muchos, la mayoría, prefirieron morir como Guaicaipuro. Le dijo al pelotón español que lo rodeó, le mató la mujer, las hijas; salió el cacique Guaicaipuro y enfrentó el pelotón español, y les dijo: “Vengan españoles, vengan para que vean cómo muere el último hombre libre de esta tierra”.

LA FIESTA DE ELORZA

Voy a contar cómo conocí a Reina Lucero. Mis amigos de Elorza consideraron que yo podía ser el presidente de la junta de las fiestas patronales, que son las más tradicionales de Venezuela, las más tradicionales del llano. Recuerdo al padre Gonzalo que era miembro de la junta de fiesta, a Joel García, a tanta gente que colaboró: Emma Guerrero, Elvira Bracho, Carlos Becerra. Decidimos traer un buen plantel de cantores venezolanos para rescatar al máximo las fiestas que habían perdido un poco y se habían comercializado mucho.

Y la noche de gala cantó Eneas Perdomo, Reina Lucero, Luis Lozada. ¿Dónde está Luis Lozada? Lo tiene Dios, por allá, cantándole, alegrando

las sabanas del cielo. ¡Cómo recuerdo a Luis!, “El Cubiro”, cuánto grito y cuánta alegría. Ahí también conocí a Luis Silva. Recuerdo que vino también Denis del Río, también aquel muchacho de Maracay, que era sargento de la Fuerza Aérea. Bueno, un plantel de cantores, Cristóbal Jiménez también vino. Diez bolívares costaba aquello, una fiesta popular, casi gratis. Era 19 de marzo. Ya yo andaba en conflicto con el gobernador. En aquel tiempo era un caballero adeco, de la patota de Jaime Lusinchí; no voy a nombrarlo, porque no vale la pena en un día tan hermoso como este de San José. Aquella gente no quiso colaborar con las fiestas patronales. Tuvimos un conflicto hasta personal, el gobernador y yo, que era mayor, una discusión muy dura en San Fernando de Apure. Querían imponerse, como siempre: “Vamos a apoyar las fiestas, pero yo tengo unos amigos, usted sabe, mayor...”. Le dije: “Yo no acepto condiciones; gobernador, guárdese su cheque”, y me vine. Me pasó un informe que era una falta de respeto y tal.

Así que dije, bueno, vamos a trabajar aquí con la junta. Nos fuimos por las sabanas a recoger vacas flacas. Yo le decía a los ganaderos: “Mire, déme la vaca más flaca que tenga”, una vaca flaca, cuatro pellejos, y la gente colaboró, muchos ganaderos, gente humilde. Al Consejo Municipal le solicité que nos diera la chalana. Con los muchachos del liceo cobrábamos ahí dos días a la semana la chalana. En ese tiempo no había puente sobre el Arauca. Hacíamos rifas, templetas en las esquinas, aquí mismo en la casa –al frente– vendíamos cervezas, carne, de todo tipo de cosas, rifábamos cochinos, peleas de gallo, hacíamos de todo y recogimos algún dinerito. Recuerdo, Reina, que te pagué catorce mil bolívares en el aeropuerto. Se me había olvidado pagarle, se iba a ir Reina y yo no le iba a pagar. Cantó aquí como tres días, imagínate tú, un precio muy especial. Yo había coordinado con mi jefe, que era el general Rodríguez Ochoa, comandante de la División. Él nos ayudó mucho, vinieron los paracaidistas y saltaron aquí. Trajimos un equipo, vino Pompeyo Davalillo a jugar softbol aquí en Elorza; el equipo nuestro contra un equipo de la Unellez, de Barinas.

Pero me llaman en la mañana que el avión del ejército, que venía de San Juan de los Morros, estaba dañado. En ese avión tenían que traerme a Reina y al arpista Guillermo Hernández, del conjunto de Reina. Me dicen a las ocho o nueve de la mañana que no viene Reina. Dios mío, ¿qué hago yo? ¿Sabían lo que hice? Le quité la avioneta al gobernador, ja, ja. Estábamos en plena misa y me le acerco a uno de los ayudantes del gobernador, que era amigo mío. “Mira, yo no voy a hablar con el gobernador”, porque no nos hablábamos pues. Estaba sentado en la misa el gobernador. Y yo le digo: “Mira, vale, convéncelo de que nos preste el avión, no le digas que es

para mí, dile que es para buscar una medicina de urgencia a Mantecal, de un muchacho que está enfermo. Métnale una coba al gobernador”. Vienen estos amigos, le meten la coba y me monto yo en la avioneta con el piloto que era un señor de aquí de Elorza. Me fui de la misa a San Juan de los Morros, a buscar a Reina que estaba esperando en el aeropuerto. Y Eneas Perdomo, los dos estaban esperando.

Nos agarró tormenta pasando Mantecal, pero por fin llegamos después del mediodía a San Juan de los Morros. Ahí estaba Reina y me dijo: “Bueno, será el próximo año”. “¿Próximo año?” “Mucho gusto, yo soy el mayor Chávez, Reina, vámonos, aquí está la avioneta”. Pero una sola avioneta y eran Eneas, Reina y el conjunto, no cabían. “Bueno, vámonos en el ala guindados, pero esta noche tenemos que tocar. El pueblo está muy entusiasmado. Yo creo que ustedes tenían tiempo que no venían para acá, varios años porque las fiestas se habían comercializado, habían perdido un poco su raíz folclórica, cultural, su hermosura”. Llamé a un oficial amigo en San Fernando de Apure, desde el aeropuerto de San Juan, y le digo: “Consígueme una avioneta, vale, ¿cuánto cobra una avioneta?”. Cinco mil bolívares cobraba una avioneta para ir a San Juan de los Morros. “No, no, pero tiene que venir aquí y de aquí para Elorza”; bueno, diez mil bolívares, él tenía el piloto al lado. Yo no tenía el dinero a la mano. Le digo: “Vale, dile que yo le pago eso como sea, que se venga para San Juan”. Se fue la avioneta hasta Calabozo, hicimos un trasbordo en Calabozo. Me dijo Eneas Perdomo: “Parecemos unos contrabandistas brincando de una avioneta en otra”. Y la avioneta del gobernador en la que veníamos nosotros de San Juan, se devolvió a San Juan a buscar al arpista, a Guillermo y el grupo.

Nosotros llegamos, pero en otra avioneta. Eran como las seis de la tarde. Estaba el gobernador hecho una furia en el aeropuerto y todo el Alto Mando, el general de la Guardia Nacional, el jefe de no sé dónde y nos bajamos nosotros muy orondos, muertos de las risa, yo feliz, me traje a la gente. Entonces viene el gobernador ya a él le habían contado y pasó todo el día esperando. Él tenía que irse a las dos de la tarde. Viene y me enfrenta: “Mire, mayor, ¿dónde está mi avioneta?” Yo le digo: “Viene en el aire, Gobernador, no se preocupe”. Aquel hombre echaba chispas, tuvieron que meterse unos amigos comunes y se lo llevaron por allá, le echaron agua. Lo cierto es que nos fuimos directo a la manga de coleo y allá comenzamos la actividad.

Esa noche montamos la gran noche criolla con Reina Lucero, Eneas Perdomo, Luis Lozada y todas las personas que ya he nombrado. Vino aquel muchacho que también murió: Septuagésimo, ¡qué cantor era ese muchacho! Lamentablemente igual que a Luis Lozada, “El Cubiro”, los recuerdo a todos desde mi corazón, en este

Cajón de Arauca apureño. Esa noche lleno de fortaleza, de ese amor por este pueblo, de esas raíces que uno carga, presenté a Eneas, que es el padre de todos ustedes. Ese es el pilar mayor. El general en jefe le digo yo a Eneas Perdomo. Recuerdo que improvisé una copla, voy a ver si la recuerdo: *Vibra el cajón del Arauca / y se encabrita su lomo / porque esta noche en Elorza / Nos cantará Eneas Perdomo*. Y aquella arpa bramaba, vibraba el Arauca.

PATA EN EL SUELO

¡Cómo han atropellado a los pobres en Venezuela!, ¡cómo han atropellado a los campesinos en Venezuela! Yo estaba de Capitán por allá en el Alto Apure y un soldado de mi escuadrón llegó un día: “Mi capitán, tengo un problema, a mi padre lo hirieron, le dieron un disparo de escopeta”. Y le digo: “Pero, ¿y cómo fue eso?”. El me echó el cuento y a los dos días estaba yo con el muchacho. Me fui de civil como cualquiera, en un jeep civil, digámoslo así, y nos metimos de Mantecal hacia adentro, allá en el Alto Apure.

Resulta que un terrateniente que tiene miles de hectáreas, pero miles, veinte, treinta mil hectáreas, había decidido sacar a los campesinos que allí habían nacido, los “pisatarios” que allí tenían hasta cementerios, donde habían enterrado a sus abuelos, a sus viejos, unas comunidades de campesinos en el Apure. Pero este caballero decía que esas tierras eran de él, que esos ríos eran de él, que esos árboles eran de él y que esa gente tenía que salir de ahí; la Edad Media, pues, los señores feudales. Había contratado a un grupo de terroristas que andaban de noche, enmascarados con escopetas y rifles. Le mataban los cochinos al papá de este muchacho soldado y por eso fue que lo hirieron, porque él salió a defender sus cochinos. Aquello le costó toda su vida, le mataron más de treinta cochinos, le tumbaron el topochal con un tractor, le llevaron medio rancho; ellos dentro y le tumbaron el rancho. Los niños iban a la escuela a pie, a cinco kilómetros, y en el camino salían los tipos enmascarados a asustarlos y dándoles con palos a los niños.

En aquel entonces investigamos aquello. Claro, yo no tenía más poder que el de investigar. Tampoco eran mis atribuciones, porque no eran las de un capitán, pero yo me metía en esas cosas, ¿no? Tomé fotos y envié el informe al comando superior en el área militar. Pero me quedé esperando toda la vida que llegara alguna solución. Nunca llegó. ¿Por qué?, porque este caballero, dueño de esas tierras, era muy amigo del gobernador de Apure de entonces, que había sido impuesto por el presidente de entonces, aquel caballero que se llama Jaime Lusinchí. Toda una mafia, y los jueces de Apure, todos de la misma patota.

Entonces, al pobre campesino le meten un tiro, le matan los cochinos, le tumban el rancho, a veces le violan la hija, le golpean al muchacho y él tiene que morir callado. Ahí es cuando ocurren las cosas que han pasado en el mundo, porque la gente tiene dignidad. De repente, se obstina el campesino, agarra un machete y puede pasar cualquier cosa. Ahí es cuando ocurren los problemas, por el abuso del poder. Así que yo comprometido estoy, porque vengo de allí, yo nací pata en el suelo y con orgullo lo digo: soy campesino, pata en el suelo.

¡AGARRA TU NEOLIBERALISMO!

Les voy a contar lo que le hicieron a un amigo mío, de allá de Sabaneta, productor de maíz, que me echó el cuento cuando yo era capitán en Elorza. Allá fue a pedirme ayuda. Él pensaba que yo, capitán, podía ayudarlo. Yo pasé la novedad a mi comando superior, pero no: “Ese no es asunto suyo, capitán. Métase en problemas militares”. Pero aquel hombre se puso a llorar. Fue a visitarme un día a mi Escuadrón de Caballería Farfán, en Elorza. Amigo de la infancia éramos.

Él tenía su tractorcito por todo el esfuerzo de una vida, un tractorcito viejo, pero estaba bueno, una rastrica, tenía una tierrita que había comprado, una casita rural y una familia: una mujer y cuatro o cinco muchachos. Pidió un crédito para sembrar cuarenta o cincuenta hectáreas de maíz. Logró el crédito poniendo como garantía la tierra, la casita; le pidieron de todo, pues, las garantías. Recogió una excelente cosecha de maíz, porque las tierras esas son muy buenas. Esas riberas entre el Boconó y el Masparro, son de las mejores tierras de toda Suramérica para la agricultura. Entonces, viene mi amigo, consigue unos camiones, los alquila, claro todo esto es endeudándose. Mira fulanito, tú tienes el camión. Bueno, alquilámelo pero yo te pago después que me paguen el maíz, y hacen un acuerdo de caballeros, y al banco. Claro, él va a pagar, él no tiene capital, su capital son sus brazos y su pequeño pedazo de tierra, su trabajo, su dignidad y su palabra.

Aquel hombre se llevó, creo, que tres o cuatro camiones de maíz a los silos de La Vegueta. Aquello estaba administrado por sectores privados de grandes empresas, apoyados por corruptos del Gobierno de entonces. Le dicen: “Está bien, pare los camiones de maíz ahí”. Pasa un día, porque el maíz hay que pesarlo y aplicarle unos métodos científicos para medir su humedad, su calidad. Y el hombre todos los días ahí, pegado en la reja. Él veía que salían y entraban camiones, y aquel hombre honesto y humilde esperando su turno. Pasó un bojote de días, cuando van a pesarle el maíz, cuando les dio la gana a los empre-

sarios y a los corruptos del gobierno que allí se combinaron durante años en unos silos que son de la nación, hechos con dineros de la nación, es decir, del pueblo.

Entonces, le dijeron: “No chico, ese maíz está muy húmedo ya, a ese maíz hay que descontarle la mitad, te vamos a pagar la mitad”. ¿Qué provoca? Por eso es que yo les digo a los venezolanos, que esta fuerza no es mía, yo estaba tranquilo de capitán, con mis 120 soldados. Pero oyendo a este hombre y recordando la infancia de los dos, que éramos amiguísimos, vendíamos frutas, íbamos a pescar juntos, estudiábamos juntos en los cuadernitos, éramos como hermanos de la vida. Y cuando veo a aquel hombre, con su mujer y sus muchachos, allá en Elorza una madrugada, echándome el cuento en la ribera del Arauca, pues me puse a llorar con él.

Fue así como poco a poco, de tanto llorar y de tanto oír sufrimiento, pues yo miraba mi fusil lleno de impotencia. Fue así como ocurrió lo que aquí ocurrió y esa fuerza por tanto no es mía, es de ustedes que me la transmitieron un día, y que Dios ha permitido que se conserve aquí como una gran batería, un gran acumulador de dolor, pero de amor y de fuerza. En eso es lo que me han convertido ustedes, un acumulador, una batería y ustedes son los que me dan fuerza a mí y Dios, primero Dios.

Aquel hombre quedó endeudado, aquello no le alcanzaba ni para pagarle al banco, ni los camiones, ni el abono, ni nada. El banco le quitó la casa, perdió el tractor y quedó en la calle. Le quitaron la tierra porque ya venía arrastrando deudas. Eso fue como cuando el torero le da la última estocada, ¡ras! Agarra tu neoliberalismo, pues.

NO SON LOS TIEMPOS DE DOÑA BÁRBARA

Yo en Apure enfrentaba a mucha gente de esas que tienen grandes extensiones de tierra. En una ocasión, un dueño de tierras quería impedir que los soldados míos pasaran por esas tierras. Entonces, trancaron el camino. Yo hice lo que tenía que hacer. Me llega un cabo y me dice: “Mire, mi capitán, que no podemos pasar porque hay un candado trancando el paso”. Agarré por radio y dije: “Soldado, métale un tiro de fusil a ese candado”. Estaba trancando el camino real, hermanos, además son las Fuerzas Armadas patrullando la frontera. Me decía el señor que me iba a enjuiciar. “Enjuícieme, pero usted está abusando de su poder, porque usted no es dueño”.

Fíjate tú, una vez conseguí a unos campesinos, unos pescadores, me llegaron allá al comando, porque mi comando era también un sitio de llegada de los indios, los guajiros, los cuibas, los yaruros quejándose del abuso, de la arbitrariedad durante años. ¿Saben lo que hacían algunos due-

ños de terrenos? Pasaba un caño que en invierno se hace un río. En el verano tapaban el caño con máquina para secarlo, para que no se metieran los pescadores o los campesinos, que en un motorcito iban en una lanchita para recorrer todos esos campos en invierno. Tuve que mandar una máquina con unos soldados a tumbar todos esos tapones. Porque ellos entonces decían: “Esta tierra es mía, y el agua que pasa por aquí también es mía”. Yo le dije: “Usted está equivocado, señor, usted no sabe, esto no es Doña Bárbara, ni el tiempo aquel de la Edad Media”.

ELORZA, COMO LA INDIA

Recuerdo en Elorza, cuando era comandante del Escuadrón Farfán, que para conseguir una vaca allá había que prácticamente rogarle a los ganaderos, a los productores. Nadie quería matar una vaca para vendérsela al pueblo. No era regalada, no andábamos pidiendo nada. Ellos sacaban cuenta y ganaban más dinero con esa ganadería extensiva que no invierte casi nada, porque es montar el ganado en unos camiones y venderlo en Maracay o en el centro del país, en Barquisimeto. Lo venden mucho más caro porque le inflan los costos. Entonces, el pueblo de Elorza no comía carne de res. Me dijo una vez un coronel que fue para allá, a unas maniobras. Era jefe de Estado Mayor de una brigada y me dijo: “Chávez, esto es como la India, le pasan las vacas a uno así, pero nadie puede comerlas”. Comiendo babo y chigüire, cuando había oportunidad. Es el capitalismo, se está pensando en la máxima ganancia y no le importa a este o a aquel que la gente se alimente, que los niños coman.

SANTOS LUZARDO

Fíjate que acabo de conseguirme a uno de mis ahijados: Santos Luzardo se llama. Imagínate tú qué nombre. Es un indígena cuiba, de las costas del Capanaparo y de todas estas tierras. Yo nunca lo bauticé en una iglesia, pero es mi ahijado. Luis Jiculture, quería que yo fuera su padrino. Conocí a Santos Luzardo en las riberas del Capanaparo, allá en Carabalí, barranco yopaleño, en 1986. Recuerdo que me lo llevé con mis soldados y los amigos que andaban en un bongo, navegando el Capanaparo. Desde entonces es mi ahijado del corazón, como uno tiene tantos. Más nunca había visto a Santos Luzardo desde 1986. ¿Cuántos años?, catorce años. Nunca he olvidado a ese muchachito cuiba. Tanto, y yo no sabía que iba a verlo hoy. No sabía y me lo consigo apenas llegando aquí.

Y anoche, en uno de esos ratos que le robo al huracán –a veces uno le roba al huracán–, invité a mi hijo Hugo a cenar, y fuimos a un restau-

rante chino en Caracas. Los dos, sin escolta, sin parafernalia, y nos sentamos a hablar. Y anoche lo recordamos durante dos horas de conversación de amigo a amigo, de padre a hijo, oyéndole sus angustias, sus dudas, y yo tratando de ser padre y de ser amigo en medio de este huracán. Yo le recordaba a Hugo su vida, desde que nació, y, por supuesto, el tiempo que estuvimos aquí en Elorza, con su madre, con Rosa y María.

Entonces, él recordó a Santos Luzardo. Porque él se hizo amigo de Santos Luzardo, son de la misma edad. Hugo tenía una bicicleta vieja que alguna vez le compré por allá por el IPSFA, seguramente a precios módicos, a crédito, y él se la trajo. Pero ese año le compré otra, muy modesta pero nueva, así que él tenía la vieja por allá en un cuarto. Aquí mismo, estamos a media cuadra del sitio donde nosotros vivimos tres años, compartiendo las raíces de este pueblo tan querido. Y un día llegó Luis con su mujer, siempre andan por ahí mis hermanos los cuibas y los yaruros, y con ellos tenemos un compromiso vital, también existencial, de devolverles la vida, la dignidad. Lo hicimos un poco, hasta donde podíamos, en aquellos años que aquí estuvimos. Recuerdo que Huguito le mandó la bicicleta a Santos Luzardo de regalo. Esa bicicleta debe estar por allá en alguna ribera del Capanaparo. He visto de nuevo a Santos Luzardo, le doy la bendición. Tuvo un problema en un ojo, y ahí está mi compadre Luis Jiculture. Me cuenta que Santos Luzardo estaba lanzando flechas y alguna flecha que lanzó otro niño le dio en el ojo; ha perdido la vista de un ojo. Tenemos que llevarnos a ese muchacho, vamos a hacerle un estudio en el ojito a Santos Luzardo y a todos los niños que haya que atenderlos.

EL CUBIRO

Veinticuatro de septiembre, día de Nuestra Señora de Las Mercedes Felicitaciones y un beso a todas las Mercedes y a las Merceditas que andan bregando, luchando y llenas de optimismo por el futuro de Venezuela. Hay una canción de Luis Lozada. Bueno, no creo que la letra sea de Luis Lozada, pero sí la cantó, la grabó y la sigue cantando, porque “El Cubiro” se nos fue en mal momento, en mala hora, hace dos años atrás; una de las voces más recias que ha parido el llano venezolano.

Luis Lozada nació en el Rial, allá en Barinas, al sur, muy cerca de Santa Inés, la tierra de Zamora. Esa es la franja que va hasta el Apure, al sureste de Barinas, siguiendo por el curso del río Santo Domingo. Uno va y consigue por ahí a Santa Inés, donde fue la gran batalla en la que Ezequiel Zamora, al frente de la revolución, derrotó a las tropas de la oligarquía en diciembre de 1859. Muy cerca de allí nació, en la segunda década de este siglo, nuestro gran amigo, un hombre humilde, un revolucionario. Yo era niño y ya se oía por to-

das las sabanas de Barinas, de Apure, de Guárico, de Portuguesa, de Cojedes, pero especialmente vibraba en las sabanas de Barinas el grito de “Eyyy, Eyyy”, y arrancaba “El Cubiro”.

¿Tú conoces al cubiro? Tienes que agarrar sabana adentro. El cubiro es un pájaro que canta. Mi abuela Rosa Inés tenía muchos cubiros. “Agárrme el cubirito”, decía. Unos pájaros amarillos, colorados, un color muy vivo y vuelan muy alegres. Desde niño Luis Lozada comenzó a cantar. Tenía un grito característico, un grito que arrancaba la emoción en todos aquellos lugares que lo vieron pasar durante más de cuarenta años, componiendo canciones, recogiendo de las sabanas, de la esperanza, recogiendo de los hombres, de las mujeres, de los niños, de toda esa pasión por lo nuestro y lanzándola con un amor gigantesco, una fuerza extraordinaria.

Cuarenta años pasó “El Cubiro” recogiendo de los esteros, de las lagunas, de los palmares, de los garceros, de los palmaritales, de la sabana inundada por el invierno, de la sabana reseca por el sol del verano, en las riberas de los ríos, desde San Fernando hasta Guasualito, desde Guachara a El Cajón, como dice el verso, desde Barinas hasta El Baúl. Recorriendo y recogiendo el sentimiento de la sabana y expresándola en canto, expresándola en poemas, expresándola en versos.

Yo tuve la dicha de conocer a “El Cubiro” cuando fui presidente de las fiestas patronales de Elorza. ¿Ustedes saben cuánto cantó sin parar? Hora y media. Se tiró una cadena y recuerdo que terminaba una, volteaba y le decía al arpista: “¡Arpa, compadre!”. Aquel hombre estaba como poseído, muy emocionado y no paraba, ¡dos horas tocando! A Cristóbal, que era la estrella, lo pusimos de último del programa, y entonces se puso bravo: “¡Bueno, mayor!, ¿usted cree que yo soy un gallo para cantar al amanecer?”. Estaba saliendo el sol, pero cantó como tres canciones.

Pasó “El Cubiro” ocho días cantando en las esquinas del pueblo. Lo poco que le pagábamos por sus honorarios profesionales lo gastó en el pueblo jugando gallo, jugando bolas criollas. Le regalaron un gallo y se vino con su gallo pidiendo cola desde Elorza hasta Mantecal, yendo hacia Barinas. Bueno, yo estaba recordando a Luis Lozada, porque él tiene una canción muy vieja que grabó hace muchos años, llamada “Mercedes”.

*Mercedes
qué te me hiciste,
qué te me hiciste.
Mercedes,
qué te me has hecho
quiero sembrar nuevamente,
oye Mercedes,
una inspiración
en tu pecho.*

Eso es para todas las Mercedes.

ENEAS PERDOMO

El compositor que más conozco, le conozco el alma y quiero verlo pronto. Yo quiero verte viejo, sé que me estás oyendo. Tú te pegas allá en San Juan de Los Morros, allá con Atamaica, una taza de café. Te imagino en un chinchorro, ahí bajo el sol de la sabana que te parió. Me refiero a Eneas Perdomo. Eneas nació en El Yagual, a orillas del río Arauca, yo no sé hace cuántos años. Yo era niño y oía ya esas canciones. Eneas es compositor, cantautor, coplero, improvisador y un auténtico hombre parido por la sabana.

Desde niño lo relaciono con Florentino, el de Florentino y el Diablo. Yo creo que Eneas Perdomo le gana al Diablo cantando. Es como Magallanes a La Guaira, nueve arepas al Diablo. Ustedes tienen que verlo cantando y oírlo cantando. Canciones que él ha compuesto, bueno, extrayéndolas del estero, extrayéndolas de las garzas, de los ríos, de las riberas del Arauca, del Apure:

*Pescador del río Apure
pescador del río Apure
con tu alma sincera y buena
que te acuestas en la playa
y te arropas con la arena.
Tú vas como la cotúa
tú vas como la cotúa
siguiendo la ribazón
con palanca y canaleta
con anzuelo y con arpón.*

Y Eneas cada vez que nos vemos por allí, por el camino, siempre me dedica una canción, porque él sabe que yo la llevo en el alma. Esa canción “Adiós, Barrancas de Arauca”:

*Adiós, barrancas de Arauca
barrancas de Arauca
hermosa tierra llanera
remolino de agua clara
ay de agua clara
y en la sabana pradera.*

SOMBRAS EN LA NOCHE

Estaba hablando de Guacharaca a La Rompía. Eso queda en el Cajón de Arauca. Yo conozco La Rompía, conozco todos esos llanos como dice Cristóbal Jiménez en una canción escrita por Pedro Telmo Ojeda, poeta de esos del llano. Es un poema-canción, habla de todos esos fundos, caños y esteros y por allí cerca está La Rompía, donde salen aparecidos. “La Sayona”, “La Llorona”, la “Bola e Fuego”, todo eso sale por ahí, dicen los llaneros. Uno ha visto sombras en la noche. Yo no he visto “La Llorona”, ni “La Sayo-

na”, ni la “Bola’e Fuego”, pero hay llaneros que dicen que vieron la “Bola’e Fuego”. Los cuentos de la sabana. Una vez me dijo un llanero: “Capitán, no pase por ahí. Ahí sale un muerto sin cabeza, fumando”. Ja, ja, ja. Yo no sé, un tipo que no tenía cabeza y andaba fumando.

COMO PEZ EN EL AGUA

La geografía tiene mucho que ver con esto. Tú hablas de La Matica. ¿Por qué se llama eso La Matica? Mucha gente a lo mejor no sabe y se van borrando las cosas. Recuerdo por ejemplo El Yopito, cerca de Elorza saliendo hacia el sur. Uno pasa por ahí a cada rato, por el camino donde está la manga de coleo “Mi Luna”. En El Yopito hay unos mangales grandísimos, una escuelita y un caserío. A mí me sonaba mucho El Yopito, hasta que me puse a investigar. Ya había leído un poco de las historias del comienzo del siglo XX, hasta que un día, ¡aquí está!, ahí fue la batalla de El Yopito.

Ahí fue donde en 1914 se enfrentaron las fuerzas de Gómez, comandadas por el general coriano León Jurado, contra los generales revolucionarios que invadieron desde Colombia tratando de tomar San Fernando. Allí se enfrentaron León Jurado contra Alfredo Franco, el de Tinaquillo. Por ahí cerca anduvo Pedro Pérez

Delgado en las guerrillas de comienzo del siglo. Un día me llevé al Escuadrón e hicimos un juego de guerra simulando aquella batalla. Con un mapa, yo les explicaba y ya los soldados sabían, y los habitantes de El Yopito también, por qué el pueblo se llama así.

Nadie sabía, ni por qué se llama La Mata del Congrio, que quedaba más allá, y por qué la Laguna del Término. Mucha gente no sabe todavía que por ahí pasó la frontera entre Venezuela y Nueva Granada. Pasaba por la mitad del pueblo de Elorza, tocaba por la punta de arriba de La Mata del Congrio, pasaba por la punta de arriba de la laguna del Término hasta el Meta, allá abajo. Nosotros rehicimos esa línea fronteriza. ¿Sabes qué conseguimos por debajo de los montes? Conseguimos el viejo camino debajo de montes y matas, las viejas posadas. Conseguimos un día unos árboles de mango de gran grosor, árboles muy antiguos. Andábamos con un historiador apureño rehaciendo sobre el territorio hechos históricos y cosas de la geografía. Nos pusimos a limpiar aquella mata, debajo de los mangos y conseguimos la huella de lo que llamaban El Paso. Ahí paraban las caballerías durante siglos, porque era la frontera. De ahí para allá era Colombia y de ahí para acá, Venezuela. Hubo un tratado bien entrado el siglo XX y la frontera se desplazó. Pero Elorza era mitad Venezuela y mitad Colombia, allí en el Arauca.

Nadie sabía dónde quedaba el sitio de Mucuritas y cuando llegamos a aquel pequeño monumento que hicieron ahí, cubierto de monte y alguien dueño de aquello tenía trancada la entrada. No aparecía la llave. “No, que hay que ir a El Samán a buscar al dueño”, dijo alguien. “Esto no tiene dueño”, respondí. Es patrimonio nacional, el monumento donde fue la batalla de Mucuritas, donde José Antonio Páez, con sus centauros —entre ellos Farfán— derrotó a las tropas de Pablo Morillo en persona.

Y decir Apure es decir Barinas. Ustedes ven la biografía de Páez y él dice: “Nací en Curpa, provincia de Barinas”. Es que Barinas era desde los límites de Cojedes hasta más allá del más nunca, como decimos los llaneros. Abarcaba todo lo que hoy es Apure, todo lo que hoy es Barinas, todo lo que hoy es Portuguesa y parte incluso, de lo que hoy es Cojedes. La gran Provincia de Barinas, que luego se llamó Estado Zamora; la oligarquía venezolana le quitó el nombre de Zamora y lo dividió.

¿Tú sabes por qué nos llamamos Elorza? Por Andrés Elorza, de los centauros también, invencibles, indómitos de la sabana. Andrés Elorza, capitán de las tropas de Páez. ¡Oye!, ¿tú sabes por qué el río se llama Arauca?. ¡Oye!, ¿tú sabes que esto era Colombia aquí? Entonces, empieza la gente a conseguirse como pez en el agua; mientras no sabían eran como peces en el aire, boqueando, respirando artificialmente.



ABRAZADO A LA MASA



LAS CATACUMBAS DEL PUEBLO

Recuerdo muy claramente el día que salí de prisión, 26 de marzo de 1994. Era Semana Santa del '94 y allá, en Los Próceres, en los monolitos, una de las primeras preguntas que me hizo algún periodista fue algo así como esto: “¿Y ahora usted adónde va?” Recuerdo haber dicho: “Me voy a las catacumbas del pueblo”. Y desde entonces nos fuimos. No es que me voy, porque en verdad uno nunca anda solo, aunque a veces el desierto aprieta, el sol encandila y la arena se recalienta. Jamás uno anda solo, aunque a veces lo pareciera. Pero nos fuimos por las catacumbas del pueblo.

Recorrimos soledades, recorrimos caseríos, de día, de noche, bajo la lluvia, bajo el sol, con poca gente o con mucha gente, no importa, pero con una bandera en alto, con un proyecto largo, con un camino abierto y abriéndose hacia el horizonte. Y ese camino aquí nos lleva. Es el mismo rumbo para que salgamos de las catacumbas, para que salgamos de los abismos, para que hagamos una Venezuela verdaderamente nueva.

Dicen en el llano: “¿Pa' dónde vas a coger tú con esa pata hinchada?”. ¿Pa' dónde voy a coger yo, pues? Lo entendí el día que salí de la cárcel. Yo estaba muy nervioso ese día, se los confieso, nervioso. ¿Qué será de mí ahora, Dios? Habíamos planificado una rueda de prensa en Los Próceres, y un grupo de amigos

puso una mesita allá, un micrófono y unos periodistas. Venía yo muy asustado, se los confieso. Me quité el uniforme. Lloré allá en el samán y el roble, en mi querida alma máter. Me puse un liquiliqui claro y salí.

Los compañeros militares me trajeron en una camioneta y me soltaron ahí; “Bueno, comandante, suerte”, me dijo un capitán de la Policía Militar, quien era el jefe de la escolta de aquel preso que era yo. Él me permitió, incluso caminar, porque yo estaba como que no quería salir. “Déjame bajarme aquí”, en el gimnasio de la academia me bajé. “¿Y qué va a hacer, mi comandante?”. “No, déjame caminar por aquí”. Y me fui pa'l campo de béisbol, recordé muchas cosas. Ya como a la media hora me dijo: “Mi comandante, vámonos. Me está llamando mi general”. “Bueno, vámonos”, pa' evitarle problemas al capitán. Pero yo quería como merodear por ahí no sé cuánto tiempo.

Me monto y enfilamos por Los Próceres rumbo a la alcabala que está ahí, y ahí me bajé. Un capitán, un soldado, el otro soldado, un abrazo. Y cuando volteo, lo que viene es una avalancha sobre mí, una avalancha, compadre. Lo vi claro, dije: “Dios mío, y ahora qué hago yo”. Tumbaron la mesa, el micrófono, ahí había una moto, se cayó; un soldado se atravesó diciéndoles que se pararan, lo tumbaron, el fusil rodó por allá. Yo rodé, me rompieron el liquiliqui. Ahí entendí mi destino.

CON MI CHIVO PA' CARACAS

Recuerdo una noche que llegamos a Coro. No había nadie, no se convocó a nadie. No, que detuvieron a las tres personas que estaban haciendo unas pintas. No, que metieron preso a dos que estaban haciendo un volantico en no sé qué liceo en un multígrafo. Nadie se enteró que venía Chávez. Bueno, era un domingo y había como veinte personas en la plaza y me fui a la plaza a ver a Bolívar, y se reunieron; yo me encaramé en un banquito.

Y había un bendito borracho que repetía todo lo que yo decía. Recuerdo que dije: “Vámonos todos a una marcha para Caracas”. Andábamos llamando a una marcha que nunca se dio, de esos sueños que uno tiene. Yo decía: “En carro, en burro, en chivo”. Y entonces decía el borrachito: “Yo me llevo mi chivo pa' Caracas”. Tenía que tener una paciencia, vale.

BORRACHO POLÍTICO

Hay un estado de la borrachera, un estado, digamos, no tan avanzado, en que los borrachos dicen verdades. Entonces recuerdo dos expresiones de borracho que se me grabaron, dos expresiones políticas, borrachos políticos, pues. Uno, aquella vez que fui a La Habana por primera vez. Conocí a Fidel; me sorprendió esperándome en la puerta

del avión y nos dimos aquel primer abrazo. Aquí casi todos los periódicos titularon con la foto a color, y dijeron los politiqueros esos: “Ahora sí es verdad que se acabó Chávez”. Yo estaba saliendo de la cárcel y habían hecho muchos esfuerzos por liquidarme moralmente: “el asesino”, y no sé cuánto más. Me acusaron de cuanta cosa se puede acusar a un ser humano y dijeron: “Ahora si es verdad, lo mató Fidel”, “Chávez con un tiro en el ala”, primera plana y televisión. Y repetían la cosa creyendo que con eso me iban a hacer daño.

Regresé aquí a Caracas dos días después. Teníamos aquella oficina, por ahí por el centro, en el edificio Inorca. Eso era en el ‘94. Llegamos y agarramos un taxi en Maiquetía para Inorca. Andaba conmigo el teniente Isea. Yo con mi liquiliqui verde que no me lo bajaba. Estaba flaquito, vale, pasando hambre. Era de noche, como 15 ó 16 de diciembre. Entonces, me bajo del carro y venía un hombre por la mitad de la calle, pero borracho. Él venía volando ahí con su pea, se topa conmigo y me dice: “Tú te pareces a Chávez”. Yo le digo: “Soy Chávez, ¿cómo está, hermano?”, y le doy la mano. Cargaba una botella en la mano y casi no podía hablar. “Chávez, Chávez” y siguió en sentido contrario al que yo iba. Pasaron como dos o tres segundos, él daría dos pasos si acaso, y yo dos más, y oigo el grito del borracho: “¡Chávez!”. Yo volteo: “¡Ajá!, dime, ¡cuidado si te caes!”. Levantó como pudo el brazo con la botella y, ¿sabes qué dijo?: “Chávez, ¡Viva Fidel!” Eso es lo que los politiqueros como ellos no conocen: la idiosincrasia de nuestro pueblo. Más bien me hicieron un favor de tanto pasar la foto.

El otro borracho que recuerdo, fue un día, ¡con un sol! Iba Cristóbal Jiménez, que era candidato a gobernador. Íbamos entrando a caballo en Guasualito. Marisabel, entonces mi esposa, montaba una yegua muy trotona. Íbamos entrando a caballo y mucha gente a pie, pero era un sol reverberante, y un mediodía llanero de esos de atrinca. Eso fue un desbordamiento de gente por todos lados con camisetas rojas. Entonces yo voy en el caballo y un señor iba caminando, pero borracho. La seguridad lo iba apartando porque se atravesaba y el caballo lo empujaba, pero él insistía, parecía otro caballo más. Llegamos a la Plaza Bolívar de Guasualito y yo no le perdía el ojo al hombre, preocupado porque lo podía atropellar un caballo.

Él miró para todos lados y lanzó una expresión, una grosería que no la puedo decir, empieza por “c”, tiene cuatro letras y una “ñ”. Vamos a suponer que fuera “caramba”. El dijo: “¡Caramba, se acabaron los adecos!”. Pero fue como un grito de liberación, fue como un grito de ¡se acabaron!, chico, por fin, como que era imposible.

LA CALAÑA

Los indígenas decían por allá en el Alto Orinoco, que el alcalde de la zona –yo no sé quién es,

ni cómo se llama, ni de qué partido es, ni estoy hablando mal de él–, estoy repitiendo lo que me decía la gente, los indígenas. Me decían, por cierto, que en la campaña electoral, el año pasado, el alcalde de aquella zona y los adecos andaban por los ríos llevándoles comida. Entonces les hablaban de un tal Chávez, fíjate tú esto. Testigo fue monseñor Ignacio Velasco, el arzobispo de Caracas, que trabajó muchos años por allá. Tenía cinco años sin ir, yo le invité y tuve el honor de ser acompañado por él, allá con los indígenas yanomami.

Bueno, resulta que los adecos, esa calaña de gente se regó por esos ríos y ¿sabe lo que le decían a los indígenas?, que había un tal Chávez, “el golpista”, que quería ser Presidente, y que si Chávez llegaba a Presidente les iba a abrir la barriga por la mitad. Incluso me lo dijo: “Todavía estoy asustado, ¿usted es Chávez?”. “Sí, yo soy Chávez”. “Toy asustado”, me dijo un cacique. “No se asuste, venga acá, deme un abrazo. Los que le han abierto la barriga a ustedes, los que les han sacado el alma, los que les han destrozado el alma, son esos señores, la calaña esa que durante medio siglo acabó con Venezuela”. Pero hasta eso llegaban a decirle a la gente, que yo les iba a abrir la barriga por la mitad, que a las mujeres embarazadas les iba a sacar los muchachitos. Fíjate tú, una cosa macabra, digna de la calaña del “adecaje” que acabó con Venezuela.

¡ES EL INFIERNO AQUÍ!

Como siempre, está la masa del pueblo y yo me echo encima de la masa, me abrazo con ella, sudo con ella, lloro con ella y me consigo. Porque allí está el drama, allí está el dolor, y yo quiero sentir ese dolor, porque sólo ese dolor, unido con el amor que uno siente, nos dará fuerzas para luchar mil años si hubiera que luchar contra la corrupción, contra la ineficacia, y por el bien de un pueblo que es un pueblo noble, digno, valiente como el pueblo venezolano.

No hay que buscar mucho para conseguir la tragedia. Ayer, una mujer con su hijo en brazos –esto es increíble, pero es cierto– al niño lo operaron mal hace no sé cuántos meses y tiene abierto el abdomen. Ustedes no me van a creer esto, pero yo lo vi con estos ojos. La señora anda con su niño con una bolsa plástica pegada a su vientrecito flaquito, y están las vísceras en la bolsa. ¡Es el infierno aquí!

Yo veo aquel cuadro dantesco y otro niño más atrás, también en brazos de la madre, y la cara desfigurada por aquí. La quijada por un ladito ahí y la cabeza desfigurada. Creo que un caballo le dio una patada y le fracturó la quijada, se la abrió en dos. Se le curó sola, porque la madre no consiguió quién lo atendiera. Entonces está deforme el niño, tiene como dos quijadas. Eso

está pasando aquí delante de alcaldes, de gobernadores, de presidentes, de médicos, de todos.

SUS OJOS EN EL ALMA

Ayer yo lloraba abrazando a un niño impedido mental. Estaba llorando. Él, desde que nació, está así y no tiene una silla de ruedas, chico. Tenía un gran dolor, que yo lo levanté, en medio de la multitud, porque ya está grande y gracias a Dios le saqué una sonrisa, Dios me permitió sacarle una sonrisa, cuando le dije que le íbamos a dar una silla de ruedas que tenga un pito, una corneta, que va a ser como un carrito. Él no me quería mirar. Cuando le dije eso, me miró; sus ojos se me quedaron grabados en el alma. Y le dije: “Va a ser una silla rápida, va a correr rápido pero va a tener frenos y tú vas a aprender a manejar tu silla, eso va a ser un carrito”. Aquel niño empezó a reír y a mirar para arriba, Dios mío. Yo le pido a Dios y a todos ustedes que nos unamos, porque ¡no puede ser! Aquí se han robado tanto y se sigue gastando tanto en viajes, en fiestas, en no sé qué cosa, y allí están los niños impedidos mentales que no tienen una silla de ruedas y, ¿qué van a ir a la escuela?, ¿con qué? Si ni siquiera tienen a veces para comer.

UN ANGELITO

Recuerdo el caso triste de un niño que finalmente murió. Un niño al que conocimos Marisabel y yo el 24 de diciembre de 1998. Un muchacho, cuarto bate de un equipo de béisbol. Había perdido una pierna, lo llevamos a La Habana y pasó tres meses allá con su mamá. Fidel fue conmigo a visitarlo cuando estuvimos en enero de 1999. Estaba feliz. Hay una foto jugando al béisbol. Pero no había nada que hacer. Era una enfermedad terrible. Finalmente vino a morir aquí y hoy es un angelito.

No olvido su sonrisa, sus ojos, su foto de cuarto bate, pero no se pudo hacer más nada. Cosas de Dios, decimos nosotros los católicos. Un muchacho grandote, sano se veía. De repente, un día dio un batazo, iba corriendo por segunda y se cayó, le dolía mucho una rodilla. Por ahí comenzó un cáncer en los huesos. Él me contaba y el papá contaba que tenía dolores, pensaban que era del juego. Y los médicos en Cuba decían que si se hubiese hecho exámenes un año antes, a lo mejor se hubiese actuado a tiempo. Pero cuando ellos actuaron ya aquí le habían cortado una pierna. Y allá no pudieron hacer más nada, había avanzado mucho la enfermedad. Cuántos niños pierden la vida porque no hay prevención, no hay atención. No sólo eso, sino cuando se le descubre una cosa grave tampoco se le atiende, porque no puede pagar.

Anuncio algunos de los detalles, y esto va a ser muy importante para nuestro pueblo. Voy a utilizar mucho el avión presidencial para enviar a Cuba a venezolanos. Será todos los meses. ¿A qué? Bueno, allá los operarán y no nos van a cobrar nada, les vamos a pagar con un porcentaje o algo de petróleo o de derivados del petróleo. Eso es parte de los acuerdos que vamos a firmar dentro de pocos días con el buen amigo y tremendo líder de América Latina, que se llama Fidel Castro.

GÉNESIS

Es como aquella niña. ¡Ay!, aquí la llevo. Se llamaba Génesis. Un día, en un acto, me llegó corriendo entre el público. Creo que fue en el Poliedro. Fue y me abrazó. Ella tenía un cáncer en el cerebro. Y me dicen que no le queda sino un año de vida. ¿Qué hago yo por esta niña, Dios? Ella me regaló una bandera, allá la tengo y la tendré conmigo hasta el último día de mi vida, porque esa bandera es ella que está conmigo. Ella me dijo: “Chávez, toma mi bandera”. ¡Ah! ¡Qué dolor cuando supe la realidad! Hablé con Fidel y le hicimos un plan. La mandé pa’ Cuba con la mamá. La pasearon, la hicieron pionera. “Sere-mos como el Che”, dijo. Yo tengo hasta el video. Fue feliz hasta el último día de su vida. ¿Ve?, ¿qué más uno puede hacer? Es un angelito que anda por ahí cuidándonos. Allá está hecha bandera y aquí está hecha vida, Génesis.

ESA FRENTE TE PALPITA

La Misión José Gregorio Hernández, ese es otro gran secreto, un gran misterio y resulta que en este momento deben estar miles, y sobre todo gente joven, visitando casa por casa a las personas con discapacidad, muchas de las cuales estaban condenadas allá, en el último cuarto de la casa, a vivir toda su vida acostados. Ahora muchos de ellos están caminando, estudiando o recibiendo implementos para poder desplazarse, una silla de ruedas, etcétera. Un niño sin brazos ya salió pa’ Cuba. El carajito salió pa’ Cuba, compadre ¿Te acuerdas del niño sin brazos? Yo me consigo por todos lados cosas que, ¡ay, Dios mío!

Una vez en Sabaneta pa’ dentro, en donde yo nací, se me ocurrió meterme por un camino después de un “Aló Presidente”, como “pa’ relajá” el alma buscando sabana. Llanero busca sabana. “Vámonos por la sabana”, le dije a unos compañeros. Yo manejando, me metí por unos caminos que yo recordaba de toda mi vida. Desde que era niño no me metía por ahí. Llego a una casa, me bajo y sale la gente. “¡Chávez, mira!” Y viene un niño, un catirito avispaíto así y una foto. La muchacha, la mamá y el papá. Era campo adentro, campo y unas vacas. De repente veo

al niño y le veo algo raro en la frente. “Muchacho, esa frente te palpita. Ven acá, ven acá”. Le toqué con cuidadito así y entonces me entero. El papá me cuenta que, cuando era más chiquitito, un caballo lo pateó: ¡pa! Está vivo de milagro, le destrozó todo esto, medio lo arreglaron ahí y le cosieron, pero le dejaron el cerebro palpitando detrás del pellejo, sin hueso. Cualquier golpe, cualquier accidente y el cerebro estaba allí desprotegido. Éste es el hueso más duro que uno tiene o uno de los más duros, ¿no?, el frontal, para proteger el cerebro, pues la naturaleza es sabia. Bueno, pa’ Cuba se lo mandé a Fidel. ¡Ay! allá está, ya es un caballerito, le pusieron ahí una prótesis para protegerlo.

Por allá conseguí otros niños, por un llano de Apure. Me paré a saludar a una señora que estaba en la orilla de una carretera. Veníamos de San Pablo Paeño y veo a un niño ya grandecito, un corre-lón. Ahí cargábamos unos refrescos y yo le digo en la camioneta: “Miren, muchachos, están sudando, ¿quieren un fresco?”. “Sí”, y le paso la latica de un fresco. Cuando el agarra la lata siento algo raro en las manos. “¡Epa!, ven acá, ¿qué tienes tú en las manos?” Las manos las tenían pegadas como los batracios, el sapo, los dedos pegados, las dos manos y llamo a la mamá: “¿Qué le pasó a este muchacho?” Cuando era bebé, ella en la cocina, el hombre pa’l campo y tres o cuatro muchachos; había una candela prendida en el patio, una basura que estaban quemando. Se le fue el niño gateando. ¡Ay!, se metió, pues, y le quedaron ahí pega’o los deditos y él chillando; ella salió corriendo y ya las manos quemadas ¡Pa’ Cuba lo mandé! ¡Ah, si lo vieran ahorita agarrando pelota y todo!

¡CHÁVEZ, MÁNDAME PA’ CUBA!

Estuvimos en La Habana en una visita relámpago y muy provechosa. Esa visita a La Pradera y tener contacto durante varias horas junto al presidente Fidel Castro, amigo y hermano, con ese grupo de venezolanos, quienes han ido allá a recibir atención médica de alta calidad, y además en forma totalmente gratuita y con sus familiares.

Nos conseguimos a aquel niño de Elorza; ese niño estaba horriblemente quemado, desfigurado, y un brazo inmovilizado porque se le quemó. Lo encontramos allá en el Fundo Zamorano Santa Rita, entre el tierrero, la gente y los caballos. Llegó corriendo con el bracito en alto, no podía moverlo. Me abrazó con el otro y dice: “¡Chávez, mándame pa’ Cuba!” Ese mismo día lo agarramos con su familia, lo trajimos en el Camastrón con la gente de seguridad y lo mandamos a atenderse a La Habana. Y allá me lo conseguí. ¿Saben qué hizo? Me abrazó. “¡Chávez, mira!”, movió el brazo. “¡Mira, Chávez, mira el brazo!”. Y en el rostro ya le hicieron una primera cirugía, van por fases. Ya se le ve rostro, y los ojos que no se le veían.

En La Pradera nos encontramos mujeres de todas las edades, muchachitos, gente con problemas muy delicados; gente muy joven, militares, civiles. Los pobres nunca tuvieron quien les atendiera sus dolores, sus pesares. A veces, enfermedades que se convirtieron en tragedias sin tener por qué serlo, solo porque estaban excluidos y esto es lo que vosotros, sabios oligarcas, no entendéis. Algunos tienen allá un año, algunos se fueron postrados y ya están caminando, dando los primeros pasos. Como ese otro niño, quien se está recuperando; le había dado una meningitis, y está vivo casi de milagro.

PARA LOS POBRES, NADA

Este caballero que fue operado anteayer en ese hospital de campaña por el Plan Bolívar 2000, tenía veintisiete años con una hernia. Me dijo: “Yo sentía que me iba a reventar por dentro”. Es un herrero, tiene un galpón de herrería y, por supuesto, enfermo y desempleado. Ya hicimos unos planes para activar ahí una microempresa. Vamos a apoyar para que este hombre salga de ahí sano, y a trabajar con su esposa, su familia, sus vecinos. Pero lo cierto es que llevaba veintisiete años con una hernia que le iba creciendo.

También unos ancianos que ya no podían orinar. Imagínense ustedes la tragedia de un hombre que llegue a los sesenta, ochenta y no pueda orinar por aquella dificultad, me comentó uno de ellos con una sonrisa, pero feliz; hasta cantó unas canciones. Yo le dije: “Tú no sabes una”. Cantamos una canción ahí: “Traigo polvos del camino...” Se la sabe completa. Ochenta años tiene ese hombre y me dijo así calladito en el oído: “Chávez, yo no podía ya orinar”. Y tenía una hernia en un testículo que ya no podía ni caminar, chico. Y yo le pregunto: “¿Y cuánto tiempo tenías tú así?” “Bueno, como diez años”. Imagínense, haber pasado toda una vida luchando, trabajando y llegar a esa edad para cargar una cruz tan pesada. Quiero dar gracias a Dios que nos permite ayudar a tanta gente pobre y necesitada.

Y un joven que tuvo un accidente automovilístico hace dos años, desde entonces andaba pendiente de una operación. Resulta que lo habían operado pero quedó casi igual, porque es que tenían que ponerle una prótesis y ayer se la colocaron. Una prótesis que trajeron de Barquisimeto y se la colocaron a un hombre joven que me dijo: “De aquí salgo como un caballo a seguir luchando, trabajando y defendiendo la causa, la Revolución”. Ese es el Plan Bolívar.

Ahorita acaba de salir un señor en la esquina cuando veníamos. Anda con un poporo aquí, pero un poporo grandote, gigantesco. María se ríe, así decía mi abuelita: “Muchacho, tienes un poporo ahí”. Es una inflamación. Aquí en el llano

le decimos poporo. Bueno, él me sale así: “Chávez, mira cómo estoy”. Bueno, hemos conseguido gente con poporos, gente sin piernas, gente sin brazos, por todos lados, gente enferma.

Hace poco me llegó una señorita llorando, con una cabellera muy linda. Pero se tapaba la cara de medio lado porque se quemó. Hay que operarle su cara. Ella tiene derecho a ser feliz, a abrirse su cabellera, a sonreír y a vivir plenamente. Ya deben haberla operado, una cirugía plástica. Claro, los pobres no pueden. Afortunadamente los que tienen dinero sí pueden y se hacen sus cosas, se arreglan la nariz, se ponen así, qué sé yo. Pero nosotros los pobres, nada.

ORFEÓN UNIVERSITARIO

El 3 de septiembre de 1976, siempre lo recuerdo porque perdí varios amigos, varias amigas, una de ellas muy querida, compañera de bachillerato, de esa edad tan bonita de los quince, de los dieciséis. Era Coromoto Linares Pinzón, de la muy linda ciudad de Barinas, por aquellos años '69, '70, '71. Era el 3 de septiembre de 1976, día que cayó aquel avión venezolano de la Fuerza Aérea en las Azores. Ahí se fue todo nuestro Orfeón Universitario, con su director y con sus voces. No hay 3 de septiembre que no recuerde esa tragedia. Nos habíamos visto semanas antes con un grupo de amigos que cantaba en el Orfeón, con algunos de ellos hacíamos reflexiones políticas. Coromoto estudiaba Farmacia, estaba ya por graduarse, era de ese grupo, de allá de Cheo Rodríguez. Morela era su hermana mayor, su padre Abraham —el poeta Linares—, su madre, allá en su casa de la avenida Mérida, donde íbamos a estudiar matemática, historia. A veces amanecíamos estudiando, sobre todo en tiempos de julio para los exámenes finales.

Eran los días de aquella película “Las fresas de la amargura”. Recuerdo que con Coromoto fuimos una vez a ver esa película en el cine Verdi. Era una de las primeras películas con Charles Bronson. A ambos nos gustaban mucho las de Charles Bronson. “Alguien detrás de la puerta”, “Visitantes en la noche”. Vaya mi sentimiento y mi recuerdo desde el alma y la de todos nosotros a las voces que no se fueron. Se quedaron cantando con nosotros, el Orfeón Universitario y a su director, el maestro Vinicio Adames.

Ese septiembre de 1976 recuerdo que veníamos muy alegres de San Cristóbal con el teniente Arleo Espinoza, manejando un Camaro “envenenado”. Éramos subtenientes; habíamos jugado béisbol en San Cristóbal. El Batallón de Barinas ganó el campeonato de béisbol de San Cristóbal, de todos los batallones de la División de Infantería. Veníamos de allá, y yo: “Arleo, no corras tanto que está lloviendo”. “No, que este es un Camaro cauchos anchos”. Agarramos una cur-

va a mitad de camino entre San Cristóbal y Barinas, y de repente nos conseguimos una laguna. ¿El Camaro? ¡Mentira!, ¡qué cauchos anchos ni qué nada! Nos encunetamos, recuerdo que dijo Arleo: “¡Cónchale, otra vez!” “¿No te dije que no corrieras tanto, Arleo?” Veníamos todavía con el uniforme de béisbol del Batallón Cedeño de Cazadores, y el radiador roto.

Nunca se me olvidará que me paré en la carretera y le digo: “Quédate aquí, ¿tienes la pistola?, yo me llevo la mía, voy hasta el batallón a buscar la grúa”. Estaba como a una hora de Barinas, así que empezamos a parar la cola. Se detuvo un señor de Barinas en una camionetita; me conocía. “Chávez, ¿qué tal?”. “Arleo, cuídate, yo vengo con la grúa”. Íbamos hablando el señor, la familia y él prende la radio, Radio Barinas: “Última hora. Un avión cayó en las Azores”, y dan la lista de los muertos, Coromoto Linares. “¡Ay, ay, no puede ser, Dios mío!”, entre tantos dolores de un accidente aéreo en la isla Terceira del archipiélago de las Azores, Portugal, murieron los muchachos. Las causas reales del drama jamás fueron plenamente reveladas. Contó el gobernador de las Azores que había mal tiempo y los muchachos tenían que hacer una escala allí. Era un Hércules de la Fuerza Aérea. El piloto se equivocó de isla. Tenía que aterrizar en Santa María, que es la pista internacional donde siempre aterriza el “Camastrón”. Se fueron a la otra isla que está más allá, con una pista pequeña y no pudieron. Se metieron contra la oscuridad, que se los llevó. Un recuerdo, pues, para los muchachos. ¡Viva el Orfeón Universitario!

¿POR QUÉ NO LE DA LA CARA?

En una ocasión andaba en mi burra negra, aquella camioneta que tuve. Me la robaron, y yo dije: “La necesitaba más que yo”. Eso fue en la Universidad Central de Venezuela. Para mí que fue la DISIP de entonces, que andaba detrás de nosotros y yo era precandidato. Dejamos la camioneta estacionada dentro de la UCV y cuando regresamos, se la habían llevado.

Entonces en esa otra ocasión andaba en esa camioneta un día por ahí, por el este de Caracas, en una esquina por Chuao, donde está el semáforo. Del lado izquierdo de mi ventanilla veo un carro lujoso y una dama muy elegante. Y ahí llegaban niños pidiendo. Qué dilema tan grande, un niño al lado, ahí en tu ventanilla, y uno lo que quiere es decirle algo, pero está la cola y el semáforo. Entonces o tú te bajas y agarras el niño, te lo llevas y hablas con él, cosa que a veces no hay tiempo por la dinámica de los días, o le das algo. Yo le di algo al niño. No me gusta, pero lo hice.

Vi a la mujer del carro de al lado. ¿Saben lo que hizo con otro niño que estaba ahí? Como su vidrio era de botones, pues el vidrio sube rá-

pido y ella le subió el vidrio, estoy seguro que sin intención. Pero lo hizo y después se puso tan nerviosa que puso en peligro hasta la vida del niño. Le agarró la mano con el vidrio, después no encontraba qué hacer y el niño gritando ahí. Yo me bajé, le he armado un lío a aquella señora. El chamo halaba la mano y aquello pudo al menos haberle roto los huesitos. El niño quería sacar la mano y no podía, y yo le grité: ¿Por qué usted no puede darle la cara al niño?, ¿por qué le va a cerrar el vidrio así tan feo? Luego ella reconoció, se calmó y se fue.

LOS TRES REYES MAGOS

Nos fuimos al hospital J. M. De los Ríos en una revista imprevista. Apenas nos bajamos del vehículo, le digo a Elías que iba conmigo: “¡Mira, fíjate!, ¿qué es aquello?” Un bojote inmóvil y una cobija verde clara cubriendo el bojote, en toda la acera de enfrente del hospital de niños J. M. De los Ríos. Teníamos que ir directamente al hospital, pero dije: “¡No, no!, vamos a ver qué es eso. ¿Qué gente está ahí?”. Los pies sobresalían de un bojote. Empezamos a llamar: “¡Epa, ¿quién está ahí?” Y se levanta alguien rápido, se sienta, un gordito, un gordito negrito: “Somos los niños de la calle, Chávez”. ¡Ah, los niños de la calle!

Durmiendo tres niños amontonados en la acera sobre unas cajas de cartón, que ellos abren y las colocan así como si fuera un colchón. Ahí se acuestan los tres y se arropan con una cobija prestada de alguna casa de al lado. ¡Los niños de la calle!, un regalo de los Reyes Magos. Eran como los tres Reyes Magos esos muchachos. Entonces hay uno que no se quería levantar y lo llamaba su hermanito. Uno tendrá como diez años, el más pequeño; el gordo tendrá unos trece, y el flaco más largo como catorce. Ahí estaban, amanecieron en la acera. Y hablamos un rato con ellos. Son habladores, no se fueron corriendo, se sentaron ahí: “Chávez, ¿qué hubo?”, “¿cómo estás?”. “¿Cómo está Fariñas?” Me preguntaron por William Fariñas. ¡Ah, William!, me dio mucha alegría que los niños preguntaran por ti. Porque yo sé que tú te la pasas por ahí con ellos y ayudando. “Bueno, mira, ¿y tu papá y tu mamá?” “No, mi mamá nos botó de la casa”. “¿Te botó de la casa tu mamá?”. ¿Quién sabe cuál será el problema y la tragedia? Pero, lo cierto es que allí estaban esos tres niños.

Ahora el regalo es que anoche yo pude convencerlos de que se vinieran conmigo, porque ahí estaban, ¡imagínense, ustedes!, sin bañarse, sin comer, en la calle. Y anoche estábamos ahí, la vicepresidenta, un grupo de ministros, cuando me dice el teniente Andrade: “Aquí están los muchachos, tiene visita”. Los tres muchachos, bañaditos, vinieron y comieron. El gordo andaba con una franela amarilla reluciente y una sonrisa

de oreja a oreja. Pero me llamó la atención la manera desinhibida con que esos muchachos hablan con cualquiera. “Vicepresidenta, ¡ah, mucho gusto!”, y un beso. “Mire, le presento aquí al doctor”. Alegres, y bueno: “Chávez, queremos oír música, ¿por qué no pones música aquí?”. Y yo le digo: “¿Dónde está la música?”. “Aquí lo que estamos es trabajando, chico, para ver cómo arreglamos el país y lo seguimos arreglando”. Un diálogo con ellos y al rato se fueron.

Están aquí por un día, por dos días, mientras los ubicamos. Bueno, ése es el regalo que me trajeron ayer los Reyes Magos, tres nuevos amigos y son magallaneros. Le dije al gordo, que es el líder, a Musulungo, que me ayude a buscar a los demás. Él me dijo: “Yo sé donde están toditos, en Sabana Grande”, en no sé dónde. “¿Y cuántos son?”. “¡Ufff!, muchos”. El gordo me va a ayudar a buscarlos a todos y yo pido ayuda a todo venezolano que sepa dónde hay un niño, un grupo de niños. Porque ellos tienen sus sitios, ellos van por ahí en el día y se van en la madrugada a dormir debajo de un puente, en una plaza. Venezuela en esta nueva etapa, en esta revolución, no puede darse el lujo de tener niños abandonados.

UNA REVOLUCIÓN PARA LOS NIÑOS

Esta es una revolución de niños, van a la escuela, chico. ¡Por fin, Dios mío! Yo me acuerdo mucho de un muchachito en Zaraza, un catirito bachaco, así como yo cuando era niño en la sabana, muy avispaíto y llegó a lavar el carro, en una de esas giras, hace como tres años. Andaba yo solo en el desierto, con dos o tres personas nada más, recorriendo de pueblo en pueblo. Entonces él llega corriendo y empieza a lavar el carro. “Pero, bueno, ¿quién te dijo que lavaras el carro?”. “No, no, yo lo lavo y usted después me da lo que pueda”. Le dimos qué sé yo, veinte, treinta bolívares y le brindamos una empanada ahí.

“¿Tú estás en la escuela, chico?” “No, no, yo no estoy en la escuela”. “¿Por qué no estás?” Entonces dijo: “Porque mi ‘amá’ no me ha ‘inscribió’”. Pero muy avisgado, con unos ojos muy avisgados, Dios lo cuide. “¿Y por qué no te ha ‘inscribió’ tu mamá, chico?”. “No se dice ‘inscribió’, se dice inscrito”, le dije yo. “Ah, me equivoqué”. “Sí, se dice inscrito, no ‘inscribió’, no vuelvas a decir eso”, le dije yo. “Ok, yo no estoy inscrito”. “¿Por qué?”. “Porque mi mamá no tiene dinero y le están cobrando veinte mil bolívares y ella no tiene, pues. Yo apenas ando por aquí para comer, para llevar unas cuatro empanadas y comer con mi mamá”. Él vivía solo con su mamá. Ojalá ese catire hoy en día sea uno de los que se ha inscrito. Me imagino que sí, tiene que ser, seguro, porque es muy avisgado y él quería ir a la escuela.

SOY FELIZ TRATANDO DE AYUDAR

Recibí la semana pasada a un niño que me estaba pidiendo una pelota. Él quiere jugar béisbol. A mí me da mucho dolor. Por supuesto, no voy a decir su nombre, porque es un drama familiar. Se separaron el papá y la mamá. El papá se fue para otra parte lejana del país con una nueva esposa. La mamá del niño se fue con un nuevo esposo para otro lado, y el niño se quedó con su abuela. Y la abuelita vive de alquilar dos cuartos en la casa que no es de ella. Está pagando la casa alquilada, pero alquila dos cuartos, y al abuelo le cortaron las dos piernas por la diabetes. La viejita anda buscando a ver cómo.

Ese muchachito está estudiando, pasó con 19 puntos para quinto grado. El quiere jugar pelota, hermano, y allá fueron. Se sentaron en las sillas donde se sientan los jefes de Estado. “Siéntate ahí”, le dije. “Chico, mira a Bolívar”. Ahí está el retrato grande de Bolívar y la espada de Bolívar, la réplica y vean, este es el palacio del pueblo. El niño se fue con su pelota, con un batecito y además, le conseguimos una inscripción en la liga de béisbol menor que funciona allá en Miraflores. Bueno, yo soy feliz tratando de ayudar a alguien, aunque sea con una pelotica, con un abrazo. A la viejita vamos a ayudarla, a su esposo que está impedido, no puede caminar, la silla de ruedas no sirve, está vieja. Es un drama.

CUESTIÓN DE CONCIENCIA

Cuidado con el cuento aquel de un amigo mío de por allá, de los llanos de Barinas. Yo más nunca lo había visto, ni sabía que él había obtenido un tractor a crédito a bajo costo; ¡cuánto nos costó traer ese tractor de China! Aquí en veinte años los campesinos no tenían tractores, ni maquinarias.

Entonces lo veo a él por allá en un alboroto de gente, así como aquí, y le doy un abrazo: “¿Cómo estás tú, cómo te va, cómo está tu mujer, tus hijos?” Entonces él muy alegre me dice: “Hugo, te doy las gracias”. “¿Por qué?” “No, ya yo me arreglé”. “¿Qué es eso, qué significa?” “Bueno, el tractor que me prestaste.” Yo no se lo presté, se lo prestó el gobierno revolucionario, yo ni sabía que a él le habían prestado un tractor a crédito. Ahí me detengo, lo agarro por el hombro y le pregunto: “¿Qué es lo que has hecho con el tractor?, ¿cuántas hectáreas has sembrado?” “No, yo ahora no siembro, chico. Ahora lo que hago es alquilar el tractor y me he ganado ya como veinte millones de bolívares, compré una casa nueva, ahora soy rico”.

Fíjense la parte de la conciencia, él cree que eso es bueno. Yo lo regañé y le dije: “Tú eres un...”. Bueno no voy a decir la palabra. “¿Cómo

tú vas a hacer eso?” Estaba explotando a sus hermanos porque tenía un tractor. Lo mismo que a él le hicieron durante mucho tiempo los dueños de la máquina, que le alquilaban el tractor y le quitaban un ojo de la cara, y todo el dinero, toda la ganancia se la llevaba el dueño de la máquina. Y esos campesinos trabajando toda la vida y nunca salieron de la miseria, esa es la verdad, ese es el capitalismo, esa es la perversión del capitalismo.

LA SOLIDARIDAD

En cada viejita que veo también recuerdo a Rosa Inés, que Dios tenga en su gloria, porque es la misma cara, son los mismos ojos pícaros, las mismas arrugas, es el mismo cabello largo y blanco. Es la misma bondad. Aquella anciana con un problema renal: “Se me tranca la orina”, me dijo. Ay, se le tranca la orina, Dios mío, la operaron, se le reprodujo no sé qué cosa, pero entonces la tienen acostada en una camilla que no tiene ni colchón. La camilla pelada, frío aquello, la pobre viejita.

Entonces está de medio lado porque no puede estar acostada de frente, de medio lado con una sonda y una bolsita, para que vaya drenando. Imagínese que usted quiera orinar y no pueda. Uno a veces anda por ahí corriendo a ver dónde orina, porque no aguanta. Imagínate que eso sea todos los días. ¡Qué sufrimiento para una viejita! Entonces ahí la tienen de medio lado y con la cabeza doblada porque no hay una almohada, una bendita almohada no hay.

Ahora, yo le pregunto a los médicos, ok, el hospital no tiene almohadas. Pero, ¿no hay un vecino en la esquina que pueda prestar una almohada a esta hora? Se supone que a esta hora todo el mundo está trabajando, no está la gente durmiendo. No todo el mundo puede estar acostado con una almohada. Vayan a buscar una almohada. Apareció una almohada a los cinco minutos, o a los tres minutos. Y le pusimos su almohada. Si hubieran visto cómo le cambió la cara cuando le pusimos su almohada. Esas son las cosas, esos son los detalles que hacen a los grandes pueblos. La solidaridad, el amor, sea quien sea.

TIENE USTED RAZÓN

Una vez en este mismo salón me reuní con un grupo de médicos cubanos. Nosotros tenemos que apoyarles en algunas cosas, porque a mí no me gusta que estén durmiendo por allá en esas situaciones que vi. Me trajeron unas fotos, y mandé a un equipo a inspeccionar. Bueno, la casa de los pobres, pues.

Entonces se paró un hombre como de cuarenta años y me dijo: “Presidente, no se preocupe. Yo vengo del África, donde dormíamos en la selva, a

veces en el suelo. La situación allá es veinte veces más grave que la pobreza que ustedes tienen aquí”. Y me dio una clase ese médico porque me dijo: “Presidente, ubíquese usted en un barrio de estos. Supóngase que llegó usted, médico y al día siguiente, llega una cama con un colchón nuevo y la gente durmiendo en el colchón viejo. No, tenemos que dormir igual que ellos, no puede haber privilegios”. Y le dije: “Tiene usted razón, perdóneme en mi atrevimiento. Tiene usted razón, profesor de la verdad”.

ALÍ PRIMERA

Le escribimos a Alí Primera unos versos. En esos días se cumplieron quinientos años del “descubrimiento de América”, llamado así ¿no? En octubre del ‘92, estábamos en Yare. Entonces digo aquí:

*500 años de marcha sin rumbo
con barcos fantasmas
de velas sin viento con gritos sin eco
debajo de las piedras de todos los ríos sin cauce.*

*Cinco siglos de indígenas proscritos detrás de los montes
más allá de los caminos, en lugares sin tierra
en montañas sumergidas de dioses sin rostro
con mirada rocosa y sonrisas invisibles.*

*De niños sin mundo, como Santos Luzardo
el Cuiba aquel del Capanaparo que cruza mis sueños.*

*Su rostro de tierra se vino en el Catire, hijo mío
y sus ojos sin brillo me miran
desde los barrotes, desde las sabanas de Carabalí
y me grita su ausencia con antorchas que encienden
el agua del Caño Caribe Cuiba de Apure.
Volveré con 500 años a cuestras.*

ARTURO USLAR PIETRI

La vida, decía alguien, es como una obra de teatro. Yo recuerdo mucho al escritor Arturo Uslar Pietri. La vez que lo visité en su casa, lo conocí y le saludé. En esos días se había retirado de una columna que tenía en el diario El Nacional, y le pregunté: “Doctor, ¿por qué usted se retiró?” “Mire, antes que me echen –algo así me dijo–, porque la vida es como una obra de teatro, y yo me retiré a tiempo”. “Hay dos momentos muy importantes para un actor en una obra de teatro. ¿Cómo se entra en la obra, el momento en que el actor entra a la obra? ¿Cómo entra? Y el momento en que el actor sale de la obra”. Entonces él me decía: “Yo salí. Usted entró. Vaya a ver cómo va a salir de esta obra”.

EL GABO

Estuve esta madrugada hasta tarde con Gabriel García Márquez. Me ha regalado este libro, “Vivir para contarla”, tremendo regalo. Aquí recoge toda una vida, desde su niñez. Dice que cuando era niño ya era contador de cuentos, inventaba cosas y se ganó la fama en su familia de ser adivino. Es el realismo mágico en su máxima expresión. No hay nada como la lectura para meterse en el mundo de lo real y también de lo mágico, de lo maravilloso y sobre todo novelas como ésta, de un hombre que ya es leyenda, premio Nobel de Literatura y para orgullo nuestro, latinoamericano, colombiano y, además, gran bolivariano. Qué gran novela, “El general en su laberinto”. Él dice que su abuelo era coronel y de allí a lo mejor esa novela, “El coronel no tiene quien le escriba”. “Por aquí anda Bolívar”, le dijo un día el abuelo al niño García Márquez, cuando pegaba el retrato del Libertador. “Este es el hombre más grande que ha nacido en la historia”. Entonces el niño se quedó pensativo y le preguntó, recordando algo que le había dicho la abuela: “¿Simón Bolívar es más grande que Jesucristo?” El niño preguntón puso en dificultades al abuelo, que respondió: “Una cosa no tiene nada que ver con la otra”. Y el niño quedó con aquello de que esos dos hombres eran los más grandes de la historia.

Nunca olvidaré cuando le conocí en La Habana con Fidel, en enero de 1999. Él tenía que ir a Barranquilla y me dijo: “Bueno, deme la cola, pues, me voy mañana”. Estábamos allí un grupo y “El Gabo” quería conversar conmigo, hacerme algunas preguntas. Pero como siempre, Fidel no nos dio tiempo. Creo que fue el mismo Fidel quien propuso: “Váyanse en el avión conversando”. Y así lo hicimos, nos vinimos de La Habana a Caracas, unas tres horas conversando. Recuerdo que en algún momento quería tomarse algún licor y le dijimos: “No, en este avión no se bebe licor. Entonces una exclamación muy espontánea, muy latina. “Yo me he montado en no sé cuántos aviones presidenciales y esto lo voy a escribir: “Primer avión presidencial donde no hay un whisky”. Y lo escribió. “No, aquí lo que hay es jugo de guayaba”. Nos tomamos como cinco jugos de guayaba entre La Habana y Caracas.

Desde aquí mi recuerdo, la admiración de este pueblo a Gabriel García Márquez, sus “Cien Años de Soledad”, su Laberinto, su General y su Coronel, su Macondo y sus mariposas amarillas y ahora “Vivir para contarla”, maravillosa novela, maravilloso ser humano el Gabo, que Dios lo cuide para siempre.

JACQUES CHIRAC

Recuerdo mucho a un hombre que es de la derecha francesa, mi amigo Jacques Chirac. Hace poco

vino por ahí nuestro también amigo, Dominique de Villepin, fue ministro de Chirac. Estuvimos hablando varias horas y le recordaba: “Dominique, no te acuerdas la última visita que le hice a Chirac”. Es un buen conversador Chirac y un hombre muy efusivo. Estábamos en un almuerzo y yo con unos mapas que siempre cargo, explicándole ideas de Venezuela para el futuro: el ferrocarril y la faja del Orinoco, la petroquímica, la agricultura y los ríos, el Orinoco. Todo aquello. De repente se para Chirac y agarra la copa de vino y dice: “¡Brindo por Venezuela, que será una potencia mundial!” Yo me levanto y con humildad respondo: “Bueno, brindo, Presidente, pero no, no seremos una potencia, seremos un país desarrollado”. Y ripostó Chirac: “¡No le ponga límite a sus sueños!”

“¡VÁYANSE A SEMBRAR PAPA!”

Hace poco le disparé un cañonazo a una oficina y no quedó nadie. “¡Váyanse a sembrar papa!”, les dije. “¡Váyanse a sembrar maíz allá en las costas del Orinoco!, pero aquí ustedes no sirven para esto”. A toditos les dije, como cinco funcionarios que tenían ahí veinte años y no querían procesar los papeles, porque ellos se iban a las tres de la tarde. Y yo le dije: “Dame acá el papel ese que tienes ahí en la mesa. ¿Tú lo vas a dejar ahí?”. “Sí, me acaba de llegar”. “Pero, ¿tú no ves que esto es urgente? Mira, una niña que hay que operar”. Yo mismo me puse a procesar el caso: “¿Vas a ir tú a tu casa dejando esto pendiente?” “¿Quién lo va a hacer, si es una niña que está grave, hay que operarla y necesitan dinero?”.

LA REINA

En una ocasión, en una cumbre en Centroamérica un presidente español le pregunta a Fidel sobre la democracia, que cuándo habrá elecciones en Cuba. Fidel responde: “En Cuba pudiera haber elecciones cuando ustedes elijan al rey”. Y el rey es el jefe de Estado en España, y es mi amigo, don Juan Carlos de Borbón y Castilla. ¿Voy a criticar yo la figura de la monarquía en España? Eso les corresponde a los españoles y españolas, es un problema de ellos. Allá tienen un debate, porque hay mucha gente que no está de acuerdo con la monarquía. En Francia, desde que le cortaron la cabeza a un rey, se acabó la monarquía. Lo hicieron a su manera, le cortaron la cabeza en la guillotina. Y esa fue la causa por la que contra Francia se fueron todas las monarquías europeas, invadieron Francia. Claro, el temor a la Revolución Francesa. Y lograron frenarla, desafortunadamente. Esa fue una de las razones por las que Francisco de Miranda, que estaba por allá lejos, se vino a Francia. Se puso a la orden de Bonaparte y montó a caballo como Mariscal de

Francia, a defender la Revolución Francesa.

En Inglaterra igual. Allá está una reina, la reina Isabel. La conozco. No puedo decir que es mi amiga, porque una sola vez la fui a visitar. Una dama muy respetable. Recuerdo que cuando me estaba bajando del carro, vi una monedita en el suelo y la recogí. Era una moneda con la cara de ella. Una casualidad, estaba en el suelo, en la calle, y me la meto en el bolsillo. Cuando me veo con ella, se la doy. “Me conseguí esto. Dicen que es buena suerte. Se la dejo aquí”. Ahora, ¿ustedes saben quién es el jefe de Estado en la mayor parte de los países vecinos a Venezuela, del Caribe Oriental? ¡La reina de Inglaterra! He ido a esos países. Está un Primer Ministro que es elegido por esos pueblos. No tiene límite de tiempo la reelección, el jefe de Estado está allá en Londres. ¿Con qué moral nos van a criticar a nosotros y por qué eso no lo critican? A nadie le han preguntado en esos países si reconocen como jefe de Estado a la reina de Inglaterra. ¿Por qué no hacen un referéndum?

ME LLEVARÉ UNA ROPITA

Les voy a decir algo, para que ustedes vean hasta donde ha llegado el mundo. En una ocasión llegaron a plantearme, un alto jefe político de un país determinado, que las comisiones esas que en el mundo se pagan y se cobran, por ventas de cualquier cosa, que “eso es normal”. Yo le dije: “No me hable de ese tema, no quiero ni hablar de ese tema”. Es la descomposición, la ambición. Les pido a todos los que me puedan estar oyendo: vamos a mirar a Jesús en el burriquito, vamos a montarnos en nuestro burrito con humildad. Les juro una vez más, delante de Dios y delante de todos ustedes: si salgo vivo de este compromiso, yo no voy a tener casa propia, y me voy a morir sin tener casa propia. No me importa. Ni quiero casa propia. No voy a tener carro propio. Los regalos que me han dado, algunos muy valiosos. Un regalo, por ejemplo, que me hizo llegar una vez nuestro hermano –fallecido en circunstancias extrañas, por cierto– Yasser Arafat. Una vez me llegó una gente de Palestina con una invitación para pasar allá la Navidad, en Jerusalén. No pude ir. Era 2001 cuando aquí se prendió aquel berenjenal de la locura, de la violencia inyectada por los medios. Yasser Arafat me mandó una vez un regalo, el escudo venezolano hecho con joyas, perlas. Bueno, eso vale millones de dólares, porque además los colores amarillo, azul y rojo, son colores naturales. ¿Cómo se llama esa concha?, ¿nácar? Además, con la explicación que mandó Arafat, de dónde trajeron las piedras preciosas, del mar de no sé dónde. Una cosa bellísima. Y me han regalado no sé cuántos relojes, que hasta me da pena ponérmelos. Una vez me puse uno, no sé por qué lo agarré. ¡Me pelaron!, por ahí, en

una columna: “Mira a Chávez, los relojes”. ¡Ninguno es mío, nada de esto es mío! Bueno, por lo menos una ropita me llevaré. Humildemente invito a todos los que estamos gobernando, a que hagamos lo mismo.

LA TRAGEDIA DE VARGAS

Yo tuve un sentimiento tan hermoso cuando por fin el primer barco de la Marina pudo llegar a la orilla de la playa por Caraballeda. Porque la playa estaba bloqueada, unos cien o doscientos metros de playa estaban bloqueados por troncos y piedras. Los barcos no podían llegar a la orilla, solo en helicóptero uno podía ir y venir, por tierra imposible. Queríamos meter los barcos estos, de los que caben tres mil personas, para atracarlos lo más cerca de la playa. Porque esos barcos, como son planos por debajo, llegan a diez metros, lo más cerca posible, y con unas cuerdas la gente va entrando al barco. Son barcos gigantescos, de transporte de tropas, de infantes de marina más que todo.

Por fin logramos meter el primer barco, se fue apartando un poco el oleaje y encalló el barco cerca de la playa. Dos cuerdas y los infantes de marina a la playa. Nosotros aterrizamos al instante, cuando me informaron por radio que el barco estaba listo. Era impresionante ver de dónde salía tanta gente de Los Corales y Caraballeda. Me habían dicho que ahí no había quedado nadie con vida y resulta que no, chico. Debajo de las piedras, detrás de las matas, debajo de los techos de las casas, de túneles que había entre las piedras gigantescas, salían niños, mujeres, hombres, ancianos.

¿Sabes lo que yo vi ahí? Vida. Yo dije: “Hay vida por todo esto. Dios mío, cómo sobrevivió esta gente”. Se pensaba que eso era una especie de camposanto. Y no solo que salió la gente, haciendo una cola larguísima como de tres mil, cuatro mil personas que iban agarrándose unos a otros. No solo eso, sino verle los ojos a aquella gente, verles la vida, verles el dolor, pero por otra parte el optimismo, la entereza moral. “¡Aquí estamos!”, decían, “y con mi viejo y con mi abuela”, y algunos con su perrito, haciendo una cola a la vida. Y aquel barco con sus puertas grandes abiertas y rumbo a la vida.

CADENA NACIONAL

Mañana sí es verdad que no nos salva ni “bambarito” de la cadena nacional a las siete y media. Se salvarán de un pasmo, pues, a los que no les gusta esto, porque yo sé que a la mayoría les gusta. Bueno, por ahí decían que las mujeres están bravas. Mentiras. Incluso hace poco andaban tres muchachos con sus novias por allá

por Caracas, en una esquina. Yo iba manejando y me paro en el semáforo: “Chávez, ¿cuándo hay cadena?” Yo pensé que era para criticarme y les dije: “Bueno, ¿a ustedes les gusta?” “Sí, vale, eso es muy bueno porque nos estás enseñando. No te dejes, hazlo, cada vez que tú quieras, nosotros, los jóvenes, queremos saber”. Y es verdad, porque ellos oyen, toman nota.

Hace poco estábamos viendo la luna y Rosinés me preguntó: “¿A cuántos kilómetros está la luna, papá?” Me pregunta tantas cosas, como todo niño. Al fin concluyó ella: “El universo sí es grande, ¿cómo nació el universo?”. Estábamos sentados en un patio; yo le digo varias ideas. Una de ellas es que Dios lo creó. “¿Y eso es verdad?”. Le dije: “Sí, creo que sí, pero nadie lo vio”. “Pero, ¿qué trabajo le costaría a Dios hacer todas esas matas y todo esto?”. “Sí, trabajó mucho”. Y ¿saben lo que me dijo?, en el fondo un reclamo. “Sí, pero Dios descansó el domingo, ¿verdad? ¿Por qué tú ni siquiera los domingos?, porque tienes ‘Aló, Presidente’”. Ja, ja, ja, por ahí se fue la Rosinés.

Al país hay que decirle, “Aló, Presidente” no descansará. Así que mañana, a los que me critican, se salvarán de un pasmo, pero no de la cadena nacional. Con todos los hierros.

FLOJO, NO

Un revolucionario flojo, no. Un trabajador flojo, no. Hay un chiste de dos compadres que estaban cada uno en un chinchorro allá, flojeando como a las dos de la tarde. La hora del burro. Y le traían café las mujeres y tenían que darle café en la boca. Le echaban aire y ellos no se movían, ¡nada! Ni hablaban de la flojera. De repente le dice uno al otro: “Compadre, ¿qué será bueno pa’ la picada de culebra?”. Entonces, el otro le dice: “¿Qué fue compadre?, ¿te pico una culebra?” Y dice el otro, de la madre de la flojera: “No compadre, pero allá viene una y me va a picar”.

EL QUE TENGA OÍDOS...

Aquella señora del Washington Post iba preguntando: *¿What its Saddam Hussein?, ¿what do you do? ¿Are you friend of Fidel Castro, President?* Y yo: *yes, yes, yes, he is my friend. Fidel Castro is my friend.* Entonces iba manejando y la periodista haciendo preguntas de todo tipo, las preguntas que ellos siempre hacen. “Se dice en mi país que usted eliminó la democracia”. ¡Sí! “¿Se dice allá en el país suyo?”. “¿Y quién dice eso?”, le pregunto. “Allá se dice, versiones”. Estábamos llegando a Macuro, un niño allí en la carretera y yo freno. “¡Hola, hijo!” Y él sale a saludar. Le preguntamos algunas cosas y yo le digo a ella: “Si tiene ojos, vea; si tiene oídos, oiga”. Entrando a Macuro sale un grupo de perso-

nas, entre ellos un señor que es un gran pelotero de Macuro. El campo de Macuro de béisbol lleva su nombre y además son familiares del gobernador de Cojedes, el comandante Johnny Yáñez Rangel. Te mandaron saludos, Johnny, tu tía de Macuro. Allí en toda la entrada estaba la familia. Se acerca este señor y la periodista preguntando sus cosas y que por qué aquí la democracia, que no sé qué más, que no sé qué cuál. Le digo: “Acérquese caballero. Hola, ¿cómo está?”. Le pregunto: “Amigo, ¿usted votó por la Constituyente, el referéndum aquel?” “Claro, sí, aquí todos votamos por el SÍ”. “¿Y por qué?”, le pregunto. Una pregunta que cruzó el espacio inmenso de la verdad y una respuesta salida de la espontaneidad del pueblo. Le dije a la periodista: “No vaya a pensar usted que esto está preparado”. No, no, eso es una cosa espontánea del pueblo. Venimos llegando, un señor se acerca a saludar y yo aprovecho para trasladarle al pueblo la pregunta que me está haciendo ella, y le dije al señor. “¿Por qué usted votó?”, “¿y por qué todos ustedes votaron a favor de la Constituyente?” Y él responde cortico y rápido como es el pueblo; el pueblo es rápido y sabio. “Porque aquí lo que había era una porquería”. Solo agregué: “Tome nota si usted quiere, señora periodista”.

FEMINISTA

¿Ustedes saben ese cuento de María León? “Presidente, que las mujeres queremos desfilan en el Campo de Carabobo”. Y yo que soy muy de las mujeres, feminista, respondo: “Pero, ¿cómo te digo que no?”. Y nos llevamos para allá a un poco de gente: desfile de las mujeres. Empieza el desfile, y pasan grupos de mujeres, ¡qué disciplinal! Ellas se paraban ahí, y, entonces, la gente: “Pero sigan, caminen”. ¿Qué van a estar caminando? ¡Tiraban flores! Cada grupo se paraba un rato al frente de la tribuna, venían de bloques. Pasaba una por una, aquel desfile interminable. Iban seis horas ya. Entonces, yo miro para allá y veo grupos. ¿Qué es lo que estaba pasando? ¡Daban la vuelta otra vez!, daban la vuelta por allá, era un ciclo interminable. Yo dije: “Mira, María, yo seré feminista, pero no, tenemos que terminar esto”. Por fin llegamos a un acuerdo, que no fue fácil. Llegamos a un acuerdo que donde iban pasando y se iban parando al frente, que yo les hablara. ¡Ah!, bueno, listo, arreglado el problema. Pero iban llegando nuevas, las que estaban en el público se metían al desfile. A veces llevaban al compañero casi a rastras. Maravillosas esas mujeres.

APURO PRESIDENCIAL

Ustedes no se acuerdan de la última voladura en el túnel aquel del ferrocarril Caracas-Tuy. A mí me llevaron a dar el último golpe con una

máquina para tumbar una pared. “Eso usted lo tumba en cinco minutos”. Tú te ríes, ¿eh? ¿Saben lo peor, lo que nadie supo en ese momento? Ahora lo digo y me río. Yo andaba con un cólico, compadre. Es decir, tenía diarrea. Soy un ser humano como cualquiera de ustedes. A veces la gente se olvida de eso. Yo me monto en la máquina y empiezo a sudar frío, y dale, pum, pum, pum con la máquina. Yo no le daba donde era. Y dale, dale y yo sudando y apretando, apretando aquí abajo, y me volteaba en la silla para allá, para acá y aquel sudor que me corría, Dios mío, ¡en Cadena Nacional de Radio y Televisión!

A alguien se le ocurrió mandar cadena, sin yo saber. Imagínese usted una cadena por radio donde lo que se oye es una máquina: pum, pum, pegando contra una pared de rocas y alguien tratando de narrar. Y yo pariendo, porque de verdad estaba pariendo. El sudor me nublaba los ojos, no veía con el polvero aquel que lo tapaba todo. No podía tumbar la piedra, hasta que por fin le dije al señor de la máquina: “Compadre, tumbela usted que yo voy a pasarme aquí todo el día”. ¡Y él la tumbó en cinco minutos!

Salgo yo caminando apretadito y paso por el orificio que se abrió en la pared que dividía aún el túnel. Imagínense ustedes, uno con esas características fisiológicas, en la mitad de un túnel y en Cadena Nacional de Radio y Televisión. ¡El pobre Chávez! ¡Solo le pasa eso a Chávez! Paso toda aquella polvareda a ver qué consigo, aunque fuera una mata de monte por ahí cerca. Y lo que consigo al frente es como a cien periodistas enfocándome, preguntándome. Yo con aquel casco puesto, me decía: “¡Dios mío, trágame tierra, llévame de aquí, Dios mío!” Y les dije: “Señores he concluido, por favor, estoy apurado, abran paso”.

Lo único que había era una carretera interna en el túnel, no estaban ni los rieles y lo único que veo es un autobús. Me monto al autobús. Dejé la seguridad atrás, que seguridad ni qué cipote. Le digo al chofer: “Compadre, prenda y arranque”. Y el hombre sorprendido. “¡Arranque!, o le dejo aquí...” No les voy a decir lo que le dije. ¡Y las cámaras detrás de mí! Claro, los camarógrafos inocentes, ellos no sabían el drama que yo estaba viviendo. Ellos pensaban que se la estaban comiendo. El ministro de Infraestructura, el general Hurtado, venía tras de mí y me gritaba: ¡Espérame, presidente! Y yo le decía: “¡No espero a nadie, compadre. Me voy!” El chofer prendió el autobús bajo amenaza mía y arrancamos los dos solitos por el túnel. Un muchacho de seguridad, corriendo duro, alcanzó a engancharse y se subió. Y yo: “¡Dale duro, compadre!” Porque, ¿dónde me paro yo en un túnel a hacer lo que tenía que hacer?

Y rueda y rueda, ra, ra, ra. ¡Eran varios kilómetros! Y por fin veo allá la salida del túnel. “¡Dios mío, me salvé!” Cuando por fin el autobús salió del túnel, le digo: “¡Párate aquí!”, y me bajo apurado. “¡Gracias compadre, hasta la vista!”,

le grité. Y en eso vienen como cuarenta trabajadores que estaban allí esperándome y gritando: “¡Chávez, Chávez, Chávez!” “¡Dios mío, ten piedad de mí!” Los saludé. No sé de dónde saqué fuerzas para aguantar aquello. Y les digo: “Compadre, ¿dónde hay un baño por ahí?”. “Mira, allá hay un tráiler de los ingenieros”. Había que subir, además, era una subida por una carreterita. “Ya vengo, chicos, voy al baño un segundo, espérenme aquí”. Ya las cámaras se habían quedado atrás, me salvé de ellas.

Cuando voy llegando al tráiler, compadre, salen cuatro perros de esos grandotes, gigantes, bulldog, una cosa de esa. Bueno. Es que los perros no conocen a Chávez y menos en una situación como esa. Por fin los llamaron, tuve que pararme a esperar que los amarraran. Y llegué, ¡ahh, la salvación! Después yo me dije: “¡Esto le pasa sólo a Chávez, a más nadie en este mundo!”

NI CON PELUCA

Una vez, estábamos con Freddy Bernal. Íbamos a una reunión para Falcón y yo andaba con una peluca. Entonces se me queda mirando el muchacho que trajo la sopa de chivo y unas arepas. Era tarde en la noche; él me miraba y yo, tú sabes, ni hablaba, comiendo ahí con la cabeza bajitica. Cuando fuimos a pagar, él no aguantó y dijo: “Oye, tú te pareces a Chávez, pero con cabello largo”. “No, chico, tú estás loco, que Chávez ni que Chávez”. La peluca era muy mala, me la compró Bernal, pero de esas bichas baratas. No teníamos ni una peluca buena, además tenía un mechón por aquí como verde, como waperó. Un mechón verde que yo lo tapaba ahí, y hasta le eché color con un marcador, pero nada, waperó se quedó. Entonces, ya era de madrugada, veníamos de Maracaibo, saliendo de Carora. Me meto al baño y cuando estoy en el baño, parado ahí donde uno va, vienen dos tipos borrachos, o medio borrachos, tú sabes. Se me quedan viendo, y yo incómodo, muy incómodo porque estaba en el baño, pues, haciendo pipí. Le dice uno al otro: “¡A que es Chávez!” Habían apostado una caja de cerveza a que era Chávez. ¡Qué tremenda peluca!, ¿verdad? Se ganó la caja de cerveza y yo tuve que beber un trago ahí con ellos, a celebrar y, claro, me quité la peluca. “Quítate eso Chávez, qué vas a andar tú así. Todo el mundo te conoce”.

Otro día iba yo con la peluca y un sombrero manejando por no sé dónde, Táchira creo que era, y aparece una alcabala de la Guardia Nacional en el camino. “¡Ay, Dios mío, la Guardia!, ojalá que no me pidan cédula”. Entonces, bajo el vidrio y me dice el guardia: “Mi Comandante, tenga cuidado con el carrito que es del DIM, que lo anda siguiendo” ¡Qué tremenda peluca! Todo el mundo sabía que era yo que andaba con una peluca.

Yo me disfrazo a veces para ir a un sitio de esos así, ¡ras!, puntual. Otra vez era una reunión para darle una sorpresa a un ser de lo más amado de mi vida. Me enteré que estaban reunidos en un sitio y le dije a éstos: “Vamos, peluca”. Entonces alguien me trajo una peluca, pero así abierta por aquí, ¿no?, como de indio. Y entonces llegué y, cuando me bajo en el sitio, dice alguien: “Ahí va Evo”. Yo me reía mucho porque dije: “Es peor la cosa, porque no van a decir ‘ahí va Chávez, ¡agárrenlo!’ ¡No! Van a decir: ‘Ahí va Evo, ¡agárrenlo!’” Me parecía mucho a Evo, en verdad, con una peluca abierta aquí en dos.

¡Ay, Dios mío! Yo cuando salí de la cárcel, me divorcié. Tenía una novia y una noche fuimos a la “Hawaii Kai”. Tiene unas cabañitas por allá, y yo me metí pa’ las cabañitas, no andaba disfrazado nada, andaba ahí bien agarráito. Empezamos a conversar y estaban tocando música, unas gaitas, era como diciembre. Viene el mesonero, un timbre ahí, le dije: “Compadre, no vaya a decir que estoy aquí, por favor, te lo ruego. Quiero estar un rato aquí nada más”. “No, Comandante, no se preocupe”. ¡No! Al ratico estaba el animador, allá: “¡Saludamos y bienvenido, el comandante...”. Me tuve que ir, porque fotos y no sé qué más. “Gracias, gracias”. Bueno, pero todavía de vez en cuando me disfrazo y hasta de Evo.

LA GAROTA

Como una vez una cumbre de presidentes que hubo en Europa, y estábamos los presidentes alineados para la foto. De repente, de allá de entre los periodistas que están con las cámaras y eso, sale una despampanante mujer casi desnuda, ¿cómo llaman?, una *garota*. Yo me reí mucho y aplaudí. Otros se quedaron ahí como paralizados. Vine yo y dije algo que no le gustó a algunos allá: “Lo mejor de esta cumbre ha sido esto”. El único que aplaudió fui yo, “aplaudamos, mira qué belleza”, ¿ah? “Lo único bueno fue la *garota*, que la llevó Néstor Kirchner”, dije yo después, bromeando. Porque ella salió con una pancarta, no me voy a referir al tema de la pancarta. Nadie vio la pancarta.

Bueno, a mí una vez me llevaron a un barrio en Río de Janeiro. Le dije a Lula: “Mira, esto es un atentado”. Nelson Merentes era ministro, estaba a punto de infarto. Yo me controlé ahí más o menos. Era una escuela de samba y salieron unas *garotas* a bailar. Pero demasiado cerca, compadre, demasiado cerca. Yo me puse así, me rasqué aquí, me agarraba allá. Pero ella estaba ahí a medio metro y aquel movimiento, una cosa mágica. Era una diosa y además quería que yo bailara. “No, no, qué voy a bailar yo contigo, sigue tú estremeciendo al mundo”.

MAMADOR DE GALLO

¿Tú sabes qué me pasó ya siendo Presidente? Sequestran aquí, en el llano, a una señora ya de cierta edad. No voy a decir nombre porque hay que respetar, pero el chiste es bueno y fue verdaíta. Una señora como de sesenta años, por ahí, y entonces me llaman unos conocidos. Yo me intereso como en cualquier caso, conozca o no conozca a la persona. Pero una dama, ya de esa edad, uno se preocupa; no que está enferma, pobrecita, ¿dónde la tendrán? Unos bandidos, pues. A los tres días la rescatamos y, según me informaron, no se pagó nada; estaban pidiendo plata. Yo llamo al marido de la señora para felicitarlo y resulta que está bravo conmigo: “Nunca te perdonaré ésta”. Y digo: “Pero qué, yo no tengo la culpa de que la hayan secuestrado”. “No, pero sí de que la hayas rescatado tan rápido”. ¡Miren!, me pasó verdaíta, verdaíta. ¡Claro!, yo creo que él me lo dijo fue mandando gallo. Mamador de gallo.

LA FELICIDAD

La felicidad ja ja ja, me la dio tu amor, jo jo jo. ¿Quién cantaba esa canción? *Hoy vuelvo a cantar gracias al amor y todo gracias al amoor...* ¿quién cantaba esa canción? Cómo no te vas a acordar, Yadira, que tampoco tú eres de los años ‘80. Y “Los claveles de Galipán”: *Con los Claveles Galipán, con los Claveles Galipán ahí van. Son los claveles que se dan en Galipán.* Oye vale, yo viví. Esa es la alegría propia de nuestro pueblo. Allá los amargaos que andan todo el tiempo con la cara así y no sé qué más y ¡fuera Chávez! Qué cosa ser amarga'o, da úlcera, y quita el sueño. Creo que produce hasta impotencia la amargura. Sí, eso está escrito, pregúntenle a los médicos. Pregúntenle a Bianco que él ha hecho estudios de esos y que tiene todos los sábados en la noche un programa en la televisión: “Con sexo”. Hay que verlo y tomar notas. *La felicidad ja ja ja ja, me la dio tu amor, jo jo jo.*

A veces ponen unos programas en algunas emisoras de música romántica y te dicen, con una música de fondo: “A continuación vamos a deleitarnos con una canción de esas que arrancan el corazón”. Y entonces ponen una canción que dice: *Estoy en el rincón de una cantinaaaa. Oyendo la canción que yo pedí. Me están sirviendo ahorita mi tequila y ahí va mi pensamiento rumbo a tí.* O esa otra que dice, todo romántica: *Parece que fue ayer, eras mi novia y te llevaba de mi brazo. Parece que fue ayer, cuando dormido yo soñaba en tu regazo. Soy tan feliz, pues sigues siendo de mi vida la fragancia. En nuestro amor nunca ha existido la distancia, que Dios te guarde por hacerme tan feliz.* Bueno, pues ponen esas canciones y entre una y otra meten el venenito. *Es azul, el amor es azul.* Las muchachas no saben de eso, es cosa de viejos, ja ja ja. Hay Dios mío. *Soy tan feliz, pues sigues siendo de mi*

vida la fragancia. En nuestro amor nunca ha existido la distancia, que Dios te guarde por hacerme tan feliz.

Me gusta mucho esa otra, “Candilejas”; es otra época, el siglo pasado. Ustedes no saben nada de eso porque no habían nacido: *Entre Candilejas te adoré, entre candilejas yo te amé. Aunque sé que nunca volverás, entre candilejas yo te amé, entre candilejas te adoré. La felicidad que diste a mi vivir se fue, no volverá, nunca jamás, lo sé muy bien. Y aunque sé que nunca volverás yo te esperaré en aquel lugar... ¡Sí al amor!. Es más que amor, frenesí.*

ÉXITOS DE SIEMPRE

Por ahí conseguí a mi hija María, hace unos días, muerta de la risa, pero muerta de la risa. “María, ¿de qué tanto tú te ríes?”. “Papá, que estoy oyendo el último disco grabado por ti”. “¿Cómo?” “Sí, éxitos de ayer de Chávez”. La Teresita Maniglia ha montado un disco, vale, como yo canto en estos programas. Yo canto muy mal, pero créanme que lo hago igual. No importa. Entonces la Teresita grabó y aparecen unas rancheras. ¡Ah! que yo cantaba no sé qué más, entonces yo canto una ranchera, “México lindo y querido”, y ella le pone música de fondo.

De repente estoy cantando yo, pero pésimo, y además, para mayor agresión le da continuidad a la canción en la voz de Vicente Fernández. ¡Imagínate!, el contraste entre Vicente Fernández y el desastre de mis canciones. Bueno, y las canciones llaneras y no sé qué más. Por ahí anda ese disco, “Éxitos de Siempre”, Hugo Chávez. Y María muerta de la risa.

CONSTANZA Y OUMARÚ

Había una vez una niña llamada Constanza. Constanza tiene diez años y vive en una bonita urbanización de Caracas. En la mañana se mete bajo la ducha y en quince minutos gasta unos cien litros de agua. ¿Qué te pareció? Ella vive con papá, mamá y sus dos hermanitos. La madre gasta ochenta litros de agua al día en sus labores domésticas, y quinientos litros a la semana para lavar la ropa. Cada día Constanza y su familia gastan unos dos mil litros de agua potable; en un mes sesenta mil litros; en un año más de ochocientos mil litros. Colorín, colora'o, el cuento se ha terminado.

Este es otro cuento. Oumarú es un niño de diez años que vive en un continente llamado África. En la aldea donde vive Oumarú no hay ningún río. Muy temprano, él y su mamá salen de la casa con unos recipientes que llevan sobre sus cabezas. Comienzan una caminata de siete kilómetros que les lleva a un riachuelo. Entre ida y vuelta tardan unas cuatro horas. Oumarú y su mamá se bañan en el riachuelo y la madre

aprovecha para lavar la ropa. De regreso, bajo el ardiente sol, traen unos seis litros de agua no potable. Con esa pequeña cantidad de líquido cocinan los alimentos, sacian su sed y hacen las tareas domésticas. Caminan unas mil trescientas horas al año para buscar agua; en un año consumen unos dos mil litros. Al otro lado del mundo una niña llamada Constanza y su familia gastan esa misma cantidad en un solo día. ¿Qué les parece? Colorín, colora'o el cuento se ha terminado.

Bueno esto tiene que ver un poco con las realidades del mundo. Terminó el comentario diciendo lo siguiente: uno que ha tenido la ocasión de visitar países como Arabia Saudita, Irán, Irak, Libia, para ellos un pocito de agua vale oro. Nosotros fuimos favorecidos, por la mano de Dios y de nuestra naturaleza, que tenemos ese gran Orinoco, Apure, Arauca, Capanaparo, Caroní, Caura, y grandes lagos. Somos uno de los países que tiene más agua dulce en el mundo. No la malgastemos. Cuidémosla y cuidemos con ello el equilibrio en el mundo.

LLEGÓ EL MEME

Yo no sé hasta dónde hubiese llegado mi estado de salud aquella madrugada en que me picó un gusano. No le hice caso, incluso, más bien lo aparté. Puse el gusanito por allá, pobre gusano, parece que tenía frío y yo le puse la mano a un lado, a una piedra y, ¡tan! Apenas sentí como la picada de un zancudo. Pasan como diez minutos y comienzo a sentir un dolor muy intenso. Pocos dolores en mi vida he sentido así. Y se fue paralizándolo la mano. Yo todavía la movía, me golpeaba la mano, cuando siento que entonces comienza el veneno a subir por acá, me llega por aquí, ahí me preocupó. Yo siento que se me va durmiendo el brazo, me llega al hombro y empieza a extenderse así al pecho, menos mal que era del lado derecho. Como yo fui enfermero en la Academia Militar, a uno le daban un curso de un mes para ir a una maniobra. Yo andaba con un maletín, con una cruz roja. El que se me atravesara lo inyectaba o le mandaba una pastilla negra que me dieron ahí. Eso sirve para todo. Entonces tengo nociones de

primeros auxilios que a uno le dan en el Ejército. Cuando yo sentí que esto empezó a pasar para acá, dije: “¡Ay, mamá!” Si me agarra la vía respiratoria y se tranca uno aquí, puede haber un paro respiratorio y más acá está el corazón.

Entonces fue cuando llamé a los muchachos que estaban de guardia y apareció Barrio Adentro, apareció el “Meme”. Él llegó corriendo allá. No lo conocía, yo estaba retorciéndome del dolor, agarrándome aquí, buscando hielo. Eran ya como las dos de la madrugada, y llegó Meme. “¿Y qué le pasó, Presidente?”. “¿Y quién eres tú?”. “El Meme soy yo”, me dijo. “¿Y de dónde vienes tú, Meme?”. “No, yo soy médico cubano”. “Muchacho, ¿y cómo te consiguieron?”. “Bueno, yo estaba por allí en una reunión, es que ando con un grupo allá en el hotel”. Y allá llegó Morales y se lo trajo. Inmediatamente le dije: “Mire, me picó un gusano”, y pasó esto, ta, ta. Me inyectó, me aplicó hielo, primeros auxilios, pues, y se detuvo el avance. Yo no sé hasta dónde eso ha podido llegar.

CON VERRUGA Y TODO

Es tremenda película, la recomiendo. Yo veo mucha película de madrugada, me acosté como a las tres pero a las seis ya estaba despierto. Ahora, fíjense, ¿qué pasó? El niño incluso admira al ladrón. El juego es de robar bancos y mientras tú mates más y más sangre haya, más puntos ganas, eres campeón. Mientras más policías mates y mientras más dinero robes. ¡Díganme ustedes, si esos no son los videojuegos que juegan los niños! Sí, yo a mi hijo, hace varios años —todavía estaba pequeño— lo conseguí un día jugando. Me senté a ver y le dije: “Oye, pero qué jueguito”. Incluso un día él me llamó y me dijo: “Papá, conseguí uno donde tú eres el blanco”. ¡Hicieron un juego donde Chávez era el blanco! ¡Había que matar a Chávez, con verruga y todo!

LOS JAMAQUEO

Yo tengo una dicha, que la gente no me dice Presidente, sino Chávez. Y de repente me di-

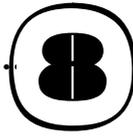
cen: “¡Eje!, Chávez”. Así me dicen y yo respondo igualito, así como uno gritaba en el llano de una esquina a otra. De repente, hay un autobús lleno de soldados y tú sabes que el reglamento dice que el soldado ve al Presidente ¡Alto!, y frente. Si el Presidente viene caminando, darle el frente al Presidente y saluda de una vez, firme como una espiga. Ahora los soldados hacen igualito que la gente: “¡Eh, Chávez!” y sacan el casco así por la ventana del autobús y yo, feliz, les grito: “¡Ey!” y les digo: “Bueno, vale, ustedes están muy tiesos”. “¿Qué pasó?” y me les meto y los ‘jamaqueo’.

PATARUCOS

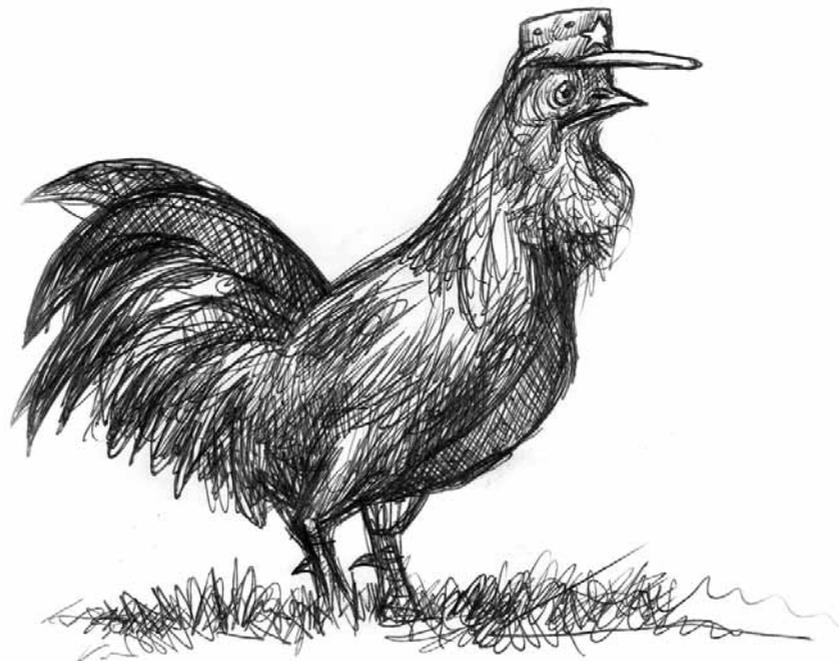
Les doy la bienvenida a los candidatos presidenciales que están saliendo. Ojalá que no salgan “patarucos”, que no vayan a salir corriendo, como un gallo que tenía mi papá. Eso fue en Santa Rosa de Barinas, en unas fiestas patronales. A mi papá le prestaron un gallo, no era de él, mi papá nunca tuvo gallos. Entonces va con el gallo y uno ilusionado. Y Papá: “Este gallo no pierde, este gallo es bueno, me lo prestó mi compadre Julián”, y no sé qué más. Había un gallo apureño ahí que se veía bueno. Vengo yo y apuesto el bolivita, el único que tenía para la fiesta, para comprar helado y dulces y el algodón, ese de azúcar, y montarme en la rueda de la luna, una cosa de esas. Apenas mi papá se agacha y pone el gallo, yo pensé que ya le saltaba encima. ¡El gallo de nosotros pegó un solo brinco y salió de la gallera, chico! Hubo que perseguirlo por la calle, “¡párate gallo!”. El gallo pasó la esquina. Bueno, ojalá que los candidatos no vayan a hacer como el gallo aquel de mi papá. Vamos hasta el final, hasta el día, y que hagan lo normal.

NO VOLVERÁN

Imagínense que esa gente regresara a gobernar el país, sería el caos más grande. Por eso más nunca volverán. Volverá Rintintín, volverá Supermán, volverá Tarzán y puede ser que vuelva Kalimán. Pero, esa gente, no volverá. ¡No!



FIDEL



UNO BARBUDO

Yo era un niño de ocho años, quizá menos, cuando comencé a oír hablar de un tal Fidel, de uno barbudo. Porque en mi casa, tú sabes, en un pueblo muy pequeño, mi papá, maestro, muy dinámico siempre. Era deportista, jugaba softbol, jugaba bolas criollas. Era parrandero, tenía muchos amigos, y la casa se la pasaba llena de amigos. Un tal John con una guitarra, y daban serenatas; mi mamá a veces se ponía brava, ¿no? Y la casa de mi abuela, que quedaba ahí, yo vivía en la casa de mi abuela, a media cuadra. Uno estaba ahí, como dos casas en una.

Llegaba mucha gente, mi tío Marcos Chávez, que era adeco y trabajaba en Barinas, era romulero, sigue siéndolo. Él me dijo en estos últimos años: “Hugo, yo sigo siendo romulero, pero ahora estoy contigo”. Romulero con Chávez. Y mi papá andaba con el grupo aquel que se salió de Acción Democrática y formó el MEP, el Movimiento Electoral del Pueblo. Y unos amigos de mi papá se fueron para la guerrilla. Recuerdo que al médico del pueblo se lo llevaron preso y después se fue para la guerrilla. El padrino de mi hermano Nacho se fue para la guerrilla.

Mi papá se la pasaba parrandeando en el botiquín de Francisco Orta, en Los Rastrojos, a mí me gustaba ir con él. Me quedaba afuera jugando metras, pero escuchaba lo que allí hablaban los Orta, de una guerrilla. Hablaban de

un tal Fidel, y vi la foto de Fidel. ¡Imagínate los años que han pasado! Yo recuerdo, Fidel, tu entrada por Sabaneta y cuando te vi entrando —te agachaste— a la casita pequeña donde nosotros nos criamos. ¿Cuántos años después? Medio siglo después. Y yo decía: “Increíble, pero es cierto, ese es Fidel Castro”. Cuando yo era niño en esta misma casa oía hablar de un tal Fidel y ahí va Fidel.

NO QUERÍAN QUE VIERA A FIDEL

Una madrugada, caminando por Miraflores, merodeando por ahí, llego a la central telefónica y está un muchacho medio dormido: “¡Epa!, ¿qué fue? ¿Qué llamadas hay por ahí?”. Y me pongo a leer el libro de llamadas. Consigo como tres o cuatro llamadas de Fidel Castro. Fidel llamando, que quería hablar algo conmigo. Cuando yo recibí el Gobierno, el 2 de febrero, Fidel estuvo aquí hasta el 4 de febrero. Recibí en ese despacho a no sé cuántos presidentes. Vino el colombiano, vino el Príncipe de España, vino la Presidenta de Guyana, vino Menem, casi que vino Carlos Andrés Pérez. Pues, me decían: “Esto es lo que está en la agenda”, “esto fue lo que se coordinó”. Yo era un ingenuo, yo era un nuevo: “Ah, bueno, está bien, que pase”. “Que ahí llegó Menem”. “Ah, bueno, que pase”. Y resulta que me entero, después del desfile

que hicimos el 4 de febrero, allá cuando entregamos el estandarte a los batallones de paracaidistas, que habían eliminado el batallón Briceño. Llego aquí y prendo el televisor después del desfile, y veo que está alguien, un funcionario de Cancillería —ni siquiera el Canciller— despidiendo a Fidel en el aeropuerto. Fidel con su uniforme. Yo lo veo que se monta en el avión, y digo: “¡Dios mío!, Fidel estuvo aquí todos estos días y yo no lo he recibido”. Sencillamente no querían que yo recibiera a Fidel. Era Menem, era el secretario de la OEA, era el *establishment*, solo que yo —veguro al fin— me fui dando cuenta, y también empecé a hacer mi jueguito. Hasta que ese jueguito llevó a la confrontación inevitable, al golpe del 11 de abril y al contragolpe revolucionario

EL ÚNICO DIABLO

Yo, en verdad, a la hora de las reuniones de presidentes, me sentía muchas veces como un solitario, hasta que empezaron a llegar compañeros. Recuerdo la primera Cumbre de presidentes en la que coincidí con Fidel. Fue en el ‘99 y después de una intervención que hice, Fidel Castro me envió un papelito hecho a mano, diciéndome: “Chávez, siento que ya no soy el único diablo en estas cumbres”. Los dos estábamos como que desentonábamos.

ESTO NO TERMINA HOY

Yo no sé cómo hizo Fidel el 11 de abril para lograr romper el cerco comunicacional cuando el golpe. Habían tumbado casi todas las líneas telefónicas del Palacio, era casi imposible llamar por teléfono a nadie. Pero Fidel, guerrillero al fin, logró conectarse y pudimos hablar el 11 de abril, antes de yo ir a Fuerte Tiuna y ser hecho prisionero. Recuerdo las palabras de Fidel. Él no nombró a Allende en sus palabras, pero yo sabía que me estaba hablando de Allende porque Fidel vivió el drama de Chile y el golpe, y el dolor de saber y de ver muerto a Allende, y perseguido y dominado el pueblo chileno, la Revolución Chilena. Entonces me dijo: “Chávez, no te vayas a inmolar”. Recuerdo clarito que me dijo: “Una última cosa, Chávez, porque no hay mucho tiempo de seguir hablando”. Porque ustedes saben que cuando él y yo nos pegamos a hablar, hablamos a veces horas y horas.

Un día, en La Habana, hablamos desde las tres de la mañana —no vayan ustedes a pensar que estoy exagerando—; una mesita, un vino cubano, dos sillitas y nos sentamos los dos solos. Y los compañeros por allá, unos duermen un rato, se levantan otra vez, van, caminan, nos traen papeles. Yo aterricé como a las dos, él como siempre, estaba esperándome en el aeropuerto, nos fuimos a Palacio y empezamos a las tres. Ustedes saben a qué hora nos paramos, pero sin interrupciones, no nos paramos a nada, a las doce del mediodía nos paramos. Recuerdo que me puso la mano aquí y me dijo: “Chávez, nos moriremos de cualquier cosa, menos de la próstata”. Porque no nos paramos a pesar de que nos tomamos varias copitas del buen vino cubano ese.

Entonces esa noche del 11 de abril, cuando el golpe, me dijo: “No hay mucho tiempo de hablar, Chávez”. Me preguntó varias cosas, “¿Cuántas tropas tienes?”, “¿cuántas armas tienes?, dónde esto, dónde está aquello”, bueno y él pensando allá con su experiencia. Y me dijo: “Una última cosa te voy a decir, no te inmoles, que esto no termina hoy”. No le faltó razón.

HASTA QUE SE LEVANTE

A veces uno aguanta calla'o, pero hay momentos que no aguanta más. Por casualidad, Fidel se enteró de que yo estaba en un chinchorro, echa'o, como decimos en el llano. Creo que andaba también enfermo un poco del alma, después del golpe y todos aquellos largos días de mucha tensión. Hay un momento en el cual yo enfermé, ¡pum!, un día, dos días, tres días, y Fidel mandó uno de sus médicos que tiene con él muchos años, y otro grupo más. Les dijo: “Ustedes no se vienen de allá hasta que Chávez no se pare del

chinchorro ese que tiene guindado”. Y llegaron: “Que tenemos una orden, no nos vamos de aquí hasta que usted...” Bueno, me levanté a los pocos días.

“DOS TIPOS QUE ANDAMOS POR AHÍ”

Lo que me dijo Fidel un día por teléfono: “Chávez, ¿dónde estás tú ahora?”. “No, salí a caminar por aquí”. “Ah, bueno, andas por ahí”. Y me dijo para despedirse: “Bueno, yo también ando por aquí, y es que tú y yo, Chávez, no somos presidentes, sino somos dos tipos que andamos por ahí”.

ALLÁ ESTÁ VIÉNDONOS

Fidel seguro nos está viendo. Fidel no nos pela. Fidel nos observa tanto que el año pasado tuve un problemita en una muela, por aquí. Pero ustedes saben que yo no puedo pararme. A veces ustedes me ven aquí sentado y no saben las procesiones que uno carga por dentro. Pero tengo que estar siempre aquí y siempre con ustedes, hasta que Dios quiera. Entonces yo andaba con un dolor, una molestia que duró como una semana. Fidel se dio cuenta y preguntó allá: “¿Qué le pasa a Chávez?”. “¿Qué le pasa a Chávez que anda con una risa rara?”. Y mandó a buscar fotos y un video. “Algo le pasa a Chávez”. Bueno, llamó para acá y como aquí está Barrio Adentro. “¿Qué?, explíquenme”. Por fin le explicaron que es una muela, que no aguanta la muela, que no sé qué más. Allá está Fidel viéndonos.

YO LE TIRÉ PIEDRAS A FIDEL

¿Tú sabes ese cuento? Yo le tiré piedras a Fidel, duro, ¿verdad?, porque no quería dejar de hablar. El sol se ocultaba. El presidente Fernando Henrique y yo teníamos que ir a Boa Vista en helicóptero. Y Fidel habla que habla. Estaba dando una clase de la soya y de la vaca mecánica, aquella que Brasil le mandó una vez a Cuba, que no sé cuántos litros de soya producía. Bueno, él estaba dando una clase, una señora clase. Pero es que el tiempo no daba, y yo empiezo a tirarle piedritas. ¡Paqui!, le pegaba. Hasta que le pegué en un tobillo y le dolió, porque dejó de hablar. Estaba cumpliendo años Fidel ese día, setenta y cinco años. Fue un 13 de agosto.

FUE BOLA, CHICO

Fidel, ¿how are you? En verdad eso fue bola, era muy alta y Fidel estaba agachadito. Fue por el pecho. Reconozco cinco años después que fue bola.

Cuarta bola, base por bolas. Fidel, en la próxima te poncho. Hace poco Fidel me llamó y me dijo: “Mira, ¿cómo está tú nieto Manuelito?”. Porque Fidel conoció a Manuelito chiquitico y lo cargó. Lo levantó así, y el carajito, que tenía como tres meses le engarzó la barba, le agarró aquí la barba y no soltaba. Los niños chiquiticos aprietan duro, ellos no sueltan. Y... “con cuidado ahí”, “espérate, la barba”, “que me va arrancar”, “se llevó un pelito ahí”. Fidel le dijo: “Tú eres un tipo de cuidado”. Hace poco me preguntó cómo está “el tipo de cuidado”. “Me dijeron que batea muy duro, juega béisbol, pero no corre para primera”. Es verdad, él batea y se queda parado. Entonces, yo le digo a Fidel: “Bueno, al revés que tú, que tú no bateas, te ponchas, pero sales corriendo para primera”. Y me dijo: “Eso es lo que tú cuentas, pero tú sabes que no fue así”. Es verdad, Fidel, fue bola, chico.

PARARME EN UNA ESQUINA

Ahorita, cuando me bajé del carro, allá en la esquina, había un poste amarillo y miré la calle larga que va para allá, la avenida Panteón. ¿Sabes a quién recordé? A Fidel. Fidel, ¡qué tal! ¿Dónde está Fidel? Allá está. ¿Qué hubo? ¿How are you? Un día Gabriel García Márquez lo entrevistó y le dijo: “Mira, Fidel, ¿qué es lo que tú más añoras en tu vida?”, después de que le hizo no sé cuántas preguntas, una pregunta sencillita. Entonces, él dice: “¡Ay!, cómo añoro pararme en una esquina, a mirar la gente pasar”.

VAMOS A PONERLE CUIDADO

Le dije a Evo como diez veces: “Evo, no hablemos, porque Fidel nos está mirando mucho”. Estaba Fidel en pleno discurso en la Plaza de la Revolución, aquello *full*. Y Evo a cada rato: “Chávez, ¿qué opinas tú?”. Y yo: ta, ta, ta, rápido. No le pelaba la vista a Fidel, porque yo lo conozco. Y el Evo otra vez: no sé qué más, ta, ta, ta. Y yo: ta, ta, ta. Yo que le estoy diciendo: “Evo, vamos a ponerle cuidado a Fidel”. Ya Fidel no aguantó más, porque nos estaba mirando a cada rato hablando ahí, y dice: “Ustedes dos tienen mucho que hablar, ¿no?. Ustedes dos tienen mucho que hablar, más tarde hablamos”. Así están Diosdado y Elías, tienen mucho que hablar. Más tarde hablamos, ¡ajá!

EL BANDIDO

Hace poco estábamos allá el día del cumpleaños de Fidel, estábamos echando cuento, y dice Fidel: “Oye, ¿te acuerdas cuando nos botaron a los tres de la escuela?”. El director, el cura, mandó a buscar a don Ángel, el padre, y le dijo: “Mire, señor,

hágame el favor y se lleva a estos tres niños que son los tres más grandes bandidos que han pasado por este colegio”. Raúl, que estaba sentadito ahí, tomando nota a unas cosas, yo por acá y Fidel ahí. Entonces, Raúl dice: “Chávez, saca la cuenta, Ramón es el mayor, ese no se mete con nadie, yo era el chiquitico. ¿Quién queda?, ¿quién queda?”. El bandido, él, Fidel.

¡GALLO VIEJO, VENCEREMOS!

A mí me regalaron dos pollitos, así chiquiticos, hace como tres años. Salieron tremendos gallos, compadre, pero peleaban entre ellos. Uno salió herido, se lo llevaron, no volvió. El otro está allá, es un gallo viejo. Ayer yo estaba peleando con él porque ya no quiere cantar, y le digo: “Gallo viejo, canta”. Cómo cantaba ese gallo, compadre. Ese gallo se llama Fidel. “Fidel, canta”, y no cantó. Entonces, empecé a cantarle “kikirikí”, y el que respondió fue su hijo, un gallo rojo. ¡Si ustedes vieran mi gallo, compadre! Ese se llama el Gallo Rojo, ese sí estaba cantando, el hijo. Y yo le digo al gallo viejo: “¡Ah, gallo viejo!, ya no sirves para nada”. Entonces, me fui caminando, porque estaba haciendo ejercicios. Cuando voy saliendo del patio, allá arriba en una azotea, cantó el gallo viejo, compadre. Volteo yo y le digo: “¡Ese gallo viejo, venceremos!”. Y ahí se puso a cantar.

UN SABIO

Fidel que está viendo todo, cada día es más sabio. Yo le dije: “Oye, Fidel, ojalá que tú me sobrevivas, que vivas más que nosotros”. Entonces, él dice: “Bueno, la probabilidad indica que a lo mejor, quién sabe”. Ahora dedicado a la reflexión, al pensamiento, ya no está directamente en la calle, allá. Está es pensando, escribiendo, estudiando. La sabiduría le ha crecido como la barba blanca. Yo estuve oyéndolo más de seis horas, casi sin interrumpirlo, una pregunta, un comentario. Un sabio. ¿Sabes qué me dijo Fidel? Bueno, les voy a decir esto porque es una crítica, pero él tiene razón, y yo me siento obligado a hacerla pública.

Él me lo dijo con mucho respeto: “Chávez, ¿tú me permites que te diga crudamente dos o tres cosas?”. Le dije: “Tú tienes autorización para decirme lo que tú quieras”. Y me dijo: “Dos cosas inicialmente”. Y él hace notas, cada vez que yo voy para allá, Fidel hace notas, se pone a trabajar tres, cuatro días esperándome, y saca su papel. Me dijo: “Mira, una conclusión que he sacado, tú dijiste en el discurso...”. Y peló por el discurso, el discurso mío lo tenía completo, y un resumen, y analizado por su propia letra, notas y números. Me dijo: “Tú dijiste en tu discurso una frase, una cifra, que

hace diez años había en Venezuela seiscientos mil estudiantes universitarios, hoy hay dos millones cuatrocientos mil”. Eso es cierto, un crecimiento de cuatrocientos por ciento. Pero él tenía una lista larga de avances en educación, de salud, todo lo que hemos logrado, los avances sociales en estos diez años. Y me dijo: “He sacado una conclusión, Chávez. Ninguna Revolución que yo conozca, ni la cubana, logró tanto por su pueblo en lo social, sobre todo en tan poco tiempo como la Revolución Bolivariana”. ¿Saben cuál es la segunda? Así me lo dijo: “He concluido que ustedes no quieren sacarle provecho político a estos avances sociales”.

La frase suena duro, “no quieren”. Uno puede pensar que es que no podemos. Es decir, transferir con la misma intensidad el beneficio social, todo lo que hemos logrado, al capital político. Entonces, la conclusión es dura: que no queremos, ¿ves? Y tiene también mucho de que algunos es que no saben. Hay que aprender, que la gente perciba todo lo que la Revolución ha venido transfiriéndole al pueblo, y compare con el pasado. Y algo más importante, ¿qué pasaría si la contrarrevolución vuelve al gobierno en Venezuela?

A VECES RELLENAS

A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. A Fidel lo que es de Fidel. Él me dijo cuando nos despedíamos, después de siete horas, el abrazo y la mirada de águila, parece un águila, y la nariz tú sabes. Y las dos manos aquí en los hombros míos, y así la mirada, tú sabes: “Chávez, allá está la batalla, ya yo cumplí lo que tenía que hacer. Te queda largo camino por delante, anda a la batalla, une a tu pueblo, que no te lo dividan más, que no te lo confundan más, une a los que están por ahí peleando”.

Porque él los ve desde allá y sabe a veces hasta más que yo de corrientes internas, y tal. Cada vez que voy me lo repite. Cada vez que voy y vengo es alimentado, como un dinamo. Pero esa mirada a mí nunca se me olvida, “Chávez, anda, hice lo que iba a hacer”. Perdóname Fidel que yo eche estos cuentos. Tú me dijiste un día que todo lo que tú me dijeras, a menos que fuera secreto, por secreto de Estado, yo puedo contarlo: “Haz con eso lo que tú quieras, lo escribes o lo dices, como tú quieras”. Él dice que yo a veces le agrego cosas. Ahorita le dije: “No, yo no le agrego”. Entonces, dijo: “No, no le agregas, sino que a veces rellenas”.

ABSUELTO POR LA HISTORIA

Fidel Castro, hace poco tú dijiste algo que a mí me honra muchísimo y me compromete mucho más. Tú dijiste en el discurso del 26 de julio,

precisamente comentando que nos acusan a ti y a mí de desestabilizar el continente, de andar haciendo travesuras, nos condenan. Rememorando tu discurso, tu defensa, dijiste: “Si el presidente Chávez lo aprueba, respondo”. Y afirmaste: “No importa, condenadnos, ¡la historia nos absolverá!”. Yo quiero, a nombre de todo el pueblo venezolano, y desde mi alma, decirte que me honras con todo eso. Pero al mismo tiempo, decirte que, tú, Fidel, dijiste aquello cuando yo no había nacido. Ahora tú me has incorporado. Como hacía aquel personaje de la novela de García Márquez, “Cien años de soledad”, José Arcadio Buendía: inventó la máquina del tiempo, inventó un rayo como un arma de guerra y fundó Macondo. Bueno, tú inventaste la máquina del tiempo y me metiste a mí, cuando yo no había nacido. Pero más que eso debo decir lo siguiente, en justicia, aunque tú lo apruebes o no lo apruebes. Tú dijiste eso hace cincuenta y dos años, ve, yo tengo cincuenta y uno. ¡Ajá! Estaba preñada mi mamá cuando tú dijiste eso.

Fidel Castro tuvo razón hace cincuenta y dos años. Fidel Castro ya ha sido absuelto por la historia, ¡pero yo no! ¡Ojalá, Dios quiera! Ojalá pudiera sentir algún día que he sido merecedor de esa frase de Fidel Castro, y como humilde soldado que es lo que soy en esencia. Por eso me traje mi uniforme de campaña, para compartir este día contigo, porque este es un día de esencias, y yo, en esencia, lo que soy es un soldado. Ojalá que este humilde soldado, campesino que soy, algún día pueda ser absuelto por la historia, por los pueblos, estar a la altura de la esperanza y del amor de un pueblo.

TÚ NO TIENES ESCAPATORIA

Fidel es uno de los que más me ha hablado de eso en todos estos años y ahora, tras siete horas, que le dije: “Fidel, anda, descansa, yo voy a descansar también”. Siete horas. Me dijo: “No, no, siéntate un ratico más”. Un ratico más es de dos horas más. “Un ratico más. Dale café”. “Dame café”. “¡Dios mío!, más”. Y además es que lo razona, lo razona así, saca papeles, una hora y la otra hora y la otra hora. Me dice: “Chávez, tú no tienes escapatoria, como yo no la tuve”, y por esto y por esto. Fidel afirma, hoy más que ayer, que si Hugo Chávez desaparece, esto suena duro, como si yo fuera muy grande. No, yo no, yo soy nada más así chiquitico.

Pero hay un serie de consideraciones que él expone y yo he terminado compartiéndolas, que a mí me obligan a estar aquí yo no sé por cuánto tiempo más. Lo sabrá Dios y lo dirá el pueblo, ¿verdad? Fidel que ve al enemigo batallando sin descanso, las siete bases militares, el ataque de los paramilitares, los temas que nos afectan, la inseguridad, estos temas eléctricos, el tema del

agua, etcétera. Entonces, él dice: “Chávez, la guerra tuya es muy distinta a la mía. Aquí mis enemigos más acérrimos se fueron, están en Miami. Allá tú los tienes en tus narices. Tú Miami está allá Chávez”.

“Hace rato —me dice— que yo puse distancia con el enemigo, tengo una distancia. Tú no, tú lo tienes ahí al lado, convives”. “Durmiendo con el enemigo”, dice una película por ahí, ¿verdad? “Está ahí, entonces es una guerra muy distinta”. Me dice: “Yo no sé cómo hubiera hecho si me hubiera tocado la tuya. Aquí hicimos la nuestra, pero la tuya es más difícil por esa razón”. Me dijo también lo siguiente: “Es bueno que le digas a tus cuadros, al partido, dile al Congreso, Chávez, una cosa por si no se han dado cuenta, sobre todo algunos que pudieran dejarse llevar por ideas”. Dice lo siguiente, algo que yo aprecio de aquí, y la historia lo demuestra: “Mira el caso de Pinochet, ahí no perdonaron a nadie”. Me dijo: “Mira, si es que la contrarrevolución logra arrebatarte a ti, sacarte a ti de ahí y arrebatarte al pueblo el poder, la persecución y el arrase será general. Ahí no van a perdonar a nadie”.

LA CASA DEL CHE

Dígame cuando fuimos con Fidel a la Universidad de Córdoba. ¡Qué cosa tan extraordinaria, aquella masa de gente, Dios mío!, y sobre todo gente muy joven. Yo no quise hablar mucho. Le dije a Fidel: “Aquí tienes que hablar tú”. Él es el “papaúpa”. Hablé una hora, pero había que darle la entrada a Fidel. Tres horas habló Fidel, con una gran capacidad, gran coherencia en sus ideas, sus reflexiones. De ahí no se movió nadie. ¡Y estaba haciendo un frío terrible!, soplaban mucha brisa fría, aquella noche en Córdoba.

Al día siguiente, en otro momento memorable, inolvidable, fuimos a la casa donde se crió el Che Guevara, allá en Alta Gracia, muy cerca de Córdoba. Recorrimos juntos una hora por carretera, viendo la campiña argentina. Pasamos la tarde en la casa donde vivió el Che, apareció un grupo de amigos del Che, amigos de la infancia, pasamos un rato inolvidable. Cuando usted conozca a Fidel Castro, le va a hacer cien preguntas en los primeros cinco minutos. Él quiere saber de todo. Entonces estaba allí la señora de la casa donde vivió el Che, que hoy es un museo, explicándonos, y mucha gente. Y la señora explicando: “Mire, esta es la foto del Che”, y no sé qué más.

Fidel le preguntó: “¿Y esta casa la construyeron en qué año?”, “¿para qué la construyeron?”. Y la señora empieza: “Bueno, la construyeron, para...”; ella quería explicar las cosas del Che Guevara, pero Fidel, no. Fidel quería era saber cuándo construyeron la casa, de dónde es la madera con la que la construyeron, quién fue el primer habitante. Y la señora buscando las respuestas

ahí. Pero lo cumbre fue cuando yo tuve que intervenir en defensa de la señora, porque la estaba masacrando, de manera inclemente, el preguntador infinito que es Fidel Castro. Como la señora le respondía todo, él tenía que buscar la manera. Como me dijo una muchacha un día: “¡Usted me quiere raspar!”, porque yo le pregunté no sé qué cosa, como que fue en un Aló Presidente.

Entonces, Fidel le pregunta, y la señora dice: “Esta casa la construyeron para los gerentes del ferrocarril en 1914”. Viene el muy fastidioso de Fidel, y le pregunta lo impreguntable. Yo le dije: “Pero, ¿cómo tú le vas a preguntar eso?”. Entonces, le dijo: “¿Cuánto costaba el pasaje en ferrocarril —en aquel tiempo!— de Buenos Aires a Córdoba?”. Ahí fue cuando yo intervine, no aguante más, le dije: “No, chico, pero deja quieta a la pobre señora”. La abracé y le dije: “¡Déjala!”. Porque ella estaba ya preocupada con tantas preguntas. Le dije: “Bueno, déjala que nos explique aquí, vale”. Aquí vivió el Che. Señora, díganos: ¿Cuánto vivió el Che aquí?, ¿dónde dormía? Llévenos.

Fidel andaba con una gorrita de esas que andan por ahí. No voy a mencionar lo que dice porque estamos ya en campaña electoral. Entonces, Fidel andaba con gorrita roja. ¿Tú la has visto? Yo le dije: “Fidel, ¡que eso es intervencionismo, chico! Tú no puedes meterme en las cosas de Venezuela”. Ahí anda, míralo, ahí va, esa es la casa del Che Guevara, mira. Ahí está la señora, ¡mira!, Ahí está preguntándole. Esa es la cama del Che, ahí dormía cuando era niño, tenía como cinco años. Mira la cara que tiene el Che, era bravo el niño. Y Fidel es implacable, haciendo preguntas: “¿Cuánto costaba el pasaje de Buenos Aires a Córdoba?, ¿cuántos vagones tenía el ferrocarril?, ¿a qué velocidad iba?” Mira a la mamá del Che, mira la cara de esa mujer, ¿ah? ¡Qué cara!, ¿no? ¡Qué carácter! Esa es la hermana mayor, está viva. La otra niña, la chiquita, ya murió. Ahí está la embajadora de Argentina en Venezuela. Mira, Fidel buscando la vuelta pa’ preguntar, porque es un preguntador que no tiene límites, vale. Mira, yo estoy tratando ahí de desviarlo, pero él no, él estaba era con la pobre señora. Ese fue un día memorable, inolvidable, grandioso, de mucho sentimiento.

REGALO DE CUMPLEAÑOS

Dos días antes de su repentina enfermedad recibí esta nota de Fidel en Moscú. Me mandó un mensajero con esta nota. Casualidades, ¿no? Fidel es un detallista insigne. El regalo de mi cumpleaños me llegó a Moscú el día de mi cumpleaños. Él es así, tiene que llegar el día, no un día o tres días después. Él mandó a alguien a llevarme mi regalo y me lo entregaron el 28 de julio con una carta, y además una nota de puño y letra, cosas que no puedo leer aquí.

Ustedes saben que yo estaba en Buenos Aires con un mal de estómago el día que salí por ahí, cuando iba caminando con Kirchner. No sé qué me cayó mal, creo que fue en el avión, ¡pero terrible! andaba grave, haciendo un esfuerzo. Entonces, en la noche veo a Fidel, él me receta y me dio una cosa que él prepara, que llama “tsunami”. Me tomé dos “tsunami”, casi que un castigo. Y otra, una crema de arroz fría, esa sí me cayó muy bien, pero él la sabe preparar y la carga ahí.

Entonces, me puso a tomar crema de arroz fría y después el “tsunami”. En la mañana me mandó para el desayuno otro “tsunami” y otra crema de arroz fría. Él tiene la falsa idea de que yo como mucho. No, yo no como mucho. Entonces, aquí me pone:

Espero que hayas podido dominar tu feroz apetito —¡feroz apetito!—, y preserves lo más posible tu bienestar, que es imprescindible para el éxito de la gira. Te escribo estas líneas sentado en la cama y sin sueño, perdona la caligrafía, un millón de felicidades por tu cumpleaños. Saludos a todos. Un abrazo. Feliz sobrevuelo por encima de esa encendida región del Oriente Medio. ¡Hasta la victoria siempre! Fidel Castro, julio 25 del 2006, a las 7 y 38.

ME SORPRENDIÓ LA ENFERMEDAD

A mí me sorprendió la enfermedad de Fidel. Yo estaba en Vietnam, una gira. Tú sabes que ahí uno no descansa, eso es termina un evento y va el otro, y al día siguiente para otro país. Nosotros llegamos a Vietnam, pasamos el día con el Presidente, una cena nos ofreció. Y nos fuimos a descansar un poco como a la media noche. Pero muy temprano había que estar ya listo, a las siete de la mañana, para rendir honores al Monumento de los Mártires y después ir al mausoleo donde tienen a Ho Chi Minh; intacto lo tienen, al camarada, al Tío Ho. Después, las reuniones con el presidente y salir de Vietnam. Nos tocaba volar como catorce horas hasta África. Entonces, me levanto, voy al baño, me estoy vistiendo, prendo el televisor. Los muchachos se llevaron un equipito que tú lo conectas con el televisor y tú ves en la pantalla grande Venezolana de Televisión en vivo, por Internet. Bueno, así que yo pendiente del país.

Estaban dando “La Hojilla”, en vivo, eran las seis de la mañana en Hanoi. Cuando me estoy poniendo la camisa ahí, prendo el televisor y veo al asistente directo de Fidel, leyendo algo. Iba por la mitad, así que no oí lo primero, peor para mí, porque digo: ¡Dios mío! ¿Qué pasó aquí? Yo dije: “Es que estoy soñando”. Yo oigo cuando leen: “Le transfiero el poder...”, tal, y tal, pero no oigo la causa. ¡Cónchale! ¡Dios mío!, y ya no

tenía tiempo porque tenía que salir de inmediato. Empiezo a llamar, andaba mi hermano Adán con nosotros en la gira, que es embajador en La Habana, como tú sabes, y le dije: “Adán, quédate, porque yo tengo que irme”. Pero, ¿cómo me voy, con esta angustia? ¿Qué pasó en Cuba? Yo no sabía más nada.

Y Adán se quedó en el hotel haciendo las llamadas. Y le dije: “Tú me alcanzas más adelante y me dices algo, por favor”. Así que yo llegué a la plaza aquella de los mártires y después nos fuimos a ver al camarada Ho Chi Minh. Imagínate el impacto mío cuando veo a Ho Chi Minh, y yo en la cabeza: “¡Dios mío, yo no te quiero ver así, Fidel!” Y Adán llegó luego y me explicó. Bueno, después yo pude hablar con algunos de los compañeros en Cuba y me quedé un poco más tranquilo, pero por supuesto, muy preocupado todos esos días y noches de la gira.

¡EL COLMO DE LOS COLMOS!

El próximo domingo es trece. Bueno, será un Aló Presidente especial, dedicado a tu cumpleaños, Fidel, ochenta años. Hay que recordar que Fidel, precisamente aquí en el estado Bolívar, cumplió setenta y cinco. ¡Ah!, esa vez me tenía loco a preguntas. Él empezó a preguntar y a preguntar, y yo te mandé a llamar a ti (gobernador Francisco Rangel), y después tú mandaste a llamar a un técnico, porque él quería saber. Bueno, primero el tendido eléctrico, que lo inauguramos el día siguiente. Él estuvo preguntando cuánto valía un kilovatio, en cuánto salió construir cada torre, en cuánto salía el kilómetro de cable, cuántos cables eran, la tensión de los cables, cuántas to-

rres, bueno, y a cuánto le vendíamos a Brasil el kilovatio por hora.

Ahí le respondimos casi todas las preguntas. Pero cuando íbamos en el lago, navegando en la canoa, me dijo: “Chávez, ¿qué velocidad tú crees que trae el agua allá en la cascada?”. Me dieron ganas de empujarlo al agua. ¿Qué voy yo a saber? “Pero calcula, echa un cálculo allí de cuando viene cayendo el agua, no es muy difícil, tú haces así y más o menos calculas. Calcula tú”, me dijo: “Debe venir como a 300 kilómetros por hora y cuando está llegando abajo 350”, respondí. Pero después me dice: “¿Y qué profundidad tendrá este lago?”. “Tendrá como 15 metros”, yo inventando. “¿Y la temperatura del agua?”. “Bueno, no sé, chico, será como 20 grados”. Entonces, mete el dedo en el agua y dice: “No, 17,5 grados”. ¡El colmo de los colmos! ¡El preguntador sin fin!

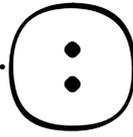
TE EXHORTO A QUE CONTINÚES

A veces uno se cansa, y Fidel se enteró que yo hice algún comentario de un cansancio como espiritual, no tanto físico, porque uno se acuesta un ratito y pone los pies pa' arriba. El cansancio espiritual es el más duro, ustedes saben. Y Fidel se enteró, me mandó un mensaje: “Quiero verte”. Aproveché un momentico y pasé por allá. Pero antes de ver a Fidel, di unas vueltas por un pueblo y qué cosa no, cuando estoy parado hablando con unos muchachos que iban en una carreta, eso fue lo que me hizo que me parara. ¿Saben? Ver al pueblo luchando aquí o allá en cualquier parte.

Unos muchachos muy jóvenes en una carreta tirada por una mula, montaña pa' arriba. Noso-

tros veníamos en carro, yo me paro: “¡Epa, muchachos!”, “Chávez”, me dicen los muchachos, “¿qué hace por aquí?”. “Bueno, chico, por aquí” “¿Y para dónde van?”. Y me dicen: “Allá, mira, allá en aquella montaña está nuestra escuela”, un tecnológico “y tenemos que ir a presentar un trabajo”. Por ahí no hay transporte. Ellos hicieron la carreta de palo y una vieja mula de esas buenas pa' allá, pa' arriba compadre. Eran como las ocho de la mañana “¿Y a qué hora es la presentación del trabajo?” “A mediodía nos citó el profesor” “¿Cuándo regresan?”. “Regresamos esta tarde”. Esa es voluntad de superación, de lucha, porque es un pueblo que está bloqueado por los yanquis, bloqueado duro. Les niegan muchas cosas, le sabotean muchas cosas.

En eso estoy hablando con los muchachos y oigo un ruido en la montaña, en el monte que viene. Aparece un hombre con una mula, y los muchachos cuando me vieron se sorprendieron mucho, cosa natural y “¡Epa, Chávez, qué hace!”. El hombre aquel no. Me sorprendí de la imperturbabilidad de aquel ser humano. Él baja en la mula y me ve: “Chávez”. Pero imperturbable se bajó de la mula, nos dimos la mano. ¿Sabe lo que me dijo? Como si me hubiera leído no sé, yo no sé si fue que Fidel lo mandó. Estoy seguro que no. Estaba mi hijo conmigo. Aquel hombre me dijo: “Chávez, en tu lucha no tienes derecho a cansarte. Te exhorto a que continúes”. Y yo le digo: “¿De dónde tú sacas ese exhorto?” “No sé, es lo que se me ocurre decirte”. Y entonces me dijo: “Soy pastor evangélico. Dios te puso aquí en esta esquina y llegué yo y eso fue lo que me salió del alma. Te exhorto a que continúes”. Y después Fidel me lo repitió: “Te exhorto a que continúes”.



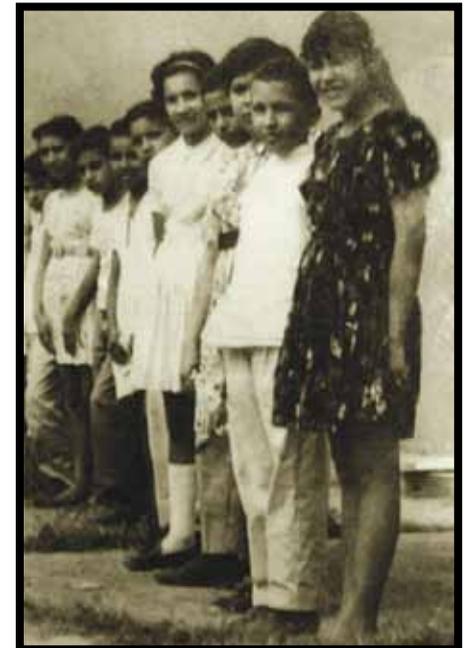
TESTIMONIO GRÁFICO



En Barinas, junto a su hermano mayor, Adán Chávez.



El arañero de Sabaneta.



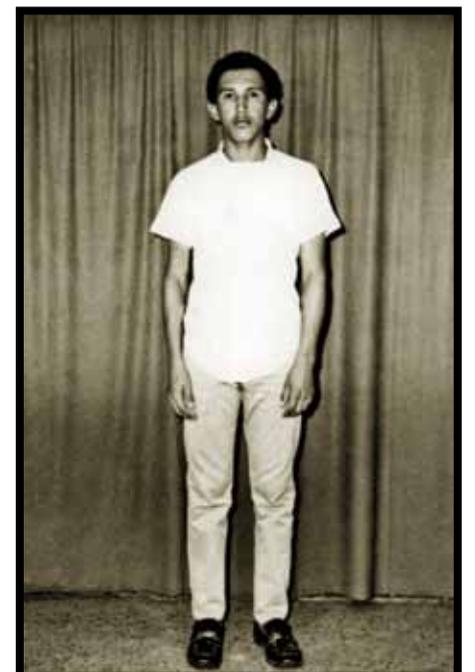
En la escuela "Julián Pino" de Sabaneta.



El "arañero" en Sabaneta con sus amigos Iglesias, Lucio y Dinora.



El "nuevo" Tribilín.



Aquel "Bachaco" o "Tribilín" llegó a la Academia Militar con la ilusión de ser pelotero de Grandes Ligas.



El Subteniente...



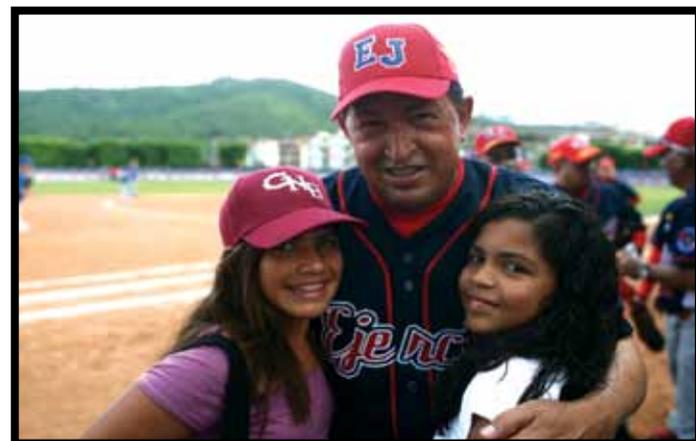
Arpa, cuatro y maracas...



El día que se graduó de la Academia Militar,
con sus padres.



Con los hijos mayores (Hugo, María Gabriela
y Rosa Virginia) en el Balcón del Pueblo.



Caimanera en Forte Tiuna, junto a su hija Rosinés
—a la izquierda— y su nieta Gabriela.



Familia Chávez en Miraflores con sus padres, hijos y
nietos. Detrás, de izquierda a derecha, los hermanos
Adán, Argenis, Ignacio ("Nacho"), Adelis y Aníbal.



El Alférez Chávez animando elección de Reinas.



¿Bola o strike?



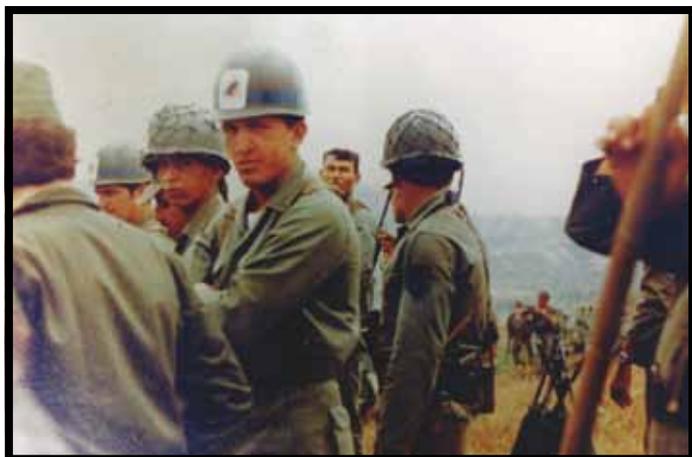
El zurdo Hugo Chávez, primero a la derecha abajo, miembro del equipo de la Academia Militar. XIV Juegos Inter-Institutos Militares, marzo de 1972.



¡Quieto en tercera!



El "arañero" Brigadier (segundo a la derecha, arriba).



En maniobras militares, cuando se forjaba el movimiento revolucionario.

Alferez Hugo Rafael Chávez Frías

El día 28 de julio de 1954 vino al mundo este dinámico muchacho en la muy noble y leal ciudad de Barinas.

A nuestros timpales suenan todavía las pintorescas, ilustrativas y no menos jocosas letras de sus jorjops, corridos y pasajes, con los que se empeñó en dar a sentir y conocer lo que es su terruño llanero, cosa que lograba



a toda costa. Su número favorito y que en todo momento llevara en sus labios era aquel que empezaba: "Furia se llamó el caballo..."; llegando a identificarse tanto con su melodia que nosotros decidimos llamarle "Furia".

El ejemplo fue la base de toda su actuación y exigencias.

Por baluarte siempre tuvo la camaradería, que impartió entre todos nosotros.

Aplicado estudiante de Ciencias, donde se mantuvo en duro combate contra Morfeo.

Dentro del base-ball fue de los mejores, el zurdo "Furia" llegó a ser el mejor pitcher del equipo y excelente primera base. Dentro de su afición deportiva también cabe mencionar sus grandes dotes de submarinista y bucnador del fondo de las piscinas, deporte que practicaba durante la Semana Santa en el Instituto bajo el fulgurante sol.

Pertenece al servicio de Transmisiones.



"Furia"...



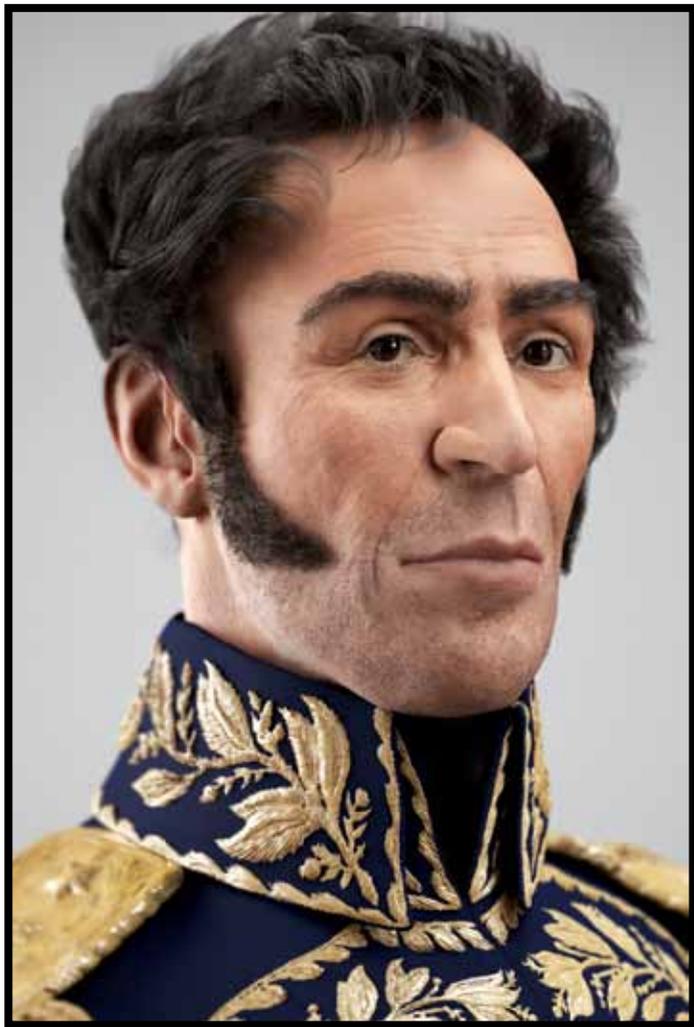
El Teniente.



Pedro Pérez Delgado, Maisanta, “el último hombre a caballo” (a la derecha).



En la cárcel de Yare.



Rostro de El Libertador, obtenido a través de reconstrucción facial en tercera dimensión.



“Recuerdo muy claramente el día que salí de prisión, 26 de marzo de 1994. (...) Recuerdo haber dicho: ‘Me voy a las catacumbas del pueblo’”.



Pese a los barrotes, continuaron los aprestos revolucionarios.



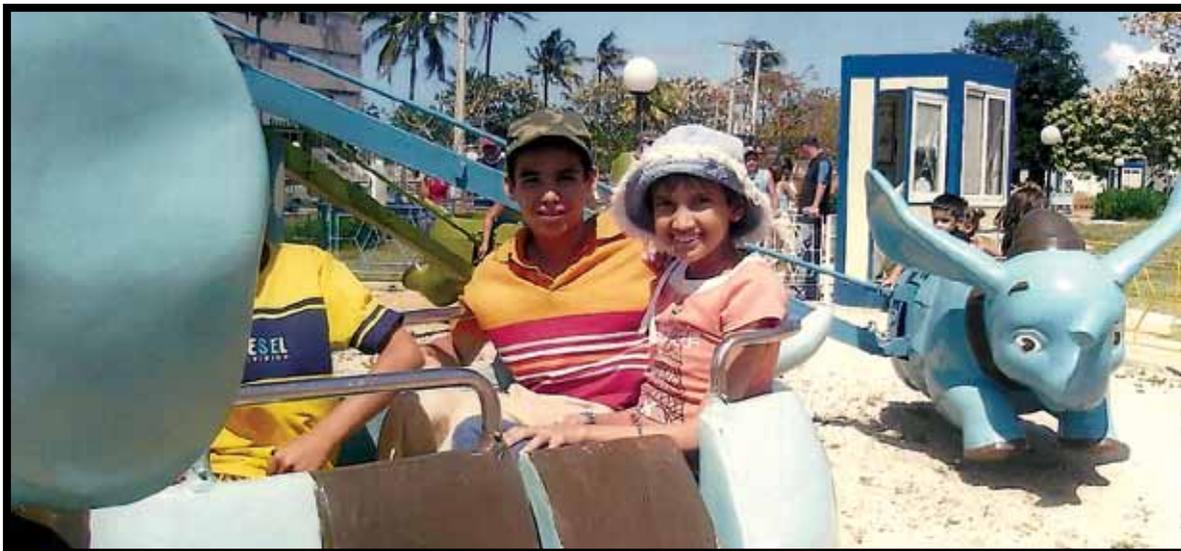
Abrazado a la masa



A ritmo de joropo.



Al rescate de las víctimas de la tragedia de Vargas. Diciembre de 1999.



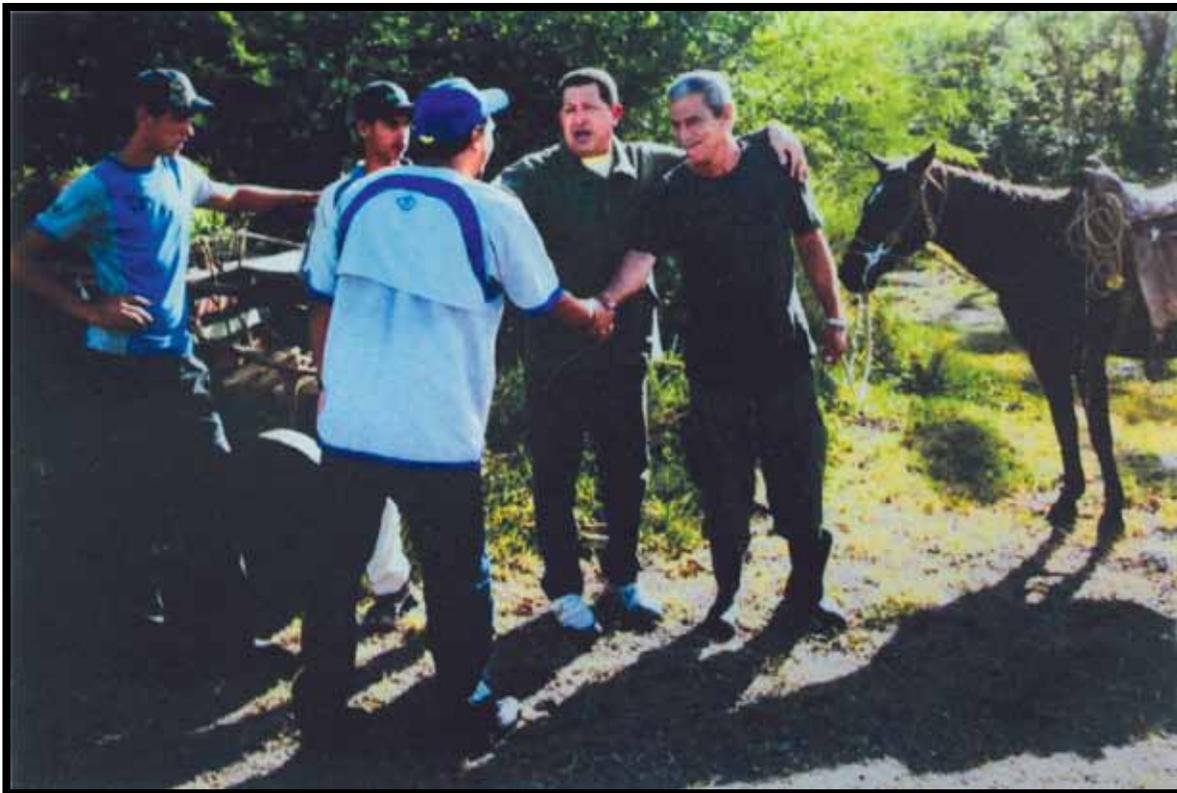
“A Génesis la mandé para Cuba. La pasearon, la hicieron pionera. Fue feliz hasta el último día de su vida”.



“Yo lo que soy es un soldado”



“Tú y yo somos dos tipos que andamos por ahí”.



Con los estudiantes, Hugo Jr y el Pastor de la montaña cubano.



En la casa del Che en Córdoba, Argentina,
el 22 de julio de 2006.